

BAJO LA BANDERA NEGRA

(HECHOS Y FIGURAS DEL ANARQUISMO)

Justus F. Wittkop

CAPÍTULO I

EL CONCEPTO DE SOCIEDAD SIN COACCIÓN

«El hombre es bueno» El anarquismo se basa en esta convicción y a partir de ella extrae sus argumentaciones: si el hombre es bueno, no se necesita violencia para mantenerlo en el camino recto, cosa por la que se han esforzado siempre las instituciones estatales (policía, tribunales, leyes, gobiernos e iglesias) con sus medios de coacción, y mediante la cual, además, justifican su existencia. El hombre tiene derecho a la libertad sin restricciones. Puesto que es autónomo solamente una adhesión voluntaria puede obligarle a algo. Sin embargo las instancias coactivas no quieren renunciar a la fuerza que se han arrogado. De aquí surgen todas las opresiones, injusticias, crímenes y sufrimientos sociales. Por eso el hombre debe liberarse de sí mismo, es decir, debe desencadenar la revolución; no la revolución política, que lo único que hace es sustituir una dominación por otra, sino una revolución mucho más amplia que destruya todas las formas anteriores que han conducido a los hombres en un desarrollo unilateral a las actuales situaciones de dependencia; una revolución que traiga consigo la liberación de todas las coacciones económicas y políticas, puesto que esta libertad puede ser el único estado apropiado. Por esta razón todo lo que acelere su estabilidad debe favorecer, mientras que ha de ser destruido, por el contrario, todo lo que se oponga o le obstruya el camino.

Esta profesión de fe del anarquismo, reducida a la fórmula más simple, contiene ya la paradoja de que aspira alcanzar el estado final de ausencia total de violencia con ayuda de la misma, si bien hay que tener en cuenta también que había tendencias anarquistas que rechazaban toda forma de violencia. Precisamente el anarquismo no conoce dogmas. Teóricamente todos los anarquistas coincidían tan solo en defenderse frente a toda violencia estatal, y sobre todo frente a toda dictadura, aun (en realidad dictadura de los dirigentes del partido)

Los anarquistas sienten una profunda desconfianza por los partidos políticos. Ven en ellos únicamente un medio para el ejercicio de la dominación, por lo cual se abstienen generalmente de votar en las elecciones. Por lo tanto, renuncia a representaciones en los parlamentos, que en su opinión constituyen solamente posiciones de poder ajenas a la base y alcanzadas a costa de los electores; jamás se han constituido en un partido puesto que no quiere dominar ni ser dominados. Ciertamente entre ellos constituyeron grupos y asociaciones hasta llegar a las confederaciones anarcosindicalistas, pero el principio supremo siguió siendo tiempo la igualdad y la solidaridad entre sus miembros. Incluso una personalidad tan carismática como Bakunin, por ejemplo, uno de los fundadores del anarquismo revolucionario, no fue considerado nunca como un jefe de los socialistas libertarios de llamada confederación del Jura, sino tan sólo como *l'ami Michel*, como un amigo.

Cuando en el último cuarto del siglo pasado se produjo una serie de espectaculares atentados, las prefecturas de la policía de los estados europeos sospecharon, muy equivocadamente, la

* Digitalización KCL. Traducción: Miguel Ángel Granada. *Unter der schwarzen fahne* es el título original.

existencia de una organización internacional. Se trataba en todos los casos de acciones de partidarios aislados de la anarquía¹ que no retrocedían ante el auto-sacrificio y el crimen en pro de su fe impregnada de mística política. Con su «propaganda por el hecho» ha sido causa continua de titulares periodísticos a lo largo de varias décadas. Sin embargo tras estos hombres perseguidos por ideas y representaciones obsesivas se hallan los teóricos del anarquismo, cuyos programas político-económicos y sociales presentan un muestrario de modelos del pensamiento libertario y no necesitan albergar ningún temor, por lo menos en muchos puntos, ante una comprobación sería, sin prejuicios a la aberración terrorista y a pesar de todos sus utópicos objetivos.

Es cierto que bajo la palabra anarquismo se agrupan ideas contradictorias, pues no existe la doctrina anarquista. Las vías hacia la sociedad libre de dominación se presentan a los distintos teóricos de manera muy diferente. Todos ellos continúan un remoto sueño filosófico, cuyas huellas ha seguido más de un historiador hasta la antigüedad. Max Nettlau, cronista alemán del anarquismo, ha escrito un libro sobre lo que él llama la *primavera del anarquismo*² desde el filósofo alejandrino Karpócrates (siglo II a.C.) hasta el italiano Carlo Pisacane -caudillo de los cuerpos francos que escribió un *Ensayo sobre la revolución* y cayó en la lucha durante el Risorgimiento italiano- pasando por Rebelais (1495-1553), Nettlau examina la historia espiritual de europea en busca de los orígenes del pensamiento libertario. Lógicamente el siglo XVIII, época en que se comenzó a tomar conciencia de los problemas sociológicos, fue pródigo en «construcción sobre el tablero» de sociedades futuras libres de coacción.³ Baste con mencionar aquí únicamente el libro de Morelly *Naufrage des îles flottantes, ou Basiliade du célèbre pilpae* (1755): sin leyes, sin instituciones, sin propiedad; la vida se desarrolla allí como entre los miembros de una familia primitiva asombrosamente armónica, gobernada por una especie de rey-padre carente de medio de poder debido a que rige como supuesto natural una unanimidad basada en la razón. De esta perspectiva idílica toma su colorido la confortante visión del futuro del varón Von Knigge (1752-1796), conocido prácticamente por su libro *Sobre el trato con los hombres*, libro mal citado a menudo y escrito para la emancipación de la burguesía.

«Príncipes y naciones desaparecerán de la tierra sin violencia; el género humano llegará a ser algún día una familia y el mundo la morada de los hombres racionales (...) Cada padre de familia será algún día, como antaño Abraham y los patriarcas, el sacerdote y el señor absoluto de la misma, y la razón el único código de la humanidad».⁴ No es necesario mencionar todas las utopías sociales elaboradas durante la ilustración. Las representaciones de un mundo sin la dominación del hombre por el hombre se hicieron más concretas tras la caída de la teocracia, es decir, tras el desmoronamiento de la sanción divina de la dominación. Pero cuando la fiebre de libertad de la revolución francesa sólo produjo una dominación nueva y más dura, cuando en la época burguesa la explotación del hombre por el hombre adoptó nuevas formas espantosas, diferentes pensadores intentaron transformar el viejo sueño en postulados políticos, económicos y sociales. Únicamente podían inspirarse en el arsenal de ideas de la filosofía de la Ilustración. En el fondo el anarquismo asume de nuevo la consigna que la revolución burguesa había utilizado y más tarde traicionado: libertad (su exigencia suprema), Igualdad (Eliminación definitiva de toda clase de tutela autoritaria), Fraternidad (profundizada hasta la solidaridad).

¹ Ausencia de dominación.

² Max Nettlau, *Vorfrühling der Anarchie* (Primavera del anarquismo), Berlín, 1925.

³ Id. Nettlau y K. M. Michel: «Herrschaftsfreie Institutionen» (Instituciones libertarias)

⁴ A. V. Knigge, *Nachtrag von reitern Originalschiriften welchen die illuminantensekte (...) betreffen* (Apéndice de nuevos escritos originales referente a la secta de los iluminados), Munich, 1787

CAPÍTULO II

LOS PRIMEROS ANARQUISTAS

A finales del siglo XVIII la Inglaterra que, dominada por la gran burguesía whing y la oligarquía terrateniente y sacudida por el miedo a los jacobinos, se levantan en armas contra la Francia revolucionaria, era ya el primer país en conocer las consecuencias del desarrollo industrial, los sombríos paisajes fabriles, la acumulación de capital y la creciente miseria de las masas proletarias. En esta Inglaterra apareció en el año 1793 un extenso libro con el inofensivo título de *Enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and appiness*⁵. Su autor, el antiguo clérigo William Godwin (1756-1836), era hijo así mismo de clérigo. Godwin había abandonado su ministerio al perder la fe. Influidor por la lectura de Helvecio (1685-1755) y D'Holbach (1723-1789), los ateos de la ilustración francesa, se había dedicado al estudio del materialismo filosófico. Se ganaba la vida como Hack-writer, es decir, como escritos asalariado. Pero por la noche, sentado en su pupitre, anotaba sus propios pensamientos anticonvencionales. Alegremente confiado, había hecho suya la optimista opinión de la educabilidad del hombre hacia la razón y de su bondad natural. La razón llevará, en última instancia, todo a la perfección en el momento en que se le conceda un lugar en la tierra.

«¡Con qué entusiasmo dirigirá su mirada el ilustrado amigo de la humanidad hacia ese tiempo dichoso en que haya desaparecido el Estado, esa maquina bárbara que ha llegado a ser la única causa permanente de los vicios humanos y contiene en su seno defectos tan temerosos que sólo pueden ser eliminados con su completa destrucción!»

Según Godwin uno de los obstáculos esenciales en el camino hacia ese tiempo dichoso es el monopolio creciente de la propiedad causada por el proceso de industrialización: «El monopolio de la propiedad pisotea las facultades de la inteligencia, extingue la chispas del genio y obliga a la inmensa mayoría de la humanidad a hundirse en sórdidas preocupaciones (...) La fuente más abundante de crímenes reside en el hecho de que unos posean en exceso aquello de que otros carecen en los absoluto. Es verdad que el medio más adecuado para eliminar esos males es el de la razón y no el de la violencia. Pero la tenencia general de nuestro orden imperante aspira convencer a la humanidad de la importancia de la razón. La injusticia que los hombres sufren es sostenida por la fuerza con el objeto de limitar esa injusticia (...) Solamente la riqueza permite a un individuo esperar hacer válido su influjo sobre todas las masas populares sin oposición alguna. Los actuales gobiernos del mundo deben su existencia únicamente a esta forma concreta de distribución del producto social. Siendo así, nada más fácil que precipitar a la guerra a los pueblos organizados de esta manera».⁶

No toda propiedad es reprobable, sino sólo «el tipo de propiedad sobre la que descansa roda la riqueza de la llamada sociedad civilizada y que, al mismo tiempo convierte a la mayor parte de la humanidad en míseros esclavos de una minoría poseedora (...), el sistema de propiedad que da a un hombre la posibilidad de disponer de los productos del trabajo de otro hombre»⁷ Esta clase de propiedad debe ser transformada en propiedad común. Una vez haya sucedido esto se harán superfluos el Estado, el gobierno y la justicia, pues habrán cumplido ya su papel.

⁵ Investigación acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la dicha generales.

⁶ William Godwin, *Enquiry concerning Political justice and its influence on general Virtue and Happiness*, Londres, 1793. Citado según *Die Frühsozialisten* [Los primeros socialistas], vol. I, Reinbek, 1970.

⁷ Loc. cit.

No obstante hay otro obstáculo en el camino a la felicidad: el «matrimonio, tal como se contrae hoy generalmente en los países Europeos. (...) Sería absurdo abrigar la esperanza de que dos seres humanos puedan coincidir completamente uno con el otro durante largo tiempo. Pretender obligarlos a vivir y actuar juntos sería exponerlos a muchas adversidades inevitables, a la disputa y a la infelicidad. (...) La institución matrimonial es una estafa. (...) En la medida en que aspiro a reclamar para mí sólo a una mujer y a impedir que otro muestre su superioridad y coseche en consecuencia los frutos, me hago culpable de la autocracia más execrable».⁸

A pesar de su rechazo del matrimonio, Godwin se casó en 1797, a la edad de 41 años, con Mary Wollstonecraft, tres años menos que él y conocida escritora de su tiempo. Esta hermosa mujer de cabellos oscuros, la primera defensora de los derechos de la mujer en Inglaterra, había marchado a París en el momento en que fue derrocada la monarquía francesa para observar de cerca los progresos de la revolución. Permaneció en París incluso durante la fase de Terror, cuando las calles de la agitada ciudad se hicieron peligrosas para los extranjeros, y no regresó a Londres hasta 1795.

William Godwin había reconocido en su *Enquiry* lo siguiente: «Buscaré ardientemente el contacto con la mujer, cuya formación despierte en mí la más poderosa impresión. Evidentemente puede recurrir que otros hombres, al igual que yo, la prefiera: pero de aquí no seguirá dificultad alguna. Todos nosotros podremos gozar de su conversación y seremos los suficientemente comprensivos como para menospreciar las relaciones sexuales».⁹

Ciertamente no tuvo mucho tiempo para regir su matrimonio por ese principio de tolerancia: Mary Wollstonecraft murió al dar a luz a su hija Mary. Unos amigos proporcionaron al viudo un pequeño empleo en la oficina del Tesoro, para que pudiera criar a su hija. Los explosivos pensamientos de su obra nunca proporcionaron a Godwin dificultades serias. Se dice que el primer ministro Pitt había comentado «Un libro que cuesta tres guineas no origina ninguna revolución» Evidentemente el libro era muy caro a causa de su extensión, pero a pesar de ello había causado profundo efecto sobre la nueva generación inglesa, sobre las primeras obras de Coleridge (1772-1834) y Wollstonecraft (1780-1850), pero sobre todo en Percy Bysshe Shelley (1792-1822), quien contrajo relación de parentesco con Godwin. Tras separarse de su primera mujer, Harriet Westbrook, Shelley vivía con la hija de aquél, con la cual se casó en 1816, tras el suicidio de Harriet. Mary es, por otra parte, la autora de la famosa novela de terror *Frankenstein*, publicada en 1818.

William Godwin se había casado por segunda vez en 1801 y se había dejado llevar por la tradicional cólera paterna contra su hija cuando está se unió con el joven poeta. Sólo cuando contrajeron matrimonio se reconcilió con la pareja.

Godwin había fundado en 1805 una pequeña imprenta que se resistía a florecer. Sus últimos años de vida fueron una lucha constante contra la escasez y las deudas. Escribió algunos libros más, entre ellos una *history of the commonwealth of England*, pero ninguno le aportó un éxito notable.

Su retrato muestra una cabeza que recuerda las estatuas del tiempo de la república romana. Cierta estoicismo impregna, además, muchas de sus propuestas de reforma: «Por lo que respecta en primer lugar a los ilustrados y a los poderosos, están predestinados a mostrar a la multitud el camino en la búsqueda de la verdad; están obligados a ser diligentes, infatigables y desinteresadamente activos».¹⁰

⁸ Loc. cit.

⁹ Loc. cit.

¹⁰ Loc. cit.

Sin embargo, lo más importante para él es la libertad individual como presupuesto de la felicidad individual. «Todo lo que se entiende generalmente por cooperación es, en cierta medida, perjudicial (...) No podemos ser obligados a actuar como relojes. De aquí se sigue que toda cooperación que se salga de lo estrictamente necesario ha de ser evitada cuidadosamente».¹¹

Ya que el proceso de la educación hay que tener en cuenta la libertad en toda su dimensión: «Al igual que no se puede hacer a los hombres esclavos, tampoco estará permitido convertir a los niños en esclavos. Ya no se piensa en formar tantos maestros en el cascarón sólo para adular la vanidad de los padres (...) No se podrá exigir a ninguna criatura humana que aprenda algo a no ser que tal cosa suceda por propia iniciativa».¹²

Si concepción de la aplicación de la pena es asombrosamente moderna: «Una (...) idea que se ha desarrollado con respecto al alejamiento de los criminales de la sociedad por ellos lastimada, es la de reducirlos a un estado de esclavitud o de trabajos forzados (...) Esta medida es innecesaria para la seguridad de la sociedad; como medio para el perfeccionamiento del criminal es una idea increíblemente mala. El hombre es un ser dotado de entendimientos». Para lograr la resocialización, como diríamos hoy, no hay por tanto «otra solución (...) que la de hacerlo libre. (...) ¿Quieres que trabaje? No me incites a hacerlo por medio del látigo; pues sí antes tenía por más noble a la indolencia, el látigo sólo conseguirá aumentar mi distanciamiento. Convénceme con razones y deja la decisión a mi capacidad de entendimiento».¹³

A finales del siglo XIX Kropotkin se remitirá a muchos pensamientos de Godwin, y no es ninguna casualidad que los anarquistas hayan mostrado a menuda una predilección por los poemas de Shelley, en los cuales reaparecen muchos pensamientos de su suegro. Es indudable que Godwin no pensaba en absoluto recomendar el empleo de la violencia para lograr una modificación real, ya que sabía que con aquélla nunca se puede alcanzar el objetivo de la libertad. Por el contrario suenan ya en Shelley tonos violentos, como muestra su poema *The Mask of Anarchy*:

¡Levantaos, como leones tras el sueño,
Es invencible número!
Sacudid vuestras cadenas como rocío
Caído sobre vosotros durante el letargo;
Vosotros sois muchos, ellos pocos.¹⁴

La revolución francesa produjo un antecesor verdaderamente revolucionario del anarquismo: Filippo Buonarrotti (1761-1834), que fue no sólo teórico, sino también activista. El tataranieta de Miguel Ángel, natural de Florencia, fue en su juventud amigo íntimo del duque de Toscana, hijo de la emperatriz María Teresa y más tarde emperador con el nombre de Leopoldo II. Su juventud fue ya inquieta: a los diecinueve años huyó a Marsella por cuitas amorosa, a fin de ingresar en el regimiento Italia Real. Sin embargo regreso a Florencia dos años más tarde, donde concluyó sus estudios de derecho y contrajo matrimonio con la contessina Elisabetta Conti, de la que tuvo cinco hijos. Allí cayó en desgracia ante el duque debido a su entusiasmo por los «Sans culottes» franceses. Tuvo que exiliarse dejando atrás mujer e hijos. Más tarde se casó con una burguesa, apoyado en la legislación revolucionaria sobre el divorcio.

¹¹ Loc. cit.

¹² Loc. cit.

¹³ Loc. cit.

¹⁴ Loc. cit.

En la inquieta Córcega editó durante un corto tiempo un diario revolucionario y entablo amistad con un oficial de artillería ocho años más joven que él. Napoleón Bonaparte. El ardiente aliento de la Marsellesa se abre paso hasta Ajaccio. Cuando se produce el ajustamiento del rey en enero de 1793, Buonarrotti se introduce en el centro de la revolución para hacerse miembro del club de los Jacobinos. La convención nombra al noble italiana, por su mentalidad republicana, *citoyen français* a título honorífico, y le encomienda diferentes misiones. La más peligrosa de ellas lo conduce a Lyon, donde gobiernan legitimistas encubiertos que lo encarcelan inmediatamente, hasta que las tropas del general Kellermann toman la ciudad contrarrevolucionaria y lo ponen en libertad. En París es huésped permanente en la casa Duplay de Robespierre y de los propietarios; allí Buonarrotti, *grande artista e musicista*, interpreta melodías patrióticas al cémbalo en bucólicas reuniones. Sin embargo tras el 9 thermidor va una vez más aprisión en calidad de partidario de la depuesta dictadura jacobina. Es amnistiado en octubre de 1795, pero siete meses más tarde comparece de nuevo ante un tribunal, ahora como conspirador y miembro de un *directoire insurrectionnel* secreto. La razón era su participación en la llamada «Conjuración de los iguales», grupo dirigido por Gracchus Babeuf (1760-1797), hombre perseguido toda su vida por la desgracia. El grupo aspiraba a una serie de comunismo; la infiltración de agentes de la policía hizo que fracasara ya en su primera acción. De todas formas los conjurados desarrollaron la teoría del golpe de Estado revolucionario, teoría que iba a tener tantas consecuencias posteriores.

La gran burguesía dominante, que desde la caída de Robespierre trataba de transformar la revolución en un *Juste-milieu* en el marco de la más aplastante carestía popular y del lujo desenfrenado de una capa social arrogante, fue presa del pánico ante el peligro de un golpe de estado a cargo de los «iguales», peligro desmesuradamente exagerado por la propaganda; el proceso fue trasladado a Vendrôme con el fin de evitar todo posible tumulto. Ante los jueces ataviados con su atuendo «republicano» compareció también, más arrogante que los otros acusados, el florentino, quién quizá tenía más responsabilidad que el propio Babeuf en el inicio del fracasado complot. Cuando antes del veredicto se le concedió una vez más la palabra, pronunció frases, quizá por primera vez ante un tribunal, que recuerden las tesis anarquistas:

«Considero deber de todo hombre consciente contribuir al derrocamiento del sistema social que esclaviza a Europa, a fin de instaurar en su lugar un orden que garantice la felicidad y la dignidad de todos. (...) Creo, ciudadanos del jurado, que debo exponer cual era mi credo político y ético cuando me apresuré a venir a Francia para consagrarme a la causa de la revolución. En la medida en que la voluntad individual de cada uno recibe la misma consideración en la formación de la voluntad general, nos acercamos a la “Salud social” El desprecio de esta ley ha permitido que un pequeño número de hombres usurpe para sí los bienes, el saber y el poder. Éste es el origen del despotismo de los dominadores y de los poderosos, el origen de la codicia y del orgullo por cuya causa el mundo desespera. Es deber de todo hombre que piense rectamente trabajar para que, por medio de la igualdad, se instaure la hegemonía del verdadero soberano, la hegemonía del pueblo. Está obligado, por tanto, a combatir la violencia, a desenmascarar la astucia, a educar a la ignorancia. Ciudadanos del jurado, siempre he regido mi conducta por estos principios y como recompensa sólo he cosechado el odio y la persecución de los poderosos»¹⁵

El proceso contra los conspiradores duró cuarenta y cinco días. Babeuf fue considerado ya de antemano como víctima. El tribunal lo condenó a muerte en compañía del segundo, un hombre poco conocido llamado Darthé que se había mostrado despectivo hacia el tribunal. De los cuatro «asociados» que le habían impulsado a la acción, dos fueron absueltos; el tercero, Sylvain Maréchal (1750-1803) autor del manifiesto de los «iguales», ni siquiera fue detenido. El cuarto es Filippo Buonarrotti. El florentino fue condenado a la deportación y tras esperar la

¹⁵ «Das brennende Herz» [El corazón ardiente], traducido del inglés al alemán por Bertold Brecha. En la antología *Im Banne des Dionysos* [Bajo el hechizo de Dionisos], Munich 1958.

orden de embarque en la prisión de Cherburgo, fue conducido a la isla Olerón. Un amigo influyente de los días de Córcega, Antoine-Christophe Selecetti (1757-1802), uno de los principales impulsores del joven Bonaparte, consiguió el indulto y nuestro personaje pudo huir a Suiza.

En 1812 intentó en vano desencadenar en Grenoble un levantamiento contra Napoleón, el antiguo amigo convertido en tirano, y escapó de nuevo a Ginebra. Más tarde escribió una *historie de la conspiration pour l'égalité dite de Babeuf*. Esta obra se convirtió en un evangelio para los revolucionarios de las generaciones siguientes y la encontraremos posteriormente en manos de los nihilistas rusos.

El brillante aristócrata y apasionado luchador por la igualdad social no concluyó su carrera revolucionaria con sus aventuras en francesas. En Ginebra vivía de la enseñanza de idiomas y llevaba una vida de inmigrante. Sin embargo su vivienda se convirtió en una central secreta, en una «escuela de conspiradores»

Así llegaron para Italia los años de la lucha contra la dominación austriaca, años llenos de tensión, de opresión y de esperanza. Buonarrotti desempeñó un importante papel desde su exilio en Suiza. En el subsuelo italiano comenzaron a proliferar las sociedades secretas: Los Carbonari, los Güelfos, los Federati, los Adelfas. Todas ellas acudían a Ginebra para buscar consejo. Desde París llegaron miembros de una liga secreta, los Charboniers, que perseguían objetivos revolucionarios contra la restauración. La mayoría de estas sociedades secretas pasaron, en buena parte por influencia suya, de la idea abstracta a acciones violentas. Él mismo pertenecía a los fundadores de la Adelfia, pero asumió funciones directivas también en otras logias de conspiradores.

El lema de «limpiar el bosque de lobos» tomó un nuevo significado para los Carbonari, quines, orientados en principio contra la dominación napoleónica, eran partidarios de un misticismo católico. En casa de uno de sus dirigentes, el conde Oroboni, en 1820 la policía encontró un *catechismo del maestro carbonari*, donde entre otras cosas se podía leer: «*La proprietà particolare é un attentato contro i dirritti del genere umano*»

Buonarrotti, quizá por la dura experiencia de la conspiración de los «iguales», dio a la liga una organización basada en el sistema de células relativamente pequeñas. Ninguna de estas células -se les dio el nombre de *ventas*- sabía nada de las demás; sólo mediante contactos se ponían en relación con una *Centralventa*, la cual a su vez enviaba delegados a la venta provisional y así sucesivamente. De esta manera se dificultaba la penetración de agentes de policía en la organización interna. Más tarde encontraremos una organización semejante, perfeccionada, en muchas asociaciones revolucionarias, incluso anarquistas. Entre otros la adoptará también el «nihilista» ruso Nechaiev.

Según un testigo sin duda alguno dudoso, el delator y aventurero Wit von Doering, el auténtico objetivo final de los carbonari -por encima del objetivo expreso: la libertad de Italia- consistía en combatir todo gobierno, ya fuera despótico o democrático, hasta alcanzar un estado en el que se hubiera eliminado toda dominación: la ANARQUÍA. De hechos estas ideas no debían ser totalmente extrañas al «patriarca de los carbonari» ginebrino, por muy sospechosos que puedan ser los «descubrimientos» llenos del odio del renegado Wit von Doering.

No se puede olvidar que, a comienzos del siglo XIX y durante la era Metternich, los ideales nacionales y revolucionarios estaban todavía profundamente entremezclados en toda Europa, y que incluso se identificaban entre sí. Basta con mencionar a los «radicales» o «negros», el grupo estudiantil del profesor de Huyesen, más tarde de Jena, Karl Follen (1795-1840); éste, junto a opiniones ardientemente nacionalistas, enseñaban a sus adeptos que «todo ciudadano es cabeza del Estado, pues el Estado justo es una esfera perfecta en la que no hay no arriba no

abajo, pues todo punto es la cúspide»¹⁶ En este profesor de derecho también encontramos tendencias terroristas: «Para el justo ninguna ley es válida; la realización de la razón es una necesidad ética que lo justifica todo». Y saca la conclusión de que «puesto que la revolución no es posible en el momento actual, lo que se ha de hacer en primer lugar es asesinar a algunos traidores a fin de asustar al pueblo e incitarlo»¹⁷ ¡Por tanto, ya tenemos la «propaganda por la acción o por el hecho» mucho antes de que el concepto aparezca en los círculos anarquistas posteriores! Cuando Karl Ludwig Sand (1795-1825). Un adepto leal al profesor, asesinó al escritor Kotzebue (1761-1819), Follen aconsejó a sus «negros» que marcharan a Mannheim, incendiaran la ciudad y liberaran de la prisión al «mártir» Sand.

La misma amalgama de apasionamiento nacionalista, decisión de emplear la violencia y aspiraciones revolucionarias, encontraremos con mucha mayor frecuencia al sur de los Alpes, bajo la presión combinada de la dominación extranjera y el terror policíaco. Pero en Buonarrotti los motivos sociales predominan más que en todos los restantes dirigentes revolucionarios de su época. De todos modos su recién fundado grupo, *I Veri Italiani*, y la *Giovine Italia* del joven abogado genovés Giuseppe Mazzini (1805-1872) llegaron a un pacto que fue firmado alegremente por ambas partes. Como es sabido, la «Joven Italia» de Mazzini, hombre que supo unir bajo su dirección a casi todos los grupos liberales, iba a desempeñar un papel decisivo en el *Risorgimento*, el surgimiento del Estado italiano unificado y laico. El pacto, *el acordó di fratellanza*, con los *Veri Italiani* se rompió en seguida. Es cierto que Buonarrotti colaboró en un principio en el diario de Mazzini, pero muy pronto surgieron desavenencias sobre el contenido de sus artículos, sobre su tendencia. El conflicto entre sus tendencias social-revolucionarias de Buonarrotti y las liberal-revolucionarias de la burguesía no se hizo esperar, un conflicto que caracteriza a todas las revoluciones del siglo XIX: bajo consignas aparentemente idénticas se luchaba por objetivos diferentes, incluso opuestos. El viejo veterano de la revolución rompió completamente su relación con Mazzini, el joven táctico de la revolución cuyos objetivos eran mucho más limitados.

Cuando estalló en París la revolución de junio de 1830 Buonarrotti, casi septuagenario, se apresuró a marchar a Francia una vez más. Juntamente con *patrioti* italianos formó un comité con la finalidad de provocar un levantamiento en Saboya y abrir a la revolución triunfante en París un camino hacia Italia a través de Piamonte. No obstante, fue detenido y conoció de nuevo las prisiones francesas. La burguesías no encontraba ninguna utilidad en las «ideas bebufianas» de un colaborador al que no había llamado, por el contrario deseaba que la revolución siguiera un curso de acuerdo con sus propias concepciones. El hecho de que algunos de sus adeptos lo abandonaran amargó el ánimo del viejo especialistas en conspiraciones.

Murió, empobrecido, el 17 de septiembre de 1837 en casa de su amigo y protector Voyer d'Argenson. Acompañaron su féretro dos mil personas, la mayoría trabajadores y muchos emigrantes italianos. Fue también un trabajador quien al pie de su tumba, en el cementerio del Montmartre, pronunció el discurso fúnebre.

Este noble italiano que trataba de realizar su concepción social revolucionaria en el marco de un socialismo igualitario, fue casi un anticipo del ruso Mikhail Bakunin, con el que compartía la predilección por las formas románticas de las sociedades secretas. Bakunin llevará a cabo también durante muchos años su agitación desde Suiza y se hallará así mismo presente en todos aquellos lugares donde comience a llamear el fuego de la revolución. El ruso podrá enlazar en Italia con la actividad de Buonarrotti, aun cuando tras la muerte de éste el número de adeptos de un socialismo igualitario fuera disminuyendo y predominara el influjo de Mazzini con

¹⁶ Citado según E. R. Papa, *Storia dei sovversivi italiani*, Milán, 1968.

¹⁷ Citado según R. Pregizer, *Die politischen Ideen Karl Follens*, Leipzig, 1912. [Las ideas políticas de Karl Follen.]

las fuerzas de la revolución burguesa y de la unificación nacional. Como es sabido ésta se realizó no en el sentido republicano de Mazzini, sino bajo la corona de Saboya.

Entre los precursores del anarquismo tenemos que mencionar todavía otros dos nombres: Stirner y Thoreau. En el caso del americano Henry David Thoreau (1817-1862), su inclusión en la serie de antepasados de los anarquistas sigue siendo discutible. Es cierto que en 1849 escribió un largo ensayo con el título de *Civil Disobedience*, debido a que había sido detenido por deuda fiscal. Sin embargo fue puesto en libertad después de pasar una noche en la prisión; estancia que utilizó para redactar el ensayo mencionado; una tía suya había depositado la deuda por él. Thoreau era amigo de John Brown, el militante enemigo de la esclavitud que organizó guerrillas regulares en Estados Unidos contra los esclavistas y las tropas del gobierno, por lo cual en 1859 fue colgado en Charlestown.

En su obra fundamental *Walden or the life in the woods* (1854), describe Thoreau su experiencia de buscar la absoluta libertad de todas las coacciones impuestas por las instituciones y la civilización mediante una vida completamente aislada en una cabaña construida por el mismo. La experiencia fracasó abiertamente en puntos importantes. En los fundamental Thoreau, a quien se ha llamado «el yanqui cósmico», era solamente un tipo raro que se rebelaba por propio espíritu de contradicción; su individualismo, vinculado totalmente con el sentimiento de la naturaleza, carece en todo caso de relevancia social.

«Seguramente hubiera podido oponerme -con más o menos éxito- por la fuerza; hubiera podido dejarme llevar por una serie de locura homicida contra la sociedad, pero fue ésta quien prefirió hacerlo en contra mía. Ella se constituyó en parte desesperada»¹⁸, consignó con respecto a su detención por deuda fiscal. Su inconformismo desembocó, como comportamiento social, en la resistencia pasiva: «Se dice de Mirabeau que se había dedicado a robar por las calles “para cerciorarse del grado de decisión necesario para colocarse en una oposición rigurosa contra las leyes más sagradas de la sociedad” (...) Esta actitud era radical y, sin embargo, era una estupidez, quizá un sinsentido. Un hombre racional se hallará muy a menudo en “oposición rigurosa” o a lo que se llama “las leyes más sagradas de la sociedad”, por su obediencia a leyes todavía más sagradas, y podrá poner a prueba su decisión sin rodeos. Lo radical no es adoptar una postura de esa clase frente a la sociedad, sino persistir en cualquier actitud a la que sido llevado por la obediencia a las leyes de su ser. Éstas nunca estarán en oposición a un gobierno justo, si casualmente se viera obligado a encontrar a alguno».¹⁹

La palabra anarquismo tampoco aparece en los escritos de Max Stirner, y sin embargo, su influencia sobre las categorías anarquista, especialmente en Rusia, fue grande. Alexander Herzen, Bakunin y los nihilistas han bebido de su filosofía.

Max Stirner (1806-1856), cuyo nombre verdadero era Johann Kaspar Schmidt, era hijo de un tallista de flautas de Bayreuth y estudió teología y filosofía en las universidades de Berlín, Erlangen y Königsberg. Al comienzo de los años cuarenta nos lo encontramos en Berlín, en el artículo de los «libres» agrupación de jóvenes radicales establecida alrededor del teólogo Bruno Bauer (1809-0882), a quien el ministro de cultura acababa de retirar su *venia legendi* en la universidad de Bonn por su crítica a los evangelios. Sus componentes se reunían en las tabernas de Hippel de la Friedrichstrasse, en el café Stehely del Gendarmenmarkt o en un interior en la tienda de tabacos que Bruno Bauer había comprado a su hermano Egbert en Charlottenburg.

¹⁸ Loc. Cit.

¹⁹ Citado en el prólogo de W. E. Richartz a su edición del libro de Thoreau *Walden oder das Leben in den Wäldern* [Walden o la vida en los bosques], Zurich, 1971.

Entre los amigos se contaba también el joven de veintidós años Friedrich Engels (1820-1895), que había publicado en Suiza una especie de broma estudiantil en versos burlescos: «*La Biblia osadamente amenazada, pero maravillosamente liberada, o el triunfo de la fe. Poema épico cristiano en cuatro cantos*». Los «libres» son ateos y anticlericales. En su «poema épico», Engels ha caracterizado también muy jocosamente al doctor Schmidt: un «aborrecedor circunspecto; por ahora bebe todavía cerveza, pero pronto beberá sangre como si fuera agua».

Evidentemente, el así caricaturizado pertenece a los más radicales entre los radicales. Está contra el Estado por principio: «El Estado tienen siempre un objetivo: limitar al individuo, domarlo, subordinarlo, hacerlo súbdito de un universal cualquiera».

Dirá así mismo que «todo Estado es un despotismo, ya sea uno o muchos el déspota o ya sean todos los hombres soberanos según la idea corriente de la república; todo esto significa solamente una cosa: uno despotiza a los demás».²⁰

En 1842, bajo la severa mirada del consejo superior de censura, no era aconsejable oponerse a la idea, fomentada desde la instancia suprema, del «Estado cristiano» La monarquía militar prusiana velaba, con su rey fielmente convencido de su sanción divina, para que el liberalismo «agostador de almas» o los infernalmente temidos pensamientos democráticos no se extendieran en Alemania. En esta situación, un arruinado aspirante a profesor abordaba la tarea de poner en cuestión al Estado mismo.

Externamente no tiene en absoluto aspecto de agitador; es un hombre no muy alto, rechoncho, con gafas de acero sobre una nariz que hace pensar en el pico de un pato. A pesar de su intento e vestir como un dandy con unos medios limitadísimos su pedantería en el hablar suena un poco a maestro de escuela. Nunca habla de cosas personales; le gustan las tesis y las teorías sobre las que los «Libres» se explanan en la *Allgemeinen Literaturzeitung*. Los amigos lo llaman Stirner por su frente sorprendentemente elevada, sobrenombre que el adoptó como seudónimo.

La fortuna no le ha sonreído ni tiene tampoco mucho que perder. Con agudeza puede escribir: «El ciudadano tendría que temer perderlo todo, si el poder del estado se arruinara. ¿Qué ocurre, sin embargo, con aquél que no tiene nada que perder, con el proletario? Puesto que no tiene nada que perder tampoco necesita para nada la protección del Estado. Por el contrario puede ganar si los protegidos se ven privados de toda protección estatal».²¹

Publico esta tesis en su libro *Der Einzige und sein Eigentum* (El único y su propiedad), aparecido en Leipzig en 1843 bajo el nombre de Max Stirner. Sangre, desde luego, no beberá nunca, y Friedrich Engels, con quien se tutea, admitirá posteriormente: «Era un buen hombre, ni mucho menos tan malo como se muestra en el Único».²²

En sentido burgués Stirner era un fracasado. La administración escolar prusiana lo había rechazado como aspirante a profesor. El fallo del tribunal examinador decía: Cuando «el candidato a profesor Schmidt (dio) a modo de prueba de lección de historia el día 4 de abril de 1835 en la clase primera del gimnasio Joachimsthal, el candidato no inicio ninguna charla con los alumnos (...) la fluidez de la exposición, admirable al principio, giró casi sobre sí misma, de forma que una uniformidad que parecía como terminada y afecta caso llegaba a cansar».

²⁰ Hanry-David Thoreau, *über die Pflicht zum Ungehorsam gegen den Staat* [sobre el deber de desobedecer al Estado], Zurich, 1970.

²¹ Max Stirner, *Der Einzige und sein Eigentum* [El único y su propiedad], Leipzig, 1843. La primera edición española es traducción de Dorado Montero y de *La España Moderna*, en 1901; a esta edición le siguieron otras. En septiembre de 1904 *Sempere* publicó otra versión de la que se tiraron 6.000 ejemplares en primera edición y 4.000 en la segunda.

²² Loc. cit.

Tras este fracaso que le cerró la carrera de profesor del gimnasio, Stirner enseñó durante un par de años en Berlín, en un «colegio de señoritas» privado que regentaba una tal señora Gropius y que más tarde fue traspasado a cierta señorita llamada Zepp. No podemos saber lo que intentó inculcar de sus intempestivas ideas en las muchachas de la burguesía acomodada o si en la práctica se limitó estrictamente al programa señalado; no sabemos tampoco si sus alumnas estaban entusiasmadas por él o temblaban en su presencia. De todos modos ya había publicado escritos sobre «los falsos principios de nuestra educación», en los cuales plantaba exigencias que hoy nos suenan muy actuales; superación del simple saber mediante la promoción de la libertad de pensamiento con vistas a la libertad con vistas a la libertad de voluntad.

Pronunció también conferencias en las «Asociación de artesanos», entidad fundada en 1844 por el síndico municipal Hedemann para el perfeccionamiento científico y práctico de la vanguardia de los trabajadores berlineses. En su sede de la Johannisstrasse enseñaban no sólo especialistas, sino también educadores, «con la mirada puesta en una humanidad más libre». Sin embargo Stirner suscitó la cólera del gobierno y tuvo que separarse del cuerpo de profesores. No obstante la asociación continuó siendo «una escuela de revolucionarios en formación».

La sociedad de los «libres» era visitada también por algunas mujeres jóvenes, entre las que cuenta la rubia y hermosa María Dänhardt, natural de Mecklemburgo y dotada de cierta fortuna. Con ella se casó Stirner, viuda ya tras otro matrimonio de corta duración. Al igual que Bruno Bauer había comprado a su hermano la tienda de tabaco, Stirner quería asimismo invertir rentablemente la dote de su mujer. Su especulación le llevó a organizar un comercio de leche al que los campesinos debían suministrar directamente la mercancía fresca. Sólo que aquello que posteriormente conseguiría, con excelentes resultados, un tal Bolle llenar Berlín con una cadena de lecherías- también le salió mal al fracasado maestro de escuela. El fracaso de extendió al matrimonio mismo, pues en 1845 se divorciaron.

El biógrafo de Stirner, John-Henry Mackay, se encontró con María Dänhardt medio siglo más tarde, en Londres, donde vivía amargada, llena de reproches contra aquel antiguo marido, muerto ya hacia tiempo, que había dilapidado su fortuna.

En todo caso Stirner salió de su experimento económico con una penosa carga de deudas. Ya había pasado los tiempos en que alternaba alegremente por las tabernas con los «libres», y con María. Después de la bancarrota el desilusionado forjador de planes tuvo que pasar a la cárcel de deudores insolventes.

Había dedicado a María Dänhardt el libro que lo ha hecho famoso. Poco después de su aparición fue secuestrado por la censura, pero sus aguas e ingeniosas negaciones rebasaban la inteligencia de los celadores oficiales del lenguaje, pues al cabo de pocas semanas volvían a autorizar el libro por «demasiado absurdo» y, por ende, «carente de peligro». Antes de Max Stirner quizá únicamente el Marqués de Sade se había aventurado a sostener una moral absolutamente autónoma, igualmente referida al yo. Stirner dice en el *Único* «Tengo derecho a todo aquello de que sea capaz (...), estoy autorizado por Mí mismo a asesinar, si Yo mismo no Me lo prohíbo, si Yo mismo no Me retraigo ante el asesinato como ante una injusticia (...) Yo decido si lo justo está en Mí; fuera de Mí no hay ningún derecho. Si es justo, para Mí es justo. Es posible que para los Otros todavía no sea justo; esto es cuestión suya, no mía, que se defiendan. Y si algo no fuera justo para todo el mundo, pero para Mí sí lo fuera, esto es, Yo lo quisiera, no preguntaría nada al mundo entero».²³

²³Citado según H. G. Halm, *Ideologie der anonymen Gesellschaft. Max Stirner«Einzigler» und der Fortschritt des demokratischen selbstbewusstsein vom Vormärz bis zur Bundesrepublik* [ideología de la sociedad anónima. El

Y en el epílogo de su libro afirma casi místico: «Yo soy el propietario de mi poder, y lo soy cuando me sé único. En el único, el propietario mismo vuelve a la Nada creadora de que ha salido. Todo ser superior a mí, sea Dios, sea el hombre, se debilita ante mi sentimiento de unicidad, y palidece al sol de esa conciencia. Si yo baso mi causa sobre Mí, el único, ella reposa sobre su creador efímero y perecedero que se devora así mismo, y puede decir: Yo no he basado mi causa sobre Nada».²⁴

La filosofía de Max Stirner es el rechazo más radical del antiindividualismo hegeliano, de la divinización hegeliana del Estado, según la cual el supremo deber del individuo consiste en ser miembros de un Estado y entregarse completamente a él, según exige Hegel en su *Filosofía del Derecho* (1821). Sus alumnos, los «jóvenes hegelianos», concretamente el círculo de Bruno Bauer, había querido someter también el Estado al método dialéctico del desarrollo propio del maestro, pero ninguno había cedido la palabra al individuo en la medida de Stirner.

Por otra medida su filosofía anticipa lo que Proudhon, Bakunin y Kropotkin entenderán más tarde por «feudalismo», concretamente la posibilidad del individuo de asociarse, de federarse voluntariamente con los demás, pues Stirner distingue entre la sociedad preestablecida (Estado, Clase, Familia), basados siempre en la coacción, y la asociación basada en la libre decisión. Él quiere unirse con los demás sólo sin tener que jurar una bandera. En esto es el apóstol más consecuente de la «libertad», de esta palabra clave para una tendencia fundamental del siglo XIX que trata de buscarse caminos tanto en el liberalismo y su *laissez-faire* como el anarquismo.

No obstante, sus ideas encontraron poco eco en su época. A pesar de ello continuó escribiendo incluso tras el fracaso de su obra fundamental, que sólo conocería una segunda edición en 1882, cuando Stirner ya había muerto. Entre otras cosas tradujo y comentó al teórico inglés Adam Smit (1723-1790), fundador de la economía política moderna; publicó además en 1852 una «historia de la reacción». Fue colaborador de periódicos de la oposición, entre otros de la *Leipziger Allgemeinen Zeitung*. En la *Rheinischen Zeitung* de Marx, también se encuentran contribuciones suyas. Marx, que había frecuentado ocasionalmente el círculo berlinés de los «libres», atacó a Stirner, además de a otros antiguos amigos del círculo de Bruno Bauer con los que ya se había enfrentado en *La Sagrada Familia* (1845), en su obra la *Ideología Alemana*, publicada póstumamente en 1932. La crítica marxista a Stirner nunca ha enmudecido, por buenas razones, ya que su glorificación del individualismo contradice la idea de la disciplina del partido. Sin embargo, es desacertado querer derivar, como se ha hecho últimamente, el origen de ideologías fascistas a partir de la ideología de Stirner. El «para Mí no hay nada por encima de Mí» de Stirner, constituye la contraposición más patente a la divinización del Estado y del líder, ante los que el individuo se tiene que inclinar hasta el auto-sacrificio. El hecho de que Benito Mussolini manifestara en sus años jóvenes tendencias anarquistas y citara gustosamente a Max Stirner no tiene nada que ver con su consigna posterior de *Marciare, credere, ubbidire*.

Stirner no se encontraba entre los insurrectos cuando el 18 de marzo de 1948, en Berlín se produjeron combates callejeros, a pesar de que sus tesis eran más revolucionarias que todo lo que impulsaba a los ciudadanos a las Barricadas. Este ausentismo irritó sobremanera a Marx, que, por su parte, se había apresurado a marchar a Colonia desde Bruselas. El «único» nunca se había entusiasmado por el lema de los que luchaban en las barricadas: la democracia. La transformación del Estado era para él motivo de escepticismo, ya que únicamente le parecía digna de esfuerzo la libre asociación de los individuos, y no cualquier forma vieja o nueva de Estado. Además, por sus costumbres tampoco era el hombre de acción que toma el fusil

«único» de stirner y el progreso de la autoconciencia democrática desde antes de la revolución de marzo de 1848 hasta la República Federal], Colonia, 1966.

²⁴ Stirner, *Der Einzige und sein Eigentum* [El único y su propiedad].

llegado el momento de la insurrección. Había reconocido en la historia el afán de los hombres por buscarse nuevos ídolos en lugar de los caídos: «Cada vez que el egoísta mundano había derribado un poder superior -por ejemplo la ley del antiguo testamento, el papa romano, etc.,- aparecía de nuevo sobre él un poder siete veces superior, por ejemplo, la de en la ley, la transformación de todos los laicos en clérigo en lugar del clero limitado, etc. Le ocurría lo que al poseso, al cual aflúan siete demonios cuando creía haberse liberado uno».²⁵

Ha aquí su opinión de la democracia: «En el estado burgués hay solamente “gentes libres” que son *obligados* a miles de cosas».²⁶

Stirner tampoco se apresuró a marchar a la puerta de Oranienburg para llamar a la lucha a los trabajadores de las fábricas de maquinaria. Tampoco tomó parte en el incendio de las fundaciones reales de la Invalidenstrasse. Ni siquiera yacía con un balazo en el cuerpo en la sala de baile de la calle de Jerusalén, donde mujeres y médicos atendían a los burgueses y trabajadores heridos. ¿Participó en las sesiones de los clubs? ¿Estaba entre la multitud que, tras el fracaso de la revolución, siseaba al paso de las tropas del general Wrangel cuando entraban en Berlín?

Mientras la burguesía alemana, por miedo a ese cuarto estado que acababa de movilizar para su revolución, se refugiaba tras los cañones del ejército real y tras la protección de la casta terrateniente, Stirner, caído ya en el olvido, vivía al borde de la miseria. Profundamente endeudado, más tarde vestido incluso como un andrajoso, se sentaba junto a su cerveza en las tabernas, tímido, sin necesidad alguna excepto su inclinación a los cigarros puros; allí, con el ruido de la concurrencia, construía tras su escarpada frente pensamientos que quizá ya no consideraba dignos de consignar por escrito. Evitaba a sus antiguos amigos. Se seguía llamando periodista, profesor, doctor en filosofía, pero vivía de pequeñas comisiones y recados y cambiaba frecuentemente de vivienda para evitar sus deudas de alquiler, hasta que una cierta señora Weiss se compadeció de él y lo acogió en una modesta pensión. ¿Lumpenproletario? ¿Bohemia degenerada? ¿Genio incomprendido? ¿Intelectual políticamente apátrida? De todos modos Nietzsche lo ha considerado el pensador más atrevido después de Hobbes y hasta tal punto sentía su parentesco con él que llegó a abrigar el temor de que se le tomara de plagiarlo.²⁷

Max Stirner murió en Berlín en junio de 1856 de una infección. Contaba cincuenta años de edad. Sólo unos poco acompañaron su féretro, entre ellos Bruno Bauer.

CAPÍTULO III

SURGE EL ANARQUISMO SOCIAL

Junto al lema de la libertad -Benedetto Croce²⁸ habla de la «religión de la libertad» como fuerza impulsora del desarrollo en el siglo XIX- hace acto de presencia cada vez mayor la idea del socialismo. Obtiene su ímpetu, ya desde la primera mitad del siglo, de la gran indignación

²⁵ Loc. cit.

²⁶ Loc. cit.

²⁷ Ch. Andler, Nietzsche, sa vie et sa pensée, París, 1928.

²⁸ Benedetto Croce. *Geschichte des 19. Jahrhunderts* [Historia del siglo XIX], Francfort, 1968.

causada por las consecuencias inhumanas de la revolución industrial, por la miseria creciente de un proletario entregado sin protección alguna a sus depredadores.

El primero que trató de unificar ambas tendencias y con ello se convirtió en el auténtico fundador del socialismo libertario, fue Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865). Natural de Besançon e hijo de un tonelero y de una cocinera, era un hijo del «pueblo» y mitificó al pueblo, fiel a la tradición de 1792, al igual que muchos de sus contemporáneos.

«Todos mis antepasados por línea paterna y materna han sido campesinos libres y han estado sometidos desde tiempo inmemorial a la prestación de trabajo personal y a la *mainmorte* (...) Hasta los doce años mi vida transcurrió casi enteramente en el campo, realizando pequeños trabajos campesinos y guardando las vacas. Durante quince años estuve empleado en esta última actividad. No conozco ningún género de vida que sea más contemplativo y más realista el mismo tiempo».²⁹ Proudhon conservó un profundo y alegre recuerdo de su infancia.

Asistió a una escuela durante dos años, hasta que sus padres ya no pudieron costear sus estudios. Su padre había abierto una taberna donde expedía cerveza elaborada por él mismo; pero su negocio quebró al calcular con un reducido margen de ganancia, pues no quería enriquecerse «injustamente». «Yo tenía un sentimiento muy preciso de la honradez y honestidad de mi padre, pero al mismo tiempo veía claramente el riesgo que corría. Mi conciencia permitía lo primero, pero mi necesidad de seguridad me llevaba a otra dirección. Todo aquello para mí era un misterio»³⁰, escribió el hijo de sus recuerdos. Estas lecciones de observación proporcionaron muy pronto una inclinación hacia las complejas económicas, pero al mismo tiempo -como ya se ha mencionado- arrastraron, por lo que a su formación se refiere, aquellas consecuencias que muchos críticos creen haber comprobado: en lo esencial siguió siendo un autodidacta.

A los diecinueve años era tipógrafo, pero le resultaba difícil encontrar trabajo. «A lo largo de dos años vagué por el mundo, investigué y pregunté al pueblo llano, del que me siento cerca por mi situación social; no tenía tiempo para leer, mucho menos para escribir (...) Así era y así sigue siendo todavía hoy mi vida: viviendo en centro fabriles, testigo de los vicios y de las virtudes del pueblo, ganando diariamente mi pan con el sudor de mi frente, obligado a mantener a mi familia con mi modesto salario y a contribuir además a la educación de mis hermanos; y junto a todo esto reflexionando, filosofando, reuniendo los hechos más insignificantes de observaciones fortuitas. Cansado de la situación precaria y miserable del trabajador, finalmente en compañía de un colega, quise abrir una pequeña imprenta. Los escasos ahorros de ambos amigos y todos los medios de sus familias se jugaron la lotería. El pérfido juego de los negocios arruinó nuestra esperanza: orden, trabajo, ahorro, nada nos sirvió. De los dos compañeros el uno murió de agotamiento en un rincón del bosque, al otro sólo le quedó la amargura de haber comenzado a gastar el último trozo de pan de su padre».³¹

Cuando había cumplido los veintiséis años la atención pública se centró sobre él. En 1837, es decir durante el reinado del Borbón Luis-Felipe (1830-1848), obtuvo gracias a su memoria una beca de tres años de la Academia de Besançon. «Me puse de inmediato manos a la obra (...) Comencé la solitaria tarea con el estudio de los socialistas primitivos (...) Hecho sorprendente y una buena señal para mí: el haber transformado a Moisés en un filósofo y un socialista me proporcionó el aplauso general. Sin embargo, mi estudio debía servir ante todo para realizar algo. No tenía tiempo para hacerme un erudito y mucho menos para convertirme en un literato. Me dediqué de inmediato a la política económica (...) Tras un análisis largo, minucioso y sobre todo imparcial, llegué (...) a la sorprendente conclusión de que la propiedad,

²⁹ Pierre Joseph Proudhon, *De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise*, París, 1858.

³⁰ Loc. cit.

³¹ Loc. cit.

independientemente de su uso, independientemente del principio con el que se ponga en relación es una idea contradictoria. Y puesto que la negación de la propiedad lleva consigo la negación de la autoridad, de mi definición deduje inmediatamente el no menos paradójico corolario de que la auténtica forma de gobierno es la ANARQUÍA».³²

Así surgió su famoso libro *Qu'est-ce que la propriété?*³³, apareció en 1841 y en la que expresa una constatación provocadora: ¡La propiedad es un robo! En su escrito *La Sagrada Familia*,³⁴ Carlos Marx consideraba el libro de Proudhon tan importante para el proletariado como lo había sido para la burguesía el tratado del abate Sieyès *Qu'est-ce que le tiers état?* (1788). Proudhon tiene en mientes la propiedad que obliga a explotar a los demás. Y aunque en el siguiente párrafo de su libro se había puesto en guardia inmediatamente contra el reproche de querer incitar a la revolución, fue llevado ante un tribunal de jurados bajo la cuádruple acusación de ataque a la propiedad, de incitación a desobedecer al gobierno, de ofensas a la religión y de desacato contra las costumbres. Se defendió personalmente. El tribunal pronunció el veredicto de que no era competente por tratarse de una materia científica, y en consecuencia, el acusado debía ser absuelto.

El libro contiene además su profesión de fe: «La política es la ciencia de la libertad: la dominación del hombre sobre el hombre, con indiferencia del nombre bajo el que se esconda, es la opresión; la suprema realización de la sociedad se encuentra en la combinación del orden y ANARQUÍA». Mas tarde comentará: «Los políticos de todas la tendencias conciben la ANARQUÍA como desorden; por eso la rechazan sin remisión; como si la democracia se pudiera realizar de otra manera que por la distribución de la autoridad, y como su el sentido auténtico de la palabra democracia no fuera la abolición de gobierno».³⁵

Proudhon define casi humorísticamente: «Ser gobernado significa ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, clasificado, adoctrinado, sermoneado, fiscalizado, violentado, estimado, censurado, mandado por hombres que para ellos carecen de títulos, ciencia y virtud. Ser gobernado significa ser anotado, registrado, empadronado, arancelado, patentado, licenciado, autorizado, amonestado, contenido, reformado, enmendado, corregido al realizar cualquier operación, cualquier transacción y cualquier movimiento. Significa, so pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general, verse obligado a pagar contribuciones, ser inspeccionado, saqueado, explotado, monopolizado, depredado, presionado, embaucado, robado; después a la menor resistencia, a la primera queja, ser reprimido, multado, vilipendiado, vejado, acosado, maltratado, aporreado, torturado, desarmado, agarrotado, encarcelado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado, vendido, traicionado y deshonorado. ¡Esto es el gobierno, ésta es su justicia, ésta es su moral!»³⁶

Su crítica es válida con independencia de la forma de gobierno y de su color político, pues ataca también a la teoría comunista del Estado: «Los comunistas ni me perdonan mi crítica a su *communauté*; como si una nación fuera un gran pólipo y como si no hubiera junto al derecho social un derecho individual».³⁷

Cuando en febrero de 1848 estalló en París la revolución contra el régimen de los banqueros, accionistas y especuladores bajo el cual la consigna de *Enrichissez-vous* dada por el primer ministro Guizot había sido observada ampliamente a costa del proletariado, Proudhon aprobó el

³² Proudhon, *Confesions d'un Révolutionnaire pour (...)*, París, 1849.

³³ Proudhon, *Qu'est-ce que la propriété*, París, 1840.

³⁴ Carlos Marx, *Die Heilige Famile* [La Sagrada Familia], Francfort, 1845. Nueva edición, Berlín, 1953. Hay edición española de Editorial Grijalbo, México.

³⁵ Proudhon, *Confessions d'un Révolutionnaire*.

³⁶ Proudhon, *Idée générale de la révolution au XIX. Siècle*, París, 1851.

³⁷ Proudhon, *Confessions d'un Révolutionnaire*.

levantamiento de las masas, si bien constató: «Yo no hubiera hecho la revolución del 24 de febrero; el instinto del pueblo ha decidido otra cosa». Vio que se trataba esencialmente de una revolución política, que aspiraba a un cambio del sistema político; y aunque también se mezclaban en ella corrientes sociales subterráneas, su objetivo principal no era, sin embargo, la transformación de la sociedad. Proudhon había anotado ya en 1846: «La revolución social se compromete seriamente su se realiza mediante revolución política».³⁸

Aunque de hecho estaba en contra del parlamentarismo, fue elegido a comienzos de junio para la Asamblea Nacional con 77.000 votos. Catorce días más tarde los trabajadores de los suburbios salieron a la calle para protestar contra la supresión de los «talleres nacionales», una institución creada por el gobierno provisional para combatir el paro. El ejército, mandado por el general Cavaignac, hizo disparar contra ellos. El sangriento comportamiento tuvo gran influencia sobre la posición de Proudhon. Con la franqueza que lo caracterizaba para reconocer sus errores, nuestro personaje confesó: «El recuerdo de estos días de junio pesará eternamente sobre mi ánimo como una dentellada; dolorosamente reconozco que hasta el día 25 no había prevista nada, ni sabido nada, ni sospechado nada. Eligio representante el pueblo catorce días antes, había entrado en la Asamblea Nacional con la timidez de un niño, con el celo de un neófito. Participando activamente desde las nueve de la mañana en las reuniones de las juntas y comités sólo abandonaba la Asamblea al atardecer, agotado de cansancio y asco (...) absorbido por las tareas legislativas, había perdido completamente de vista la situación corriente e interrumpido el contacto con las masas. No sabía nada ni de la situación en los talleres nacionales, ni de la política del gobierno, ni de las intrigas que se cruzaban en el seno de la Asamblea. Se ha de vivir en el centro del aislamiento al que llaman Asamblea Nacional, para percatarse de hasta qué punto los hombres que peor conocen la situación de un país son casi siempre justamente aquellos que lo representan».³⁹

A continuación se destaca por sus ponencias que suenan tan agresivas que la asamblea, en su mayoría burguesa, se siente escandalizada. La revolución puede darse como fracasada en Francia cuando el 10 de diciembre es elegido presidente, incluso con muchos votos de los republicanos de izquierda, Luís Bonaparte, quien tenía a su favor el presentar su candidatura contra el carnicero de junio, Cavaignac. Proudhon escribió dos agudos artículos contra el príncipe presidente que le costaron tres años de cárcel y una multa de 7.000 francos, suma enorme para la época tanto más cuanto que se exigía de un proletario. El condenado considero huir a Bélgica, pero regreso por amor a su prometida, una modesta costurera, con la mala fortuna de que fue reconocido y delatado. Tras la detención contrajo matrimonio. La ceremonia civil naturalmente, se celebró a ambos lados de la reja del locutorio del presidio de Sainte-Pélagie. Proudhon utilizó la forzada inactividad de tres años para redactar sus *Confessions d'un Révolutionnaire*. En ellas se expone su concepción de la revolución, a la que entiende como «una explosión de la fuerza orgánica, evolución de la sociedad desde dentro hacia fuera». Sólo es legítima «si es espontánea, pacífica y esta históricamente fundamentada». ¿Cuál fue la razón del fracaso de la revolución de febrero? En su mayor parte «era tan sólo una farsa un desfile, un absurdo e iba contra el sentido común. Se podría pensar que el poder transforma incluso a la gente inteligente en estúpidos» En opinión de Proudhon se hubiera tenido que suprimir principalmente la centralización estatal: si no quería llagar hasta la ANARQUÍA, «que como todo principio, es antes un ideal que una realidad»⁴⁰, por lo menos se hubiera tenido que conceder a las comunas y departamentos la auto administración, el cuidado de su policía, la autoridad sobre sus fondos y sus tropas. Sin embargo, se consideró al pueblo menor de edad, por lo que la autoridad del gobierno, en vez de disminuir, salió fortalecida.

³⁸ Proudhon, *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la misère*, París, 1846

³⁹ *Carnets de Proudhon*, citado en D. Guérin, *Ni Dieu ni Maître. Anthologie de l'Anarchisme*, vol. I, París, 1970.

⁴⁰ Proudhon, *Confessions d'un Révolutionnaire*.

«Pero la experiencia enseña, y la filosofía lo prueba contra toda opinión preconcebida, que toda revolución ha de ser espontánea y no ha de salir de las cabezas de los que detentan en poder, sino de las entrañas del pueblo; que el gobierno es antes reaccionario que progresista (...) que finalmente la única relación existente entre el trabajo y el gobierno es ésta: el trabajo tiene la tarea mientras se organiza, de suprimir el gobierno».⁴¹

Sin embargo, organizar el trabajo significa «organizar la solidaridad de los trabajadores entre sí, significa crear su seguridad recíproca según el principio de la economía usual, por el cual todo lo que tiene un valor de cambio puede ser objeto de cambio y, en consecuencia, material para un crédito».⁴² Los trabajadores deben asociarse y producir bajo su propia administración. «Queremos estas asociaciones como modelo para la agricultura, para la industria y el comercio, como primer núcleo de la amplia federación de compañías y sociedades unidas en la común asociación de la república democrática y social».⁴³ Para impulsar tales asociaciones -que en su opinión se extenderían, eliminarían progresivamente toda iniciativa privada, penetrarían el Estado y lo harían finalmente superfluo- había fundado un «banco popular», en calidad de instituto de crédito sin intereses. Se ha reprochado burlescamente a su fundador sin motivo, su pronta liquidación. El cierre no se produjo en absoluto por razones económicas, sino por el único hecho de que su fundador y director tenía que comenzar a cumplir la pena de prisión.

Tras su puesta en libertad de Sainte-Pélagie parece ser que tuvo una conversación con el príncipe presidente, convertido ya por aquel entonces en emperador. Parece ser que se reunieron por deseo expreso de Napoleón III en la oficina del rey de los periódicos en el París de entonces, en la oficina de Émile de Girardin. Ninguno de los participantes ha dejado ninguna nota al respecto, ni siquiera Girardin. André Salmon no quiere excluir la suposición de que el recuerdo que el emperador, antiguo carbonario, guardó de la entrevista, le impulsó a reconocer a los trabajadores el derecho de huelga, lo cual sólo quedó de hecho en letra muerta, ya que pronto se hizo intervenir al ejército imperial contra los huelguistas.

En Proudhon las experiencias revolucionarias habían acentuado todavía más su rechazo de todo tipo de autoridad estatal. En 1849 escribió al periodista socialista Pierre Leroux (1797-1871): «La abolición de la explotación del hombre sobre el hombre y la abolición del gobierno del hombre sobre el hombre son una misma fórmula».⁴⁴ En su escrito *De la capacité politique des classes ouvrières* (1864) ataca la teoría del comunismo de Estado tal como exponía el miembro del gobierno provisional Louis Blanc (1811-1882), de quien procede la formulación a menudo recogida posteriormente de «A cada uno según sus necesidades, a cada uno según sus capacidades». En dicho trabajo dice Proudhon al respecto:

«El sistema político de Blanc se puede definir de la siguiente manera: una democracia compacta, fundada aparentemente sobre la dictadura de las masas, pero donde las masas sólo tienen poder en la medida necesario para asegurar la esclavización general según las siguientes fórmulas y máximas tomadas del viejo absolutismo:

- Indivisibilidad del poder;
- Centralización absorbente;
- Destrucción sistemática de todo pensamiento individual, corporativo y local por ser considerado disgregador;
- Policía inquisitorial;
- Eliminación o por lo menos coerción de la familia, sobre todo del derecho de herencia;

⁴¹ Proudhon, *La Révolution sociale démontrée par le coup d'Etat du 2 Décembre*, Paris, 1852.

⁴² Loc. cit.

⁴³ Loc. cit.

⁴⁴ *Carnets de Proudhon*, citado por Guérin.

Organización tal del sufragio universal, que sirve para la sanción permanente de esa tiranía anónima mediante la preponderancia de los elementos mediocres e incluso inútiles, los cuales siempre están en mayoría contra los cuidados capacitados y los caracteres independientes, quienes -puestos, naturalmente, en minoría- son considerados sospechosos».

Este escrito de Proudhon, publicado en 1864, pasó a ser durante muchos años texto programático del movimiento obrero francés, para decepción de Carlos Marx, pues su doctrina sólo pudo contrarrestar el influjo de Proudhon con grandes dificultades. Él mismo, cuando todavía era un perdidota desconocido de veintiséis años, había conocido personalmente, en París, en 1844, a Proudhon, que contaba ya con treinta y cinco años y a quienes sus primeros escritos había proporcionado ya cierta fama. Parece que ambos se vieron con bastante frecuencia durante todo un invierno. Al año siguiente Marx, tras su expulsión de París, propuso a Proudhon un trabajo en común en una correspondencia internacional socialista. Éste aceptó, aunque con ciertas reservas: «Investiguemos, conjuntamente si usted quiere, las leyes de la sociedad, sigamos el camino de su realización y discutamos el proceso de su descubrimiento; guardémonos sin embargo, ¡por amor de Dios!, de imponer a los hombres inmediatamente después de la destrucción de todos los dogmas apriorísticos, otras ideas doctrinarias nuevas; no incurramos en la auto contradicción de su compatriota Lutero, que aniquiló la teología católica para fundar inmediatamente la teología protestante con la ayuda de excomuniones y anatemas».⁴⁵

Proudhon no era hombre que se inclinara ante una autoridad externa. En su carta de renuncia de 1846 escribió a Marx: «No nos hagamos sumos sacerdotes de una nueva religión, ya sea la religión de la lógica o la religión de la razón».⁴⁶

Marx pasó abiertamente al ataque contra Proudhon en su libro *Misère de la philosophie*, publicado en francés en 1847 como réplica polémica al libro de Proudhon *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la Misère* (1846). Siguiendo su costumbre, Marx no limitó su polémica a lo teórico, sino que intentó «despachar» también humanamente el objeto de la misma. Proudhon ha afirmado que Marx entendió mal a propósito sus exposiciones. A esta ruptura definitiva siguieron por parte de Marx y Engels otros muchos golpes bajos airados y sarcásticos contra el peligroso rival.

Uno de los reproches repetidos a menudo contra Proudhon es el de que sus teorías y escritos están llenos de contradicciones. A esto se podría responder con una frase del *Principe fédératif* (1863) «La realidad es que por su propia naturaleza compleja: lo simple no abandona la forma ideal, no se hace concreto». En 1858 había publicado un escrito titulado *De la justice dans la Révolution et dans L'Eglise*, que le proporcionó de nuevo una acusación por ataques a la familia, a la moral y a la religión. Fue condenado una vez más a tres años de prisión, pero también esta vez consiguió huir a Bélgica. Se guardó de repetir el error de 1853, instalándose en Ixelles, un arrabal de Bruselas.

Su actividad como periodista no conocía la fatiga. La cuestión de las nacionalidades conmovía Europa: en Italia estalló, con apoyo francés, la lucha contra Austria. El entusiasmo por Polonia era más vivo que nunca. Los esfuerzos húngaros por la independencia encontraban la simpatía de todas las fuerzas liberales. Proudhon se enfrentó unánime contra esta corriente. Su pensamiento era internacionalista, ya que lo que tenía en mente era una confederación de federaciones en lugar del enfrentamiento de los estados nacionales. Consideraba funesta la formación de nuevos estados nacionales, pues en ellos no encontrarían lugar las anheladas soluciones federativas y sociales; en vez de fundar nuevos estados encajados junto a los

⁴⁵ Citado según Nattlau, *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin* [El anarquismo de Proudhon a Kropotkin], Berlín, 1927.

⁴⁶ Loc. cit.

antiguos, se debían disolver los antiguos en pequeños grupos populares, en comunas independientes asociadas entre sí, en agrupaciones de trabajo, con vistas a constituir federaciones laxas. ¿Perdía el mundo algo, si no existía un estado polaco? Proudhon atacó a Mazzini, heraldo del levantamiento nacional italiano, y al héroe popular Garibaldi, que con sus escuadras había conquistado Roma. Si Napoleón III ayudaba a forjar la unidad Italiana, lo consecuente sería tan sólo -consignaba proudhon con amarga ironía- que restaurara finalmente el imperio Carlomagno y se anexionara por lo tanto también Bélgica.

Las buenas gentes de Ixelles no veían en todo esto ningún atractivo. Estaban encolerizados desde hacia tiempo por sus artículos antiliberales contra las revoluciones nacionales, irritadas además por su ateísmo -aunque entretanto sus opiniones sobre un cierto ceremonial cristiano habían cambiado-, y ante sus ventanas se formaron escandalosos tumultos populares, instigados por la prensa burguesa. La policía tuvo que intervenir para protegerlo y finalmente, para evitar el escándalo, se le obligó a abandonar Bélgica.

Anulada la sentencia contra él ya en 1860 -probablemente, a instancias de Jérôme Napoleón, primo del emperador, que apreciaba a Proudhon como persona y como autor- éste pudo volver a París.

La dictadura del segundo imperio se había desgastado un poco en sus doce años de existencia. Napoleón III, político experimentado, intentó refrescar su popularidad mediante unas elecciones aparentemente libres para un nuevo parlamento. Fueron convocadas para 1863. Proudhon llegó justamente a tiempo para tomar, in situ, posición respecto al pro y contra de una participación electoral. Nos ha dejado una descripción del ambiente parisino: «El lunes 1 de junio de 1863, hacia las diez de la noche, París se hallaba en un estado de sorda excitación que recordaba la de los días 26 de julio de 1830 y 22 de febrero de 1848. Según los indicios, si se salía a la calle, no faltaba mucho para que se pudiera pensar en la víspera de una lucha. Por todas partes se oía decir: París, que por primera vez desde hace veinte años ha recuperado su vida política, despierta de su letargo, se siente renacer, un aliento revolucionario lo inflama. París de había levantado a la llamada de sus oradores como guardián de las libertades de la nación y había respondido con el más rotundo “no” a la solicitud del gobierno».⁴⁷

De hecho la lista del gobierno fue rebasada en París por la oposición con casi dos tercios de mayoría.

«El 1 de junio de 1863 había eclipse de luna», continúa proudhon en su descripción. «el cielo estaba radiante, la tarde maravillosa. Corría una suave brisa que parecía participar de aquella saludable excitación (...) “También el despotismo se oscurece ante la libertad”, decían los bromistas (...) “Decid más bien, respondían los apocados, que la razón parisiense se ha oscurecido. ¡Ay! Comenzáis otra vez con vuestras bromas de 1830 y 1848. ¡Muy bien! ¡Os irá peor que en aquellas dos ocasiones!”».⁴⁸

Proudhon era partidario firmemente decidido de la abstención. Era contrario a que el proletariado fortaleciera con sus votos la oposición liberal burguesa. En ausencia de libertad de prensa y de reunión no se podía hablar de elecciones libres, tanto más cuanto que los elegidos debían prestar juramento al emperador. Sólo mediante una abstención masiva se podía mostrar claramente al jefe del Estado que tenía que renunciar a la dictadura.

Además en estas elecciones los trabajadores parisienses habían prestado por primera vez un candidato propio, el cual, ciertamente, obtuvo tan sólo un número insignificante de votos. En las elecciones complementarias de primavera presentó su candidatura Henri-Louis Tolain (1828-

⁴⁷ Proudhon, *De la capacité politiques des classes ouvrières*, París, 1864.

⁴⁸ Guérin, *Ni Dieu ni Maître*, vol. I.

1897) que más tarde iba a ser cofundador de la Internacional; obtuvo solamente 424 votos. Un comité electoral de trabajadores compuesto por 60 miembros había elaborado un manifiesto que ha pasado a la posteridad como «la primera expresión pública de la conciencia de clase de los trabajadores». ⁴⁹ Aunque Proudhon, por consideraciones tácticas, no aprobaba totalmente el texto del manifiesto, éste muestra, sin embargo, hasta qué punto muchos de sus pensamientos ya eran moneda corriente en el proletariado.

No obstante, nuestro personaje se había enemistado con todos los grupos y organizaciones políticas. Su desconfianza hacia toda «política», su fe en la preponderancia de los grupos espontáneos, en las instituciones sociales autónomas, en la solidaridad y la ayuda económica recíproca, encontró sin embargo un eco. Así por ejemplo, trabajaban ya en París 35 sociedades de crédito sobre la base de la reciprocidad, las cuales -como constata el manifiesto de los sesenta- «contienen gérmenes fructíferos; pero necesitan el sol de la libertad para desarrollarse plenamente».

El último escrito de Proudhon, *La capacité politique des classes ouvrières*, es al mismo tiempo su testamento político, en realidad un comentario al manifiesto de los sesenta. Tuvo que dejar la elaboración definitiva a un amigo. La enfermedad y luego la muerte le arrebataron la pluma de las manos. Murió en el año 1865.

Según la caracterización de Daniel Guérin, Proudhon fue «el creador del “socialismo científico,” de la economía política socialista y de la sociología moderna, el padre del anarquismo, del mutualismo (colaboración económica basada en la reciprocidad), del sindicalismo revolucionario, del federalismo (económico y comunal) y de la forma especial de colectivismo hoy actualizada por la “autogestión” (...) Finalmente fue sobre todo el primero que reconoció y señaló proféticamente los peligros de un socialismo autoritario y dogmática». ⁵⁰ Proudhon mantuvo durante toda su vida la promesa que había hecho de joven en su memoria para la Academia de Besançon: «Nacido y crecido en medio de la clase trabajadora, perteneciente a ella de corazón e inclinación, pero sobre todo por padecimiento y deseos comunales, sería mi mayor alegría (...) trabajar infatigablemente mediante el estudio de la filosofía y de las ciencias, con mi voluntad y todas las fuerzas de mi espíritu, por la promoción material, moral y espiritual de aquellos a los que quisiera llamar mis hermanos y compañeros y asimismo poder esparcir entre ellos la semilla de una doctrina en la que veo la ley del mundo ético. Ante ustedes, señores, me considero ya representante suyo, en espera del éxito de mis esfuerzos». ⁵¹ Al final de su vida registró resignado: «No tengo sitio en el mundo; me veo en un estado de continua oposición al orden de las cosas». O mucho más amargado todavía.

«Si no tuviera en mi mente la liberación de estas venalidades, estaría en la primera fila de aquellos que las explotan. Pero hay un derecho, una libertad, una dignidad humana, una inviolabilidad de la persona, del espíritu y de la conciencia. Y debo intervenir en su favor» ⁵²

La tarea, en última instancia insoluble, que había reconocido y se había planteado aparece expresada en las *Confesiones de un revolucionario*: «El antagonismo reproducido continuamente por la contradicción fundamental entre sociedad e individualidad ha de ser reducido también durante toda su vida, con dedicación y pensamiento práctico, cumplir esta tarea pragmáticamente y con un espíritu liberal».

Aunque él, contrariamente a Carlos Marx, rechazaba el uso revolucionario de la violencia, sin embargo adeptos a su doctrina desempeñaron un papel determinante en la primera revolución

⁴⁹ Loc. cit.

⁵⁰ Loc. cit.

⁵¹ Loc. cit.

⁵² Citado según Nattlau, *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin*.

proletaria, el levantamiento de la Comuna de París en Marzo de 1871, sin duda alguna la revolución más pacífica que jamás se ha producido y que sólo llegó a ser sangrienta bajo el terror de la reacción Versallesca. Ciertamente las posibilidades de interpretación de los textos de Proudhon son tan grandes que la *Commune*, a la que pertenecían muchos de sus partidarios, permitió el fusilamiento -cruel paradoja- del albacea del «maestro», Gustave Chaudey, durante la *Semaine sanglante*. ¡Algunos proudhonianos, por ejemplo Tolain, eran incluso partidarios de Versalles!

El movimiento obrero francés se consolidó de nuevo, tras un entumecimiento de casi diez años, al comienzo de los años 80. Ahora, por lo que respecta a la formación de un partido, la teoría de Marx obtuvo un influjo cada vez mañana, mientras que por el contrario los sindicatos adoptaron las teorías federacionistas basadas en pospensamientos de Proudhon. Según ellos los sindicatos los sindicatos constituyen el auténtico grupo de lucha proletaria; sólo a través de ellos sería posible la transformación de una sociedad libre y sin clases y han de hacer superfluo el Estado. La sociedad futura ha de organizarse en una federación no rígida de pequeños grupos según el ejemplo de las empresas, mientras que a las federaciones suprarregionales de sindicatos locales correspondería únicamente la función coordinadora.

La irradiación de las teorías de Proudhon superó en principio a las marxistas durante décadas, no sólo en Francia, sino también, por ejemplo Rusia. Alexander Herzen, el influyente revolucionario ruso, unió ideas anarquistas y representaciones rusas. Herzen además alcanzó a ver personalmente a Proudhon en París en 1848.

CAPÍTULO IV

SIMIENTES RUSAS DE LA REVOLUCIÓN

Alexander Herzen (1812-1870) escribió: «El año que acaba de finalizar (1848-49) ha ofrecido un espectáculo terrible: la lucha del hombre contra los liberadores de la humanidad. El discurso osado, el escepticismo mordaz, la negación despiadada, la ironía inflexible de Proudhon han disgustado a los revolucionarios patentados no menos que los conservadores: se precipitaron llenos de cólera sobre él, se situaron ante sus propias tradiciones con la rigidez de legítimas, tenían miedo de su ateísmo y de su ANARQUÍA; no podían comprender que se pueda ser libre sin el Estado, sin administración democrática. Escuchaban con estupefacción las inmorales palabras de que la república está hecha para los hombres y no los hombres para la república, y cuando no pudieron aportar ni suficiente lógica ni suficientes palabras bonitas, declararon sospechoso a Proudhon, colgaron sobre él el anatema de revolucionario, lo expulsaron de su ortodoxa unidad (...) ¡Ahí tenéis a los cruzados de la libertad, a los privilegiados liberadores de la humanidad! Tienen miedo de la libertad; necesitan un señor para no excederse; necesitan un poder por encima de sí, pues carecen de confianza en sí mismo».⁵³

Alexander Herzen era hijo de un acaudalado noble ruso. Su madre procedía de Suabia. La H de su apellido (en ruso no hay H), le fue impuesta por deseo de su padre. En la universidad se había ocupado, en el seno de los círculos estudiantiles moscovitas, de los primitivos socialistas franceses. De Proudhon todavía no había nada; pero, a pesar de las rígidas prohibiciones de la

⁵³ Alexander Herzen, *Vom anderen Ufer* [Desde la otra orilla], 1850, edición rusa en 1858. Nueva edición alemana, Munich, 1969.

censura, circulaban escritos, fundamentalmente de Fourier (1772-1837). En Moscú trabó amistad con el joven Bakunin, que profundizaba en el estudio de Kant, se entusiasmaba con Schiller y Fichte y pensaba todavía en comenzar una carrera universitaria. Herzen fue detenido y desterrado a Siberia -destinos de numerosos intelectuales rusos-, de donde pudo regresar en 1843 para marchar al extranjero. Nunca volvió a pisar suelo ruso. Tras su estancia en París volvió a Niza y pasó en 1851 a Londres, donde vivió muchos años y editó la revista *Kolokol*⁵⁴. Este órgano encontró en Rusia amplia difusión ilegal y Herzen pudo ejercer a través de él fuerte influencia sobre la vida espiritual rusa.

«Herzen creó la prensa rusa libre en el extranjero. Éste es su gran mérito. El *Kolokol* defendía ardientemente la liberación de los campesinos. Quedaba roto el silencio esclavista», señaló Lenin en 1912; añadiendo además «él levanto la bandera revolucionaria».⁵⁵ Por otra parte lo crítico enérgicamente en el mismo artículo como fundador del socialismo «Ruso» de «orientación populista». De hecho Herzen creía encontrar en el *mir*, en la comuna rural rusa, un punto de partida para un socialismo colectivista del futuro.

«Es una suerte para el pueblo ruso», escribió en 1861, «que siempre haya quedado fuera de todos los movimientos políticos, fuera de la civilización europea, la cual sin duda alguna hubiera enterrado la comuna rural, la civilización que ahora se niega a si misma en el socialismo ¿ay que extrañarse de que un pueblo que posee el *mir*, la comuna rural, y la comunidad de trabajo, que tiene una opinión propia sobre el derecho de posesión de la tierra y sobre la seguridad comunal (...), se halle más cerca de la realización de la revolución económica, es decir, social, que la Europa romana-feudal, burguesa?»⁵⁶

Estaba convencido de que el futuro pertenecía a los campesinos rusos y a los trabajadores europeos, a un «mundo del trabajo que pone fin al mundo de aquellos que gozan sin trabajar». Su socialismo tenía muchos rasgos de «anarquismo personal».

Sin embargo el padre de la oposición rusa, desde la tendencia liberal a la radical, fue Alexander N. Radischev(1749-1802), de quien Catalina II dijo que era «peor que Washington, pero que Pugatchev».⁵⁷ También Radischev era vástago de una rica familia de terratenientes, había estudiado en la universidad de Leipzig entre otros lugares y se había ocupado de la filosofía de la ilustración francesa y de la economía política inglesa (Adam Smith). De la literatura alemana apreciaba sobre todo a Herder (1744-1803). Ejercía como poeta, periodista y traductor. Sólo uno de sus libros adquirió importancia; aunque tras el escándalo apenas se podía encontrar algún ejemplar, durante décadas siguió siendo fermento del desarrollo espiritual de Rusia. Llevaba el inofensivo título de *Viaje de Petersburgo a Moscú* y había aparecido con licencia oficial. Pero cuando la zarina le echó una ojeada ordenó detener inmediatamente al autor. Su famoso papel de déspota «ilustrada» solamente lo interpretaba ante los intelectuales de Europa occidental -desde Voltaire a Diderot- que se dejaron engañar por las apariencias. Radischev fue condenado a muerte y aun más tarde indultado con el destierro gracias a una influyente protección. Finalmente pudo acompañarle a Siberia una amiga que llevó también consigo los dos hijos del condenado. Tras la muerte de la zarina, en el reinado de Pablo I, le fue permitido el regreso, pero su rehabilitación se produjo sólo con la subida al trono de Alejandro I. No obstante, Radischev se suicidó al año siguiente.

En el libro, tan nefasto para él, describe, en una serie de excitantes anécdotas vividas durante un viaje, los destinos típicos de los siervos: castigos corporales despiadados por nimiedades,

⁵⁴ La campana.

⁵⁵ «Dem Gedächtnis Herzen» [En memoria de Herzen] en Lenin, *Werken* [obras], vol. 18, Berlín, 1972.

⁵⁶ Citado en D. Tchizevski, *Zwischen Ost und West, Russische Geistesgeschichte* [Entre el este y el oeste, historia del pensamiento ruso], vol. II, Reinbek, 1961.

⁵⁷ Caudillo de la gran rebelión de los cosacos en 1773.

abuso sexual de criadas indefensas por parte del señor, subasta sin escrúpulos de campesinas y la desgarradora despedida de éstos de sus familias, despedida de los jóvenes arrebatados por un servicio militar de 25 años de duración y forzados matrimonios, tal como más tarde informará Kropotkin a partir de sus propias experiencias en las propiedades de su padre. Radischef llega a la siguiente conclusión: «La muerte y el incendio serán la venganza por nuestra inhumana crueldad». Apela a los funcionarios responsables del bienestar del pueblo - obsérvese que no apela a los propios campesinos- para que procedan contra los crueles propietarios «¡Quemad sus carros de cereales, sus graneros y sus almacenes, esparcid la ceniza por los campos donde su tiranía ha desencadenado su ira, marcadlos con el sello de criminales!» En un tono todavía más rebelde dice: «La injusticia del opresor otorga al pueblo, su juez, el mismo derecho que la ley otorga con respecto al criminal e incluso más todavía».⁵⁸

El despotismo ruso alcanzó un nuevo punto álgido cuando subió al trono Nicolás I (1796-1855; zar desde 1825) y fue aplastada la sublevación de los decembristas. Enemigo de todo tipo de ilustración y hombre de corta inteligencia, el zar se opuso a cualquier reforma, completó hasta la perfección el régimen policiaco esbozado por Pablo I y pretendió regular la vida de todos los súbditos bajo la vigilancia del Estado. Todo pequeño asomo de libertad fue eliminado; se puso especial cuidado en reprimir cualquier tipo de actividad intelectual. La enseñanza de la geometría en las escuelas superiores podía ser impartida únicamente, por deseo expreso del zar, «eliminando las demostraciones». La vida se hizo cada vez más opresiva. A Tiutcheva, dama de la corte, en sus memorias llamó al zar «un Don Quijote del absolutismo, horrible y malvado».⁵⁹ Ciertamente, la literatura y la discusión buscaron refugio en círculos privados, tras puertas y ventanas cerrada; pero los participantes corrían el riesgo de ser condenados, sin juicio previo, al destierro, a prisión o al servicio militar como soldado raso. En esta atmósfera se desarrolló la juventud de un Alexander Herzen, de un Dostoyevski o de un Bakunin.

Visarion Grigorievich Belinski (1811-1848) ejerció gran influjo sobre los círculos estudiantiles, en buena medida a través de su correspondencia privada. Su agitación se refería no sólo a la abolición de la servidumbre, sino también a la eliminación de la dinastía y sobre todo de la monarquía. Belinski atacaba asimismo a la filosofía únicamente teórica. Proclamó el derecho del hombre a la felicidad en esta vida y fue uno de los primeros representantes en Rusia de las ideas socialistas. Bakunin, quien mantuvo estrechas relaciones de amistad con él durante su estancia en Moscú recibió un poderoso estímulo al igual que muchos jóvenes rusos de entonces.

Sin embargo, el pensamiento oficial era rechazado también por los esclavófilos. Para Constantin Aksakov (1817-1860) el Estado era, frente al pueblo, «el principio del mal». Si los eslavos hubieran sido «pueblos sin Estado», hubieran creado -aquí coincide con el «el occidental» Herzen- El *mir*, el colectivo de la aldea comunal. «Las mentes más avanzadas de Europa llegan a la conclusión de que la mentira no reside en ésta o aquélla forma de Estado, sino en el *Estado como tal*» La vía del Estado es la ausencia de Libertad; la vía de la justicia interna es la libertad. Aksakov concluye que sólo la segunda es digna del hombre. Se trata de pensamientos que suenan como una especie de obertura del anarquismo europeo, en el que los rusos deberían desempeñar un papel tan importante.

Hacia la mitad del siglo en Rusia se puso también en marcha el desarrollo industrial. Según Tchizevski, historiador más bien conservador, «el nuevo capitalismo ruso había adoptado formas repugnantes en aquella atmósfera de viejas costumbres, entre funcionarios sobornables y con trabajadores jurídicamente desvalidos que poco antes eran todavía siervos; este capitalismo era incapaz de ejercer mucho más que el de otro país, un atractivo sobre personas

⁵⁸ Loc. cit.

⁵⁹ Loc. cit.

inteligentes y moralmente sensibles». ⁶⁰ También empeoró considerablemente la situación de los campesinos, después de que se hubiera abolido la servidumbre en el reinado de Alejandro II. Las parcelas que les había sido concedidas les proporcionaron a los sumo un tercio de los medios necesarios para su subsistencia; estaban además sujetos a impuestos y se veían forzados por necesidad económica a emplearse como trabajadores asalariados y a domicilio. A pesar de ello se iban endeudando en medida cada vez mayor, de formas que los grandes propietarios autónomos, los Kulaks, acaparaban cada vez más tierras.

Muchos de los antiguos siervos se convirtieron en proletarios formados así la masa de trabajadores necesaria para el desarrollo del capitalismo. Al mismo tiempo sólo la tarea de recaudar impuestos trajo consigo un aumento del número de funcionarios, lo cual hizo necesaria una ampliación del sistema escolar. Surgieron escuelas primarias y la universidad se abrió, al menos teóricamente, a todas las clases excepto a las mujeres. Muchas jóvenes de la nobleza y de la burguesía marcharon por esta razón al extranjero. No obstante, surgieron universidades privadas y Kropotkin señala que «a pesar de la enconada oposición de la policía estatal, a cuyos ojos toda estudiante era adicta a la revolución (...) las mujeres lograron, sin embargo, abrir una serie de centro de enseñanza ante la presencia misma del gobierno». ⁶¹

Pronto aumentó el estrato de los intelectuales de tal forma que faltaron cargos públicos para los licenciados universitarios. Esta multitud simi-desclasada se vio además impulsada por los métodos terroristas de la policía estatal a adoptar posiciones desesperadas: liberación y negación de los valores transmitidos debieron parecerles una misma cosa.

En 1861, el año de la abolición de la servidumbre, llegó Bakunin a Londres como fugitivo.

CAPÍTULO V

UN NUEVO OFICIO: REVOLUCIONARIO

Alexander Herzen ha descrito a Bakunin, a quien había encontrado en Londres, con las siguientes palabras:

«Bakunin poseía muchos defectos, pero éstos era de escasa importancia. Sus buenas cualidades, por el contrario, eran prodigiosas. ¿Acaso no es ya colosal tan sólo este rasgo; que Bakunin, tan pronto como fue desviado de su rumbo por el destino -no importa en que dirección-, (...) se dedicara inmediatamente a impulsar la corriente revolucionaria hacia delante y a encender el fuego haciendo de la revolución una ardiente cuestión vital? (...) En Londres comenzó a revolucionar ‘la campana’, (...) encontró que éramos demasiado moderados, que estábamos demasiado poco inclinados a utilizar medios decisivos. (...) en espera de nuestra conversión agrupo a su alrededor todo un círculo de eslavos. Había allí checos, (...) serbios, (...), un búlgaro (...), un médico militar turco y polacos de todo tipo: adeptos de Bonaparte, de Mieroslavski, de Czartoryski, demócratas sin ideas sociales, pero con algunas gotas de sangre de oficial; socialistas católicos, anarquistas aristocráticos y simples soldados que querían pelear in poco por donde fueras, En América del norte o del sur, pero preferentemente en Polonia».

⁶⁰ Loc. cit.

⁶¹ P. Kropotkin, *Memoiren eines Revolutionärs*, Francfort, 1970 [Memorias de un revolucionario].

«En su compañía se curó Bakunin (...) de su aislamiento. Debatía, predicaba, disponía, gritaba, decidía, dirigía, organizaba, daba ánimos durante todo el día, durante toda la noche, a lo largo de las veinticuatro horas. En los pocos momentos que le quedaban libres se sentaba en su escritorio, limpiaba de cenizas un espacio más bien reducido y comenzaba a escribir cinco, diez, quince cartas (...) De pronto tiraba la pluma y llamaba al orden a algún dálmata rezagado (...) Acto seguido, sin haber terminado de hablar, se ponía de nuevo a escribir (...) Su actividad, su ociosidad, su apetito, su talla gigantesca, su constante sudar, todo rebasa en él la medida humana, y él mismo era un gigante a cuya cabeza daba su desgredada melena un aspecto leonico

»A los cincuenta años seguía siendo el estudiante nómada de la calle Marosseika, el mismo bohemio vagabundo de la Rue de Bourgogne. Despreocupado del futuro y menospreciando el dinero, si tenía alguna cantidad la derrochaba en todas direcciones; si no tenía nada tomaba prestado con esa naturalidad con que los niños aceptan dinero de sus padres -sin preocuparse por devolverlo-, con esa ingenuidad con que él mismo estaba dispuesto a dar cualquiera su último dinero después de haberse reservado la suma necesaria para té y tabaco (...).

»En él había algo infantil, cándido y sencillo, que le proporcionaba un encanto desusado capaz de atraer a los fuertes y a los débiles. Solamente burgueses insignificantes se sentían repelidos por todo aquello.

»(...) Sobre la mesa había montones de tabaco, recogidos en cierta medida como provisión, y la ceniza de los cigarros aparecía por doquier entre los papeles y vasos de té todavía sin terminar (...) El humo flotaba por la habitación en densas vaporadas desde las primeras horas de la mañana (...) A menudo se divertía con el asombro de Grace, la criada, cuando en plena noche, confusa y un poco horrorizada, traía ya por quinta vez agua caliente y un azucarero lleno a esta oficina de la liberación eslava.

»Mucho después de que Bakunin se hubiera marchado de Londres -del número 10 de Paddington Green-, continuaba hablándose todavía de la vida y actividad de aquel hombre que se había saltado todos los conceptos venerados por los burgueses ingleses. Téngase en cuenta que la criada y la patrona lo idolatraban».⁶²

En el momento de su aparición en Londres, el 28 de diciembre de 1861, el gigante tenía ya una larga odisea a sus espaldas. Mikhail A. Bakunin había nacido el 20 de mayo* de 1814 en el gobierno de Twer, situado a unos 200 kilómetros de Moscú, en la hacienda paterna. La hacienda contaba con 500 siervos, es decir, se trataba de una propiedad importante, aunque ciertamente iba de mal en peor debido al hundimiento de los precios de los cereales y a las perturbaciones causadas por las guerras napoleónicas. El padre de Bakunin, mariscal del gobierno, había estudiado medicina en Padua hacía tiempo, había entrado durante breve tiempo en la administración pública y finalmente había recibido la propiedad familiar; donde vivía en compañía de sus viejas hermanas, tres damas de temperamento místico. Se casó con una Muraviev, una noble empobrecida que le dio diez hijos. La actitud de la madre hacia ella era despótica, por lo que el indomable ansia de libertad de Mikhail se ha explicado a partir de represiones tempranas y exageradas rígidas.

A la edad de catorce años se le arrancó del amado entorno fraterno y fue enviado a la Escuela de Artillería de San Petersburgo. Acerca de esta época escribió en una carta posterior (1837) que entre los cadetes había «aprendido de golpe todo lo que la vida puede ofrecer de tétrico,

⁶² Alexander Herzen, *Mein Leben; Memoiren und Reflexionen 1852-1868* [Mi vida; memorias y reflexiones], Berlín, 1962.

* El 8 de mayo según el calendario ruso.

sucio y aborrecible». ⁶³ Al cabo de cuatro años de rígida formación militar y de un estudio embrutecedor, como no podía ser menos en una escuela militar bajo el reinado de Nicolás I, fue ascendido a oficial, pero un superior lo descubrió vistiendo de paisano -las ordenanzas lo prohibían-, lo cual le consto como castigo el traslado. La pequeña guarnición con sus bacanales y su monótono servicio no era el ambiente capaz de satisfacerle. En 1834 escribía en una carta a sus familiares: «únicamente quisiera saber cuál es el objeto de mi existencia y cuál es el lugar que me corresponde en la inmensa maquina del mundo». ⁶⁴

Bakunin amaba apasionadamente a su tercera hermana, Tatiana. Las cartas que le dirigía tienen todo el acento de un amante desgraciado: «No puedes imaginarte qué difícil me resultó resignarme a tu indiferencia y qué horribles pesares me ha causado la pluma en las cartas que te dirigía». Seis años más tarde le escribirá: «Las leyes condenan el objeto de mi amor, Taniuscha; esto va por ti».

En 1835 volvió a casa de permiso, pero no regreso al servicio, sino que abandono el ejército del enfado paterno con el fin de dedicarse a estudiar en Moscú. Se ganaba la vida dando clases de matemáticas. Allí descubría a Schelling, Kant, Fichte -del que tradujo al ruso algunas cosas- y más tarde a Hegel. Entabló amistad con Herzen y con Balinski, pero escribía todavía frases como las siguientes: «levantarse contra lo que existe o aniquilar en nuestro interior toda fuente de vida es la misma cosa; conciliarse con la realidad es, bajo cualquier punto de vista, el gran deber de nuestra época». ⁶⁵ Las objeciones de Alexander Herzen le hicieron, no obstante, reflexionar.

Con ayuda de su amigo se trasladó en 1840 a Berlín. Allí se reunía con Arnold Ruge (1802-1880), editor de los *Anuarios Alemanes*, y con los jóvenes hegelianos, aunque no pertenecían a su círculo, el «Club de los doctores». Tampoco parece haber tenido ninguna relación con los «libres», esto es, con stirner y los hermanos Bauer. Pero su primera gran publicación, *La reacción en Alemania* (1842), que apareció bajo el pseudónimo de Jules Elysard, manifiesta ya hasta qué punto habían cambiado entretanto sus opiniones. El libro comienza con el lema de su vida: «Libertad, realización de la libertad, ¿quién puede negar que esta palabra encabeza el orden del día de la historia?» Y el *Fragmento de un francés*, así reza el subtítulo de su trabajo, termina con esas frases a menudo mal comprendidas:

«Dejarnos confiar, pues, en el espíritu eterno, que es destruido y aniquilado únicamente por ser la fuente insondable y eternamente creadora de toda vida. ¡La sed de destrucción es al mismo tiempo una sed creadora!» ⁶⁶

Bakunin había marchado entretanto a Dresde, donde conoció al poeta revolucionario Georg Herwegh (1817-1875). Continuo viaje en su compañía hacia Zurich, pues no se sentía seguro en la Alemania de entonces y en Rusia las autoridades habían dirigido ya la atención sobre él. Sin embargo, en Zurich entró en contacto en mayo de 1843 con el oficial de sastre alemán Wilhelm Weitling (1808-1871), miembro de la «Liga de los Justos», organización comunista para la que redactó un escrito programático. Cinco años después, Marx escribiría su *Manifiesto Comunista* también por encargo de esta liga. Bakunin quedó impresionado por la propaganda de Weitling, pero en una serie de artículos publicada en el *Schweizer Republikaner* expuso su rechazo de una sociedad organizada según la receta comunista.

⁶³ Citado en Fritz Brupbacher, *Michael Bakunin, der Satan der Revolte*, Zurich, 1929. Edición francesa, Bakounine ou le démon de la révolte, avec annotations et trois études par Jean Barraué, París, 1971.

⁶⁴ Loc. cit.

⁶⁵ Es un prólogo a la traducción de las *Gymnasialreden* [discursos pronunciados en el Liceo], de Hegel en una revista moscovita en 1839, citado en Jean Barraué. Vid. Nota 2.

⁶⁶ Mikhail Bakunin, *Gesammelte Werke* [Obras completas], vol. I, Berlín, 1921-24.

«No sería una sociedad libre, una sociedad de hombres libres, sino más bien un régimen de opresión insoportable (...). Por otra parte estamos totalmente convencidos de que el comunismo contiene elementos de suma importancia para nosotros, y esta palabra me parece todavía demasiado insuficiente».⁶⁷ En esta serie de artículos que dictó a un redactor, encontramos ya casi todas las ideas a las que debería adherirse durante toda su vida, incluyendo su valoración -tan diferente de la marxista- del «lumpen-proletariado» y su justificación de los *brigates* rusos.

Weitling fue detenido y Bakunin denunciado. La denuncia fue comunicada al zar, quien le privo de los derechos nobiliarios y lo condenó en ausencia. En Berna, su nuevo lugar de residencia, le llegó la orden imperial de regresar a Rusia. Sin embargo, marchó a Bruselas y desde allí a París en 1844, convertido ya definitivamente en un emigrante.

En París se encontró por primera vez con Marx residido allí hasta enero de 1845, fecha de su expulsión. Posteriormente, en 1871, Bakunin rememoraría aquellos momentos:

«Éramos bastante amigos. En aquel entonces había avanzado mucho más que yo, del mismo modo que hoy, si bien no más avanzado, está mucho más ilustrado que yo, sin duda alguna. Yo no sabía nada de economía política, no me había liberado todavía de las abstracciones metafísicas y mi socialismo surgía solamente por instinto. Todavía más joven que yo, era ya sin embargo, ateo, materialista ilustrado y socialista de pensamiento. En aquel tiempo trabajaba precisamente en los fundamentos de su actual sistema. Nos encontrábamos con bastante frecuencia, pues yo le tenía en alta estima por su ciencia y por su dedicación seria y entusiasta a la causa del proletariado, si bien esto se halla mezclado siempre con una cierta vanidad personal. También buscaba con afán su conversación, siempre instructiva e ingeniosa cuando no se hallaba animada de un odio pedante, cosa que por desgracia ocurría demasiado a menudo. Sin embargo, nunca existió una intimidad sincera entre nosotros. Nuestros temperamentos no se avenían. Él me llamaba idealista sentimental y tenía razón; yo lo llamaba hombre pérfido, traidor, vanidoso, y también tenía razón.⁶⁸» Bakunin reprochaba a Marx que le faltaba instinto de libertad, que era «un autoritario de la cabeza a los pies».

Por el contrario, sintió gran inclinación hacia Proudhon y alternaba con políticos de la oposición de otras tendencias: con Louis Blanc, George Sand, Turgueniev, Lammenais y Herwegh. Su situación financiera había llegado a ser, además, muy precaria. El aplastamiento del levantamiento de Cracovia de 1846 lo arrancó de las dispersas lecturas en que últimamente se había enterrado y de un estado de ánimo letárgico en el que había llegado a asediarse incluso pensamiento de suicidio. La espera de una revolución rusa lo electrificaba. Ante un grupo de emigrantes polacos pronunció un discurso que causó cierta sensación: *Rusia tal como es y tal como debería ser*. Comenzaba así un nuevo período en la actividad revolucionaria de Bakunin. «Fue el primer ruso que levantó la bandera roja».⁶⁹ Como consecuencia de este discurso el embajador ruso en París extendió el difamatorio rumor de que Bakunin era un *agent provocateur*, rumores que aparecieron una y otra vez a pesar de carecer de fundamento. Incluso hoy día nos lo encontramos a veces en la bibliografía sobre Bakunin. El gobierno francés, a instancia de la embajada rusa, lo expulsó de Francia y Bakunin regresó a Bruselas.

Cuando el 24 de enero de 1848 estalló la insurrección en París, Bakunin se apresuró a tomar el tren hasta la frontera haciendo el camino restante a pie. Llegó a París el 26 de febrero, tres días después de la proclamación de la República. El ánimo revolucionario de la ciudad sembrada de

⁶⁷ Citado según Jean Barrau, Loc. cit.

⁶⁸ Citado según Rolf R. Bogler, *Der libertäre Sozialismus in der Westschweiz* [Socialismo libertario en suiza occidental], colonia, 1963.

⁶⁹ F. Brupbacher, Loc. cit.

barricadas lo embriagaba. Durante más de una semana vivió con 500 trabajadores en el cuartel de la Rue Tournon.

«De esta manera tuve ocasión de ver a los trabajadores y estudiarlos desde la mañana hasta la noche. Nunca y en ningún lugar he encontrado en ninguna clase social lo que en estos hombres simples e ignorantes que eran y serán mil veces mejores que sus dirigentes: esa noche de abnegación, esa honestidad verdaderamente conmovedora, tanta cortesía en las maneras y ese amable buen amor unido a tanto heroísmo. Lo que más me sorprendió en ellos fue su profundo instinto de disciplina».⁷⁰

Bakunin tiene la mirada puesta, sin embargo, en la frontera rusa con la intención de incitar a la lucha contra el tirano Romanoff. En junio se celebró en Praga un congreso de eslavos. Nuestro hombre se apresuro a marchar hacia allí y en un discurso propago su idea de una federación de los pueblos eslavos en la que ya no habría ni oprimidos, ni castas ni clases. En el congreso se encontró con un rechazo glacial.

Sin embargo, los estudiantes se rebelaron haciendo caso omiso de sus consejos. La rebelión fue aplastada por el ejército austriaco, después de tres días de resistencia. Bakunin, que había participado activamente en la lucha, aun conociendo la inutilidad del levantamiento, tuvo que huir a Breslau, a donde llegó el 20 de junio de 1848. Todavía no había puesto fin a su sueño de una comunidad libre de todos los pueblos eslavos confederada con una república alemana y un pueblo húngaro libre. Fundó una sociedad secreta, la primera de toda una serie de organizaciones de este tipo. Colaboraba con polacos, con checos, con alemanes. De nuevo se difundieron calumnias en contra suya que fueron recogidas incluso por la *Neue Rheinische Zeitung* de Marx. Pero esta publicación después tuvo que retractarse públicamente.

A comienzos de 1849, Bakunin se hallaba en Leipzig con el objetivo de preparar un levantamiento en Bohemia. Entonces estalló el 30 de marzo la revuelta de Dresde. Nuestro personaje se puso inmediatamente a disposición del gobierno provisional y dirigió en Dresde las acciones militares de los insurgentes. Pero la resistencia se desplomó una vez más cuando las tropas prusianas cercaron la ciudad. Bakunin consiguió huir con 1800 hombres, pero su tropa se dispersó después. Él consiguió llegar a Chemnitz, donde, completamente agotado, se entregó al sueño en el hotel «El ángel azul». Por la noche entraron en su habitación unos cuantos ciudadanos y lo tomaron prisionero. Fue entregado a la autoridad militar prusiana.

El 14 de enero de 1850 Mikhail Bakunin fue condenado a muerte. Varnhagen von Ense, anteriormente diplomático de gran agudeza, anotó en su diario el 24 de enero de dicho año tras observar el retrato de Bakunin: «Esos rasgos nobles y enérgicos, y, no obstante, melancólicos, esos ojos llenos de bondad y de ternura. Y pensar que un rostro así tenga que ser destrozado por las balas».⁷¹

Sin embargo, se le conmutó la pena por la cadena perpetua y como los austriacos querían procesarle por el levantamiento estudiantil de Praga, fue trasladado a Olmütz en cuyo presidio se le encadenó a la pared de la celda. Fracasado un intento de suicidio con el fósforo de las cerillas, fue condenado a la horca por el tribunal austriaco el 15 de mayo de 1851. Conmutada la condena de nuevo por la de cadena perpetua, Bakunin fue trasladado una vez más y entregado ahora a los rusos. Se le cambiaron las cadenas, pues los austriacos querían volver con las suyas. Bakunin creía que las rusas parecían más ligeras.

Fue trasladado a San Petersburgo, a la fortaleza de Pedro y Pablo. Allí permaneció hasta marzo de 1854, fecha en que se llevó a la fortaleza de Schlüsselburg. Dos meses después el coronel

⁷⁰ Mikhail Bakunin, *Confesión*, París, 1932.

⁷¹ Varnhagen von Ense, *Tagebücher* [diarios], vol. V, Leipzig, 1862.

de la policía conde Orloff le trajo la siguiente noticia: «El zar me ha encargado que le comunique que es deber de usted escribirle como un hijo a su padre espiritual».⁷² Y Mikhail Bakunin consintió en confiarse al déspota. Su carta al zar no se conoció hasta 1917 y le ha costado grandes censuras.

Aunque en su «confesión» no traicionaba a nadie ni mencionaba ningún nombre, muchos fanáticos se lo han reprochado. ¡Cómo si pudieran ponerse en lugar de un hombre sediento de libertad y sepultado irremisiblemente detrás de unos muros! Años más tarde confesó a Herzen: «Mi carta, redactada en primer lugar en plena conciencia de mi situación aparentemente desesperada y en segundo lugar teniendo en cuenta el carácter enérgico de Nicolás, era muy decidida y osada».⁷³ El zar no se dignó leerla por lo cual no tuvo ningún influjo en el destino de su autor. Éste en 1857 se hallaba todavía en presidio, padeciendo escorbuto, dolor de muelas, de corazón y de hígado, afectado de insomnio y atormentado por la conciencia de ser «un esclavo, un cadáver». Cuando subió al trono Alejandro II, Bakunin le escribió también una carta, pero solamente las constantes súplicas de la familia consiguieron finalmente que se le dejara elegir entre la prisión y el destierro a Siberia. Naturalmente prefirió lo segundo y, en marzo de 1857, tras ocho años de prisión, fue deportado a Tomsk. La relativa libertad de exiliado suscitó en él una tormenta de sentimientos.

En Tomsk conoció a la tierna e inteligente Antonia Kviatkovski, hija de un pequeño funcionario polaco. Bakunin le dio clases de francés y se enamoró de su alumna, la cual por otra parte no tenía ni la mitad de años que él. Los años de soledad había debilitado su salud y había perdido todos los dientes escribió a Herzen: la joven polaca «me tomó también cariño y de esta forma me casé con ella y llevo ya dos años de matrimonio en completa felicidad». Sin embargo, su amigo opinaba de manera distinta: «Que se haya realizado este matrimonio sólo puedo explicármelo por el aburrimiento siberiano». No obstante, Bakunin había escrito en aquella misma carta a su amigo: «Es tan bonito vivir no para uno mismo, sino para otra persona, especialmente si esta otra personas es una mujer querida. Me he entregado completamente a ella; sin embargo, ella comparte todos mis afanes de corazón y de pensamiento».⁷⁴

Se ha afirmado que Bakunin era impotente. Del hecho de que además le gustara rodearse de jóvenes se ha querido deducir la presencia de él de algún componente homosexual. Si no basta para explicarlo su impulso indomable de sociabilidad, se trataba seguramente, por lo que se refiere a su relación con amigos jóvenes, de un *amor spiritualis*. Richard Huch opinaba, en su libro *Mikhail Bakunin y la ANARQUÍA*, acerca del matrimonio de éste: «Aunque siempre le satisfizo esta unión, hizo con ello el primer nudo de un enredo profundamente trágico». En todo caso no exigió a su mujer fidelidad matrimonial y los tres hijos que Antonia trajo al mundo no eran hijos de Bakunin, sino de diferentes padres. En el ambiente revolucionario en que vivían no constituía aquello, en modo alguno, una excepción. El «amor libre» y la condena del matrimonio burgués pertenecían sin duda a los puntos pragmáticos de muchos revolucionarios, sólo que Bakunin, al contrario de muchos de sus defensores teóricos, permitió también a su esposa, consecuentemente y con reflexionada generosidad, ponerla en práctica.

Fue un accidente feliz que su primo Muraviev, de la familia de su madre, fuera gobernador general de Siberia oriental. Pudo conseguir el traslado de Bakunin a Irkutsk, junta a él, donde Mikhail encontró empleo en la recién fundada compañía de Amur y luego en el negocio de un comerciante en oro. Esto le proporcionó la ocasión de hacer largos viajes por el interior del país. Hizo una buena amistad con Muraviev, el cual describió a Herzen con gran entusiasmo. Veía en él -sin duda alguna idealizándolo- un compañero de ideas y un posible reformador futuro del

⁷² Informe de Bakunin a Herzen del 8-XII-1860 desde Irkutsk., en: Bakunin, *Socialpolitischer Briefwechsel mit Alexander Herzen und Ogarjew* [Correspondencia sociopolítica con A. Herzen y ogarev], Stuttgart, 1895.

⁷³ Loc. cit.

⁷⁴ Loc. cit.

imperio ruso. De hecho Muraviev rechazó en 1861, evidentemente por oposición personal al régimen, el cargo de ministro del interior y se retiró a la vida privada. Tras su despedida empezó a ocuparse Bakunin de la posibilidad de escapar.

Consiguió embarcarse en Nikolaievsk hacia Japón sin notables dificultades. Desde allí llegó a San Francisco, cruzó el continente hasta Nueva York y, en diciembre de 1861, arribó a Londres, a casa de su amigo Herzen. Éste ha descrito «con su máscara socrática» el momento de la llegada a los hermanos Goncourt. Según él la primera frase de Bakunin tras el abrazo habría sido la de «¿hay aquí ostras?». ⁷⁵

Londres era el centro del movimiento revolucionario internacional, pues Inglaterra aseguraba refugio a los emigrantes políticos de todos los países posibles. Bakunin reanudó, como ya hemos visto, de inmediato su infatigable tarea de agitación. En aquel entonces escribió sus folletos *A mis amigos rusos y polacos* y *La causa del pueblo*. En ellos recoge de nuevo su idea de que son los campesinos, la población rural rusa, el auténtico factor revolucionario, aunque no comparta la valoración del *mir*, de la comuna rural, propia de los paneslavistas y de Herzen. En una carta a Ogarev, coeditor del *Kolokol*, describe como rasgos del *mir*:

«Corrupción abominable y desamparo jurídico total de la persona ante la comunidad; su peso opresivo que impide toda posibilidad de iniciativa individual, la ausencia en las sentencias de la comunidad no sólo de la justicia del derecho, sino incluso de la justicia más elemental; su cruel y malvada falta de consideración ante un miembro pobre e impotente, la opresión cruel y sistemática de aquellas personas que manifiestan la más pequeña exigencia de autonomía». ⁷⁶

En los folletos mencionados incita a la juventud rusa a «ir al pueblo». La joven generación rusa acogió su consigna ampliamente y con un entusiasmo pleno de altruismo.

Cuando en 1863 estalló la sublevación en Polonia, Bakunin fletó inmediatamente un barco en compañía de cien polacos para presentarse en el lugar de la acción. Pero el capitán británico se negó a continuar viaje cuando aparecieron barcos de guerra rusos y dejó a Bakunin y los polacos en Suecia. Allí se le reunió de nuevo Antonia.

Al año siguiente nos lo encontramos en Florencia, la capital provisional de Italia unificada. En aquellos momentos Italia luchaba por su independencia política, pero no había resuelto muchos problemas internos de índole social. Por eso muchos antiguos adeptos de Mazzini se pasaron ahora a Bakunin, quien por aquel tiempo desarrollaba sus auténticas ideas anarquistas. En su viaje a Londres encontró de nuevo, tras 16 años de separación, a Carlos Marx, quien en carta a Engels constató que Bakunin era uno de los escasos hombres que habían marchado hacia delante en lugar de hacerlo hacia atrás. Los dos años siguientes los paso primeramente en Sorrento y luego en Nápoles, donde pudo ya constatar el influjo de los escritos de Proudhon sobre los jóvenes radicales. Además la situación Italiana parecía favorecer sus propias teorías: gran número de intelectuales desclasados, masa gigantesca de campesinos pobres carentes de tierra. Según él dos factores esenciales para la revolución.

«La revolución no sólo ha de ser hecha para el pueblo, sino que debe ser hecha por el pueblo si quiere arrastrar consigo simultáneamente a todas las masas del campo y de las ciudades. (...) esta revolución será muy posiblemente sangrienta y vengativa en los primeros días, pero no mantendrá este carácter mucho tiempo y nunca adoptará la forma de un terrorismo sistemático y fríamente calculado. Combatirá a las posiciones y a las cosas mucho más que a los hombres, pues está convencida de que las cosas y las posiciones privilegiadas y antisociales producidas

⁷⁵ Edmond et Jules Goncourt, *Journal 1851-96*, Segunda parte, París 1956.

⁷⁶ *Correspondance de M. Bakounine*.

por las cosas son mucho más poderosas que los individuos y constituyen además tanto la esencia como la fuerza de sus enemigos». ⁷⁷

Además de la propaganda abordó tareas de organización. Fundó la Alianza de la democracia social -asociación que más tarde cambió su nombre por el de Alianza internacional de la democracia socialista- y la liga secreta *Fraternité Internationale*, «orden de revolucionarios disciplinados para propagar la revolución social», ⁷⁸ concebida como firme núcleo interno de la Alianza. Para la organización secreta redactó en 1865 en Nápoles el *Catecismo Revolucionario*, ⁷⁹ escrito que representaba un esbozo de su programa de revolución social y que «puede figurar con derecho entre las utopías humanitarias y político-económicas más radicales de la literatura mundial». ⁸⁰

«(...) la organización política y económica de la vida social ya no puede (...) partir al igual que hoy de arriba abajo y desde el centro al entorno, según los principios de la unidad y de la organización impuesta, sino de abajo a arriba y de la periferia al centro según el principio de la asociación libre y de la federación», se dice en el parágrafo octavo del catecismo.

Se exige (§ 9e) la «abolición (...) del Estado tutelar, dominante, centralista» además de las universidades estatales, jueces estatales, legislaciones vigentes, bancos e institutos de crédito estatales, burocracia, ejército y policía estatal. En el parágrafo 9g se exige la «reorganización interna de cada país con la absoluta libertad de los individuos, de las asociaciones productivas y de las comunas como punto de partida y fundamento».

En el capítulo sobre los derechos individuales se dice: «Eliminación absoluta de las penas crueles y degradantes, del castigo corporal y de la pena de muerte (...) Abolición de todas las penas de duración indefinida o demasiado larga, pues no dejan ninguna esperanza, ninguna posibilidad real de rehabilitación, ya que el crimen ha de ser considerado como una enfermedad y el castigo como una curación en vez de una contra-demanda de la sociedad» ⁸¹ (§ 8h, 10). Naturalmente los jueces elegidos impondrán también castigos en la nueva sociedad, pero el condenado conservará el derecho a salir de la sociedad de un país. Si en el territorio de ésta se halla fuera de la ley, incluso puede ser ejecutado, pero en ningún caso utilizado como esclavo. Quien no quiera trabajar y prefiera dejarse mantener por los demás, perderá los derechos políticos al igual que quien entra «en relaciones de esclavitud voluntaria», quien contrae relaciones de servidumbre con otros. En ambos casos se pierde además el derecho de educar a los hijos.

La dominación no puede ser el objetivo de la liga revolucionaria de los hermanos internacionales:

«La organización excluye toda idea redictadura y de un poder dirigente, tutelar. Para la instauración de esta alianza revolucionaria y para la victoria de la revolución sobre la reacción es necesario sin embargo que la unidad del pensamiento revolucionario y de la acción revolucionaria encuentre un órgano en medio de la ANARQUÍA popular que constituirá la vida auténtica y toda la energía de la revolución. Este órgano ha de estar formado por la asociación secreta y universal de los hermanos internaciones. Esta organización parte del convencimiento de que las revoluciones nunca son obra ni de los individuos ni de las sociedades secretas.

⁷⁷ *Programme de la Société de la Révolution internationale*, citado según Brupbacher, loc. cit.

⁷⁸ Wolfgang Dressen, *Antiautoritätes lager und Anarchismus* [El campo antiautoritario y el anarquismo], Berlín, 1968.

⁷⁹ «Revolutionärer Katechismus» [Catecismo revolucionario] en: Bakunin, *Philosophie der Tat* [Filosofía de la acción], nueva edición, Colonia, 1968,

⁸⁰ Vid. nota 18: Richard Beer en el prólogo a la mencionada edición.

⁸¹ *Ibidem*.

Sucedan, por el contrario, espontáneamente, producidas por el poder de las cosas, por el movimiento de los acontecimientos y de los hechos. Se van preparando durante mucho tiempo en las profundidades de la conciencia instintiva de las masas populares y estallan después, a menudo instigadas aparentemente por causas sin importancia. Todo lo que puede hacer una sociedad secreta bien organizada es, en primer lugar, favorecer el comienzo de la revolución mediante la difusión entre las masas de aquellas ideas que corresponden a sus instintos, y además organizar. (...) ¿Y cómo debemos actuar? ¿Enseñando al pueblo? Sería absurdo. El pueblo sabe, y mejor que nosotros, además, lo que necesita. No debemos enseñar la pueblo, sino sublevarlo».⁸²

En principio los miembros de la «Fraternidad» eran únicamente italianos, pero pronto se incorporaron también hombres de otras nacionalidades. Hasta el año 1867 actuó en Italia con gran éxito. Pero en 1864 se había fundado ya en Londres la Asociación Internacional de los Trabajadores, llamada simplemente «la Primera Internacional», sin la participación de Bakunin, pero con la asistencia decisiva de Carlos Marx. La Internacional estaba concebida como una especie de agrupación central de todas las organizaciones obreras, tanto de los partidos como de los sindicatos, independientemente de su orientación teórica y pudiendo incorporarse también individuos aislados.

En 1867 se celebró en Ginebra un congreso de la «Liga de la paz y la libertad», asociación en la que estaban integrados representantes del liberalismo progresista, del radicalismo y del socialismo. Una de las exigencias de la liga era la creación de los Estados Unidos de Europa. Marx negó su participación y la de la Internacional, pero Bakunin hizo el viaje a Ginebra como delegado de su Alianza e intentó imponer en el congreso una resolución atea y socialista en la que se encontraba el párrafo siguiente: «Convencidos (...) de que la libertad sin socialismo significa privilegio e injusticia, y de que socialismo sin libertad significa esclavitud y brutalidad, la liga proclama públicamente la necesidad de reformas radicales de orden social y económico».⁸³ Sin embargo, el congreso rechazó por mayoría la resolución. El periodista ruso Virubov describió la aparición de Bakunin en los siguientes términos:

«(...) Me acuerdo de su impresionante aparición en la primera sesión del congreso. Cuando – vestido como siempre con gran abandono: con una blusa gris abierta sobre el chaleco de franela y la camisa- subió las gradas de la tribuna con el paso lento de un campesino, un clamor se levantó: “¡Bakunin!” Garibaldi abandonó el sillón presidencial, llegó hasta él y lo abrazó. En la sala se encontraban muchos enemigos de Bakunin, pero todos saltaron de sus asientos y un prolongado aplauso manifestó el entusiasmo general».⁸⁴

Otro testigo presencial* opinó además: «Frasas vibrantes, exclamaciones, truenos, rugidos de león, un huracán desencadenado, rayos amontonados, algo elemental y ferviente: esto era su discurso. Era el tribuno por naturaleza (...) La revolución era su clima natural. Su discurso causó profunda impresión. Si hubiera ordenado a sus oyentes que de degollaran unos a otros, lo hubieran hechos sin lugar a dudas».⁸⁵

Sin embargo, no pudo imponer su resolución. Viendo tan la ineficiencia de la liga a su causa de su composición tan heterogénea, Bakunin la abandonó después de que tampoco pudo imponer sus tesis en el segundo congreso celebrado en Berna. En esta ocasión se había designado por primera vez como «colectivista» rechazando el reproche de «comunista».

⁸² Mikhail Bakunin, *Gesammelte Werke*, vol. III, Berlín, 1924.

⁸³ Citado según R. R. Bigler, *Loc. cit.*

⁸⁴ Citado según E. R. papa, *Storia dei sovversivi italiani*.

* Según los historiadores Nicolaievski y Maenchen-Helfen.

⁸⁵ *Loc. cit.*

«Detesto el comunismo porque es la negación de la libertad y porque ni puedo imaginarme nada humano sin libertad. No soy comunista porque el comunismo concentra todas las fuerzas de la sociedad en el Estado y deja que sean absorbidas por él; porque conduce inevitablemente a la concentración de la propiedad en manos del Estado, mientras que yo quiero la abolición del mismo: la extirpación radical del principio de autoridad y de la tutela del Estado, que bajo el pretexto de moralizar a los hombres y civilizarlos lo único que han hecho hasta hoy ha sido esclavizarlos, oprimirlos, explotarlos y corromperlos».⁸⁶

Después de abandonar la «liga» residió en Ginebra y se incorporó a la Asociación Internacional de Trabajadores en la que pretendía integrar también como miembro componente a su reorganizada Alianza internacional de la Democracia Socialista.

Sin embargo, Marx, en nombre del consejo general de la Internacional, rechazó la admisión de la «organización rival», de forma que Bakunin disolvió la oficina central de Ginebra a fin de posibilitar el ingreso de las distintas secciones de la Alianza. En un congreso de la primera Internacional celebrada en Basilea (6-11 de septiembre de 1869) al que ni Marx ni Engels asistieron, se produjo una controversia entre Eccarius, su representante, y Bakunin acerca de cuestiones relativas al derecho de herencia que condujeron a la cuestión fundamental de la «solución, transitoria», es decir, a la idea marxista de que después una revolución se ha de permitir que siga existiendo el Estado centralista bajo la dictadura del partido, llamado por eufemismo «dictadura del proletariado». Por el contrario Bakunin exigía la inmediata disolución de todas las instancias centralistas, aun a costa de un caos transitorio.

Se enfrentaban aquí dos ideas contrarias. Ambas concepciones partían de supuestos totalmente distintos. Bakunin había adquirido su concepción fundamental en países en los que apenas existía un proletariado industrial: en Rusia y en Italia. Su masa de adeptos constantemente creciente la tenía sobre todo en la península de los Apeninos y en España, donde sus teorías se siguieron mostrando efectivas tras la aparición de una industria. Marx, por el contrario, partía completamente de los supuestos de la altamente industrializada Inglaterra y estaba convencido de que la revolución sólo era posible mediante un proletariado industrial organizado «en las condiciones de producción más desarrolladas». Se ha podido señalar la paradoja de que la primera revolución proletaria victoriosa se impusiera precisamente en Rusia, un país que en 1917 era todavía predominantemente agrario y además sólo haciendo la promesa a los campesinos de repartir la tierra. Esto confirma más bien las tesis de Bakunin, al igual que se han verificado sus amargos pronósticos acerca de un Estado centralista impuesto según los principios marxistas de la revolución. Finalmente parece que tampoco se ha avanzado ningún paso en las democracias populares marxistas hacia la promesa emitida también por Carlos Marx de una «extinción» del Estado después de la «solución transitoria» de una dictadura del partido. Puede tener razón, sin duda el periodista suizo Brupbacher (1874-1945) en su afirmación de que «con el desarrollo de la gran industria no sólo ha desaparecido el deseo de libertad, sino que se ha desencadenado un auténtico odio contra aquellos que todavía quieren la libertad del individuo».⁸⁷

⁸⁶ Segundo discurso pronunciado en Berna. Vid Bigler, Loc. cit.

⁸⁷ Brupbacher, Loc. cit.

CAPÍTULO VI

EL ÁNGEL NEGRO, EL PAPA ROJO

Tras el congreso de Basilea de la Internacional, Bakunin se retiró en el otoño de 1869 a Locarno. Le movieron a ello razones meramente privadas, entre las que se hallaba -y no en última instancia- el hecho de que la vida fuera allí más barata que en Ginebra. De esta manera se resignó a alejarse de los grupos «colectivistas» del Jura, en su mayoría formados por trabajadores de la industria relojera de Neuenburg, entre los cuales había conquistado fieles adeptos de su *Fraternité*, como por ejemplo el que posteriormente sería su primer biógrafo: James Guillaume (1844-1916). Bakunin se dedicaba por aquel entonces a traducir al ruso *El Capital* de Carlos Marx e incluso había encontrado ya un editor de esta nacionalidad. Marx, por el contrario, abrigaba contra él una sospecha poco fundamentada, pero alimentada por la envidia: «este ruso quiere convertirse en dictador del movimiento obrero europeo. Debe andarse con cuidado. De lo contrario será excomulgado públicamente», manifiesta Engels en carta del 27 de julio de 1869. De nuevo se había hecho correr el rumor de que Bakunin era un agente de la policía rusa, debido a lo cual se efectuó ya en el congreso de Basilea una vindicación oficial de una persona, después de que un tribunal de honor hubiera constatado terminantemente la inconsistencia de la calumnia.

Bakunin, que nunca permitía que una rivalidad por cuestiones objetivas degenerara en una enemistad personal (seguía siendo, por ejemplo, amigo de Mazzini a pesar de sus diferencias políticas tan considerables), escribió a Herzen, el 28 de octubre de 1869:

«Marx es, sin duda alguna, un hombre útil en la asociación de la internacional (...). Y yo nunca me perdonaría si, aunque sólo fuera para satisfacción de mis sentimientos de venganza personal, destruyera o disminuyera su influjo sin lugar a duda benéfico. Sin embargo, puede ocurrir, y probablemente ocurrirá, que me tenga que lanzar pronto a una lucha contra él, no por alguna ofensa personal, sino por una cuestión fundamentalmente; la del comunismo de Estado, cuyos ardientes defensores son él y el partido por él dirigido».

Poco antes había escrito al propio Marx: «Mi patria es ahora internacional, de la cual tú eres uno de los fundadores más importantes. Ves por tanto, mi querido amigo, que soy tu alumno y estoy orgulloso de serlo».⁸⁸ En Basilea había intervenido, además, a favor de un aumento de los poderes del Consejo General londinense, cuyo líder indiscutido era Carlos Marx.

Acogió con gran entusiasmo, casi ingenuo, a un supuesto «delegado de un Comité Revolucionario ruso», que había aparecido en Ginebra. Se trataba de un hombre de veintidós años llamado Sergei Gennadeich Nechaiev (1847-1882), un ruso de cabellos oscuros, fanático, inescrutable y adusto. «Un creyente sin Dios y un héroe sin frases» así lo caracterizó Bakunin en una carta a Guillaume. En su alegría por haber tomado finalmente contacto con círculos revolucionarios de la misma Rusia, estaba dispuesto a someterse incondicionalmente a la autoridad de aquel Comité que al parecer estaba preparando la revolución en Moscú, pero que en realidad solamente existía en la fantasía de Nechaiev.

Nechaiev había nacido en 1847 en Ivanovo, localidad situada al noroeste de Moscú. Según algunas fuentes su padre era oficial tonelero y más tarde fue camarero; según otras, en cambio sería hijo de un pope de aldea. Su madre, hija de un siervo manumitido, murió cuando Sergei se hallaba todavía en la primera infancia. Su odio indomable al estrato de los señores tiene sin

⁸⁸ *Correspondance de M. Bakounine.*

duda una fuerte raíz en las humillantes vivencias de sus primeros años. Si impetuosa energía era tan indomable como su odio: se procuró una formación que le hizo posible llegar a ser maestro en una escuela parroquial de San Petersburgo. En la capital frecuentó los círculos estudiantiles, donde entro otros autores se leía con avidez los escritos de Buonarrotti. Conoció a Peter Nokisch Tkachev (1844-1885), teórico de los estudiantes revolucionarios. Juntos redactaron un *Programa de acción revolucionaria* que adopta varias tesis de Bakunin, pero en el que por otra parte se bogaba por un centralismo y una «élite revolucionaria». Tkachev escribió un par de años después, en 1876, que «el pueblo abandonado a sí mismo no puede hacer la revolución social ni ahora ni más tarde. Sólo nosotros, la minoría revolucionaria, podemos hacerlo. Y debemos hacerlo lo más pronto posible».⁸⁹ La idea de Tkachev de la «élite revolucionaria» fue adoptada por Lenin.

Nechaiev dejó correr entre sus conocidos de San Petersburgo el rumor de que había sido detenido y se trasladó a Moscú. Desde allí les comunicó que había podido huir al extranjero, enviándoles al mismo tiempo folletos. Sin embargo, éstos atrajeron la atención de la policía sobre los destinatarios de forma que se produjeron algunas detenciones, entre ellas la de la joven Vera Zasulich. Nechaiev, bajo falso nombre, estableció en Moscú relaciones con la hermana de aquélla y su marido, Upenski, relaciones que habían de ser fatales para ambos. Ahora Nechaiev marchó realmente al extranjero y procedente de Bélgica llegó a Ginebra donde visitó a Bakunin en marzo o abril de 1869. El propio Bakunin escribió más tarde acerca de este encuentro al coeditor del *Kolokol*, a Ogarev:

«Cuando nos encontramos por primera vez su corazón ardía de amor y compasión por el desgraciado pueblo ruso (...). Entonces sólo su exterior no estaba limpio; todavía no se había manchado en su interior» (carta del 2 de noviembre de 1872).

La joven generación rusa, de los años sesenta, para la que Turgeniev⁹⁰ ha acuñado el concepto de «Nihilistas», escandalizaba tanto por su comportamiento como por sus opiniones extremistas incluso a muchos de los intelectuales de la oposición. Herzen, por ejemplo, se negaba a ver sus herederos espirituales en aquella juventud estudiantil de «allure canaille» que rechazaba las convenciones y la moral usual. Les dirigió las siguientes palabras:

«Vosotros queréis decirnos: “Vosotros, los viejos, sois hipócritas; nosotros, por el contrario, seremos cínicos. En vuestros discursos sois de una moral intachable; sin embargo, nosotros seremos criminales. Eráis dóciles ante los superiores y rudos frente a los inferiores; nosotros seremos rudos con todo el mundo. Saludáis sin albergar respeto alguno; nosotros insultaremos sin disculparnos. Vuestros sentimientos de dignidad residía en la amabilidad y el honor convencional; nosotros hacemos motivo de honor el pisotear todas las convenciones y menospreciar todos los motivos de honor.” Sin embargo, han permanecido ajenos al pueblo. En cada uno de sus gestos y frases se reconoce inmediatamente la sala de espera, el cuartel, la oficina o el seminario».⁹¹

Bakunin, sin embargo, admira esta juventud y su fanatismo, su abnegación por la causa de la revolución rusa. En 1867 había escrito ya a Herzen desde Italia lo siguiente:

«No, Herzen, puedes decir lo que quieras, pero estos pioneros de la nueva justicia y de la nueva vida rusa -por más torpes que sean y todo lo descuidados que quieran mostrarse- parecen estar muy por encima de esos muertos vivientes de buena compostura que te son queridos. (...) Una vez más, Herzen; no te hagas viejo y no maldigas a los jóvenes. Búrlate de ellos si se lo

⁸⁹ Tchizevski, Loc. cit.

⁹⁰ Iván Turguenev, *Werke* [obras], Munich, 1957. El término está acuñado en la novela *Padres e hijos*, publicada en 1862

⁹¹ Paul Mliukov, *Historie de la Russie*. Citado por Jean Barrué, op. cit.

merecen, pero inclínate lleno de respeto ante su digno proceder, ante su afán, su heroísmo y su sacrificio».⁹²

No es, pues, de extrañar que Bakunin cediera tan fácilmente a la sombría fascinación de un Nechaiev. Le proporcionó dinero y se produjo una estrecha colaboración entre los dos. Bakunin tomó del joven fanático, pensamientos que contradecían su propia teoría, tanto tal como estaba desarrollada hasta la fecha como en su forma posterior. Juntos redactaron folletos entre los que destaca el *Catecismo del revolucionario*, que no hay que confundir con el *Catecismo* de la «Fraternidad Internacional» de 1865. El título real de la obra conjunta decía, además, *Reglas que el revolucionario debe aprender*. Se trata aquí de la exhortación a la consagración incondicional a un único objetivo: «La más rápida y segura destrucción de este sucio orden mundial», concretamente del orden social existente. De esta manera para el revolucionario es moral todo lo que favorece el triunfo de la revolución, es criminal todo aquello que lo impide. El revolucionario ya no pertenece a sí mismo; no conoce la clemencia con respecto a toda clase civilizada de la sociedad y tampoco ha de esperar clemencia para él. Debe acostumbrarse a soportar toda clase de torturas. Ha de ahogar todo sentimiento de parentesco, de amistad, de amor, de gratitud, ante un único sentimiento: el frío apasionamiento por la obra revolucionaria. Al igual que está dispuesto a morir por la revolución, debe estar también dispuesto a matar con sus propias manos a aquel que impida alcanzar el objetivo. Cada revolucionario militante ha de tener a su disposición unos cuantos revolucionarios de segundo o tercer rango, es decir, aquellos que todavía no están totalmente consagrados a la meta final. El revolucionario militante tiene que ponerlos en acción con el mayor provecho posible. Por el contrario, sólo puede disponer de sí mismo con el consentimiento de todos los camaradas iniciados. El revolucionario puede y debe vivir a menudo en el seno de la sociedad, con la vista puesta en la implacable destrucción de la misma, y para ello debe dar la apariencia de ser otra persona totalmente distinta de los que realidad es. Hay que elaborar listas de individuos que han de ser eliminados y ordenarlas según la nocividad de los afectados. A fin de madurar al pueblo para la revolución no se debe aliviar sus sufrimientos, sino aumentarlos en la mayor medida posible.

«La organización futura surgirá con toda seguridad del movimiento popular, de la vida del pueblo, pero esto será la obra de las generaciones venideras. Nuestra tarea consiste en destruir: una destrucción horrible, completa, implacable, universal (§ XXIV). Debemos aliarnos con el mundo de los aventureros y de los ladrones, pues éstos son en Rusia los únicos revolucionarios auténticos (del § XXV)».⁹³

Totalmente bakuninianos son, por otra parte, pensamientos contenidos en el párrafo XXIII: «La felicidad sólo podrá ser proporcionada al pueblo mediante una revolución que condene de modo absoluto toda idea de Estado y transforme desde la base en Rusia las tradiciones, las instituciones y las clases sociales del Estado».⁹⁴

Cuando Nechaiev volvió a Moscú en septiembre de 1869 llevaba un «documento» expedido el 12 de mayo de 1869 con la firma de Mikhail Bakunin: «El portador de este certificado es representante plenipotenciario de la sección rusa de la Alianza general revolucionaria. -Número 2771».

En colaboración con Uspenski fundo en Moscú un grupo secreto al que pertenecía también un estudiante llamado Ivanov. Sin embargo, parece que éste comprendió muy pronto que Nechaiev solía trabajar con embustes y que la red organizada de células revolucionarias de que hablaba no existía en absoluto. Cuando en consecuencia quiso retirarse del grupo, se le atrajo a una

⁹² *Correspondance de M. Bakuunine*

⁹³ «Katechismus des Revolutionärs», citado en Brupbacher, Loc. cit.

⁹⁴ *Ibidem*

emboscada y fue asesinado en presencia o con la colaboración de miembros del grupo de Nechaiev, el 21 de noviembre. Poco después se descubrió el cadáver en un estanque.

Uspenski y otros miembros del grupo fueron detenidos el 8 de diciembre. Dos días más tarde se dio también orden de captura contra Nechaiev, pero éste había huido ya. En enero apareció de nuevo en Ginebra y Locarno.

Convenció a Bakunin, a quien había ocultado los sucesos de Rusia, de que detuviera la traducción de *El Capital* de Marx, a pesar de que ya había cobrado un anticipo por ese concepto*, al mismo tiempo escribió, una vez más sin conocimiento de Bakunin, al editor, una carta amenazante llena de términos ofensivos. Bakunin no se enteró del asunto hasta junio, mientras que Marx se consideraba engañado por el anticipo recibido de aquel.

El gobierno ruso exigía la extradición de Nechaiev por asesinato, Bakunin, ignorando los hechos reales, redactó en defensa de su joven amigo un panfleto titulado *Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo*. Tras la muerte de Alexander Herzen, el 21 de enero de 1870, Nechaiev trató, con la colaboración del siempre confiado Bakunin, de apropiarse de una suma importante que el difunto había legado como fundación. Además trabó amistad con Natalia, la hija mayor de Herzen, la cual se sentía a la vez atraída y repelida por aquel joven de aspecto atractivo, pero intimidante. La intención de Nechaiev era conseguir por mediación de ella la considerable suma de Herzen, comprometer la suma según los principios del *Catecismo* y «cortarle el retorno a la sociedad burguesa». Llegó incluso a robar papeles personales de Bakunin creyendo poder ejercer con ellos coacción sobre él. De la misma manera se procuró nuevo material comprometedor y se encamino a París y Londres llevando consigo cartas íntimas de Natalia Herzen.

Al saqueado Bakunin se le cayó por fin la venda de los ojos y en junio de 1870 se produjo la ruptura definitiva. Escribió a amigos de Europa occidental cartas en las que los advertía y denigraba los principios del «boy», principios que eran ciertamente los del *Catecismo* por él corregido. En una carta a Talandier del 24 de julio de 1870 dice:

«Verdad, confianza recíproca, auténtica solidaridad, existen solamente entre una docena de personas (...) Todas las demás han de servir como instrumentos ciegos y material al que hay que explotar en manos de esta docena de hombres. Está permitido y además se recomienda engañarlos, comprometerlos, robarlos y caso dado arruinarlos: son únicamente alimento de la conspiración».

Dos años más tarde escribió todavía del amigo perdido en una carta a Ogarev de fecha de 2 de noviembre de 1872: «La pretensión de ser dirigente lo precipitó en un abismo de fango». Evidentemente el *Catecismo* había sido para Bakunin tan sólo un juego de ingenio abstracto del cual se asustó cuando se puso en práctica y fue dirigido contra amigos e incluso contra él mismo.

En 1872 Nechaiev regresó ocultamente a Suiza y vivió escondido en Zurich en la mayor penuria mientras en el verano de 1871 había concluido ya el proceso contra sus cómplices moscovitas y otras personas a las que había comprometido, en su mayoría estudiantes. Ésta fue la primera vez que en Rusia las sesiones de un proceso político se celebraban públicamente y ante jurados. Entre los 87 acusados figuraban también varias mujeres. Además de Uspenski, en cuya casa se había encontrado el *Catecismo*, compareciendo ante los jueces otros tres participantes o cómplices en el asesinato de Ivanov. Todos los inculcados se declararon siempre absolutamente solidarios con el ausente Nechaiev y trataron de justificar la cruel acción del 21

* De este suceso hay otra versión, en la que Bakunin deja a cargo de uno de sus compañeros la conclusión de la traducción de la obra de Marx, pero este decide no concluirla.

de noviembre de 1869. Los cuatro implicados en ella fueron condenados a trabajos forzados a perpetuidad en las minas siberianas, otros muchos a quince, doce, diez y dos años de prisión. Aquellos que fueron absueltos por el tribunal público fueron desterrados «por la vía administrativa».

Dostoievski, en su novela *Los endemoniados*⁹⁵, nos ha presentado todo el caso con bastante fidelidad, aunque ciertamente coloreando por su antirracionalismo. «Las descripciones literarias de los revolucionarios no manifiestan, sin embargo, en la mayoría de los casos un conocimiento real del mundo de la clandestinidad. De esta manera tampoco las representaciones negativas de los revolucionarios hechas por Dostoievski tuvieron (...) un efecto ulterior. Los revolucionarios de los años sesenta y setenta permanecieron durante mucho tiempo en el recuerdo de la sociedad ruso como ideales humanos y como prototipo del intelectual ruso por excelencia».⁹⁶

Nechaiev fue traicionado en Zurich por un fugitivo polaco que trabajaba para el Servicio Extranjero de la policía secreta rusa y detenido el 14 de agosto de 1872.

A pesar de su ruptura con Nechaiev, Bakunin y otros emigrantes rusos protestaron en artículos de revista y en octavillas contra la detención «de este ardiente luchador contra el régimen más odioso de Europa». Sin embargo el gobierno ruso consiguió su extradición. Con anterioridad había podido restituir a los afectados los papeles sustraídos, entre ellos las cartas de Natalia Herzen. En su proceso sorprendió su actitud estoica. Fue condenado a veinte años de prisión correctiva y a deportación perpetua. En la fortaleza de Pedro y Pablo fue encerrado en la misma celda que Bakunin. Durante todo su largo encierro llevó cadenas en las manos y los pies, consiguiendo a pesar de ello ganar algunos adeptos entre sus guardianes y los soldados. Sus dotes de fascinación debían ser asombrosas. En enero de 1881, cuando ya llevaba ocho años de prisión, pudo tomar secretamente contacto con el comité ejecutivo de la organización llamada «voluntad del pueblo». Había elaborado un plan detallado para su fuga, en la cual deberían colaborar los revolucionarios de la «Voluntad del Pueblo». El comité ejecutivo, sin embargo, se hallaba preparando precisamente el atentado contra Alejandro II y Nechaiev, dando prioridad al atentado, renunció a la liberación.

No era éste el primer atentado de los revolucionarios rusos. Ya el 4 de abril de 1866 Karakosov había efectuado un atentado fallido contra la vida de Alejandro I. Bakunin escribió entonces: «Ninguna propaganda puede tener una importancia tan grande».⁹⁷ Había nacido, si no la formulación, si ya el concepto de «propaganda por la acción».

En los años sesenta un grupo dirigente de los *narodniki* (amigos del pueblo o populistas) había adoptado los métodos terroristas, tanto a modo de venganza por las innumerables víctimas del régimen policiaco ruso como esperando desatar la revolución mediante una explosión inicial. Comenzaba así una serie de atentados. En 1878 la ya mencionada Vera Zasulich (1849-1919) hirió de un disparo al jefe de la policía de San Petersburgo por haber permitido azotar a un estudiante condenado por un motivo insignificante. También ella tuvo la suerte de ser llevada ante un tribunal de jurados, y el hecho de que fuera absuelta manifiesta los sentimientos de la burguesía rusa y su odio al cuerpo de funcionarios zaristas. Vera Zasulich tras la absolución, consiguió escapar a la detención inmediata huyendo al extranjero. Posteriormente, en la emigración, fue representante del ala moderado de los socialdemócratas.

El comité de la *Norodnaya Volya* (voluntad del pueblo) había efectuado sin éxito en la década de los sesenta varios atentados contra la vida del zar. Por fin el 13 de marzo de 1881 -el 1 de

⁹⁵ F. Dostoyovski, *Die Dämonen* [Los endemoniados], Francfort, 1954.

⁹⁶ Tchizevski. Loc. cit.

⁹⁷ Mikhail Bakunin, «Das Volksgericht» [El tribunal popular], 1870; en *Werke*, vol. II

marzo según el calendario ruso- consiguieron hacer saltar por el aire del puente de un canal de San Petersburgo en el preciso momento en que pasaba por él la carroza imperial al regreso de un desfile. El «liberador de los campesinos», que tras largas reflexiones había optado por una especie de pseudoparlamento, murió el mismo día en que el documento al respecto había sido entregado para su publicación. Al atentado siguieron las detenciones. Risakov y Grinevitski fueron identificados como los principales autores. Al grupo de los conspiradores pertenecían además algunas mujeres, entre las que se hallaba Vera Figner, hermana del tenor de la ópera real, que fue condenada a Siberia. Sofía Perovskaya, hija de un alto dignatario, fue condenada a muerte en compañía de cuatro de sus compañeros. Las circunstancias de la ejecución -esta tuvo lugar el 15 de abril-fueron especialmente espantosas, ya que las sogas se rompieron y hubo que repetir las de nuevo.

Tras la desarticulación de la *Narodnaya Volya*, Nechaiev se vio privado de toda esperanza de una liberación por la fuerza. Su plan de fuga fue denunciado además por un compañero de prisión. Treinta soldados y cuatro policías que había captado e iniciado en el plan fueron castigados duramente. La ya escasa ración alimenticia le fue reducida a un tercio, como consecuencia de lo cual, el 21 de noviembre de 1882, debilitado por el escorbuto, murió literalmente de hambre.

En los años sesenta y setenta muchos jóvenes, indignados por la realidad rusa, eligieron entusiasmados la vida revolucionaria.

«Renuncian a la vida ordenada de la sociedad, a las perspectivas que esta vida les ofrece. En los años sesenta surge ya la “clandestinidad” o “subsuelo” (*podpolye*), situación en la que los hombres viven en una amenaza constante, con pasaportes falsos, sin domicilio permanente, sin la posibilidad de fundar una familia y abrazar una profesión, para terminar finalmente su vida en presidio, en correccionales o en el destierro siberiano (...) La historia de todo el movimiento revolucionario (...) prueba hasta qué punto estos hombres estaban llenos de abnegación».⁹⁸

Muchos de ellos eran miembros de la nobleza, terratenientes y oficiales del ejército, en algunos casos de familias ricas. Había también entre ellos hijos de papas e intelectuales salidos de la burguesía.

En la década de los ochenta, a pesar de que el movimiento revolucionario ruso había retrocedido en parte por el cansancio y porque se había extendido un cierto sentimiento de escepticismo, en parte porque la policía había desarticulado las organizaciones, siguieron surgiendo sin embargo nuevos grupos revolucionarios. Uno de ellos planeó un atentado contra Alejandro III, que había anulado la mayoría de las reformas de su antecesor. Pertenecía a este grupo el hermano mayor de Lenin, quien fue ejecutado con otros de sus compañeros a la edad de veintiún años. Ante el tribunal asumió voluntariamente la responsabilidad principal para eximir a los demás. En su despedida ante el tribunal exclamó:

«En un sistema que prohíbe toda libertad de expresión y reprime todo intento legal de servir al bien y a la ilustración del pueblo, sólo queda el camino del terror».⁹⁹

Pero volvamos al año 1870: cuando estalló el conflicto franco-alemán, Bakunin dio la consigna de «transformar la guerra en una guerra civil». Siguiendo sus sentimiento tomó partido contra la «casta de los terratenientes prusianos», por los que veía amenazada la independencia del pueblo francés. Una vez más adopta una posición opuesta a la de Carlos Marx, pues éste sostenía la opinión de que una victoria alemana trasladaría el pedo del movimiento obrero europeo de Francia a Alemania y el predominio del proletariado alemán sobre el francés

⁹⁸ Tchizevski, Loc. cit.

⁹⁹ David Shub, *Lenin*, Wiesbaden, 1957.

comportaría simultáneamente el predominio de la teoría marxista sobre la proudhoniana. Marx hizo estas observaciones a Engels en una carta del 20 de julio de 1870.

Con el hundimiento del imperio francés por la derrota de Sedán, Bakunin creyó llegado el momento de marchar a Francia para participar en el levantamiento armado que preveía. Abandonó Locarno el 4 de septiembre y llegó a Lyon diez días más tarde. El dinero para el viaje lo había recibido prestado. Dos semanas después de su llegada el «Comité de Salud Pública» constituido en el ayuntamiento de Lyon fue suplantado, el día 28 de septiembre, por un «Comité Central Revolucionario». La acción respondía en buena parte a la labor agitadora de Bakunin, pues «el deber sagrado de una gran capital de provincia consiste en tomar la iniciativa salvadora», como se decía en la proclama firmada por Bakunin en la que se exigía la abolición del Estado, la supresión de los impuestos y de hipotecas, la administración de justicia por el pueblo y la creación de una federación de comunas libres.

Sin embargo, las masas se echaron atrás. Al cabo de pocas horas la guardia nacional republicana reconquistó el ayuntamiento. Bakunin fue capturado, pero un puño de francotiradores consiguió liberarlo. Decepcionado una vez más volvió a Locarno tras una estancia en Marsella, donde comenzó la redacción de *La révolution sociale et la dictadura militaire*, trabajo que reelaboró posteriormente con el título de *L'Empire knouto-germanique*. Como complemento a este trabajo surgió en 1871 un libro que quedó sin terminar y que conocido bajo el título de *Dios y el Estado* representa el mejor compendio de las ideas de Bakunin:

«Si Dios existe, el hombre es un esclavo. Sin embargo, el hombre puede y debe ser libre. Consecuencia: Dios no existe».

«Autoridad, una palabra y una cosa que aborrecemos de todo corazón (...) Me inclino ante la autoridad de los especialistas, porque me es impuesta por mi propia razón».

«De todos los despotismos el más odioso es el de los doctrinarios o iluminados religiosos. Son tan celosos de la gloria de su Dios y del triunfo de su idea que no les queda corazón para la libertad, para la dignidad, ni siquiera para las sufrimientos del hombre vivo, real»

«Ha llegado ya la hora de acabar con todos los papas y sacerdotes. No queremos saber nada de ellos, aunque se llamen demócratas socialistas».¹⁰⁰

Cuando en abril de 1871 se constituye en el París insurgente la *Commune*, Bakunin se reúne con sus amigos del Jura para estar cerca de la Frontera. Su desaliento por el fracaso de Lyon pasa a segundo término. Confiesa a un amigo lo siguiente:

«En lugar del socialismo vivo y real -el francés- tendremos el socialismo doctrinario de los alemanes, los cuales dirán únicamente lo que la bayoneta prusiana les permita (...) ¡Adiós libertad, adiós socialismo, justicia para el pueblo y triunfo de la humanidad!»¹⁰¹

En la *Commune* veía un levantamiento de carácter antiestatal, «federalista» en sentido proudhoniano, es decir, basado en una federación de las fuerzas comunales y profesionales. Al año siguiente escribió en un artículo aparecido en el diario *La liberté* de Bruselas: «Las consecuencias del levantamiento comunalista fueron tan enormes en todas partes que incluso

* Esto queda un poco en duda, ya que en algunos otros textos viene otra versión.

¹⁰⁰ Mikhail Bakunin, *Gott und der staat und andere Schriften* [Dios y el estado y otros escritos], Reinbek, 1969.

¹⁰¹ James Guillame, *Bakounine*. Citado en Guérin, Loc. cit

los marxistas, cuyas ideas habían sido sacudidas por este levantamiento, se vieron obligados a descubrirse ante él». ¹⁰²

Bakunin volvió ahora a su vieja línea, a su desconfianza contra el «hábito de mandar», a su rechazo de una dictadura ideológica, la cual le había llevado precisamente -bajo el sugestivo influjo de Nechaiev- a publicar en los años 1869-70 unos escritos que contradecían su verdadera naturaleza, sin duda alguna generosa y noble. Muchas de estas declaraciones, por ejemplo la *Palabra a mis jóvenes amigos rusos*, revelan el carácter inhumano de este extraño «delegado», en cuya mitomanía, diletantismo sangriento y fogosidad indómita había confiado de manera realmente ingenua. Impresionado por los dolorosos sucesos bélicos había recomendado todavía en Lyon un «setiembre» esto, es degollar a los funcionarios imperiales incluyendo a los guardas de campo, lo cual contradecía su opinión anterior de que la lucha revolucionaria ha de afectar a las posiciones antes que a las personas. Sus esporádicas declaraciones «centralistas» han de cargarse con toda seguridad también a cuenta de Nechaiev, pues el 1 de abril de 1870 escribía ya al socialista francés Albert Richard con toda precisión:

«¡Ah, amigo mío! Temo que nos hallemos en total desacuerdo (...) Debo ver en ti más que nunca un adepto de la centralización, mientras que yo soy más enemigo de está que nunca y veo la salvación únicamente en la ANARQUÍA revolucionaria dirigida en todas partes por un poder colectivo invisible, única dictadura que admito, pues sólo ella se puede unir con la franqueza y plena energía del movimiento revolucionario». ¹⁰³

Marx veía con despecho que las secciones de la *Alianza bakuniniana*, aunque sólo fuera como miembros independientes de la *Asociación Internacional de Trabajadores*, se oponían al influjo de sus ideas, sobre todo en Italia y en España. Por esto decidió adelantar la ya iniciada excomunión de Bakunin. Puesto que en un congreso general de la Internacional difícilmente hubiera conseguido su objetivo, utilizó un procedimiento secundario sugiriendo al Consejo General que convocara una «conferencia secreta» en Londres del 17 al 23 de septiembre. De los 23 «delegados» 13 pertenecían al consejo General de Marx y otros dos eran fieles «marxistas». Podía por tanto, contar con una mayoría segura para todos los acuerdos sugeridos por él. En una de las resoluciones se obligaba a todas las secciones de la Internacional a formar partidos políticos, cuando se sabía que Bakunin veía en los partidos únicamente un medio de poder de los distintos dirigentes para obtener el dominio oligárquico sobre las masas.

Inmediatamente se produjo una serie de protestas contra los acuerdos de Londres, no por iniciativa de Bakunin, sino de manera completamente autónoma. Las protestas se dirigían fundamentalmente contra el intento de decretar una doctrina unitaria desde arriba, ya que también se había prohibido a las secciones portar designaciones especiales tales como «colectivista», «mutualista», «comunista», etc. Tan sólo faltaba en la lista la palabra «marxista». La *Fédération romande*, uno de los puntales de las teorías anarquistas, atacó los abusos del consejo General, pues se observaba una tendencia creciente a convertir la Internacional en una organización dirigida dictatorialmente. Sin embargo, proseguían la circular de los suizos del Jura, «la Internacional, embrión de la sociedad humana futura, debe ser ya ahora la imagen fiel de nuestros principios de libertad y federación y eliminar todo principio que aspira a la autoridad, a la dictadura». ¹⁰⁴

Además, las secciones italianas, reunidas en Rímini en una asamblea de protesta en agosto de 1872, decidieron abandonar la Internacional dirigida por el Consejo General Londinense.

¹⁰² Citado según Nettlau, *Von Proudhon zu Kropotkin*

* Bakunin tenía mientes el levantamiento de la plebe parisiense de septiembre de 1792.

¹⁰³ Loc. cit

¹⁰⁴ R. R. Bigler, Loc. cit

En las protestas y en las deserciones de los italianos, Marx seguía viendo únicamente maniobras de Bakunin: «Los muchos años de aislamiento lo habían amargado. Siempre se había prestado más atención a Proudhon y a Bakunin que a él. Ambos eran a sus ojos unos ignorantes en cuestiones teóricas que nunca llegarían a la suela de su zapato. Ya anteriormente le habían incomodado bastante estas herejías».¹⁰⁵ Marx veía en la Internacional única y exclusivamente el medio de imponer sus propias teorías.

La exclusión de Bakunin y de su amigo James Guillaume se produjo el quinto congreso de la Internacional, convocado precavidamente por el Consejo General lo más al norte que pudo, concretamente en La Haya para los días del 2 al 7 de septiembre de 1872, a Bakunin le resulto imposible acudir, dejando aparte los gastos de viaje, debido sobre todo a la existencia de una orden de captura contra su persona todavía vigente. Una vez más se creó una mayoría manipulable gracias a «delegados sacados de la manga» (Engels). Marx impidió además todo intento de discusión con los «bakuninistas». La acusación sobre la que estaba basada la excomunión decía que la fracción representada por los encausados poseía estatutos totalmente diferentes a los de la Internacional en lo referente a puntos de vista sociales y políticos. Por si esto era poco, se hicieron además contra Bakunin reproches injuriosos de malversación de fondos. Incluso un marxista como Mehring, biógrafo de Marx, hace constar que se trató de un acto imperdonable «del que por desgracia Marx es responsable» y en una carta a Brupbacher escribió: «Aunque soy marxista, y además marxista ortodoxo, estoy muy contento de que usted haya reconocido a Bakunin de nuevo (en el libro *Marx y Bakunin*) sus derechos, después de que fuera tratado tan cruelmente».¹⁰⁶

Bakunin reaccionó a la expulsión con bastante resignación. En la carta del 5 de octubre de 1872 dirigida al diario *La liberté* de Bruselas, escribe: «(...) No soy injusto con él (Marx) si creo que se imagina haber realizado algún descubrimiento científico cercano a la verdad absoluta. Pero desde el momento en lo que lo absoluto no existe, tampoco puede haber para la Internacional ningún dogma infalible y, en consecuencia, ninguna teoría política o económica oficial».¹⁰⁷

Y observó sarcástico a Guillaume: «La espada de Damocles con que nos han amenazado durante tanto tiempo ha caído finalmente sobre nuestras cabezas. De hecho no es ninguna espada, sino el arma usual del señor Marx: un cubo de basura».¹⁰⁸

Dejando aparte la rivalidad y la pretensión de autocracia por parte de Marx, la auténtica diferencia -por formularla una vez más- entre marxismo y anarquismo era la cuestión de si tras una revolución social se debía llegar en primer lugar a un Estado centralista y represivo que Según Marx y Engels «se extinguiría» con el tiempo, o si ahí mismo residiría el peligro de una nueva tiranía incluso para la propia clase obrera, según opinaban -de manera completamente profética además- Bakunin. El creía que en lugar del estado debía aparecer una asociación de comunas y de grupos de productores que se federaran voluntariamente; no una obediencia común por tanto, sino una voluntad común.

Sin embargo: «aunque también soy enemigo de aquello que en Francia se llama *discipline*, admito sin embargo que una cierta disciplina -no automática, sino voluntaria y conciente- es necesaria y lo será siempre. Una disciplina que, sin embargo, se deja combinar completamente con la libertad de los individuos será necesaria en todos aquellos casos apliquen a un trabajo o acción colectiva cualquiera (...) Los unos dirigen, los otros ejecutan; pero ninguna función se

¹⁰⁵ Íbidem.

¹⁰⁶ Carta del 4 de diciembre de 1913. Citada en Brupbacher, Loc. cit.

¹⁰⁷ Citado según Nettlau, Loc. cit.

¹⁰⁸ Citado según James Joll, *Die Anarchisten* [Los anarquistas], Francfort, 1966.

petrifica y permanece ligada definitivamente a una persona. No hay ni un orden jerárquico ni ascensos, de forma que el que ayer daba las órdenes vuelve hoy a la formación».¹⁰⁹

Marx impuso además en el congreso de La Haya que el Consejo General de la Internacional fuera trasladado a Nueva York. De esta manera dejó escapar su instrumento y lo condenó a la ineffectividad y al ocaso. De hecho la primera Internacional se disolvió en Filadelfia en 1876. En 1869, Engels había encontrado ya «el asunto divertido» (sic) y Marx -decepcionado por la «situación europea», es decir, por la poca audiencia que encontraba entonces entre las masas trabajadoras- la había dejado «pasar provisionalmente a segundo término».¹¹⁰

CAPÍTULO VII

EL FIN DE BAKUNIN

En la localidad suiza de Saint-Imier se reunió poco después del Congreso de La Haya una «Internacional antiautoritaria», pero tras el segundo congreso de diciembre de 1873, Bakunin se retiró de la escena política. En una carta a los amigos del Jura aducía como razones de su decisión la edad, su enfermedad, consecuencia de su largo cautiverio anterior, y su cansancio. Pero antes había redactado *Étatisme et Anarchie*, donde formula una vez más sus concepciones. Su carta de despedida terminaba con las siguientes palabras:

«Ya no siento en mí las fuerzas necesarias para la lucha; ya no representaría una ayuda en el campo del proletariado, sino únicamente un estorbo. Por tanto me retiró, queridos, compañeros, lleno de agradecimiento hacia ustedes y lleno de simpatía por vuestra grande y sagrada causa, la causa de la humanidad (...) Seré suyo hasta la muerte».¹¹¹

Un joven amigo italiano, el marqués Carlos Cafiero -que en principio había estado vinculado a Marx, para quien había trabajado en Italia hasta que se unió a Bakunin-, había adquirido en Locarno la villa *La Baronara*; se la regalo a Bakunin y le concedió plenos poderes sobre su considerable fortuna, pues quería dedicarla a la revolución y asegurar además la vida al viejo revolucionario. Cafiero esperaba que la villa podría convertirse en una gran central secreta, en una especie de cuartel general de todos los movimientos revolucionarios europeos.

Por primera vez desde su huída de Siberia, Bakunin se encontró en situación de no tener que depender ya más de las limosnas de sus amigos. Escribió inmediatamente a su mujer, pues ésta -debido a que Bakunin no podía tener hijos- vivía con ellos en Rusia en casa de unos parientes. Bakunin le rogaba que se trasladara a Locarno con la familia ya que ahora disponía de casa, parque, caballos, carruaje, y hasta de una lancha.

Pero cuando Cafiero regreso a Suiza después de un largo viaje y visitó a Bakunin, vio que éste se había dedicado demasiado al *dolce far niente*. El viejo revolucionario se había querido permitir finalmente algo de descanso: se había procurado un numeroso vestuario, él que anteriormente siempre había ido vestido muy pobremente, e invitaba generosamente a su caso

¹⁰⁹ Mikhail Bakunin, «L'Empire knouto-germanique», en *Gesammelte Werke*, vol. III, Berlín, 1924.

¹¹⁰ Friedrich Engels, *Der Briefwechsel zwischen Friedrich Engels und Karl Marx* [Correspondencia entre Engels y Marx], 1913, Reedición Berlín, 1949-50

¹¹¹ Nettlau, Loc. cit.

a los amigos. Su actitud frente al dinero, incontrolada como la de un niño, le jugó la mala pasada de emplear sumas demasiado elevadas en la transformación de la villa y en sus necesidades tardíamente despertadas.

Al joven fanático se le cayó el cielo encima. La impresión debió ser tan fuerte para él que nunca se repuso completamente. Exigió inmediatamente la devolución de toda la propiedad y quitó a Bakunin la carta blanca sobre sus bienes de fortuna. El reprendido Bakunin aprobó naturalmente todas estas medidas lleno de arrepentimiento, pero cuando llegó Antonio con sus hijos el corto bienestar había ya terminado.

Bakunin cayó en una fuerte depresión. Hasta políticamente se había resignado. A comienzos de 1874 escribió a James Guillaume: «La época de las luchas revolucionarias ha pasado. Ha empezado un período de reacción cuyo fin no vivirá probablemente la presente generación (...) Es inútil querer lo imposible. Debemos ver la realidad tal como es y darnos cuenta de que por el momento las masas populares no desean el socialismo».¹¹²

Dolorosa fue asimismo para él la crítica de sus amigos del Jura. Discutió incluso con Guillaume, que se enfadó por su resignación. Más tarde llegó un momento en que también Guillaume se resignó.

Es posible que la participación de Bakunin en el proyectado levantamiento de Bolonia de agosto de 1874 fuera, como se supuestó, un intento de caer en la lucha, de morir en las barricadas. Pero la lucha no se produjo, a pesar de que la sublevación había sido convenida con los mazzinianos y debía extenderse a toda Italia.

Bakunin llegó a Bolonia el 30 de julio, alquilando una habitación bajo el nombre de Michele Fabrizzi según unos y de Signor Tamburini según otros. El levantamiento estaba previsto para la noche del 7 al 8 de agosto, debiendo sublevarse al mismo tiempo las regiones de Toscana y Apulia.

Sin embargo, la organización entró en dificultades cuando poco antes de la fecha decisiva fueron detenidos algunos dirigentes importantes. El 7 de agosto apareció pegada en las paredes de muchas ciudades italianas una proclama en la que se exhortaba a «luchar hasta morir por la abolición de todos los privilegios y la total liberación del género humano». «¡El primer deber del esclavo es sublevarse; el primer deber del soldado, desertar!» Estas consignas sólo produjeron, sin embargo, un resultado lamentable.

Ciertamente ante las puertas de Bolonia se habían congregado dos grupos que sumaban más de dos mil insurrectos y que debían esperar una tercera sección procedente de Imola. Tenían pensado entrar después todos juntos en la ciudad y atacar el arsenal cuyas puertas les debían ser abiertas por dos oficiales simpatizantes. Sin embargo, Bakunin esperó en vano en el interior de la ciudad la aparición de los grupos rebeldes.

En Imola no se habían reunido el número esperado de revolucionarios. Finalmente, retrasado y con sólo unos cien hombres mal armados, el dirigente de aquella localidad se puso en marcha hacia Bolonia. A los pocos kilómetros la columna se encontró con el ejército y los carabinieri. Tras un breve combate fueron capturados unos cuarenta rebeldes mientras que los demás se dispersaban y volvían a casa. Al comparecer el grupo de Imola, los que esperaban ante las puertas de Bolonia enterraron las armas al amanecer y volvieron a sus lugares de origen.

¹¹² Citado según Brupbacher, Loc. cit.

Bakunin permaneció escondido durante cuatro días en Bolonia. Finalmente, el 12 de agosto, disfrazado de sacerdote, con la barba afeitada y con gafas, tomó el tren que lo condujo de nuevo a suiza.

El invierno siguiente (1874-1875), su situación material se hizo desesperada. Escribió a un amigo una carta de socorro diciéndole que 200 francos era para él cuestión de vida o muerte.

Mikhail Bakunin murió de uremia el 1 de julio de 1876 en un hospital de Berna. Un amigo alemán de los muchos amigos de esta nacionalidad que tenía a pesar de lo que se diga de su germanofobia, el músico Adolf Reichel, alejado de toda lucha política, se hallaba en su lecho de muerte y nos ha informado del cansancio de vivir de aquel ruso de 62 años, antaño de una vitalidad tan enorme: «Cerró los ojos sin lamentarlo».¹¹³

Bakunin se describió en cierta ocasión a sí mismo, dando con ello quizá la clave de toda su personalidad:

«Un defecto fundamental de mi carácter ha sido siempre el amor a lo fanático, a las aventuras extraordinarias y nunca oídas, a empresas que abren nuevos horizontes ilimitados y cuyo desenlace nadie puede prever. En una sociedad corriente y pacífica e siento infeliz y coartado. Los hombres buscan por lo general la tranquilidad, a la que tienen por un bien supremo; pero la tranquilidad siempre me lleva a la desesperación. Mi ánimo siempre se encuentra en un estado de ebullición; necesita de actividad, movimiento, vida. Yo no hubiera debido nacer en una sociedad burguesa, civilizada, sino en los bosques primitivos de América. Entre los colonos del lejano Oeste, allí donde la civilización se halla todavía en sus comienzos y la vida es una lucha incesante con la salvaje naturaleza. O si el destino hubiera hecho de mí un marinero desde mi temprana juventud, probablemente seguiría contándome hoy entre estas gentes honradas; no hubiera penado en política no soñado con otras aventuras y tormentas que las del océano. Pero el destino no lo ha querido así y mi necesidad de movimiento y acción permaneció insatisfecha. Esta necesidad, a la que posteriormente se unió mi entusiasmo democrático, ha sido poco más o menos el único principio motriz de mi existencia. Puedo definir en pocas palabras este entusiasmo: amor a la libertad y un odio salvaje contra toda opresión, odio tanto más fuerte si la opresión aplasta a otros y no a mí mismo».¹¹⁴

Son frases que escribió en prisión, frases de su *Confesión al zar*. La meta por la que luchó -a veces equivocándose, a veces con medios cuestionables, pero siempre con entusiasmo ardiente- era «la humanización de la situación real de todos los individuos reales que nacen, viven y mueren sobre la faz de la tierra».¹¹⁵

CAPÍTULO VIII

EL ANARQUISMO RELIGIOSO

La figura de otro ruso constituye en muchos aspectos la mayor contraposición imaginable a la fuerte necesidad de Bakunin de movimiento y de actividad, a su filosofía de la acción, de la que

¹¹³ Barrué, Loc. cit.

¹¹⁴ Bakunin, *Confesión*.

¹¹⁵ Bakunin, *Gott und Staat*, [Dios y el Estado].

se puede deducir finalmente la teoría de la propaganda por la acción con sus bombas y sus series de atentados. El conde León Nikolaievich Tolstoi (1828-1910) no lanzó al mundo sus exigencias de justicia social inspiradas en la compasión por los sufrimientos del pueblo ruso como programa revolucionario. Su inconformismo, su deseo de un cambio en la sociedad y en la vida, son completamente apolíticos y se remiten a las ideas de un cristianismo primitivo, que por otra parte existió únicamente en comunidades dispersas. Sus exigencias religioso-sociales son, por tanto, tan utópicas al menos como las social-revolucionarias de los anarquistas libertarios. Su religiosidad, lo mismo que sus doctrinas «carentes de falseamiento metafísico», se basa exclusivamente en la razón y en la moral.

Le ática de Tolstoi rechaza todo tipo de violencia, incluso la violencia frente al mal. Su punto de partida y su material de observación está constituido por la sociedad agraria rusa, base de la crítica que le hizo Lenin de «incomprensión propia de un campesino ingenuo y patriarcal».

León Tolstoi, como muchos de los reformistas, populistas y pensadores críticos rusos, era un vástago de la rica nobleza terrateniente. Sus antepasados eran condes y propietarios en Yasnaya-Polonia, localidad cercana a Tula. Huérfano desde muy niño, se crió en casa de unos parientes. Interrumpió sus estudios de matemáticas y derecho para dedicarse a la educación de sus campesinos en la propiedad paterna, actitud que estaba en consonancia con el gran movimiento «hacia el pueblo» que entusiasmaba al estamento ilustrado ruso.

Tolstoi comenzó su carrera literaria después de la guerra con Crimen, en la que había participado como oficial, con la aparición de su amarga novela *Sebastopol* (1855), su primera gran obra. En el curso de largos viajes conoció Alemania, Francia y Suiza. Sus grandes novelas lo convirtieron en uno de los escritores más importantes de la literatura mundial.

Cuando contaba cincuenta años se produjo un profundo cambio en su posición intelectual. Pasó a atacar la cultura europea basada en la fe en el progreso y sintió la necesidad de sufrir en humildad evangélica con la miseria de los explotados y perseguidos. Su fanatismo por la verdad, y su doctrina de la no violencia con reminiscencia de teologías orientales, le proporcionaron una comunidad ampliamente extendida por Europa. Llegó a ser ya e vida una figura legendaria: hombres de todas las naciones, de todas las clases sociales y de todos los estratos culturales emprendieron peregrinaciones a Yasnaya-Polonia para honrar a aquel viejo conde vestido con atuendo de labrador. Tolstoi representó una fuerza en la lucha contra las mentiras de la sociedad burguesa y contra la hipocresía del Estado policiaco y de la iglesia. Rechazaba completamente el Estado y el aparato judicial. Por eso protestó públicamente contra la ejecución de los autores del atentado que había costado la vida al zar Alejandro II. Era asimismo un crítico despiadado de la sociedad capitalista. Su anarquismo no sólo exigía renunciar a la explotación del hombre por el hombre como medio de enriquecimiento, sino que ponía en cuestión además el valor del trabajo:

«Se dice que el trabajo perfecciona al hombre; pero yo he observado siempre lo contrario. El trabajado y el orgullo de trabajar hacen (...) crueles a los hombres. El trabajo no sólo no es una virtud, sino que en nuestra mal organizada sociedad es en la mayoría de los casos un medio para matar el sentimiento moral».

Se trata evidentemente de la respuesta más radical a la euforia positivista del rendimiento propio del mundo europeo, de un rechazo tanto del ethos burgués como de la fe en la producción inherente a casi todas las aspiraciones socialistas.

En Rusia había círculos que trataban de realizar prácticamente el programa de vida tolstoiano. Se formó una especie de secta de la que se declararon partidarios no sólo intelectuales, como el poeta S. Leskov (1831-1895), sino también personas de formación media e incluso grupos populares. Tolstoi intentó presentar sus doctrinas de la forma más simple posible y se esforzó

por mostrar la insensatez de las llamadas necesidades «culturales». Estaba tanto contra el lujo en el vestir y el refinamiento en las comidas como contra los médicos y las comadronas. Naturalmente condenaba el teatro y el baile. Incluso la ciencia era en su opinión superflua, puesto que sólo servía a los ricos.

El reino de Dios llegará en su opinión cuando ya no haya propiedad, sobre todo propiedad de la tierra, y ésta esté a disposición del que la trabaja. Cuando todos los hombres sean iguales tanto en lo que se refiere a la propiedad como a las necesidades, desaparecerán el engaño, el envilecimiento, los presidios, los asesinos y las ejecuciones, la policía y la guerra, los Estados y las revoluciones.

Su respuesta de toda forma de voluptuosidad, su crítica cultural sectaria de tinte rousseauiano, su orientación cada vez más fuerte hacia una ascesis de «racionalidad en los fines», lo pusieron en contradicción con sus familiares. Las tensiones con ellos se hicieron finalmente tan grande que abandonó Yasnaya-Polonia y a su familia para ir por otros caminos como los mendigos y los peregrinos rusos. Murió a los 81 años al escapar de la sala de espera de la estación de una pequeña ciudad.

Se le ha de contar entre los anarquistas no sólo su admiración hacia Proudhon, en quien veía «el mayor filósofo del siglo XIX». Además tenía relaciones con los anarquistas franceses vinculados con su compatriota Kropotkin. Uno de sus folletos, titulado *La guerre et le service militaire*, apareció en la *Bibliothèque des Temps Nouveaux*, periódico que Kropotkin había fundado como continuación de *La Révolte*. James Joll cita las siguientes frases del prólogo anónimo a este escrito:

«(Tolstoi) sostiene, como nosotros, que en toda dominación hay algo insano, y que corrompe cuanto toca. Niega fundamentalmente la bondad de las leyes, ordenanzas y disposiciones, emanadas desde arriba. Aborrece el sistema militar por ser absolutamente incompatible con la libertad y la justicia; pero rechaza cualquier tipo de resistencia al mal. Se denomina a sí mismo anarquista cristiano».¹¹⁶

El propio Kropotkin guardaba un profundo respeto por el genio de Yasnaya-Polonia a pesar de no haber tenido jamás un encuentro con él. En muchos puntos había además coincidencia entre ambos. También Kropotkin, aun teniendo en cuanto lo cerca que se hallaba de las teorías terroristas, poseía en el fondo algo evangélico, y no únicamente en su modo de vida tendente también al ascetismo.

CAPÍTULO IX

EL JOVEN PRÍNCIPE

De hecho el príncipe Piotv Alexandrovich Kropotkin (1842-1921) causó sobre mucha gente el efecto de un santo. «Kropotkin», decía Shaw, «eran tan amable que rayaba en lo sagrado; con su barba roja y el rostro bondadoso se hubiera podido tomarlo por un pastor de las montañas

¹¹⁶ James Joll, Loc. cit.

idílicas». * No obstante, también se remitieron a él, con razón o sin ella, los autores de atentados en todo el mundo durante los años ochenta y noventa del siglo pasado.

Kropotkin vino al mundo en el moscovita «barrio de los viejos caballeros», de calles tranquilas y casas de madera de un solo piso con adornos de estuco. Si Bakunin y Tolstói procedían de la nobleza provinciana, Kropotkin descendía de la alta nobleza tradicional. Sus primeros quince años transcurrieron en la antigua ciudad de los zares y en la propiedad paterna, que contaba con 12.000 siervos. Su madre pertenecía a la familia de los príncipes Gagarin, familia distinguida por sus cualidades musicales, y murió cuando Piotr todavía no había cumplido los cuatro años. La madrastra no se preocupó mucho por los hijos de su antecesora, por cual Piotr y su hermano Alexander, apenas dos años mayor que él, únicamente encontraron amabilidad y alivio entre los criados. De esta manera afectó a los niños todavía más el sino, duro e injusto a menudo, de los siervos bajo la arbitrariedad de su padre, a pesar de que éste no era un señor especialmente despiadado. La simpatía de Kropotkin por el «pueblo» data de sus primeros años.

En agosto de 1857 por deseo expreso del zar Alejandro II entró en el cuerpo imperial de pajes de San Petersburgo. «No abrigo ninguna duda de que en aquel tiempo se ocultaba ya bajo mi aspecto infantil muchas de las cosas que llegaría a ser más tarde», escribió décadas después en sus memorias *Autour d'une vie*.¹¹⁷ Tras la muerte de Nicolás I su terrible despotismo dejó de pesar sobre el cuerpo de pajes, pero todavía tuvo que transcurrir algún tiempo hasta que fueran suprimidos el indigno espionaje que ejercía la dirección del centro y los tormentos sádicos que los cadetes mayores infligían a los más jóvenes. Sorprende el tipo de conocimientos que se transmitía a los alumnos en esta cortesana escuela-cuartel. Kropotkin, sin embargo, ayudado por sus extraordinarias dotes intelectuales, profundizó su campo de acción mediante estudios adicionales y numerosas lecturas, mediante los estímulos de su hermano, estudiante en una escuela de cadetes moscovita, y a través de experiencias propias, entre las que se cuenta el intento de investigar económica y sociológicamente por medio de encuestas estadísticas un mercado semanal en Nikólskoie, aldea perteneciente a su padre. En la escuela emprendió la temeraria tarea de editar tres ejemplares manuscritos una revista revolucionaria, todavía con tendencia constitucionalista, cuya aparición suspendió, sin embargo, tras el segundo número debido a las advertencias de los correligionarios que poseía entre los compañeros. Comisionado para el servicio en las fiestas de la corte, pudo observar en calidad de paje de cámara de la familia del zar la vida de palacio desde una proximidad decepcionante.

Grande fue la sorpresa, casi un escándalo, cuando ascendió a oficial en lugar de elegir un elegante regimiento de la guardia solicitó la tropa de los cosacos del Amur, en la lejana Siberia. «Uniforme negro, con un simple cuello rojo, sin ribetes; gorra de pelo, hecha de piel de perro; pantalones grises». ¹¹⁸ Estuvo de servicio en Siberia durante cinco años.

Estos años, dice Kropotkin, «fueron para mí una verdadera escuela de vida humana y de carácter. Estuve con gentes de toda índole, con los mejores y los peores, con los que se hallan en la cúspide de la sociedad y con los desheredados de la fortuna, con los vagabundos y con los llamados criminales incorregibles (...) Al mismo tiempo mis largos viajes, durante los cuales recorrí más de 15.000 kilómetros en carros, en vapores, en botes, y principalmente a caballo, tuvieron un efecto maravilloso sobre mi salud. Estos viajes me enseñaron también lo poco que el hombre necesita realmente». ¹¹⁹

* Las montañas Idílicas son un paisaje ideal de la famosa alegoría religiosa *The Pilgrim's Progress*, de John Bunyan. Bunyan trabajó en ella de 1678 a 1684.

¹¹⁷ Piotr Kropotkin, *Memorien eines Revolutionärs* (Autour d'une vie, 1902), Francfort, 1969.

¹¹⁸ Loc. cit.

¹¹⁹ Loc. cit.

Llegó a Irkutsk poco después de la huida de Bakunin, y tuvo ocasión de conocer a su mujer, ya que ésta todavía permaneció bastante tiempo hasta conseguir el permiso de partida. También hizo amistad con Kúkel, oficial de alta graduación amigo de Bakunin. Allí comenzó a leer a Proudhon, cuyos libros le prestaba un escritor desterrado llamado M. L. Mikhailov. Se entregó con afán a reformar aquella provincia irremisiblemente abandonada, hasta que la poderosa ola de reacción que siguió al levantamiento polaco y la sustitución de Kúkel como gobernador de Transbaikalia, le hicieron imposible proseguir.

En el curso de un viaje de exploración plagado de aventuras penetró en Manchuria disfrazado de comerciante, en territorios que ningún europeo había pisado antes de él. Su tarea consistía en buscar una vía de comunicación más corta entre Transbaikalia y el curso medio del Amur. Midió además el curso del Sungari. En expediciones llenas de peligros por la cuenca del Amur y de sus afluyentes mandaba a menudo un equipo de asesinos y ladrones que se hallaban cumpliendo condena. Con una energía cada vez mayor, consagró su ímpetu juvenil a exploraciones científicas, cuyos resultados geográficos y geológicos fueron de importancia fundamental para el conocimiento de la estructura del terreno en Asia oriental. Pero también se procuró otro tipo de conocimientos:

«Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente hubiera podido aprender en otra parte. Pronto comprendí que es completamente imposible para la gran masa del pueblo conseguir algo realmente eficaz por medio de la máquina administrativa (...) El trabajo constructivo realizado por la masa anónima (...) y la gran importancia de este trabajo constructivo para el desarrollo de las formas sociales se me apareció con toda claridad (...) Crecí en el seno de una familia que reinaba sobre un ejército de siervos, entré en la vida activa, como todos los jóvenes de entonces, firmemente convencido de lo necesario que es mandar, ordenar, reprender, castigar y demás. Sin embargo, tan pronto como tuve que ejecutar empresas serias y que enfrentarme con los hombres en situaciones donde cualquier paso en falso comportaba inmediatamente consecuencias graves e importantes, comprendí la diferencia total existente entre un comportamiento basado en la disciplina y las órdenes y otro apoyado en el principio del mutuo acuerdo (...) Aun cuando no formulé entonces mis observaciones en términos análogos a los usados por los partidos militantes, puedo decir ahora, que en Siberia perdí completamente la fe que hasta entonces pudiera haber tenido en la disciplina del Estado, preparándose así el terreno para convertirme en anarquista».¹²⁰

Kropotkin se avergonzó del uniforme ruso cuando se produjo la cruel represión de la revuelta de los presos polacos condenados a trabajos forzados. En enero de 1868 abandonó el servicio militar para consagrarse al estudio y a los trabajos científicos en la universidad de San Petersburgo. Presentó los resultados de sus investigaciones y expediciones por el Amur y llegó a ser un miembro altamente respetado de la Sociedad Geográfica Rusa en su cargo de secretario de la sección de Geografía Física. Nombrado finalmente miembro de la junta directiva y secretario general de la sociedad Geográfica, se le encargó la misión de realizar investigaciones sobre los sedimentos glaciares en Finlandia y Suecia, viaje que significó un viraje decisivo en su vida: «Se habían realizado mis primeras esperanzas, pero entretanto otras ideas y otras aspiraciones habían ocupado mi pensamiento».

Vio la miserable vida de los campesinos finlandeses. «Debería actuar en esta dirección y para esta clase de gente», se decidió «Todos los discursos que hablan de promover el progreso de la humanidad, mientras los promotores del progreso se mantienen alejados de aquellos a quienes pretenden mejorar, son puros sofismas».¹²¹ Quería dedicarse con todas sus fuerzas a la cuestión social, para lo cual presentó, en febrero de 1872, solicitud para viajar al extranjero.

¹²⁰ Loc. cit.

¹²¹ Loc. cit.

Su hermano Alexander había estado ya con anterioridad en Zurich y establecido relaciones con socialistas moderados, entre otros con Lavrov, emigrante ruso de filiación socialdemócrata. Piotv se incorporó en Zurich a una sección local de la Internacional, dedicándose apasionadamente a la lectura de la literatura socialista.

«Leía día y noche, recibiendo una impresión tan profunda que nada podrá borrar jamás. Asociando en mi mente el despertar de un torrente de nuevas ideas con el recuerdo de una habitación pequeña y limpia en la Oberstrasse, desde cuya ventana se gozaba de una perspectiva sobre el lago azul y las montañas».¹²²

Tras doce días de estancia en Zurich marchó a Ginebra, que por aquel entonces era un importante centro del movimiento obrero internacional: «Tomando un vaso de vino tinto áspero en una de las mesas, solía sentarme cada noche entre los obreros, y pronto me hice amigo de varios de ellos. “Aquí hay hombres”, me decía a mí mismo, “concientes de su esclavitud, que luchan por liberarse de ella, pero, ¿quién les ayuda? ¿Dónde están los que quieren servir a las masas sin convertirlas en instrumento de su ambición?”».¹²³

Muy pronto las intrigas y las maniobras electorales de los dirigentes le decepcionaron. Decidió conocer también la segunda sección ginebrina de la Internacional, cuyos miembros eran llamados «bakuninistas». Marchó a Neuchâtel y pasó unos ocho días con los relojeros del Jura. En esta ocasión entabló conocimientos con la Liga del Jura (Federación del Jura), que iba a desempeñar un papel tan decisivo en la discusión entre socialistas autoritarios y no autoritarios en el seno de la Internación. La rebelión contra el consejo General londinense se produjo en aquel mismo año de 1872.

«En el Jura no existía separación entre dirigentes y obreros (...) También allí había hombres más inteligentes y sobre todo más activos, que los demás, pero nada más».¹²⁴

En el curso de esta breve estancia conoció también James Guillaume. Quizá fue éste quien le desaconsejó ir a la cercana localidad de Locarno a visitar al «viejo y demasiado agotado» Bakunin; pero quizá tampoco Bakunin deseaba la visita de Kropotkin, influido posiblemente por la relación de éste con el moderado Lavrov y los marxistas ginebrinos. Se encontró en cambio con fugitivos que habían conseguido escapar a la sangrienta represión desatada tras la derrota de la *Comuna* parisiense. De esta manera conoció por testigos presenciales la verdad sobre la actuación, calumniada en toda Europa, de aquel gobierno popular que había asumido el poder según los principios proudhonianos, «cuya composición y organización era radicalmente diferente de todo lo existente hasta la fecha».¹²⁵

Los recuerdos de Kropotkin acerca de los métodos de terror de la policía zarista podían palidecer ante los informes sobre la semana sangrienta (21-28 de mayo de 1871), en la cual las tropas paralizaron el movimiento obrero francés por unos diez años con la matanza de 30.000 hombres, mujeres y niños parisienses.

Desde Neuchâtel, visitó también las ciudades y las aldeas de los valles y tuvo ocasión de conocer a otro miembro influyente de la *fédération jurassienne* en la persona del grabador Adhemar Schwitzguébel (1844-1895).

«La elaboración teórica del anarquismo, tal como se llevaba a cabo paulatinamente en el seno de la federación del Jura, bajo el influjo de Bakunin, las críticas al socialismo de Estado -

¹²² Loc. cit.

¹²³ Loc. cit.

¹²⁴ Loc. cit.

¹²⁵ Jean Elleinstein, *Réflexions sur la Commune de 1871*, París, 1971.

preocupación por un despotismo económico que excedía con mucho al simple despotismo político-, que allí oí formular, y el carácter revolucionario de la agitación, ejercieron con toda seguridad un gran influjo sobre mí. Sin embargo, todavía causaron mayor impresión sobre mis sentimientos las relaciones de igualdad que vi imperar en el Jura, la independencia de pensamiento y de expresión (...) reinante entre aquellos trabajadores (...) y su ilimitada dedicación a la causa común. Cuando al cabo de unos doce días de permanecer entre ellos tuve que abandonar a los relojeros del Jura, mis convicciones socialistas se habían definido: *era un anarquista*».¹²⁶

«Además empecé a comprender gradualmente que las revoluciones, esto es, los períodos de desarrollo rápido y acelerado y de progresos repentinos son tan propios de las sociedades humanas como el desarrollo lento y continuado, que tiene lugar hoy en el seno de las razas más civilizadas (...) La cuestión es, pues, no tanto cómo se han de evitar las revoluciones, sino cómo se pueden conseguir los mejores resultados limitando en la mayor medida posible la guerra civil, con el menor número de víctimas y con un mínimo de mutuos enconos».¹²⁷

Sus opiniones se fortalecieron en el curso de un viaje a Bélgica, en el que «pudo comparar una vez más la agitación política centralizada de Bruselas con la agitación independiente y económica que se desarrollaba entre los trabajadores de la industria de paños de Verviers».¹²⁸ Probablemente en aquella ocasión conoció al joven médico César de Paepe (1842-1890), que desempeñó un papel decisivo en el movimiento obrero belga y entonces intentaba adoptar una posición mediadora entre los «centralistas» y los «anarquistas».

En su regreso a Rusia, Kropotkin pudo introducir un cierto número de escritos revolucionarios. En San Petersburgo pronto entró en contacto con el círculo Tchaikovski, grupo articulado en torno al hermano compositor y perteneciente a la oposición constitucional. Kropotkin consiguió ganar a los jóvenes para las ideas socialistas, que ya empezaban a encontrar eco entre ellos. Junto a sus trabajos científicos, desplegó una vivaz actividad agitadora. Disfrazado de obrero o de campesino visitaba reuniones clandestinas por los suburbios y pronunciaba charlas ante los tejedores y los obreros de las fábricas de algodón. Pertenecían también el grupo Sergei Kravchinski, conocido posteriormente bajo el nombre de Stepniak, con el que participó en el golpe de mano de los anarquistas italianos de 1877 en Benevento. Stepniak apuñaló en 1878 en San Petersburgo, en plena calle, al jefe de la policía secreta rusa; escribió además un manual de guerra de guerrillas en el que recoge sus experiencias del levantamiento contra los turcos ocurrido en Bosnia, en el cual había colaborado. Kropotkin cuenta en sus memorias: «A menudo lo llamábamos “el niño” por el poco cuidado que le merecía su propia seguridad».

«Los doce años que pasé en el círculo de Tchaikovski, de una vida sometida a elevadas tensiones, de una vida en la que en cierta medida se sentían en cada momento a través del latido de todas las fibras del hombre».¹²⁹

Daba vueltas a la idea de marchar al sur de Rusia a fin de hacer agitación entre los campesinos siguiendo la consigna de *V narod* (Hacia el pueblo). Éste fue el camino que eligió Kravchinski, quien disfrazado de aserrador iba por el país tratando de sublevar a los campesinos, tarea en la que le sirvió de ayuda su gran conocimiento de la Biblia.

Kropotkin fue detenido por una denuncia y llevado a la fortaleza de Pedro y Pablo. «Bakunin lo soportó», se decía, «y yo también lo haré; *no sucumbiré*»,¹³⁰ Se tardó varios años en preparar el

¹²⁶ Piotr Kropotkin, *Memorien eines Revolutionärs*.

¹²⁷ Loc. cit.

¹²⁸ Loc. cit.

¹²⁹ Loc. cit.

¹³⁰ Loc. cit.

«proceso de los 191» que se hallaban detenidos provisionalmente por participar en la agitación, algunos desde hacía ya cuatro años. No menos de veintiuno se habían suicidado entretanto o habían sucumbido a la locura. Antes de que comenzara el proceso Kropotkin cayó enfermo de escorbuto, de fuertes trastornos digestivos y de agotamiento, por lo que fue llevado a un hospital militar.

Apenas se había restablecido un poco trató de encontrar un medio de huir. Por medio de la comunicación clandestina entre presos, pudo entrar en contacto con el exterior, elaborándose así un plan de fuga con todos los detalles. La primera vez fracasó, pero en la segunda ocasión todo salió según lo previsto. Luchando por su vida, Kropotkin pudo alcanzar corriendo un carruaje que lo estaba esperando, que facilitó la huída de los perseguidos, gracias a una feliz combinación de todas las circunstancias. Todo San Petersburgo fue revuelto en busca del fugitivo, al que los amigos -después de que se cambiara de ropa y se afeitara la barba- habían llevado al restaurante más caro de la ciudad, porque estaban seguros que aquellas salas iluminadas y llenas de comensales a la hora de cenar sería donde menos le buscarían. Durante algunos días permaneció escondido en las afueras de la ciudad, hasta que pudo escapar a Suecia con documentación falsa desde un puerto apartado del golfo de Botnia. En su huída colaboro, además de otros amigos y de su cuñada (Alexander había sido detenido también y desterrado a Siberia), la mujer de Lavrov, que por aquel entonces se hallaba viviendo en Londres.

Desde Suecia viajó, haciéndose llamar Levachev, hasta Escocia en un barco inglés. Tan sólo quería permanecer en el extranjero unos dos meses, el tiempo suficiente para que su salud se fortaleciese un poco. Estaba convencido de que los emigrantes no podían ejercer ningún influjo sobre la situación rusa, ya que para ello se necesitaban un contacto permanente con las particularidades internas. Kropotkin permaneció siempre fiel a esta concepción actuando preferentemente para los grupos locales del lugar donde se encontraban. A Rusia no volvió sino veintiún años después de su huída, en unas circunstancias muy diferentes, concretamente en 1971.

Habiendo pasado de Edimburgo a Londres, se encontró de nuevo con Lavrov y conoció a un fugitivo de Tomsk, Cherkesov, miembro del grupo de Nechaiev, a quien había facilitado la huída al extranjero en 1869 después del asesinato de Ivanov, acción en la que Kropotkin veía «un crimen vulgar». Éste se ganaba la vida con trabajos periodísticos para la revista *Nature* y para el *Times*. Después de algunos viajes entre Londres, Neuchâtel y Bélgica, fijó su residencia definitivamente en Suiza, en La-Chaux-de-Fonds, un «lugar poco atractivo».

En sus memorias expresa la siguiente opinión: «cuando vuelvo mi mirada hacia estos años, estoy firmemente convencido de que, si Europa no fue víctima de la reacción más oscura después de 1871, fue debido fundamentalmente al espíritu revolucionario despertado en Europa occidental antes de la guerra franco-prusiana y que desde entonces se ha mantenido vivo por los anarquistas partidarios de la Internacional, por los blanquistas,¹³¹ los mazzinianos y los republicanos cantonalistas españoles». Sin embargo, desde Neuchâtel en carta del 27 de febrero de 1877, escribió a su amigo Robin:

«Todas las secciones (de la Federación del Jura) están reducidas a unos pocos miembros (...) No tienen *ninguna* relación con las masas. Es más: están separas de ellas por un muro (...) Se desconfía de los socialistas». Tenemos además la queja del ascético agitador por las seducciones del consumo:

¹³¹ Adeptos de Louis-Auguste Blanqui (1805-1881), «jacobino» socialista que participó en las revoluciones francesas del siglo XIX. De él procede la expresión *Ni Dieu ni Maître* [Ni dios, ni amo], adoptada por los anarquistas. Abogaba por la dictadura socialista.

«Algunos años de prosperidad con la pequeña inclinación al lujo de la burguesía que finalmente ha penetrado (los domingos gente como usted y yo seríamos considerados unos sucios trabajadores), la costumbre de holgazanear en los cafés, de hablar de teatro y de las bodas de la burguesía; todo esto aleja a la gente de sectarios como nosotros».

A pesar de esta falta de colaboración por parte de las masas, Kropotkin tuvo ocasión de conocer personalidades que combatían por la tan ardientemente revolución. Así conoció, entre otros, al geógrafo Elisée Reclus (1830-1905) «quien, auténtico puritano en su manera de vivir, semeja en el aspecto intelectual a los enciclopedistas; un hombre capaz de inspirar a los demás con su genio, pero que nunca los ha dominado ni los dominará; un anarquista, cuyo anarquismo es únicamente emanación consecuente de su amplio y profundo conocimiento de las formas de vida humana en todos los estadios de la civilización».¹³² En los días de la Comuna Reclus había sido director de la Biblioteca Nacional. Habiendo escapado a la matanza fue condenado a la deportación, cuando científicos de todo el mundo intervinieron a su favor.

Paul Brousse (1844-1912), joven médico del sur de Francia, pertenecía también al círculo íntimo de Kropotkin. Era «de un carácter extraordinariamente vivo, algo bullicioso, agudo y enérgico (...). Editó dos periódicos, uno en francés y otro en alemán. Llevaba al mismo tiempo una voluminosa correspondencia y era además el alma de las reuniones nocturnas de carácter recreativo para obreros».¹³³ De Brousse procede la fórmula de *Propagande par le fait* - aparecida por primera vez en un artículo del *Bulletin* de la confederación del Jura-, fórmula adoptada por Kropotkin en una carta a Robin del 3 de junio de 1877. Con ella defendía Paul Brousse la idea de la «acción directa»:

«Hay que apoderarse de una vez de una comuna e implantar allí la propiedad colectiva. ¿Se nos ataca? ¡Hay que luchar y defenderse; una derrota no significa nada! La idea no será esbozada en papel, en un periódico, en un cuadro; no será esculpida en mármol, labrada en piedra, fundida en bronce, sino que será carne y sangre, carne y hueso, caminará viva ante el pueblo y éste la saludará a su paso».¹³⁴

Más tarde moderó su *pathos* y su activismo revolucionario. Fue uno de los fundadores del Partido Obrero Francés, cuyo doctrinarismo, sin embargo, terminó por rechazar contribuyendo así a la escisión. Brousse fue además uno de los ideólogos del reformismo.

De los anarquistas italianos entraron en el círculo de Kropotkin, Cafiero y Malatesta entre otros. El marqués Cafiero, llevado de un rigorismo místico, había sacrificado toda su fortuna a la «causa». Malatesta, estudiante de medicina en principio renunció asimismo al estudio y a la fortuna en pro de la revolución. Está considerado como una de «las grandes figuras idealistas del anarquismo».*

El 18 de marzo de 1876 se celebró en Berna una manifestación para conmemorar el quinto aniversario de la Comuna de París. A pesar de la prohibición existente se desplegó la bandera roja, produciéndose enfrentamientos entre los manifestantes y la policía en los que hubo cuatro heridos: dos obreros, dos policías. Al lado de Kropotkin y de los anarquistas de la confederación del Jura, figuraba también el socialdemócrata ruso Plejanov (1856-1918). El mismo día de la manifestación, Kropotkin había declarado muy a tenor de la *Propagande par le fait*: «Si la gendarmería ataca, tanto mejor. En ese caso se hará, si es necesario, propaganda con las estacas y los revólveres».

¹³² Kropotkin, *Memoiren eines Revolutionärs*.

¹³³ Loc. cit

¹³⁴ Citado según Nettelau, *Von Proudhon zu Kropotkin*.

* Véase el capítulo 11.

A propósito de una nueva manifestación celebrada a continuación en Saint Imier, en la que la policía se mantuvo a la expectativa a pesar de que la prohibición se había agravado, Kropotkin recuerda, sin duda con menos entusiasmo de lucha: no puede decir: «qué sentimiento imperaba en la mayoría de nosotros: si la alegría por habernos ahorrado un combate espontáneo o el disgusto porque no se hubiera producido. El hombre, en verdad, es un ser muy complicado». ¹³⁵ Por lo demás no había vuelto a participar en una refriega semejante desde aquellos tormentosos días suizos.

En diciembre de 1878 se hallaba en Ginebra. Allí conoció a su futura mujer, Sofía, rusa nacida en Kiev en 1856. Sofía estudiaba en Berna y había ido a Ginebra a finales de año a pasar las vacaciones. Pertenecía a los círculos «nihilistas» de la juventud rusa, en los cuales se quería ver en la mujer «un camarada, un ser humano, y no una muñeca o un maniquí y en los que se rechazaban decididamente esas insignificantes cortesías con que los hombres tratan de hacer frente a las mujeres, consideradas preferentemente como “sexo débil”». ¹³⁶

Kropotkin dice de aquellos años de estancia en suiza: «Nuestra actividad fundamental consistía (...) en la elaboración del socialismo anarquista, tanto en el aspecto teórico como práctico».

«Nosotros, indudablemente, preveíamos que si se dejaba al individuo en completa libertad para expresar sus ideas y para obrar, habríamos de tropezar con algunas extravagantes exageraciones de nuestros principios. Ya lo había podido comprobar en Rusia con el movimiento nihilista. Sin embargo, abrigábamos la esperanza -y la experiencia nos ha dado la razón- de que la misma vida social, acompañada de una franca y sincera crítica de opiniones y actos, sería el medio más efectivo para pulir las exageraciones inevitables. Actuamos, pues, según el antiguo adagio que dice que la libertad constituye todavía el mejor remedio contra los excesos ocasionales de la libertad. El hombre lleva en su seno, como herencia todavía no suficientemente valorada del pasado, un núcleo de costumbres y observaciones sociales que *no* descansan en unos medios de coacción exterior, sino que está por encima de ellos». ¹³⁷

No es de extrañar, pues, que en ocasiones también se produjeran enredos sentimentales entre los componentes, en su mayoría muy jóvenes, de este medio revolucionario, a pesar de la gran camaradería reinante entre ambos sexos. Ana Kulischioff, nacida en enero de 1857, se encontraba ya a la edad de quince años en Zurich y en el círculo de Bakunin. Después actuó bajo el nombre de Ana Makarievich en grupos anarquistas del sur de Rusia, regresando finalmente otra vez a la Suiza italiana. Había levantado los ánimos de sus compañeros: parece que se enamoraron de ella varios anarquistas de la federación italiana. Como consecuencia de ello apareció una cierta tensión en el grupo, «cuya explicación histórica parece ser ésta; [Ana Kulischioff] está vinculada con la historia de estos círculos durante aquellos años», escribe un poco escolarmente el meticuloso historiador alemán del anarquismo Max Nettlau. ¹³⁸

La joven y coqueta revolucionaria parece haber sido fatal para el destino de Cafiero (1846-1892). Éste, a la edad de treinta años, le hizo al parecer proposición de matrimonio en contra de los consejos de Kropotkin, pero la muchacha lo rechazó. Esta decepción amorosa aceleró probablemente en el excéntrico marqués el proceso de desintegración anímica que pronto iba a empezar. ¹³⁹ Sin duda tenía un corazón demasiado sensible para la tarea que se había fijado. Ana Kulischioff viajó a París con el agitador italiano Andrea Costa (1851-1910). Su domicilio servía también como dirección de Kropotkin. Tras la detención de Costa fue expulsado a Suiza y vivió posteriormente en Milán como compañera de F. Turati (1857-1932), uno de los

¹³⁵ Loc. cit

¹³⁶ Loc. cit

¹³⁷ Loc. cit

¹³⁸ Loc. cit

¹³⁹ André Salmón, *La Terreur Noire*, París, 1959.

fundadores del Partido Socialista de Italia. Su salón se convirtió en centro de reunión de intelectuales de orientación socialista. Murió en Milán en 1925.

Durante los años 1877 y 1878, Kropotkin estuvo mucho tiempo de viaje, según se desprende de dos cartas dirigidas a Robin: «De París he ido a pasar algunos días en Ginebra para ver a un amigo que marchaba a Rusia (¿Stepniak?); después he vagabundado durante tres meses: he pasado una semanas en Suiza para ver a Paul (Brousse), luego un mes y medio en España, en Barcelona y Madrid, para regresar de nuevo a Suiza».*

«He viajado durante todo este tiempo. He estado un mes y medio en España. Después, en Suiza, he hecho una excursión a la montaña con la señorita Zasluch (Vera Zasluch, que poco antes había disparado sobre el jefe de policía de San Petersburgo y había sido absuelta). Ahora vengo con Brousse desde Zurich para viajar a Friburgo al congreso (de la federación del Jura)». En España vio por vez primera grandes masas obreras de la Alianza fundada por Bakunin, cuyas ideas políticas eran idénticas a las suyas.

Estos apóstoles de la agitación eran de una movilidad extraordinaria y aparecían, como antes Bakunin, tan pronto en el sur como en el norte, antes de llegar a una relativa estabilidad en un sitio cualquiera. En el otoño de 1877, Kropotkin había asistido en Bélgica a dos congresos, el de la Asociación Internacional de Trabajadores en Verviers y el Congreso Internacional Socialista en Gante. Siguió viajando bajo el nombre de Levachev. Sin embargo, la policía belga descubrió su seudónimo y trató de capturarlo para entregarlo quizá al gobierno ruso. En el último minuto Kropotkin consiguió embarcar en un barco para Inglaterra. Desde Londres regresó a París, donde la policía francesa lo buscó bajo el nombre de Levachev, mientras él se alojaba con su nombre verdadero. Se reunió con Costa y Jules Guesde (1845-1922), quien más tarde propagaría en Francia las doctrinas marxistas. La figuraba de Turgueniev, a quien deseaba conocer desde hacía tiempo, le causó una gran impresión: «Con un sentimiento de profundo respeto, que rayaba en veneración, atravesé el umbral de su puerta (...) en esa época yo ignoraba que le correspondía una participación decisiva en una publicación tan importante como *Kolokol* de Herzen».

Kropotkin consideraba a Turgueniev el más completo de todos los novelistas del siglo XIX. «Sin embargo, la juventud rusa acogió con una ruidosa protesta la novela *Padres e Hijos*, que el autor consideraba con razón su obra más importante. A los ojos de nuestros “jóvenes”, el nihilista Basarov no era, ni con mucho, un auténtico representante de la clase. Muchos lo consideraban una criatura de la nueva generación. Estas características afectaron profundamente al autor».¹⁴⁰

CAPÍTULO X

LA RÉVOLTÉ

A finales de la década de los setenta se produjo en diferentes países europeos, sin que existiera una organización en común o un complot, una serie de atentados contra monarcas: en

* Carta del 4 de agosto de 1878.

* Carta del 2 de agosto de 1878, La-Chaux-de-Fonds.

¹⁴⁰ Kropotkin, *Memoiren eines Revolutionärs*.

mayo de 1878, Hödel y Nobiling atentaron, un poco después del otro, contra la vida del emperador alemán Guillermo I; en aquel mismo año fracasaron los atentados de Oliva Moncasi contra Alfonso XII de España y Passanante contra Humberto I de Italia, quien por este motivo acuñó el término del «riesgo profesional» de los gobernantes. En 1880 tuvo lugar un nuevo intento contra la persona de Alfonso XII, esta vez a cargo de Olivero González, y en 1881 el atentado mortal contra Alejandro II de Rusia.

Las autoridades suizas observaban la actividad de los grupos anarquistas con recelo, puesto que por lo general se consideraba a Suiza como centro de una conspiración mundial. Se produjo oficialmente y extraoficialmente contra miembros aislados de la federación del Jura. Brousse fue expulsado de Suiza; James Guillaume, que había editado el *Bulletin* de la federación durante ocho años convirtiéndolo en órgano de la Internacional antiautoritaria, tuvo que suspender su publicación. Guillaume, antiguo maestro que había perdido hacía tiempo su puesto a causa de su radicalismo político y vivía únicamente de clases particulares, no pudo ya encontrar alumno alguno y marchó a Francia. Achwitzguébel, boicoteado como relojero y grabador, se alejó completamente del movimiento anarquista preocupado por su numerosa familia. Otros emigraron.

De esta forma pudo ocurrir que Kropotkin, aun siendo un extranjero, tuviera que hacerse cargo de la redacción de un periódico de la federación del Jura. Los corretores eran Dumartheray y Herzing y como título de la publicación se eligió *La Révolté*. Aparecía cada dos semanas, en Ginebra, y la mayor parte del contenido era obra del propio Kropotkin, «en un contenido moderado, pero revolucionario en su esencia», según el mismo recordará posteriormente en sus Memorias. La tirada pronto ascendió a 2.000 ejemplares, a pasar de que se había empezado sin capital alguno. La mayor dificultad consistió en encontrar una imprenta para el periódico, pues todas las indagaciones habían sido infructuosas. Finalmente los tres redactores se decidieron a fundar mediante un crédito, una pequeña imprenta a la que se dio el nombre de *Imprimerie Jurassienne*. En la impresión colaboraron todos y de esta manera el asunto comenzó a florecer.

Al cabo de un año, hasta el propio Elisée Reclus cobró interés por la publicación, llegando a ser su editor durante un período. Con el consentimiento de Kropotkin publicó un libro, *Paroles d'un Révolté*,¹⁴¹ en el que se recogían los editoriales del activista ruso. Por aquel tiempo se hallaba encarcelado por el motivo que exponemos a continuación:

En primer lugar Kropotkin se había visto sorprendido por una orden de expulsión del Consejo Federal suizo que le había sido enviada en julio de 1881, tras regresar de Londres del Congreso Anarquista, probablemente también desempeñó un papel en este asunto una resolución del congreso en la que recomendaba a los trabajadores que se familiarizaran con la química, es decir, con la fabricación de bombas.

De hecho éstos fueron los años de mayor rigorismo por parte de Kropotkin. En los artículos de *Le Révolté*, escritos, según él, «en un tono moderado», aparecen frases como la siguiente: «Nuestra acción ha de ser la revolución permanente, de palabra y por escrito, con el cuchillo, el fusil o la dinamita (...) Todo lo que esté fuera de la legalidad es bueno para nosotros». «Tenemos la peste en casa. Debemos destruir su causa aunque tengamos que hacerlo con fuego y hierro. No podemos tardar. Se trata de la salvación de la humanidad».

Kropotkin estaba además especialmente irritado por la cruel ejecución de los implicados en el atentado contra Alejandro II, tanto más cuanto que Sofía L. Perovskaya se había contado antaño en San Petersburgo entre sus amistades personales. A propósito de este asunto editó en 1881 en Ginebra el folleto titulado *La Vérité sur les Exécutions en Russie*, en el que aparecía

¹⁴¹ Kropotkin, *Paroles d'un Révolté*, París, 1885.

además un esbozo biográfico de Sofía Perovskaya. Él y su mujer se habían ofrecido a marchar clandestinamente a Rusia, pero su proposición fue rechazada por el «comité Ejecutivo», esta vez auténtico, de los revolucionarios rusos por mediación del mensajero Stepniak. En aquella ocasión surgió la encolerizada serie de artículos *L'esprit de Révolte*, que fue difundida también como folleto y que después fue recogida en las *Paroles d'un Révolté*.

Cuando fueron expulsados de suiza, Kropotkin y su mujer fijaron su residencia en Thonon, pequeña localidad situada en la costa saboyana del lago de Ginebra. Allí permanecieron hasta que la princesa aprobó el examen de bachillerato en otoño de 1881. Al año siguiente estuvieron en Londres, donde Kropotkin colaboraba con artículos sobre geografía en la revista *Nineteenth Century* y en la *Encyclopaedia Britannica*. No obstante, al cabo de once meses regresaron a la casa rural de Thonon. Con ellos fue un hermano de su mujer enfermo de tuberculosis en último grado.

Por después de la subida al trono de Alejandro III, se fundó en Rusia la «Liga Santa», bajo la dirección del hermano del zar. Esa sociedad, cuyo nombre en ruso era *Sviachennaya Druchina*, tenía como objetivo el exterminio de los nihilistas y sus redes llegaban a Suiza. Al parecer había dictado sentencia de muerte contra el propio príncipe Kropotkin. Por lo menos le llegó una advertencia «de una de las autoridades supremas de Rusia» y de hecho parecen haberse aproximado a él en Thonon espías y agentes de toda clase, a no ser que se haya tratado de una manía persecutoria, en buena medida comprensible, del inestable Kropotkin. Además, el gobierno ruso editó en Suiza un periódico supuestamente «revolucionario», con el objetivo de reunir a los emigrantes opuestos al terrorismo y combatir la línea rigorista. Incluso se llegó a un «acuerdo de paz» secreto, llevado a cabo en París, entre los grupos terroristas rusos del Comité ejecutivo y el gobierno del primer ministro ruso Ignatiev, según el cual no tendrían lugar nuevas ejecuciones por la participación en levantamientos anteriores, si los terroristas se dignaban respetar la vida de Alejandro III.

A comienzos de los años ochenta el movimiento anarquista había recobrado de nuevo considerablemente impulso en Francia, en buena medida gracias a la expansión del *Le Révolté*, cuya redacción había asumido Elisée Reclus antes de que ésta pasara definitivamente al obrero Jean Grave. Éste había publicado con anterioridad bajo pseudónimo el libro *La société au lendemain de la Révolution*. Editó *Le Révolté* en París, en la Rue Mouffetard, calle famosa en la que se habían reunido en tiempos de la restauración los *carbonari*, hecho evocado todavía hoy por el café *Aux quatre sergents de la Rochelle*. Grave recibió entre los anarquistas por su tono a menudo conciliador el sobrenombre de «el papa de la Rue Mouffetard». Todavía editaba su periódico cuando éste, tras una prohibición, cambió de nombre por el de *Le Révolté* y más tarde, a causa de una nueva prohibición pasó a llamarse *Les temps Nouveaux*. Como la mayoría de las publicaciones anarquistas, era un semanario; a veces se llegó a parecer solamente dos veces al mes. El movimiento carecía de un periódico, y por supuesto de un «órgano oficial». Sin embargo, había toda una serie de publicaciones semanales: *La Lutte*, *En Dehors* (editados por Zo D'Axas y Charles Châtel), *Indicateur Anarchiste* (F. L. Duprat), *Revue Anarchiste* (fundada por el inquieto Châtel), y sobre todo el famoso *Père Painard*, editado por Émile Pouget con un uso abundante del argot. Este semanario llevaba el subtítulo de *réflexions hebdomadaires d'un gniaf* y era, sin duda alguna, el periódico anarquista más apasionado, pero también el más burdo. En los años noventa, Émile Pouget fue condenado en ausencia por un artículo sobre Ravachol, asesino y terrorista. En 1902 adquirió una posición prominente en la *Confédération générale du Travail* (C. G. T.), el sindicato francés más importante, y fue redactor del órgano del sindicato, la *Voix du Peuple*.

Al lado de la múltiple prensa anarquista de París también en provincias había abundantes semanarios de idéntica tendencia. En Lyon se editaba *Le Droit Social*, uno de cuyos redactores, el joven Antoine Cyvoct, había escrito en él un artículo provocador contra un elegante restaurante sito en las cercanías del teatro de Lyon. El local, aunque su clientela procedía de la

burguesía acomodada y del mundo galante, llevaba cínicamente el nombre de *L'Assommoir*, según la fustigadora novela social de Zola. Cyvoct escribió que los revolucionarios de Lyon deberían desinfectar en un momento dado este «antro de vicios». El 21 de octubre de 1882, seis meses después de la aparición del artículo, fue arrojada una bomba en el local, la primera bomba anarquista que estallaba en Francia y el comienzo de una serie que se prologó hasta el cambio de siglo. En *L'Assommoir* hubo un muerto y varios heridos.

En 1881, Kropotkin ya había difundido la tesis de que «una acción en unos días hace más propaganda que mil folletos».¹⁴² La praxis había seguido muy de cerca esta tesis.

Cyvoct huyó a Bruselas inmediatamente después del atentado, por lo que sobre él recayeron las sospechas. En Bruselas vivió en casa de un amigo que murió al manipular una bomba, hecho que sirvió para capturar a Cyvoct y entregarlo a la policía francesa. Fue condenado a muerte, a pesar de que no se le pudo probar la acción de Lyon. Más tarde la condena le fue conmutada por la cárcel y sólo fue puesto en libertad al cabo de dieciocho años, gracias a las reclamaciones de la prensa de izquierda.

En agosto de 1882, se había producido desórdenes en la localidad minera de Montceau-les-mines. Los insurrectos rodearon la casa de un notario, le rompieron las ventanas y pretendieron quemar las actas. En opinión de Bakunin y Kropotkin, uno de los primeros pasos que tendrían que ser la destrucción total de todos los notariados y de todos los títulos de propiedad.

Las autoridades francesas procedieron una vez más contra los anarquistas. A comienzos de diciembre, fue registrada la casa de Kropotkin en Thonon y éste fue detenido. Fue llevado ante un tribunal de Lyon, junto con un grupo de anarquistas a los que no conocía personalmente. El proceso duró 11 días, y el tribunal le fue imposible probar la participación en los desordenes o en el atentado a ninguno de los sesenta detenidos. El primer día de juicio Kropotkin leyó la siguiente declaración, firmada también por los demás:

«Nosotros queremos la libertad, esto es, exigimos para cada hombre el derecho y el poder de hacer lo que le guste: de satisfacer todas sus necesidades íntegramente, sin otra limitación que las imposibilidades naturales y las necesidades de su vecino, a las que también hay que respetar. Queremos la libertad y creemos que su existencia es inconciliable con cualquier dominación, sea su origen y forma la que sea, sea elegida o impuesta, monárquica o republicana, se arrogue derecho divino o humano (...) En una palabra: en las relaciones humanas debe instaurarse el acuerdo libre siempre revisable en lugar de la tutela legal y administrativa, en lugar de una disciplina impuesta. Éste es nuestro ideal. Creemos que el capital -herencia común de la humanidad por ser fruto de la cooperación de las sucesivas generaciones- ha de ser puesto a disposición de todos, de forma que nadie pueda incautarse de una parte del mismo en perjuicio de los demás. En una palabra: queremos la igualdad, la igualdad real como primer supuesto de la libertad. A cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades».¹⁴³

Kropotkin fue condenado a cinco años de cárcel, por estar afiliado a la Asociación Internacional de Trabajadores; que hacía tiempo que había sido disuelta, y por intentar fundarla de nuevo.

Entretanto Cyvoct ya estaba de camino hacia la colonia penitenciaria.

Kropotkin fue llevado a la prisión central de Clairvaux, antigua abadía de San Bernardo. Veintitrés personas (todas ellas presos políticos) fueron alojados en tres espaciosas cámaras con vista a un pequeño jardín y al paisaje colindante. Kropotkin y otro preso recibieron además

¹⁴² Kropotkin, *L'Esprit de Révolté*.

¹⁴³ Citado según Nettleau, Loc. cit

otra estancia para que pudieran dedicarse a sus trabajos literarios; en el caso del primero porque colaboradores de la *Encyclopaedia Britannica*, entre ellos Spencer y Swinburne, habían intercedido a favor del eminente geógrafo anarquista. En Francia hubo también abundantes intervenciones en su favor, entre ellas las de Víctor Hugo e Hipólito Taine. La *Acedémie des Sciencies* de París puso además a su disposición su biblioteca.

«Tenemos un pequeño jardín en el que podíamos entretenernos jugando a los bolos. Solicitamos además una pequeña parcela de tierra (...) y recogimos cantidades casi increíbles de lechugas y rábanos, así como también algunas flores».¹⁴⁴

Kropotkin daba a sus compañeros de prisión clases de geografía y de ciencia naturales, ayudándoles asimismo en el aprendizaje de lenguas extranjeras.

El escorbuto y la malaria hicieron mella en Kropotkin, a pesar de que el trato era bastante humano, desde luego completamente diferente al de las prisiones rusas. Su mujer, que se hallaba en París preparando el examen de doctorado, lo dejó todo para marchar a Clairvaux donde alquiló una habitación en una casa de huéspedes. Finalmente el matrimonio pudo verse diariamente y pasear juntos en el jardín del director de la prisión. Naturalmente todavía sufría por aquella limitación de libertad, pero opinaba inteligentemente:

«Quien se afilia plena y totalmente a un partido avanzado debe contar con pasar una serie de años en la prisión y no puede quejarse por ellos».¹⁴⁵

En 1886 fue puesto en libertad a instancias de Clemenceau, que había intervenido elocuentemente a favor de los condenados de Lyon desde su diario *La Justice*. Al mismo tiempo, fue puesta también en libertad Louise Michel (1830-1905), la «virgen roja», que había sido condenada por «incitación al pillaje», porque en el curso de una manifestación de parados celebrada en marzo de 1883, tras un invierno especialmente duro, algunos manifestantes habían penetrado en una panadería, con ella al frente blandiendo una bandera negra, y repartiendo pan a la hambrienta multitud.

«*La Bonne Louise*» es una de las figuras más conmovedoras de la historia del anarquismo, ensalzada por todos los cronistas socialistas. Era conocida desde los días de la *Commune*. En la primavera de 1871, había sido maestra en el distrito 17 de París. «Dulce y paciente con los niños, para los cuales era un ídolo, se convirtió en una leona en la lucha por la causa del pueblo», dice Prosper Lissagaray en su *Historia de la Commune de París*.

«Había formado un cuerpo de asistencia permanente. Las mujeres que lo constituían cuidaban a los heridos por el fuego de la artillería. En esta actividad no toleraban ningún tipo de competencia. Marchaban a los hospitales a rescatar a sus fieles camaradas del ciudad, carente de afecto, de las desatentas monjas. La mirada de los moribundos se reanimaba al oír la dulce voz de esas mujeres que les hablaban de la república y los llenaban de esperanza».¹⁴⁶

Acusada sin razón por los versalleses de *pétroleuse*, fue llevada ante un tribunal de guerra. No quería misericordia alguna de aquellos jueces con las manos manchadas de sangre: «Se ha de expulsarme de la sociedad. Ellos han recibido el encargo de hacerlo. Pues bien, ¡manos a la obra! Puesto que un corazón que late por la libertad sólo parece tener derecho a un trozo de plomo, exijo yo también mi parte. Si ustedes me dejan vivir no cesaré de clamar venganza».¹⁴⁷

¹⁴⁴ Kropotkin, *Memoiren eines Revolutionärs*.

¹⁴⁵ Loc. cit

¹⁴⁶ Prosper Lisagarray, *Geschichte der Kommune von Paris*, [Historia de la Comuna de París], Berlín, 1956.

¹⁴⁷ Loc. cit

La sentencia del tribunal fue deportación. Aquella mujer, hija de un noble y de una criada, se convirtió, según su propio testimonio, en anarquista del viaje a Nueva Caledonia.

«El barco estatal nos trasportó como tigres enjaulados a fin de que sintiéramos remordimientos. Pero durante aquellos cuatro meses de travesía entre el cielo y la tierra no teníamos otra cosa que hacer que reflexionar».¹⁴⁸

Tras nuevos años en la colonia penitenciaria en unas condiciones de vida criminales fue amnistiada de los últimos, pues se había negado a ser indultada antes que los demás: «¡No; todos. No yo sola!»

A su regreso a Francia se lanzó de nuevo inmediatamente a la agitación. Cuando en enero de 1888 hablaba en una reunión, un anciano monje ignorante subió al estrado y le disparó dos balas a quemarropa. Una le destrozó el oído, la otra quedó alojada en la cabeza. Louise Michel estuvo en peligro de muerte. Al día siguiente la prensa informó que los médicos todavía no habían podido retirar el proyectil. Sin embargo, a pesar de la herida logró sobrevivir. Murió diecisiete años después del atentado y cinco años, sin que hubiera menguado su oído contra la sociedad burguesa.

Cuando salió de la prisión de Clairvaux, Kropotkin y su mujer se instalaron en París en casa del hermano mayor de Elisée Reclus, un antropólogo. El gobierno ruso pedía la extradición. Y las policías de ambos países trabajaban conjuntamente en la investigación de delitos políticos, mucho antes de la fundación de la Interpol; en consecuencia, Kropotkin prefirió trasladarse a Inglaterra. En Londres vivió en la misma casa que Stepniak -en Alma Square-, St. Johns Word-encontrándose a menudo con Tchaikovski. Más tarde habitó en Harrow-on-the-Hill y luego en Bromley (Kent), para asentarse finalmente en Brighton hasta su regreso a Rusia. Al lado de la actividad propagandística mediante artículos en *La Révolté* y en su sucesora, *Les Temps Nouveaux*, llevó una laboriosa vida de sabio. Su trabajo político se manifestó, entre otros resultados, en el libro escrito en inglés *In Russian and French Prisons*, donde polemizaba contra todo tipo de reclusión, pues en las prisiones veía únicamente «escuelas superiores de criminales a cargo del Estado».

Kropotkin desarrolló en esta época una amplia actividad de conferencista, pues «El interés por las cuestiones sociales y los proyectos de toda clase de reforma y reconstrucción eran grandes entre todas las capas de la sociedad».¹⁴⁹ Estaba sorprendido del economismo de los obreros ingleses, interesados más en las mejoras prácticas que en las teorías utópicas.

En Inglaterra publicó otra revista trimestral anarco-comunista, llamada *Freedom*. La teoría económica del anarquismo se había ido desarrollando entretanto: del mutualismo -el sistema en el que los productores se han de cambiar por productos y se ha de convertir «el producto del trabajo en moneda corriente» (Proudhon)- pasando por el colectivismo, la propiedad colectiva de los medios de producción, la teoría había avanzado en Kropotkin hasta el anarco-comunismo, al que describe someramente con las frases siguientes:

«La propiedad colectiva de lo necesario para la producción supone el goce común de los frutos de esta producción en común. En nuestra opinión, la organización de una sociedad equitativa sólo puede surgir del abandono del sistema salarial y cuando todos, contribuyendo al bienestar general en la medida de sus capacidades, disfruten del común patrimonio de la sociedad hasta el límite máximo de sus necesidades».¹⁵⁰

¹⁴⁸ Loc. cit

¹⁴⁹ Kropotkin, *In Russian and French Prisons*, Londres, 1887.

¹⁵⁰ Kropotkin, *Anarchist Communism* (1887) en *Kropotkin's Revolutionary Pamphlet*, Nueva York, 1927. Citado por James Joll, Loc. cit

«Sabemos que esto entra completamente dentro del ámbito de lo posible, dados los inmensos medios de producción que hoy tenemos a nuestra disposición. Si el obrero sigue siendo remunerado con el salario también deberá continuar siendo el esclavo de aquéllos a los que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, ya sea el comprador una persona privada o el propio estado».¹⁵¹

Kropotkin reunió sus artículos sobre «el aspecto constructivo de un orden social anarco-comunista, en la medida en que se puede esbozar de antemano»¹⁵² a modo de complemento a sus simplemente negativas *Palabras de un Rebelde*, y lo publicó según el texto del periódico bajo el título de *La Conquête du pain* en 1892.

En Inglaterra se formó alrededor de Kropotkin el pequeño círculo, el llamado *Freedom Group*, del que el historiador Max Nettlau opina lo siguiente:

«Era un grupo cerrado, cuyos miembros se dedicaban a la redacción del periódico, a preparar conferencias, etc. (...) Era privado, sin que por ello fuera en absoluto clandestino. Soy de la opinión de que respondía a los deseos personales o a la situación personal de Kropotkin, quien no quería ser molestado en el último refugio que el quedaba».¹⁵³

La salud de Kropotkin dejaba mucho que desear. Sin embargo, siguió trabajando en sus tareas científicas. Desde hacía años venía publicando artículos, a menudo sobre Rusia, en el *Nescastle Chronicle* y de nuevo en el *Nineteenth Century*. Era miembro de la Real Academia Geográfica, en cuyas sesiones participaba. En una ocasión, en el curso de un banquete, se vio en la situación de tener que permanecer sentado -como consecuente enemigo de toda autoridad y representación estatal- en un brindis a la salud de la Reina. Dedicó gran atención a su libro *Mutual Aid: A Factor of Evolution*.¹⁵⁴ En 1890 había expresado ya sucintamente la idea central del libro: «En todas las sociedades animales el sentimiento de solidaridad es una ley natural mucho más importante que la lucha por la existencia».¹⁵⁵

En sus Memorias es más explícito: «Cuando en 188 Huxley,* publicó su “implacable” tratado *La lucha por la existencia, un programa*, que decidí a dar forma legible al material por mí reunido durante dos años a fin de combatir sus concepción de la lucha por la vida entre los animales y entre los hombres». Finalmente «el estudio de la organización del apoyo mutuo, tal como se había desarrollado en los diferentes niveles de civilización, me llevó a comprobar la cuestión de cómo había desarrollado en la humanidad el sentido de la justicia y de la moral».

No obstante, su *Ética* fue publicada incompleta después de su muerte. En un artículo aparecido en 1890 en París, «Moral anarquista», aboga expresamente por el uso de la violencia: «La

¹⁵¹ Kropotkin, *L'Anarchie, sa Philosophie, son idéal*, París, 1896, citado según Rammstedt, *Anarchimus, Grundtexte zur Theorie und Praxis der Gewalt* [Anarquismo] Textos fundamentales para la teoría y la praxis de la violencia, Colonia-Opladen, 1969.

¹⁵² Kropotkin, *Memoiren eines Revolutionärs*.

* El libro apareció en alemán bajo el título de *Wohlstand für alle* (Bienestar para todos). La primera edición española data de 1893 y es de la España Moderna. Según R. Pérez de la Dehesa, en su estudio preliminar a *La evolución de la filosofía en España* de F. Urales, «*La Conquista del Pan* posiblemente ha sido la obra teórica moderna que ha tenido más lectores en España».

¹⁵³ Max Nettlau, *Anarchisten und Sozialrevolutionäre* [Anarquismo y social-revolucionarios], Berlín 1931.

¹⁵⁴ Kropotkin, *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, Londres, 1902.

¹⁵⁵ Kropotkin, *Anarchistische Moral* [Moral anarquista], citado según Rammstedt, Loc. cit. Es la obra póstuma de Kropotkin. Hay una primera edición española titulada *Ética*, publicada por Editorial Argonauta de Buenos Aires, en 1925.

* Tomas Henry Huxley, 1825-1925

humanidad no ha negado todavía el derecho de usar la violencia a aquellos que lo han ganado, bien sea en las barricadas o en la oscuridad de una esquina».

Con ello Kropotkin daba un pretexto ideológico a las excrecencias criminales del anarquismo («En la oscuridad de una esquina»), si bien es cierto que añadía: «Pero para que una acción cause una profunda impresión en los ánimos es necesario *ganar el derecho a ella*. Sin esto, la acción sigue siendo -sea útil o pernicioso- una simple acción brutal sin importancia y sin consecuencias en el terreno de las ideas».¹⁵⁶

Este derecho se adquiere según Kropotkin por el hecho de que no se quiere dominar, ni explotar, ni oprimir; por el hecho de que *no se es como aquellos* sobre los que se ejerce violencia con el puñal, el veneno o con bombas, El que ejerce la violencia necesita por tanto únicamente ser lo suficientemente justo en su fuero interno para arrogarse el derecho. En la década de los noventa, los jóvenes empezaron a hacer estas doctrinas.

Sin embargo, a su optimista convicción de que el hombre es por naturaleza solidario de su prójimo corresponde también la siguiente:

«Aquellos moralistas que han fundado sus sistemas sobre la presunta oposición entre los sentimientos altruistas y egoístas, han procedido por lo general equívocamente. Si el bien del individuo fuera realmente opuesto al bien de la sociedad, si esta oposición estuviera realmente presente, la sociedad humana no existiría; ningún grupo animal hubiera podido alcanzar el actual grado de desarrollo».¹⁵⁷

Evidentemente en la sociedad hay ignorantes, «mentes limitadas», que no quieren respetar esta congruencia de interés individual con el interés de la sociedad- Pero «la libertad, la igualdad, y el ejercicio de solidaridad constituyen la única barrera efectiva que podemos oponer a los instintos antisociales de algunos de nosotros».¹⁵⁸

Sus Memorias finalizan con una declaración optimista: «Ahora, a mis 57 años, estoy más firmemente convencido que antes, si es posible, de que una feliz coincidencia de circunstancias accidentales pueden hacer estallar en Europa una revolución que se extienda como la del 48 y sea mucho más importante, no en el sentido de mera lucha entre partidos distintos, sino en el de una profunda y rápida reconstrucción social».

Kropotkin dudaba ciertamente de que «la resistencia que el movimiento encuentre en las clases privilegiadas apenas tendrá el carácter de absurda obstinación que hizo tan violentas las revoluciones de los tiempos pasados».¹⁵⁹

No obstante, su declaración a un italiano que vivía como él exiliado en Inglaterra, era más escéptica: «Querido Errico, temo que los dos estemos solos con nuestra idea de que la revolución está cerca».¹⁶⁰

Este luchador creyente en la revolución era Errico Malatesta (1853-1932), quien, sin pertenecer *Freedom Group*, colaboraba ocasionalmente en la revista y se hallaba en estrecha relación con Kropotkin a través de un amigo común, el abogado anarquista italiano Merlino, emigrante asimismo. Malatesta vivía en Londres como mecánico electricista. Puede ser considerado en más de un sentido como el «anarquista ejemplar». Pero retrocedemos a los años 1872.

¹⁵⁶ Loc. cit

¹⁵⁷ Loc. cit

¹⁵⁸ Loc. cit

¹⁵⁹ *Kropotkin, Memoiren eines Revolutionärs.*

¹⁶⁰ Vernon Richards, *Errico Malatesta, His life and Ideas*. Londres, 1965.

CAPÍTULO XI

UN ANARQUISTA «EJEMPLAR»

En 1872 llamó a la puerta de la casa de Zurich donde Bakunin vivía provisionalmente un estudiante de dieciocho años, gravemente enfermo, helado de frío y completamente agotado. Venía de Nápoles y había cruzado la noche anterior el paso vedadote San Gotardo en uno de los asientos exteriores, por tanto más baratos, de la lenta y pesada diligencia. Como consecuencia de aquello había contraído una pulmonía. Bakunin dispuso para él y le obligo a acostarse; cuando le creyó dormido confesó a un amigo que se hallaba casualmente presente «¡Qué desgracia! Apenas vivirá más de un par de meses». Estaba, sin embargo, equivocado, pues el enfermo llegaría a cumplir los 79 años. Cincuenta y cuatro años más tarde Errico Malatesta describió este primer encuentro con Bakunin en *Pensiero e Volonta*.¹⁶¹

Para los anarquistas fue un personaje ejemplar por ser quien más se acercó a su ideal del individualista que vive de su propio trabajo y se halla al mismo tiempo comprometido socialmente. Y Kropotkin, por el contrario, a pesar de sus experiencias carcelarias y de solidaridad con la clase obrera, había seguido siendo de hecho aristocráticas. La vida de Malatesta estuvo llena de venturas, entre las que podemos mencionar su audaz fuga de las isla penitenciaria de Lampedusa, en un pequeño bote de remos y en medio de una tormenta de las que son frecuentes en el mediterráneo en los meses de invierno; también se hizo famosa su huída de Italia a Argentina dentro de un cajón cuyo contenido estaba declarado como «máquinas de coser».

Su pequeña figura barbuda, con una pipa en la boca y una cadena de reloj balanceándose sobre el chaleco, era conocida por las autoridades de policía de todas las grandes ciudades de Europa como un furibundo enemigo del orden establecido. También consagró toda su vida al mito de la revolución. En las esquinas o en reuniones públicas propagó su fe y desencadenó huelgas y levantamientos por tres continentes. Al mismo tiempo se ganaba la vida como obrero especializado, pues al abandonar sus estudios de medicina había aprendido el oficio de electricista.

Malatesta nació el 14 de diciembre de 1853 en Santa María Capua Vetere, pequeña localidad de la provincia de Caserta. Sus padres eran campesinos y murieron de tuberculosis cuando Errico todavía era menos de edad. Tras su muerte, el muchacho vivió en Nápoles, junto con su hermano, en casa de una tía mayor. A los catorce años, hallándose todavía en la casa materna, había protestado contra una injusticia cometida en su localidad por las autoridades, escribió una «atrevida carta conminatoria» al rey Víctor Manuel III, lo cual le costó en marzo de 1869 la primera de una larga serie de detenciones. Su padre pudo ponerlo en libertad haciendo de sus relaciones. A lo largo de su vida de Malatesta pasó más de diez años en diferentes prisiones, en la mayor parte de los casos en prisión preventiva, pues, a pesar de ser acusado muy a menudo casi siempre fue absuelto por los tribunales.

Fue detenido por segunda vez dos años más tarde, en Nápoles, en el curso de una manifestación de estudiantes democráticos. La subsiguiente expulsión de la universidad, puso fin a sus estudios de Medicina. El viejo revolucionario Mazzini atrajo su atención sobre la Internacional, a la que él ya se había incorporado. La Asociación Internacional de Trabajadores, debido en buena parte a la actividad de Bakunin, ya había creado en Italia numerosos grupos y secciones. En una sección napolitana Malatesta tuvo ocasión de conocer, entre otros, a Fanelli,

¹⁶¹ *Pensiero e Volontá*, del 1-VII-1926.

el emisario de Bakunin en España, que había conseguido implantar en la península Ibérica por largo tiempo la «alianza» y la «Fraternidad Internacional». El joven malatesta infundió a su grupo napolitano una viva actividad.

«Cada uno daba todo lo que podía para propaganda, e incluso aquello que realmente no podía dar: si el dinero era escaso, vendíamos alegremente objetos de nuestra propia casa y afrontamos con gesto humilde las censuras de nuestros parientes. Por la propaganda, descuidábamos nuestro trabajo y nuestros estudios. En todo caso la revolución debía estallar en cualquier instante y arreglarlo todo (...) Creíamos en el descontento general, y puesto que la pobreza que agobiaba a las masas populares era realmente insoportable, pensábamos que bastaría con dar un ejemplo y gritar, con las armas en la mano, la consigna de “Abajo la casta dominante” para que las masas trabajadoras se rebelaran contra la burguesía y tomaran posesión de la tierra, de las fábricas, de todo lo que habían producido con su esfuerzo y les había sido arrebatado. Teníamos, por tanto, una de mística en las preferencias del pueblo, en sus capacidades, en sus instintos de libertad y de igualdad. Los hechos mostraron, entonces y más tarde, hasta qué punto estábamos alejados de la verdad».¹⁶²

El encuentro con Bakunin en Zurich causó una enorme impresión sobre él, pero no fue obstáculo para que siguiera siendo un apasionado enemigo del culto a la personalidad. En el congreso de la internacional celebrado en Berna protestó contra la designación de la delegación italiana, de la que era miembro, como bakuninista: «Seguimos a las ideas, no a los hombres». Malatesta vio siempre en Bakunin su «padre espiritual», a pesar de que sus propias ideas en economía política y su interpretación de la historia siguieron otros rumbos que los de su maestro, que llegaría posteriormente a parecerle «demasiado marxista»(!).

«Pero las teorías son conceptos inseguros y cambiantes; y la filosofía consta de hipótesis cuyo hogar se halla en las nubes y ejerce poco o incluso ningún influjo sobre la vida. De esta manera Bakunin siguió siendo, a pesar de todas las diferencias de opinión posibles, nuestro gran maestro y estímulo».¹⁶³

Malatesta no participó en el fracasado golpe de mano de Bolonia de julio de 1874, pues se le había encargado la misión de desencadenar un levantamiento simultáneo en Apulia. La insurrección, sin embargo, no se produjo, debido indudablemente a que sus llamamientos no encontraron ningún eco entre los campesinos. Incluso los «brigantes» sicilianos habían respondido desdeñosamente a su propaganda revolucionaria, diciéndole que eran demasiado católicos y gente demasiado honrada para rebelarse contra la autoridad eclesiástica.

La prematura detención de Andrea Costa, mientras Cafiero y el propio Bakunin conseguían huir a Suiza contribuyó asimismo al fracaso de toda la empresa. Errico Malatesta fue detenido en el sur. Él y Costa fueron detenidos con extraordinaria elocuencia en el proceso celebrado en Florencia por el joven abogado anarquista Saverio Merlino. Pero los mismos acusados también aprovecharon la ocasión para aludir en apasionados discursos a la miseria real de los campesinos y obreros, que todavía sufrían las consecuencias de la mala cosecha de 1873; con tan buena suerte que ambos consiguieron el indulto.

A la muerte de Bakunin, aquellos jóvenes intentaron un nuevo golpe de mano. Carlos Cafiero, Errico Malatesta y Pietro Ceccarelli, junto con el ruso Kravchinski (Stepniak) y un pequeño grupo de socialistas anarquistas, seguían creyendo que era posible por en marcha la anhelada revolución. Malatesta, Stepniak y una joven rusa alquilaron una saca en San Lupo, en la provincia de Benevento, aduciendo que la joven trataba de restablecerse con el aire de las montañas. Su voluminoso equipaje contenía municiones y armas. Pero una vez más entro en

¹⁶² Citado según Vernon Richardsm Loc. cit

¹⁶³ *Pensiero e Volontá.*

juego la traición: uno de los cómplices había advertido a la policía y San Lupo estaba ya bajo vigilancia cuando los conspiradores llegaron separadamente en abril de 1877. Algunos de ellos fueron detenidos incluso en el camino, como Stepniak y Céccarelli. En la aldea misma se produjo un tiroteo con la policía, a consecuencia del cual fue herido de muerte un policía. Un pequeño grupo de veintiséis hombres logró huir al macizo montañoso de Matese, por lo cual han pasado a la historia con el nombre de la *banda del Matese*.

Este grupo con las banderas roja y negra como estandarte, entró en una aldea llamada Letino. El párroco del lugar huyó despavorido, pero lograron tranquilizarle asegurándole que no había ningún motivo de temor ya que ellos venían a traer el nuevo evangelio y no tenían nada contra nadie. El párroco convocó a la comunidad y tranquilizó a su angustiado rebaño diciéndoles que, si bien la *banda* estaba armada, no se trataba evidentemente de una horda de asesinos. Los anarquistas ocuparon el ayuntamiento y organizaron, fieles a su teoría, un auto de fe con todos los papeles que encontraron: actas de nacimiento, fichas, títulos hipotecarios, certificados de matrimonio. Llegaron incluso a arrojar a la hoguera incendiada en la plaza el retrato del rey. Cafiero pronunció además un discurso y el sacerdote bendijo a los *banditi*, pues había reconocido un «nuevo apóstelos» en el nuevo marqués, en sus vibrantes palabras. El grupo se dirigió a Gallo, donde quemaron el registro de propiedad y todos los demás papeles oficiales. También en este lugar el asombrado párroco bendijo a los agitadores, y en esta ocasión quemaron las listas que contenían las tasas de los odiados impuestos sobre la molienda y exhortan a los campesinos a moler en el futuro su grano gratuitamente, ya que el gobierno estaba depuesto y el *macinato* (impuesto sobre la molienda) abolido.

Entretanto, no obstante, se había reunido un cuerpo del ejército que comenzó a perseguir a los insurgentes. Malatesta y su grupo vagaron durante dos días por las montañas sin alimentos y sin cobijo. Su situación se hizo desesperada: «Estábamos todos en un estado lamentable», escribió Cafiero cuatro años más tarde a Pietro Ceccarelli.

«Medio muertos de hambre y frío; bajo una lluvia persistente desde hacia cuarenta y ocho horas. La munición y la pólvora estaban mojados, por lo que los fusiles eran inservibles. Las baquetas se habían quedado, además, en San Lupo. Hicimos un último esfuerzo e intentamos pasar por el monte Casamara. Si lo hubiéramos conseguido habríamos salido del cerco. Pero no nos fue posible. Subimos por la montaña durante varias horas; la nieve nos llegaba hasta las rodillas y seguíamos siendo azotados por la lluvia. Finalmente nos encontramos frente a una pared vertical. Para el guía local que habíamos llevado con nosotros el camino era completamente desconocido. Descendimos, pues, e intentamos la subida por otro lugar; pero la mayoría carecía ya de fuerzas para proseguir la marcha. A pesar de todo continuamos. Se había hecho ya de noche y de repente se formó una espesa niebla. Sin embargo, cuando la cuarta parte de nuestra tropa logró alcanzar finalmente la cima, tuvimos que regresar para indicar el camino a los que se había quedado atrás».¹⁶⁴ Durante la noche buscaron cobijo en una casa de campesinos. Allí fueron descubiertos por el ejército.

Tras una larga prisión preventiva, los implicados fueron absueltos una vez más por los tribunales, esta vez en Nápoles. En Italia todavía estaba demasiado fresco el recuerdo de las acciones ilegales efectuadas durante la revolución contra los bombones y contra la dominación austriaca, para que no se tuviera una cierta tolerancia hacia los excesos revolucionarios. Esto le vino muy bien a los agitadores.

Por lo demás todo el siglo había conocido continuos levantamientos campesinos y un bandolerismo revolucionario persistente. Una asociación ilegal que durante la década de 1820 había implantado un régimen de terror en la comarca de Leche se había hecho tristemente célebre: la liga de los *decisi*, cuyo fundador había sido el antiguo clérigo Cirio Annichiarico. Éste

¹⁶⁴ Citado según E. R. Papa, Loc. cit

había sido excomulgado y condenado a quince años de prisión por un asesinato cometido por envidia. Annichiarico logró escapar y reunir a su alrededor una *banda* con la que se quería vengar de la sociedad. Dio a aquellos ateos una bandera con colores amarillo, rojo, azul, y un lema escrito en sangre: «Rencor, muerte, horror y dolor». Su sello mostraba una haz de varillas, una calavera y la gorra frigia, a lo que se unía en el reverso la tiara papal y la corona real partidas por rayos. Sus tropas iban por los campos enmascaradas, robaban y obligaban a los terratenientes a transferir, o por cualquier forma, grandes partes de sus propiedades a los campesinos que hasta entonces habían estado obligados a serviles. No se andaban con remilgos en los referentes a las vidas humanas. Annichiarico se vanagloriaba de haber dado muerte con sus propias manos de sesenta a setenta personas por los menos. Finalmente se le unieron unos cincuenta mil leales, a los cuales dio una organización militar. Él mismo era un cazador y un jinete extraordinario, y conseguía siempre escapar a las tropas enviadas contra él, de forma que logró la fama de invulnerable entre la población rural. Enviaba a sus enemigos amenazas de muerte cuya ejecución nunca se hacía esperar mucho tiempo. El gobierno real napolitano solamente se hizo dueño de los *decisi* mediante el reclutamiento de un ejército. Cuando Annichiarico y sus compañeros más leales fueron finalmente capturados las ejecuciones se prolongaron semanas enteras.

Revueltas de este tipo no estaban reducidas al *mezzogiorno*, esto es, al sur de Italia. En los años setenta se produjeron también en Toscana desórdenes campesinos promovidos por la secta apocalíptica de los fanáticos religiosos conocidos como *lazzaretti*.

La fe de los anarquistas en la posibilidad de forzar la revolución mediante el ejemplo de las acciones aisladas puede explicarse por sucesos como los anteriores y por la innegable pauperización de las masas campesinas, para las cuales la destrucción de la economía feudal por la burguesía había significado un desastre.

Uno de los dirigentes de la *Banda del Matese*, Carlo Cafiero, durante su larga reclusión en prisión preventiva escribió un *Compendio del Capitale di Carlo Marx*, con el que pretendía ser comprensible a los italianos carentes de formación la lectura de aquella difícil obra. El joven marqués -antaño rico terrateniente que había querido dedicarse a la carrera diplomática- tuvo un trágico final. Como ya hemos descrito perdió su gran fortuna debido a sus reiteradas e importantes donaciones a los grupos anarquistas; vivió continuos fracasos y decepciones, entre las que ocupa un lugar destacado la desilusión por la despreocupada actitud de Bakunin hacia el dinero. Finalmente, al cabo de largos años de encierro en diferentes prisiones italianas, perdió la razón: en febrero de 1883, se le encontró vagando completamente desnudo por los campos de Fiesole, por lo cual fue encerrado en un manicomio. Murió el 18 de junio de 1892 en el sanatorio de Nocera Inferiore después de varios años de padecer horriblemente de tuberculosis.

En cierta ocasión había respondido a su madre, siempre preocupada por apartarle de aquella pobreza voluntaria: «*lo sono un vero discepolo di Christo, che la società ingiusta rinnega e refigge in croce orni giorno*».¹⁶⁵

Andrea Costa terminó con aquellos fracasos de una manera muy distinta. Vio la inutilidad de las acciones como la de Bolonia y la de Benevento. Llegó a la convicción de que los candentes problemas sociales se podrían solucionar mejor a través de la participación política. En consecuencia, Costa presentó su candidatura a las elecciones parlamentarias, lo cual constituía un pecado mortal para los anarquistas convencidos. Costa llegó a ser uno de los dirigentes más influyentes del partido socialista italiano. En el parlamento pudo, son palabras suyas, «ser más útil para las clases oprimidas que en el presidio».

* «Soy un auténtico discípulo de Cristo, a quien la injusta sociedad niega y crucifica cada día».

¹⁶⁵ Loc. cit

Errico Malatesta, sin embargo, permaneció fiel a la ANARQUÍA y a sus teorías hasta la muerte. Nettlau le hizo el siguiente elogio de él:

«Era, me gustaría decirlo, el anarquista menos personas. No es que le faltara una personalidad marcada, sino que retrocedía constantemente y se adaptaba a las exigencias reales de la situación. Podía ver que la mayoría de la gente que le gustaría actuar no eran individualidades brillantes ni originales, pero a pesar de ello dejaba en segundo término sus propias capacidades y se ponía a su nivel. En este sentido es el más demócrata, por lo menos el más desprendido, de los anarquistas».¹⁶⁶

El 17 de noviembre de 1878 el cocinero Giovanni Passanante intentó matar en plena calle, en Nápoles, al rey Humberto; al día siguiente arrojaron una bomba en Florencia contra una manifestación realista, atentado que causó cuatro muertos. Nunca se averiguó quien fue el autor del atentado, pero las autoridades procedieron en toda Italia con gran rigor contra los anarquistas. Se efectuaron detenciones en masa y sin pruebas se impusieron penas de prisión. Passanante fue condenado a muerte. Al reprochársele que hubiera pertenecido a la Internacional -asociación prohibida en Italia desde 1874- respondió con las siguientes palabras: «Desprecio a la Internacional y a los llamados comunistas. Mi ideal es la república universal».

Malatesta protestó contra la pena máxima, pero tuvo que abandonar el país para evitar ser también detenido. Así comenzaba una odisea sin fin. Finalmente a Passanante le fue rebajada la pena a treinta y dos años de prisión. En el *ergastolo* de Portoferrario, en la isla de Elba, fue mantenido en permanente soledad y a veces a oscuras. En 1888 el viejo republicano Agostino Bertani lo vio cargado con 18 kilos de cadenas; Passanante parecía completamente apagado anímicamente, abotargado y con los ojos sin vida. Cuando Bertani publicó sus impresiones, el recluso fue trasladado al manicomio para criminales de Montelupo, donde murió veintidós años más tarde, el 14 de febrero de 1910.

Malatesta por su parte había huido a Egipto en 1878 y regresado a Ginebra. En esta ciudad entabló amistad con Kropotkin. Al ser expulsado de Suiza, marchó a Rumania, a casa de su amigo Napoleón Papini, miembro de la *banda del Matese* que vivía en Braïla como representante comercial y que había invitado a nuestro personaje. Malatesta dio clases de italiano hasta que contrajo la malaria, lo cual le obligó a cambiar de clima.

Entonces se trasladó a París, donde fue detenido al participar en una manifestación organizada en el cementerio del *Père Lachaise* en recuerdo de los muertos de mayo de 1871. Al poco tiempo, sin embargo, fue puesto en libertad, para ser detenido cuatro semanas más tarde, en enero de 1881, en Lugano. Puesto en libertad de nuevo marchó a Londres en compañía de Cafiero. En esta ciudad se presentó por vez primera la crisis mental del desafortunado marqués. Desde Londres, Malatesta hizo un segundo viaje a Egipto, donde se había producido un levantamiento nacionalista contra los ingleses, que trajo como consecuencia el bombardeo de Alejandría por la flota británica. Malatesta escribió posteriormente a Nettlau.

«Por aquel entonces se hallaban en Londres algunos camaradas que (...) conocían la manera de ser de los árabes. Como decían que era posible transformar el movimiento nacionalista en un movimiento social, nos decidíamos a ver que se podía hacer y emprendimos el viaje hacia allí (...) Tras la batalla de TI-el-Kebir, en la que los ingleses aplastaron a los árabes, tuvimos que renunciar a toda esperanza de hacer algo útil en Egipto (...). Regresé a Italia».¹⁶⁷

En Florencia Malatesta cayó de nuevo en manos de la policía y fue trasladado a Roma. Puesto en libertad provisional se apresuró a marchar a Nápoles, donde causaba estragos una epidemia

¹⁶⁶ Nettlau, *anarchisten und Sozialrevolutionäre*.

¹⁶⁷ Loc. cit.

de cólera, a fin de ayudar en el cuidado de los enfermos en los barrios pobres. Entretanto había entrado en vigor una sentencia en contra suya, basada en una resolución del congreso anarquista celebrado en Londres en 1881 y en la que se decía:

«Tenemos que abandonar el marco legal, en el que por regla general hemos permanecido hasta hoy, a fin de llevar a cabo nuestras acciones en el marco de la ilegalidad, única vía de la revolución».¹⁶⁸

La exhortación consciente a los trabajadores para familiarizarse con los medios de la técnica y de la química con fines subversivos ocasionó una acusación contra Malatesta y otros antiguos defensores del anarquismo -entre ellos Merlino- por participar en una *associazione de malfattori*.^{*} Sin embargo, Malatesta huyó a América de la manera aventurera ya mencionada, como «mercancía» dentro de un cajón.

En Buenos Aires volvió a editar un periódico y organizó sindicatos de trabajadores. Al contrario que otros anarquistas no rechazaba la formación de partidos, a pesar de que en su polémica con Costa se había mostrado acérrimo enemigo de la acción parlamentaria. En lo referente a la organización opinaba como sigue:

«Queremos que todos asuman el programa con plena conciencia y que ninguno lo evite escudándose en el pretexto de que entre los anarquistas cada uno puede hacer lo que quiere. Esto es lo que nosotros entendemos por constitución y organización del partido».¹⁶⁹

Después de toda clase de aventuras dramáticas regresó en 1889 a Londres. Alquiló un pequeño taller en el que afilaba y reparaba cuchillos como medio para ganarse la vida, no con vistas a «acciones propagandísticas», pues rechazaba los numerosos asesinatos políticos aislados de anarquistas. El taller servía también para reuniones. El abogado Merlino -que vivía también exiliado en Londres y pertenecía al *Freedom Group* de Kropotkin- le permitió ponerse en contacto con su amigo ruso de los días de Ginebra. En la década de los noventa, Malatesta desarrollaría teorías que diferenciarían de las de Kropotkin, de quien criticaba la fe en la espontaneidad y cuyo anarco-comunismo ahora veía de una manera más crítica. Ciertamente Malatesta nunca fue un dogmático obstinado, cosa muy frecuentemente por desgracia en la extrema izquierda. En el congreso de Berna de 1876 había reconocido ya lo siguiente: «Es cierto que nosotros nos hemos ocupado de proyectos de reorganización social, pero sólo les damos una importancia muy relativa. Deben ser necesariamente falsos, quizá incluso totalmente fantásticos. No podemos predecir la organización de la sociedad futura».¹⁷⁰

Sin duda alguna, era de la misma opinión que Merlino cuando éste en junio de 1889 escribió en su periódico de Ancona, *Il libero Patto*,^{*} lo siguiente:

«La humanidad no avanza hacia su meta por una única senda y según una rutina escolar. Esperemos muchas sorpresas y no confiemos demasiado en nuestra fraseología».¹⁷¹ A pesar de esto, Malatesta era un teórico muy respetado por los anarquistas. Sus ideas suscitaron acaloradas discusiones no sólo entre sus compatriotas. Las opiniones chocaban a menudo tan fuertemente que poco antes del cambio de siglo un «individualista» disparó sobre él en el curso de una reunión.

¹⁶⁸ Loc. cit

* Asociación de criminalies.

¹⁶⁹ En *Associazione* (1889), publicación en el exilio londinense, Citado según Richards, Loc. cit.

¹⁷⁰ Nettlau, *Anarchisten und Sozialrevolutionäre*.

* El libre acuerdo.

¹⁷¹ Loc. cit

En la segunda mitad de la década de los noventa regresó clandestinamente a Italia para luchar contra el parlamentarismo, el individualismo y el marxismo. En los tres creía ver caminos erróneos. Intentó de nuevo organizar el anarquismo de un partido y abogó por el sindicalismo y por la «acción directa» de los trabajadores. Por ella no entendía evidentemente, los atentados, extendidos en aquel entonces por Europa, sino ocupaciones de fábricas y otros actos ejemplares. Fue detenido otra vez más y deportado a la isla penitenciaria italiana desde la que consiguió huir a Malta de la manera aventurera que ya hemos enunciado. Desde Londres aquel infatigable agitador marchó a los Estados Unidos y probablemente a Cuba. En 1900 se hallaba ya de vuelta en Londres. Aquí editó -como antes en Italia- diferentes periódicos: *l'Internazionale*, *Lo Sciopero Generale* (La huelga general) y en Ancona *L'Agitazione*, todos en lengua italiana, al igual que antes en Florencia *La Questione Sociale*. Sin embargo, fracasaron todos sus intentos de fundar una nueva internacional anarquista.

A la exclusión, en parte tumultuosa, de los anarquistas de los diferentes congresos socialistas - 1891 en Bruselas, 1893 en Zurich, 1896 en Londres- replicó justamente con otras personas en un manifiesto en el que entre otras cosas se decía lo siguiente:

«Es evidente que un congreso del que se nos excluye en conciencia no puede ser clasificado de Congreso socialista internacional de trabajadores. Debería llamarse según el nombre del partido o de los partidos que tienen acceso a él. Así ninguno de nosotros hubiera pensado en participar en un congreso socialdemócrata o Congreso de los socialistas parlamentarios».

«Los socialdemócratas (marxistas) tratan evidentemente de imponer a los obreros su propio programa. Podríamos pensar que quieren prohibir el derecho de luchar por la emancipación humana a aquellos que no aceptan las decisiones que dicta su partido».¹⁷²

El odio mortal de los comunistas autoritarios contra el movimiento fraternal de los anarquistas no había cedido un ápice ni siquiera después de la muerte de Marx.

Para Malatesta ahora vinieron años de relativa tranquilidad en Londres. En 1907 tomó parte en el congreso internacional anarquista de Ámsterdam. En la discusión entorno al sindicalismo dijo:

«Todos los anarquistas, independientemente de su orientación, son en cierta medida individualistas. Pero esto no quiere en modo alguno decir que todos los individualistas sean anarquistas. Los individualistas caen por tanto en dos categorías claramente diferenciadas: los unos exigen para todas las individualidades humanas -la suya al igual que la de los demás- el derecho a un desarrollo integral; los otros piensan únicamente en su propia individualidad y no vacilan un instante en sacrificar a los demás en beneficio propio. El zar de todas las Rusias pertenece a estos últimos individualistas. Nosotros, por el contrario, pertenecemos a los primeros (...) Lo que libera al individuo y le permite desarrollar sus capacidades no es la soledad, sino la unión. Para llevar a cabo un trabajo realmente útil es imprescindible la cooperación. Evidentemente la asociación ha de dejar plena autonomía a los individuos que se asocian, y la federación tiene que respetar la misma autonomía en los grupos: guardémonos de creer que la ausencia de organización es una garantía de libertad. Todo prueba que ocurre lo contrario».¹⁷³ En el mismo congreso acentuó que el objetivo del anarquismo no es la emancipación de una sola clase, sino la emancipación completa de toda la humanidad de su triple servidumbre, a saber, la económica, la política y la moral.

En 1910 el nombre de Malatesta ocupó los titulares de los periódicos londinenses debido a un triste asunto criminal. El 16 de diciembre, en Houndsdicht, había penetrado en una joyería una banda de ladrones mediante una galería construida desde una casa abandonada. La policía los descubrió y los ladrones abrieron fuego matando a tres funcionarios. Uno de la banda fue

¹⁷² Guérin, *Ni Dieu ni Maître*.

¹⁷³ Loc. cit

herido, pero consiguió huir con sus cómplices. Lo llevaron a la vivienda de una muchacha, donde se repuso de su herida. Cuando la policía interrogó a la muchacha se supo que asistía regularmente a reuniones anarquistas en el East End. Sin embargo, sólo conocía los nombres de pila de los ladrones. Luego se encontraron en la casa abandonada diversas herramientas, una botella de oxígeno y un lámpara de soldar. Y junto a todo ello se encontraba una tarjeta con el nombre y la dirección de Malatesta. Éste fue detenido inmediatamente, pues la policía desconfiaba de él desde hacía tiempo, puesto que la mayoría de los autores de los atentados anarquistas de los últimos años eran italianos. Para la prensa sensacionalistas fue un gran escándalo.

Pronto se confirmó, sin embargo, que no estaba implicado en el asunto y que era completamente inocente. Lo que ocurrió fue lo siguiente: un ruso emigrado de Letonia llamado Muronzeff había pedido a los anarquistas del East End que le proporcionaran un puesto de trabajo. Se le había mandado a Malatesta. Que trabajaba en Londres de electricista. Éste, a su vez, le había dado una tarjeta con su nombre y dirección a fin de que pudiera emplearse bajo su recomendación en alguna firma suministradora de material eléctrico. Muronzeff, no obstante, se unió a una banda de ladrones. Malatesta fue dejado en libertad inmediatamente.

El asunto, sin embargo, tuvo un penoso final para los asesinos. Se hicieron fuertes en una casa de la Sidney Street, en Stepney, y la policía tuvo que pedir ayuda al ejército. Incluso el ministro del interior compareció en el escenario; como combatiente en la guerra anglo-boer se permitió dar algunas indicaciones tácticas. Su nombre era Winston Churchill. Los sitiados prendieron fuego a la casa, pereciendo en el incendio. Todavía se ignoraba si pertenecían a aquellos círculos anarquistas que extendían las tesis de la ilegalidad incluso a delitos individuales contra la propiedad.

Lo cierto es que Errico Malatesta conservó toda su vida su fama de hombre de absoluta integridad a pesar de su odio fanático contra el orden social imperante. Desaprobaba los abusos individuales. No todos los revolucionarios coincidían con él en esto. Un izquierdista italiano exiliado en Londres, llamado Benito Mussolini, escribió para las *Pagine Libera* de Lugano un reportaje sobre los ladrones de Houndsditch y Sydney Street en el que hacía grandes elogios:

“No, la tragedia no se puede medir con el patrón de la moral corriente. (...) Ellos eran anarquistas. Sí anarquistas, pero en sentido clásico de la palabra. Odiaban el trabajo, pues el trabajo corporal (hay que tener el valor de proclamarlo de una vez por todas) embota al hombre en lugar de ennoblecerlo. Odiaban la propiedad porque ésta era el antagonismo entre los individuos. Odiaban la vida, y sobre todo odiaban a la sociedad, a la que negaban y querían destruir”¹⁷⁴.

En 1913, sin embargo, Malatesta conoció personalmente al futuro «Duce» (no sabemos si ambos se habían encontrado ya antes en Londres). Vivió en Italia un año escaso, donde también se hallaba Mussolini, que seguía siendo un socialista de izquierda, simpatizante con el anarquismo. El futuro dictador era redactor y editor del diario *Avanti*. Había traducido al italiano el libro de Kropotkin sobre la gran revolución francesa, precisamente después de la primera revolución rusa (1905). Pero aquello era muy raro y Malatesta escribió a su amigo Luigi Fabbri que «no tenía nada en común con aquel hombre».¹⁷⁵

En Ancona editó el diario *Volontá*, cuya aparición había puesto ya en marcha en Londres. Los primeros números, publicados cuando él se hallaba todavía en la capital británica, le causaron una profunda decepción: «Topográficamente es horrible. La calidad del papel me produce

¹⁷⁴ G. Megaro, *Mussolini dal mito alla realtà*. Milán, 1947.

¹⁷⁵ Luigi Fabbri, *Malatesta, L'uomo e il pensiero*, Nápoles, 1951.

escalofríos. Pálida impresión sobre un papel gris, las letras demasiado gruesas, etc. Hemos de mejorarlo».¹⁷⁶

El 16 de junio de 1913 escribió a Agostinelli, el redactor del periódico: «Ha llegado la segunda edición. ¡Mucho mejor, bien hecho! Si seguimos mejorándolo haremos algo verdaderamente bueno. Hoy por la tarde te enviaré el editorial (...) Intenta, pues, tener una columna libre. Llego tarde, ya losé; pero espero corregirme en el futuro y no merecer ya más tus críticas».

Vernon Richards cita estos lugares por se una excelente muestra del carácter de Malatesta, de su sencillez y camaradería.

Uno de los motivos de su regreso a Italia era su deseo de dedicarse con mayor intensidad al periódico. En las actas de la policía de Ancon aparece la siguiente observación: «El regreso de Malatesta de Londres fue la señal para una revitalización del movimiento anarquista en Ancona».

Para el poder estatal, para la «paz y el orden», era realmente el *dangerous type* fichado en los archivos policiales de Europa. En junio de 1914 fue el *accenditore* –el instigador– de la «semana roja» de Ancona. El motivo inmediato para el levantamiento fue un ataque con armas de fuego efectuado por la gendarmería contra unos manifestantes pacíficos, a consecuencia del cual hubo varios muertos y heridos. La huelga general se desató casi espontáneamente. Gracias a la agitación de Malatesta la huelga se extendió rápidamente por la Romaña y luego por casi toda Italia. En todas partes se produjeron nuevos enfrentamientos con las fuerzas de la policía y nuevas víctimas. Los ferrocarrileros se hallaban paralizados. Las comunicaciones entre las distintas ciudades se interrumpieron y el movimiento adquirió en todas partes el carácter de levantamiento. En muchos lugares se proclamó la república, «lo cual significaba para el pueblo la Comuna autónoma», según informó Malatesta en el *Freedom* londinense. El proletariado comenzaba ya a reorganizar la vida social sobre una nueva base. Sin embargo, los sindicatos moderados, en opinión de los revolucionarios, rompieron la huelga prematuramente, lo cual les costó el reproche de traidores. Sin embargo Malatesta, en su artículo de *Freedom*, reconoció que faltaba la necesaria preparación para tomar el poder. La revolución fue ahogada rápidamente. Malatesta pudo escapar por poco a la captura y regreso al seguro exilio londinense.

Poco después estalló la guerra mundial. Malatesta permaneció fiel al internacionalismo, mientras que Kropotkin defendía los artículos de periódico la causa de los aliados frente al militarismo del *Reich* alemán. El 15 de febrero de 1915 firmó junto con otros anarquistas un manifiesto en el que entre otras cosas se decía:

«¿La civilización? ¿Quién la representa en estos momentos? ¿Quizás el Estado alemán que ahoga cualquier intento de insurrección? ¿Quizá el Estado ruso, para quien el látigo, la horca y Siberia son los únicos medios de persuasión? ¿Quizás el Estado francés con su *bibirí*, la sangrienta conquista de Tonkín, de Madagascar y de Marruecos y con el violento reclutamiento de las tropas negras? ¿Francia, que desde hace años tiene encarcelados en sus presidios camaradas cuyo único delito consiste en haber hablado o escrito contra la guerra? ¿Quizás Inglaterra, que explota, divide, mata por el hambre y oprime a las poblaciones de su gigantesco imperio colonial? No. Ninguno de los beligerantes tiene derecho a reclamar para sí la civilización, al igual que ninguno tiene derecho a declararse en estado de legítima defensa».¹⁷⁷

¹⁷⁶ Richards, Loc. cit.

* En la jerga soldadesca compañía de castigo.

¹⁷⁷ Guérin, *Ni Dieu ni Maître*, Vol. III.

Sin embargo, cortés como siempre con sus detractores, reconoció «la buena fe y la buena intención» de aquellos anarquistas que habían firmado junto con Kropotkin, Jean Grave y Malato un manifiesto en pro de la guerra, pues compartían la opinión de Kropotkin: «Si en una guerra los antimilitaristas fueran únicamente espectadores, con su inacción apoyarían a los agresores; les ayudarían a hacerse más fuertes ya a ser con ello un obstáculo mayor para la revolución social».¹⁷⁸

Para ellos la culpabilidad del *Reich* alemán en el desencadenamiento de la guerra era algo completamente indudable.

Malatesta, sin embargo, replicó en los siguientes términos: «Es muy doloroso para mí enfrentarme a un amigo tan querido como Kropotkin, que ha hecho además tanto por la causa del anarquismo. Pero precisamente debido a que apreciamos y queremos tanto a Kropotkin es necesario dar a conocer que no compartimos sus opiniones sobre la guerra (...) Espero únicamente que reconocerá su error y se pondrá de nuevo de parte de los obreros contra todos los gobiernos y todos los burgueses, ya sean alemanes, ingleses, franceses, rusos o belgas».¹⁷⁹

Kropotkin pudo comprobar con ocasión de su regreso a Rusia en 1917 que su apoyo propagandístico a la causa de los aliados había alejado de él a los revolucionarios de izquierda. Por el contrario, Malatesta regresó a su patria después de la guerra en olor de multitud. A finales de 1919 estaba de nuevo en Italia entre los clamores de la multitud. Los tres años siguientes –prescindiendo de los diez meses que tuvo que pasar en presidio. Fueron probablemente los más activos de su larga vida. Cantaba con 66 años de edad. El *Corriere della Sera*, periódico liberal de Milán, en su edición del 20 de enero de 1920, lo caracterizó como «una de las mayores personalidades de la vida italiana». Fundó otro diario anarquista, *Umanità Nuova*, que alcanzó una tirada de 50.000 ejemplares. Malatesta llegó a ser el «centro impulsor» de la Unione Sindicalista Italiana, asociación obrera anarcosindicalista.

Ante el peligro del fascismo, malatesta intentó lograr una colaboración de todos los partidos y sindicatos antifascistas, intento muy difícil puesto que tenía que contar con la oposición del recién fundado Partido Comunista Italiano, que trataba de desacreditar y excluir a todas las organizaciones proletarias no sujetas a su control. A esta actitud se unió el terror de las criminales tropas fascistas. Sin embargo, Malatesta consiguió formar una alianza de fuerzas antifascistas que proclamó en el último minuto (a finales de julio de 1922) la huelga general. Pero los *Camiri neri* de Mussolini eran ya demasiado fuertes y en colaboración con la policía italiana «ahogaron el intento en sangre». Los camisas negras quemaron públicamente el retrato de malatesta. La *Umanità Nuova* fue retirada de los quioscos junto con los restantes periódicos antifascistas y quemada en la calle, pero siguió apareciendo, ahora mensualmente, hasta finales de 1922. Malatesta y otros políticos de la oposición fueron detenidos poco después de la «marcha sobre Roma», en octubre de 1922, pero fue puesto en libertad sin juicio. A la edad de setenta años se puso de nuevo a ejercer el oficio de electricista.

En una lucha constante con la censura editó desde 1924 una revista quincenal, *Pensiero e Volontá*, en la que aparecieron algunos de sus artículos más importantes sobre el programa del anarquismo.

En octubre de 1926, el anarquista Anteo Zamboni llevó a cabo con éxito un atentado contra Mussolini, que sirvió de pretexto para prohibir toda la prensa de oposición. Naturalmente prohibió la revista de Malatesta.

¹⁷⁸ Citado según George Woodcock, *Anarchism*, Londres, 1963.

¹⁷⁹ Loc. cit

Desde finales de 1926 hasta su muerte, Malatesta bajo arresto domiciliario en Roma. La policía hacía guardia permanente delante de la casa y del apartamento donde Malatesta vivía junto con Elena Melli, compañera suya desde hacía muchos años, y con su hija. Luigi Fabbri y otros amigos emigrados querían convencerlo para que marchara al exilio, pero él siguió pensando tenazmente que sólo en Italia podía ser de alguna utilidad. Con el tiempo tuvo que percatarse de que en la estrecha vigilancia en que vivía nada esencial podía hacer para contribuir a la derrocamiento de la dictadura fascista. El control policiaco hizo fracasar su deseo de marchar a España en 1931, con ocasión del estallido de la revolución.

En la primavera de 1932 contrajo de nuevo pulmonía. Malatesta parecía recuperarse, pero se trataba de una falsa señal. Su estado era cada vez más débil, si bien se resistía a creer que aquello fuera el final. Murió, casi octogenario, el 22 de julio de 1932.

Fabbri en el curso de su larga amistad le había exhortado a que escribiera memorias, pero Malatesta siempre le había dado la misma respuesta: «Sí, más tarde, cuando ya no haya nada más importante que hacer y me haya hecho viejo».

Fabbri en su biografía de Malatesta nos informa: «Sin embargo, siempre encontraba algo más importante que hacer y nunca reconocía que se había hecho viejo. Por eso nunca escribió sus memorias». No obstante, redactó para el congreso de Bolonia de 1920 *Il programma Anarchico*, adoptado por la *Unione Anarchica*. Vale la pena citar algo de su contenido por ser un compendio de su ideario:

«Nuestro ideal no es un ideal cuyo éxito dependa del individuo aislado. Se trata de transformar totalmente el modo de vida de la sociedad, de crear relaciones entre los hombres que descansen en el amor y la solidaridad, de alcanzar el pleno desarrollo material, moral e intelectual, no para distintos individuos o miembros de una clase o de un determinado partido político, sino para toda la humanidad. Éste es un objetivo que no se puede alcanzar por la violencia. Ha de ser el resultado más bien de la conciencia ilustrada de cada uno de nosotros y sólo puede ser alcanzado por una adhesión voluntaria. Nuestra tarea ha de consistir en convencer a los hombres. Debemos hacer conscientes a los hombres de infortunio en que se hallan y de las posibilidades que tienen de superarlo. Debemos despertar en cada uno la compasión por la miseria de los demás y la ardiente exigencia de un bienestar general (...) La pobreza endurece a los hombres y, para eliminar la pobreza, los hombres deben poseer una conciencia social y una firme resolución».¹⁸⁰

Sin embargo, el programa tiene también tonos violentos: lucha económica (huelga y reivindicaciones) frente al capital y estrategia política frente al poder del gobierno: «Una rebelión victoriosa es el factor más poderoso en la liberación del pueblo». La conclusión es la siguiente: «Expropiación de los latifundistas y de los capitalistas en bien de todos la abolición del gobierno», «lucha incesante, violenta o pacífica según las circunstancias».¹⁸¹ Resumiendo: la hermosa armonía sólo se alcanzará cuando se haya realizado una revolución social victoriosa. La ardiente convicción de este nieto tardío de aquellos pensadores de la Ilustración, fieles creyentes en la humanidad, era que dicha revolución era posible llevarla a cabo.

¹⁸⁰ Richards, Loc. cit

¹⁸¹ Loc. cit

CAPÍTULO XII

PROPAGANDA POR LA ACCIÓN

«Históricos de la miseria, neuróticos de la revuelta, que se emborrachan con su virulencia como con un vino demasiado fuerte», así describía Caroline Rémy, alias Séverine (1855-1929) - propagadora de la solidaridad social y compañera del revolucionario y antiguo *Comunard*, Jules Vallés (1832-1885)- a los terroristas que a finales del siglo XIX y comienzos del XX con sus bombas y atentados ofrendaron por toda Europa a sí mismo y a sus víctimas el ideal criminal de una teoría anarquista de la violencia. Se ha hablado irónicamente de una división del trabajo: por un lado, los teóricos humanitarios, descubridores de planificaciones libertarias del futuro y de supremas político-económicas concebidos en el sentido de la plena libertad y felicidad de todos, intelectuales procedentes en la mayoría de los casos de las clases poseedores, embragados por el deseo de justicia; por otro lado, los activistas impacientes, alimentados con consignas procedentes de tratados y panfletos, producto a menudo en su odio de destinos personales desgraciados, fanáticos fieles a sus ilusiones hasta el patíbulo. Seguían la consigna dada en el congreso anarquista de Londres -la de pasar a la ilegalidad- con una iniciativa individual de la que posteriormente varios de los participantes en el congreso renegaron. Lenin, cuando caracterizaba al anarquismo como «producto de la desesperación» pensaba en estos individuos solitarios y violentos. En todo caso al enjuiciar estas explosiones de cólera desesperada, no se puede prescindir de su trasfondo social.

Así, por ejemplo, entre los miembros de Decazeville los salarios bajaron entre 1878 y 188 de 150 a 75 francos, mientras el balance de la sociedad mostraba en 1885 una ganancia de 460.000 francos sobre un capital de dos millones. En enero de 1886 cuando la firma intentó bajar todavía más los salarios se produjo una rebelión. Los trabajadores amotinados arrojaron por la ventana al ingeniero Watrin, a quien la empresa había encargado las negociaciones prometiéndole como «comisión» el 5% de las sumas ahorradas en salarios. Watrin se rompió la nuca.

El asunto fue mencionado en el proceso contra el terrorista Charles Gallo. Éste había arrojado en la bolsa de París un explosivo en medio de los agentes de cambio. El explosivo apenas produjo daños, pero Gallo, decepcionado por la ineffectividad de su acción, disparó salvajemente a su alrededor cuando los bedeles de la bolsa intentaron sujetarlo. El presidente del tribunal le preguntó ante el jurado si sabía que en las asambleas anarquistas se ensalzaba a los asesinos del ingeniero Watrin. Gallo respondió: «Naturalmente, y yo mismo he esperado que sea tan sólo el comienzo de toda una serie».¹⁸² Mientras cumplía su condena de veinte años desencadenó una revuelta en la prisión. Murió en la colonia penitenciaria a consecuencia de los métodos empleados para los reclusos «incorregibles».

El ilegalismo se extendió también, y la auténtica designación del término se empleó para los delitos contra la propiedad de motivación política. Clement Duval reunió a su alrededor un grupo anarquista que se había dado el nombre de «Pantera de Batignolles»*. En octubre de 1886 saquearon la residencia de una pintora mundana, una amiga de Sara Bernhardt, robaron las joyas y devastaron las habitaciones. Llegaron incluso a encender fuego, que afortunadamente no prosperó. Puesto que al ser ladrones aficionados no conocían ningún cómplice, ofrecieron el botín a un joyero de la Madeleine que los denunció. Al ser detenido, Duval se defendió con un cuchillo al grito de «en nombre de la libertad» e hirió de gravedad a un policía. Condenado a

¹⁸² Citado según Salmon, *La Terre Noire*

* Un suburbio de París.

muerte y rebajada su pena a la de prisión, huyó de Cayenne. En 1912 vivía todavía en Nueva York, desde donde se escribía con Jean Grave, el antiguo editor de *La Rèveolte*, a quien reprochaba el haber modificado su posición con respecto al ilegalismo. Grave respondió «que no había vacilado en defenderlo por su rectitud, pero que había dado un ejemplo muy malo, pues todos los ladrones se habían adherido al movimiento y habían apelado a él para justificar sus apetitos».¹⁸³

Una figura mucho más oscura que la *pantera de Batignolles* es Ravachol, quien cuenta entre las filas de los asesinos históricos debido al eco literario de sus acciones. François-Claude Ravachol (1859-1892) prefirió el apellido de su madre -una tejedora llamada Marie Ravachol- probablemente porque quería evitar las dificultades que le pudiera acarrear su apellido paterno (Koenigstein) en aquella atmósfera anti-alemana de la revanchista prensa francesa. Su padre era un destajista emigrado de Holanda y parece ser que un bebedor. Como ha probado J. C. Longoni,¹⁸⁴ dos antepasados de este Jean-Adam Koenigstein murieron en la horca a mitad del siglo XVIII como miembros de una banda formada por propietarios de tierras y sus hijos. Parece poco probable que Ravachol hay sabido algo de esto.

«En mi infancia creía firmemente en lo me había enseñado mi madre y los sacerdotes. Creía en Dios, en una vida después de la muerte, en una recompensa y un castigo en el más allá. En la granja se había fortalecido todavía más mi fe en la soledad».¹⁸⁵ Quizá un rasgo característico del tipo de terrorista fanático, casi místico, es que muchos de ellos habían sido anteriormente fervorosos católicos, como por ejemplo Cyvoct, el periodista condenado por el atentado contra el restaurante del teatro de Lyon. «Un día encontré placer en la lectura», continúa Ravachol en su confesión. «El *judío errante* de Eugenio Sue me causó una profunda impresión cuando ya había abandonado mi fe, los errores de mi infancia».¹⁸⁶

A los 18 años trabajaba en una tintorería de su lugar natal. Tenía un puesto de confianza, pues le estaban confiadas las llaves del armario donde se guardaban los ácidos empleados en la empresa. Una mujer de la localidad le pidió un poco de vitriolo para usarlo contra las ratas, pero lo utilizo de hecho para arrojarlo al rostro de un amante infiel. Ravachol fue despedido inmediatamente y su despido fue anotado en su libreta de trabajo, razón suficiente para hacer prácticamente imposible que encontrara trabajo en otra empresa. Ravachol lo consideró una injusticia a la que no pudo resignarse y que lo convirtió en un rebelde.

Posteriormente dijo ante el juez instructor: «Para mí la ANARQUÍA significa la eliminación de todas las causas que dividen a la humanidad, sobre todo la abolición de los intereses individuales que los hacen egoístas y malvados. Éste es el ideal. ¿Cómo se ha de intentar alcanzarlo? Con argumentos siempre sea posible; pero sobre todo con la violencia, por mucho que le duela a uno tener que recurrir a ella. (...) Si al final tan sólo quedan un par de hombres (!), éstos por lo menos serán humanos».¹⁸⁷

Durante un tiempo se dedicó a falsificar moneda y al contrabando. Le gustaba vestir elegantemente; siempre llevaba guantes y en la mayoría de las ocasiones una levita abrochada hasta arriba y un sombrero de copa. A causa del tono amarillento de su rostro se coloreaba de rojo las mejillas.

¹⁸³ Loc. cit

¹⁸⁴ J. C. Longoni, *Tour Patients of Dr. Deibler, a Study in anarchy*.

* François-Claude se había empleado como mozo de servicio.

¹⁸⁵ Salmon, Loc. cit

¹⁸⁶ Loc. cit

¹⁸⁷ Loc. cit

La primera acción que se le imputó fue el doble asesinato del 26 de marzo de 1886 en La Varizelle, un suburbio de Saint Étienne. Ravachol parece haber reconocido su culpabilidad ante terceros, si bien nunca la reconoció ante el tribunal ni le pudo ser probada. En aquella ocasión un anciano de noventa años y su vieja ama de llaves fueron asesinados y robados en su casa. Sin embargo Ravachol reconoció otra acción: en mayo de 1891 forzó una noche el mausoleo de la familia La Rochetaillé en el cementerio de Saint Étienne, donde cuatro semanas antes había sido enterrada la anciana baronesa. Pero era falso el rumor de que hubiera sido sepultada con sus joyas. Ravachol, a quien acompañaban dos cómplices que nunca fueron identificados, encontró en el féretro tan sólo un cadáver simiputrefacto.

El crimen por el que fue condenado a muerte y que también reconoció, sucedió el 19 de julio de 1891. La víctima fue Jacques Brunel, un anciano de 92 años, que desde hacía cincuenta vivía como eremita de limosnas y de la venta de devocionarios cerca de la localidad de Chambles. Había reunido tal cantidad que en su saco de paja y en algunos pucheros guardaba un pequeño tesoro en monedas de oro, plata y cobre.

Ravachol cuando se dirigía al lugar donde vivía Brunel fue visto por diversas personas. Al día siguiente de estrangular al eremita, volvió de nuevo con una amiga porque le había resultado muy difícil el transporte del botín. El muerto fue descubierto dos días más tarde en su ruinosa cabaña. A su alrededor yacían esparcidas por el suelo una serie de monedas de cobre que el asesino había despreciado.

Poco después recibió la policía una carta según la costurera Madeleine Sabor, cuyo nombre de casada era Rullière, había acompañado al presunto asesino a Chambles. La mujer fue detenida y se comprobó que vivía con un hombre que se hacía llamar Sabot. Al detenerlo se descubrió su identidad: Koenigstein-Ravachol. Cuando se le llevaba detenido, un borracho se acercó tambaleándose a los policías e importunó a uno de ellos. Luego, él y Ravachol desaparecieron de repente en la noche. Sólo el botín quedó en manos de la policía: más de 1.200 francos.

A finales de julio, tuvo lugar un nuevo asesinato en Saint Étienne: dos viejas propietarias de una tienda de ferretería fueron asesinadas con un martillo tras el mostrador de su pequeño negocio poco antes de cerrar. Este crimen fue también atribuido a Ravachol, pero nunca se le pudo probar.

Ravachol huyó a Lyon, ciudad en la que contaba con amigos anarquistas. Éstos lo enviaron con unas recomendaciones a Saint Denis, en París, para que estableciera contacto con el camarada Chaumartin. ¿Le dieron algún encargo? Después de la detención de Ravachol el juez instructor recibió una carta anónima en la que entre otras cosas se decía lo siguiente:

«(...) ¿Qué nos importan sus crímenes? Nosotros vemos en él el hombre enérgico y atrevido que necesitábamos. Le hemos (...) adoctrinado y hemos armado su brazo. Le hemos dicho: “¡ve y golpea!” Será condenado a muerte, pero su muerte será la señal de terribles represalias (...).»¹⁸⁸

Lo cierto es que en Saint Denis, Ravachol se puso de inmediato a fabricar una bomba. Al principio vivió en casa de Chaumartin, hombre casado y con dos hijos, y se hacía llamar León Léger. La vivienda era tan pequeña que tuvo que alquilar una habitación en la isla de Saint Denis, si bien seguía comiendo en casa de Chaumartin a cambio de una cierta cantidad de dinero. Seguía llevando sombrero de copa, levita y guantes y todavía se coloreaba las mejillas. Era un hombre hablador por naturaleza, exageraba, sabía contar viajes que nunca había hecho y al parecer también aquellos crímenes que con excepción del eremita Brunel nunca había reconocido ante el tribunal.

¹⁸⁸ Longoni, Loc. cit.

En casa de Chaumartin conoció a una cierta señora Decamps, cuyo marido había recibido seis heridas de sable en un tumulto ocurrido el funesto 1 de mayo de 1891 en Cliché-Levallois de París. Su marido había sido condenado además en el juicio que siguió a cinco años de prisión. El presidente del tribunal durante el proceso fue monsieur Benoit, el fiscal, monsieur Bulot, Ravachol prometió a la mujer del condenado vengar a su marido.

En Saint Denis encontró un ayudante y admirador en la persona de Simón, joven que todavía no había cumplido los veinte años de edad y al que todos llamaban Biscuit. Ambos se procuraron una considerable cantidad de explosivos mediante un robo en el depósito de dinamita de Soisy-sous-Etioles. El 11 de marzo de 1892, ayudando por Biscuit llevó una de sus bombas a la casa de alquiler del número 136 del Boulevard St. Germain, donde vivía el presidente Benoit. Pudo salir de la casa sin ser visto, pero se equivocó de piso: la bomba explotó un piso más abajo, delante de la puerta de otra vivienda. La explosión causó notables daños materiales, pero ni costó ninguna vida humana.

Poco después fueron detenidos por la policía el matrimonio Chaumartin, Biscuit, Béala -un compañero- y la amante de éste, Mariette Soubèse, que había pasado la bomba por la aduana de la ciudad dentro de sus vestidos.

«Monsieur Léger» no está en casa, está fue la respuesta que recibieron los funcionarios cuando llamaron en la casa del Quai de la Marine.

Catorce días más tarde -el domingo 27 de marzo- Ravachol visitó la casa número 39 de la calle de Cliché, lugar donde vivía el fiscal Bulot. Esta vez la bomba que portaba era de una potencia considerablemente mayor. La llevaba en una pequeña maleta que abrió delante de la puerta para encender la mecha. Entonces se dio cuenta de que los cartuchos se habían desprendido. «Había las máximas posibilidades de hacer saltar la casa por los aires. Pero no podía abandonar lo que había decidido», reconoció posteriormente al juez instructor.¹⁸⁹ La explosión destruyó una parte de la casa. Como por un milagro tampoco esta vez hubo ningún muerto, sino tan sólo varios heridos y un parto prematuro. La vivienda del abogado quedó intacta y sus habitantes no sufrieron ninguna herida, pues Ravachol se había vuelto a equivocarse de piso.

Marchó en autobús al boulevard Magenta. Poco antes de mediodía entró en un pequeño restaurante llamado Véry. Mientras esperaba que le sirvieran la comida entabló conversación, locuaz como siempre y con medio cuarto de litro de vino en la mano, con el camarero. En su entusiasmo debió hablar del atentado de la calle de Clichy, aun no conocido en París. Al sorprendido camarero Lhérot, cuñado del dueño, aseguró que esta vez había habido víctimas.

Dos días después leyó Lhérot en el *Petit Journal* la orden de detención contra Ravachol, pues de la detención de Chaumartin y de los otros se sabía ya quien era León Léger. Parece que Chaumartin tuvo relaciones con la policía desde el comienzo.

Incomprensiblemente Ravachol volvió el 1 de abril al restaurante Véry, sea por haber encontrado atracción en la persona de Lhérot, pues no se pueden excluir en él inclinaciones homosexuales. Sea por pensar que podía ganarlo para el movimiento anarquista, pues ya durante su primera visita había hecho alguna propaganda. Esta vez el camarero advirtió al dueño y éste a la comisaría de policía más cercana. Ravachol fue detenido un cuarto de hora más tarde.

La tarde anterior al comienzo del proceso, el 25 de abril, una bomba destruyó completamente el restaurante Véry y mató a su dueño. El camarero Lhérot escapó al acto de venganza, y recibió

¹⁸⁹ Loc. cit.

como recompensa por su denuncia un empleo como guardián de prisión. Por este atentado fue condenado a cadena el anarquista Théodule Meunier. Meunier nunca reconoció su culpabilidad y simpatizantes como André Salmon afirmaron que era reprobablemente inocente.

También Ravachol fue condenado a sus atentados con bamba a cadena perpetua. En su declaración final se vanagloriaba: «Si se nos conociera mejor se vería en nosotros en lugar de unos criminales, los verdaderos defensores de los oprimidos». ¹⁹⁰ Fue trasladado a Montbrison para un segundo proceso por los crímenes de Saint Étienne. Allí le esperaba con toda seguridad la pena de muerte. La ejecución tuvo lugar el 14 de julio, día de la fiesta nacional, del año 1892. Camino hacía la muerte sin inmutarse y el órgano anarquista Père Peinard, que lo había ensalzado como un «mártir», escribió en el número de 17 al 24 de julio de dicho año: «La cabeza de Ravachol ha rodado a sus pies. Ahora temen que pueda explotar como bomba».

1892 y 1893 estuvieron caracterizados realmente por una actividad terrorista especialmente viva. Se colocó una bomba en el palacio de la princesa de Sagan y otra en el cuartel de la Guardia Republicana. Una tercera colocada en el café Riche sólo causó rotura de cristales. Sin embargo, el efecto de una explosión en el Liceo de Barcelona durante el solemne estreno de la ópera de *Guillermo Teel* en noviembre de 1893 fue horrible.

En París aparecieron carteles que recogían las palabras pronunciadas en 1871 por un general contra los *Communards*: «La crueldad de la clase dominante ha ahogado la compasión y la sensibilidad (...) *Por nuestra parte* decimos: nunca se mata a bastantes». ¹⁹¹

Eran los años del escándalo del canal de Panamá, que arruino a muchos pequeños ahorradores, indujo a bastantes personas al suicidio y comprometió a una parte considerable de los diputados del parlamento.

La misma cámara fue objeto también de un atentado el 9 de diciembre de 1893. Auguste Vaillant arrojó desde la galería al hemiciclo del parlamento una bomba llena de clavos «a fin de vengar a Ravachol» según él mismo dijo. Los daños fueron escasos, pero hubo una serie de heridos de poca gravedad. El más afectado por las explosiones fue el propio Vaillant. Había muchos indicios de que había sido la víctima de *agents provocateurs*. La propia policía francesa editaba en la década de los ochenta un diario anarquista, *La Révolution Sociale*, de modo semejante al diario provocar financiado en Suiza por la policía rusa. En todo caso un hombre misterioso, que se designaba a sí mismo como ladrón, había puesto a su disposición partes de la bomba y fuertes sumas de dinero para que se preparara el atentado. Durante el juicio curiosamente no se mostró ningún interés por este «gran desconocido», a pesar de que la tarjeta de entrada a la sesión de la cámara le había sido proporcionada al terrorista por intermediarios desconocidos.

Auguste Vaillant era un desgraciado a quien la vida no ofrecía ninguna posibilidad. Había nacido el 29 de diciembre de 1861 en una pequeña localidad cercana a Charleville. Era hijo natural de un policía y una criada. Aunque los padres contrajeron matrimonio más tarde, el padre nunca reconoció a su hijo y lo expulsó de la casa a la edad de diez años. El niño anduvo errante por Francia, pidió limosna y robo para clamar el hambre. Adolescente todavía fue condenado en varias ocasiones e penas cortas de prisión por pequeños delitos. En una ocasión, a la edad de catorce o quince años, fue encarcelado porque había hecho para él una noche un pan en el horno en el que trabajaba como aprendiz.

Aunque parezca increíble, en su inquieta vida todavía encontró tiempo y fuerzas para informarse de obras de filosofía, de astronomía o de ciencias naturales. Durante toda su vida le

¹⁹⁰ Loc. cit.

¹⁹¹ Salmón. Loc. cit.

intereso, la cosmología. Se casó cuando acababa de cumplir la mayoría de edad y tuvo una hija. Sin embargo, se separó muy pronto de su mujer y a los veinticinco años emigró a Sudamérica.

Lleno de planes y de esperanzas, confiado en las promesas de la agencia de inmigración, intentó asentarse como colono, pero a pesar de sus esfuerzos y de sus privaciones no consiguió nada. Tras una docena de intentos diferentes se decidió a regresar, haciendo su entrada en París en abril de 1893. Entretanto su mujer había muerto; Vaillant se hizo cargo de su hija y vivió en casa de una prima de la difunta. Persuadió finalmente al marido de esa mujer a renunciar por escrito a sus derechos de esposo, pues había descubierto en María la auténtica compañera. La nueva pareja se trasladó junto con la hija de Vaillant a Choisy-le-Roi, donde encontró trabajo en una fábrica por 20 francos al mes. La cantidad era insuficiente para mantener a su pequeña familia, Probablemente encontró en aquel otoño al «ladrón» que le proporcionó «desinteresadamente» dinero para que pudiera alquilar una habitación de Montrouge a fin de construir la bamba lejos de los suyos. En opinión de André Salmob la policía sabía la fecha en que Vaillant debía arrojar el artefacto «que le había solicitado».

En sus últimas palabras ante el tribunal dijo:

«Señor presidente, (...) ustedes me han preguntado qué circunstancias me había llevado a ejecutar mi acción. (...) Mi patrono aprovechaba mi penuria y no quería pagarme más de veinte francos al mes, un salario de hambre para mi mujer y mi hija. Se lo dije y respondió “¿Qué diablos me importa a mi su mujer y su hija? Yo no les doy trabajo a ellas, sino a usted”. Entonces comprendí que no podía tardar en hacer mi revolución y marché con mi bomba a la cámara de diputados».¹⁹²

Se le permitió leer ante el tribunal una declaración escrita en la que esbozaba sus ideas: Después de atacar a la sociedad, «en la que leemos diariamente suicidios motivados por la pobreza» y «cuyos monumentos principales son sus barracas y sus prisiones», pasó a exponer su filosofía.

«Si observo la presente reunión con los ojos de la razón no puedo hacer otra cosa que sonreír. Veo en ustedes tan sólo átomos perdidos en la infinitud, en ustedes (...) que se arrojan el derecho de condenarme a mí, uno de sus congéneres. Señores, sus tribuna y su sentencia no son nada en la historia de la humanidad, y la historia de la humanidad no es su vez nada en el torbellino que la lleva por la infinitud del universo (...)».¹⁹³

Aunque su atentado no había constado ninguna vida humana, Vaillant fue condenado a muerte. El presidente de la república, Sadi Carnot, negó el indulto a pesar de las peticiones al respecto hechas por representantes de diversas tendencias políticas. Un una conmovedora carta de la hija de Vaillant, no los comentarios de la prensa -incluyendo a *Figaro*, diario totalmente fiel al Estado- pudieron evitar la ejecución. La tumba de Vaillant en el cementerio de Ivry se convirtió en un centro de peregrinación.

Otro terrorista nos ha dejado un testimonio concluyente de sus motivos:

«¿Qué exijo a la sociedad, a los ciudadanos? No exijo limosna, sino trabajo. Si no me da ocupación, protesto contra este orden social que es incapaz de darme trabajo para que pueda vivir. Pero puesto que en la sociedad yo no soy nada, ocurre como si no me hubiera quejado, a

¹⁹² Longoni, Loc. cit.

¹⁹³ Loc. cit

no ser que mi protesta cause un escándalo que atraiga necesariamente la atención sobre mis censura». ¹⁹⁴

Estas palabras fueron pronunciadas por el zapatero León Léhautier, quien un día seleccionó al mejor cliente de un restaurante burgués y lo mató con su navaja. Su víctima resultó ser un diplomático servio.

Sin embargo, el hecho de que no sólo fueran ignorantes los que se dejaban arrastrar a crímenes políticos queda probado en la figura de Emile Henry, hombre altamente dotado al que se dio el apodo de «Saint-Just del anarquismo».

El 12 de febrero de 1894 arrojó una bomba en un tranquilo café musical sito en el hotel Terminus de París, al cual acudía a oír «música seria» por poco dinero un modesto público formado por empleados, viejas señoras, jóvenes y quizá un par de tenderos de la vecindad. La bomba, que afectó a las arañas de cristal y explotó en el aire, mato a uno de los clientes e hirió a más de veinte. Varios fueron heridos por los trozos de cristal de los espejos.

El autor del atentado era de origen burgués. Había nacido en España en 1872. Su padre -ingeniero de minas y oveja negra de la familia- había huido a Barcelona después del hundimiento de la Comuna de París y había sido condenado a muerte en ausencia. En Barcelona obtuvo pronto un puesto directivo, de forma que pudo mantener bien a los suyos, incluso con bienestar. Volvió con su familia a París después de la amnistía, debido además en buena parte a que las emanaciones de mercurio de la mina le habían hecho contraer una grave afección. La madre cosía para asegurar el mantenimiento de sus dos hijos y de su marido enfermo. Éste murió en 1882 dejando a los suyos completamente desvalidos. El médico del difunto quería organizar una acción de ayuda por medio de la suscripción pública, pero su intento fue impedido por «consideraciones mundanas» por la marquesa de Chamborant, cuñada de la viuda, sin que sus ricos parientes hicieran nada a su favor.

«Catorce días después nos hallábamos sin comida y sin calefacción; mi familia nos había dejado en la estacada. (...) La crueldad de sus ricos parientes inculcó en mis pequeños el odio a la burguesía. (...) Por aquel entonces se modificó el carácter de Emile (...) y cuando la reprendida por vestirse tan descuidadamente siempre me daba la misma respuesta: “Usted sabe, mamá, que yo la quiero de verdad; pero o puedo escapar a mi destino. Él es más fuerte que todos mis sentimientos hacia usted. Déjeme hacer lo que considero justo”» Con estas palabras informó la madre en una entrevista concedida al *Intransigent*, el 20 de febrero de 1894. ¹⁹⁵

Emile era un alumno destacado, por lo que estaba prevista su entrada a los diecisiete años en una escuela selecta, la *Ecole Polytechnique*. Sin embargo, uno de los candidatos arrojó durante el examen una bomba asfixiante. Las sospechas cayeron sobre él y fue rechazado. Emile negó posteriormente, incluso en la prisión, haber sido el autor del hecho, cuyas consecuencias, sin embargo, influyeron bastante en él.

Un tío le dio empleo en su empresa de Venecia. Sin embargo, regresó indignado a Francia cuando su tío propuso vigilar a los obreros. Fue entonces cuando su hermano mayor Charles, que actuaba a menudo como orador en las reuniones libertarias, lo introdujo en los círculos anarquistas. A finales de mayo de 1892, Charles y Emile, a pesar de que éste no había tomado la palabra, fueron detenidos después de una reunión en Faubourg du Temple en la que se había exaltado en ardientes discursos las ideas de Ravachol. La breve detención costó a Emile

¹⁹⁴ Salmón. Loc. cit.

¹⁹⁵ Longoni, Loc. cit.

su puesto en una casa de confección. Al salir de prisión le fue imposible alcanzar un empleo estable.

Emile colocó su primera bomba en la Avenida de la Ópera, en el edificio administrativo de una empresa industrial bajo cuya dirección se hallaban además numerosas minas francesas: el 8 de noviembre de 1892 colocó su propio artefacto, envuelto en papel de periódico, ante la puerta de la sala de conferencias en las que se celebraba justamente una reunión de varios directores. El paquete atrajo, sin embargo la atención del portero, que lo llevó a su cuarto y lo desenvolvió cuidadosamente. El hombre se encontró con un recipiente de hierro de doce libras de peso. Se llamó a un policía de la Rue des Bons Enfants. Cuando apenas acababa de llegar explotó la bomba con terrible violencia destrozando a cuatro o cinco policías.

Emile Henry se escondió y fue visto más tarde en Londres. La policía sostenía que era asimismo miembro de la banda de Ortiz. Ortiz había formado parte durante cierto tiempo de la redacción del periódico anarquista *Révolution Cosnopolite*, dedicándose luego con su banda al saqueo y al robo por la provincia.

En mayo de 1893 Emile Henry se hallaba de nuevo en París. A finales de año pasó a vivir a un cuarto de una vieja villa superpoblada de Belleville. Allí fabricó su nuevo artefacto mortal, que hizo explotar en 12 de febrero de 1894 en el café Terminus.

Inmediatamente después del atentado fue perseguido por la calle por un camarero y un policía. Henry los alcanzó con sus disparos, intentó también herir a un funcionario de ferrocarril que interpuso en su camino, pero falló y fue capturado finalmente por la multitud aglomerada en la Rue Saint-Lazare.

Cuando el presidente del tribunal le preguntó durante el proceso por qué había querido matar a gente inocente. Henry respondió ciudadano podía ser inocente. Expuso su opinión en una larga declaración final ante un jurado que, sin embargo, le iba a condenar a muerte.

«(...) todos los que están contentos con el orden presente, aprueban la acción del gobierno, la apoyan y se convierten en sus cómplices; esos empleados de 300 y 500 francos mensuales que odian al pueblo todavía más que los rechonchos ciudadanos, esa masa estúpida y orgullosa que se pone siempre de lado del más fuerte, público habitual del Terminus y otros cafés. Por esta razón he golpeado a la multitud sin elegir previamente a mis víctimas. La burguesía debe comprender de una vez que aquellos que han padecido están ya cansados de padecer; (...) no tienen respeto alguno a la vida humana porque la burguesía tampoco lo tiene (...).»¹⁹⁶

La serie de atentados no acabo ahí. El anarquista belga Pauwels quiso hacer saltar por los aires el 15 de marzo la iglesia del París mundano, la Madeleine. Pero, su bomba estalló en las gradas y destrozó al propio Pauwels. El 4 de abril arrojaron una bomba desde la calle contra el elegante restaurante del hotel Foyot, situado enfrente del palacio de Luxemburgo. En esta ocasión perdió un ojo un cliente habitual del café, el escritor Laurent Tailhade, persona que simpatizaba con el movimiento anarquista. El hecho causó no poca alegría.

Finalmente, el 24 de junio de 1894, el joven italiano oficial de panadero Santo Ieronimo Caserio asesinó en Lyon en plena calle al presidente de la república francesa, cuando marchaba hacia el teatro por la adornada ciudades después de inaugurar una exposición. En oposición al Inteligente Emile Henry, este terrorista era un joven de escasa inteligencia, epiléptico y además tarado de herencia, pues dos de sus hermanos se volvieron locos. Había llegado a Lyon para evitar el servicio militar italiano. Aquel joven de veintinueve años reconoció que «desde que me

¹⁹⁶ Citado según Rammstedt, Loc. cit.

esposé con el ideal, las mujeres dejaron de interesarme». ¹⁹⁷ Nunca se ha podido averiguar si aquel hombre que se entregaba cada minuto que tenía libre a la lectura de propaganda subversiva había actuado por impulso propio o instigado y a sueldo de algún grupo. En todo caso las consecuencias de su acción fueron inesperadas y terribles.

La multitud saqueó en Lyon y otros lugares las tiendas cuyos propietarios eran italianos. Por lo menos doce compatriotas de Caseiro encontraron la muerte en aquella ola de agitación nacionalista. Muchos miles abandonaron sus pertenencias y regresaron a Lyon, Grenoble y Marsella a Italia.

Caseiro compareció ante el jurado «sin remordimiento y sin presunción, fanáticamente convencido de su causa hasta el final del proceso, tranquilo y cortés, excepto si se ponían en duda sus teorías reducidas al tópico.

La república respondió a esta serie de atentados anarquistas con leyes de excepción, con detenciones innumerables y en parte arbitrarias, con prohibiciones de prensa. Tuvieron que suspender su partición *La Rêvolte* y, provisionalmente, el *Père Peinard*. Sin embargo, fueron sustituidas por otras publicaciones, entre las que podemos mencionar *La Revue Libertaire*, cuya consigna rezaba «el Estado es la maldición del individuo». En París hicieron además su aparición una multitud de publicaciones anarquistas en el exilio: *Gridi degli Oppressi*, *El productor*, *Ansrchista*, *Sempre Avanti*, *Der Anarqchist*, *Porvenir anarqchista*, *de Roode Dulvel*, y con subtítulo hebreo la *Freie Arbeiterstimme* (La voz libre de los trabajadores). Jean Grave, después de la prohibición de *La Révolte* fundó el nuevo diario *Les Temps Nouveaux*. En sus artículos rechazó la tesis del ilegalismo.

Sin embargo, siguieron existiendo individuos o pequeños grupos que consideraban el crimen como un arma eficaz y justificada en la lucha de clases o en lo que ellos entendieran bajo dicho concepto. Hacia 1911 se hizo famosa una banda conocida como banda de Bonnot por el nombre de su miembro más activo. Ella fue quien descubrió el «crimen motorizado», procediendo con una crueldad hasta entonces desconocida con respecto a las vidas humanas. El 21 de diciembre de 1911 dos o tres de sus miembros mataron en una concurrida calle de París a un cobrador y robaron más de 500.000 francos oro, el primer *hold-up* en un coche robado. Poco después la banda asesinó en el curso de un robo a Thiais (Orly) a un rentista de 93 años y a su criada. El 26 de febrero de 1912 mataron a tiros, de nuevo desde un coche, a un policía en la estación de Saint-Lazare. En cambio fracasaron en un intento de robar en un notariado de Pontoise. El 25 de marzo de 1912 detuvieron un auto en el bosque de Sénart, mataron al chofer e hirieron gravísimamente a los dos ocupantes, un hombre de negocios y su secretario. Arrojaron el cadáver y los dos heridos a la cunera y robaron el coche para utilizarlo en su atraco a un banco de Chantilly, en el cual mataron a tres empleados, de los cuales uno era simple aprendiz.

Bonnot y sus cómplices frecuentaban los círculos anarquistas y apelaban expresamente a las teorías anarquistas. Bonnot tenía gran amistad con el ruso Kibaltchich, editor del periódico *L'anarchie* incluso frecuentaban la redacción.

En el curso de una redada en la redacción de *L'anarqcuie* fueron detenidos Kibaltchich y su amiga Rirette Maîtrejean. La «Midinette roja», como se llamaba a Rirette, escribió posteriormente: «Nuestras ideas eran hermosas (...). Por desgracia estos principiantes, estos mozos, eran incapaces de extraer su doctrina abstracta. Ellos han matado (...) y la sangre derramada ha caído sobre nosotros». ¹⁹⁸

¹⁹⁷ Citado según Longoni, Loc. cit.

¹⁹⁸ Citado según Salmon, Loc. cit.

Ella y Kibaltchich fueron condenados a prisión. Más tarde nos lo encontramos en Rusia, en el momento de la revolución, bajo el nombre de Víctor Serge. Antes de regresar a occidente desempeño en su país un cierto papel. Público sus memorias y novelas bajo el nombre de Víctor Serge. De entre su producción destaca *L'an I de la révolution russe*, publicada en París en 1928.

La detención de Dettwiller, mecánico de la banda de Bonnot, permitió descubrir su paradero. Sin embargo, cuando intentaron detener a Bonnot en casa de un ropavejero de Ivry, el criminal consiguió escapar después de matar al *sous-chef de la Sûreté* y a un policía. Bonnot encontró asilo en Choisy-le-Roi, en casa de un garajista, a donde acudió de nuevo la policía a detenerle. No obstante, sólo un gran despliegue de fuerzas de la policía y del ejército permitió dominarlo: se luchó en toda la regla por conquistar aquella pequeña villa de las afueras y finalmente fue volada por los aires con todos sus defensores. Este dramático final contribuyó a que se idealizara a Bonnot y sus cómplices con la designación heroificante de «los bandidos trágicos».

Las mentes dirigentes, si así se puede hablar en el caso de un movimiento antiautoritario, habían llegado ya hacía tiempo a la convicción de que la acciones individuales y el ilegalismo lo que realmente hacían era perjudicar y frenar el anhelado desarrollo. En 1892 -año de la fundación de la *Fédération des Bourses du Travail* (FBT) que se fusionó en 1902 con la *Confédération Générale du Travail* (CGT)- Kropotkin, Malatesta y Louise Michel hablaban ya de entrar en los sindicatos, en los cuales seguían predominando también en Francia las tendencias anarcosindicalistas, de forma que se podía hablar de un sindicato revolucionario.

Sin embargo, después de la primera guerra mundial se volvieron a producir en Francia «acciones individuales» anarquistas. El 11 de febrero de 1919, Emile Cotti, trabajador de 22 años, disparo sobre Clémenceau, «el padre de la victoria». De las siete balas solamente una hirió al estadista. Y el 23 de enero de 1923, Germaine Berton, mató al jefe de los *Camelots du Roi*, Maius Plateau, líder de la organización juvenil extremista promonárquica. Esta acción valió a Germaine Bertonel apelativo de «Madame Bovary del anarquismo». Las figuras del anarquismo han ocupado continuamente a poslitteratos; los pensamientos y las ideas anarquistas han encontrado eco permanente en el mundo de las artes.

CAPÍTULO XIII

EL ANARQUISMO ESTÉTICO

Desde la secularización del arte el individualismo se afirma como elemento determinante en el mismo; por eso en la lucha contra las reglas tradicionales y en la búsqueda de formas cada vez más nuevas y más libres debieron aparecer también, junto con la tendencia a limitar el fundamental papel de la iniciativa a lo teórico, nuevas orientaciones artísticas que buscaban sus estímulos ideológicos en el anarquismo individualistas. La relación entre los nuevos experimentos culturales y el anarquismo era a menudo tan sólo la de un claro paralelismo, pero con bastante frecuencia había también efectos recíprocos concretos y coincidencias directas. No faltaron además posiciones positivas de artistas con respecto a las ideas y fenómenos anarquistas.

Stéphane Mallarmé (1842-1923), cuando se le pidió su opinión sobre el terror de las bombas, respondió ya lleno de intención desde parnaso que «él no podía discutir las acciones de estos

santos»¹⁹⁹ Maurice Barrès (1862-1923) se declaró también en sus años jóvenes partidario del anarquismo militante, antes de adscribirse al chauvinismo y aceptar un sillón en la Academia Francesa. En novela *Leurs Figures* (1902) ha caracterizado un personaje según el modelo del terrorista Emile Henry:

«Muchacho melancólico que desprecia la paz y que en ningún sitio encuentra simpatía para fundir su dureza. Corazón generoso de un joven en la soledad de París y en un tiempo en que el orden social protege abiertamente las máximas infamias».

Este patético personaje comete un atentado semejante al de Henry y lo justifica de la misma manera que éste:

«Antes de que muriera en la comisaría (linchado por la multitud) había alabado su acción como totalmente justificada, ya que -según decía- había golpeado confiándose al puro azar y porque todo miembro de la sociedad era responsable de las injusticias sociales».

En *L'Ennemi des Lois* (1892) nos ha dibujado Barrès un anarquista perfecto como representante típico de una generación literaria francesa de los primeros años de la década de los noventa. Posteriormente el elemento social-anarquista comenzó a desempeñar para él un papel subordinado, al igual que ocurrió con otros muchos artistas y escritores simpatizantes con el anarquismo, pasando a predominar el impulso de «autorrealización» y de «culto al yo».

Esta posición condujo finalmente a un anarquista puramente esteticista, del que es representante un autor como Zo d'Axa, editor de las publicaciones anarquistas *En Dehors* y *La Feuille* y cuyo verdadero apellido era Galland:

«Vivir al margen de las leyes opresoras, al margen de las estrechas reglas, al margen incluso de las teorías formuladas idealmente para tiempos futuros. Vivir sin creer ni confiar demasiado en el paraíso celestial o en el terrenal; vivir para el momento presente, lejos de los espejismos de futuras ordenaciones sociales; vivir y sentir esta existencia en el elevado placer de la lucha social (...)».²⁰⁰

Esta orientación egocéntrica se remite en gran parte a la influencia de los escritos de Friedrich Nietzsche:

«Quien reflexione acerca de cómo puede alcanzar su mayor esplendor y poder, reconocerá en primer lugar que ha de colocarse al margen de la moral, pues la moral aspira en lo esencial a los contrario, a frenar y aniquilar ese esplendoroso desarrollo allí donde se está gestando»²⁰¹

Si Nietzsche acepta el nihilismo lo hace porque ve en él «producto final y el paroxismo de la decadencia cultural occidental; al mismo tiempo (ve) en esta descomposición de los sistemas de valor imperantes y con ello (...) el fundamento para una nueva creación de cultura y de valoración».²⁰²

En *La voluntad de poder* se dice: «¿Por qué es, pues, tan necesaria la aparición del nihilismo? Por que son nuestros propios valores actuales los que extraen en él su última consecuencia, (...) porque debemos vivir primeramente el nihilismo para descubrir lo que hay verdaderamente detrás de estos valores (...) Necesitamos, sea cuando sea, nuevos valores».

¹⁹⁹ Citado según Joll, Loc. cit

²⁰⁰ Zo D'Axa, *DE Mazas à Jerusalem*, París, 1902

²⁰¹ Friedrich Nietzsche, *Der Willw zur Macht. Der Versuch einer Umwertung aller Wette* [La voluntad de poder. Ensayo de una trasmutación de todos los valores], Stuttgart, 1968.

²⁰² H. H. Holz en una emisión de Radio Hesse.

El dadaísmo, que aplica la filosofía de «a lo que cae se le ha de empujar», a las formas artísticas usuales y desgastadas, niega además el permiso a hacerse inteligible. No en vano distingue el crítico francés Jean Paulhan en literatura entre «terroristas» por un lado, «destructor del lenguaje» que pretenden destrozarse la forma acuñada, la imagen lingüística heredada para procurar la inspiración originaria su más pura expresión, y «terroristas» por otro, a los que interesa la comunicación y que se esfuerzan por tanto en hacerse comprensibles, aunque sea a través de formas problemáticas incluso de clichés. El propio Paulhan se incluía entre los últimos, pues era de la opinión de que en literatura el «terror» conduciría finalmente al suicidio intelectual, al enmudecimiento total. Entre los «terroristas» contaba además a los surrealistas.²⁰³

Hasta qué punto de surrealismo y el anarquismo son de hecho fenómenos coincidentes, se desprende de los diferentes manifiestos surrealistas. En ellos la crítica cultural alcanza claros acentos políticos:

«Somos sin duda Bárbaros, pues no da asco cierta forma de cultura (...) en todas partes donde impera la civilización occidental han desaparecido todos los lazos humanos, excepto los basados en el interés material (...) La dignidad humano ha sido degradada desde hace un siglo al rango de un valor de cambio. Es ya injusto y monstruoso que aquel que posee esclavice al que no posee nada; pero si esta opresión rebasa el marco del simple salario que hay que pagar y adquiere, por ejemplo, la forma de la esclavitud que la alta finanza internacional ejerce sobre los pueblos, se trata entonces de una iniquidad que ninguna matanza conseguirá expiar. Nosotros no aceptamos las leyes de la economía y del intercambio, ni aceptamos la esclavitud del trabajo, y en medida todavía mayor nos declaramos en rebeldía contra la Historia. La Historia esta regida por leyes condicionadas por la cobardía de los individuos, y nosotros no somos en absoluto humanitarios. Nuestro rechazo de toda ley consentida, nuestra esperanza en nuevas fuerzas, en fuerzas subterráneas que puedan transformar la Historia y que rompan el irrisorio encadenamiento de los hechos, nos permite dirigir los ojos hacia Asia. Pues, en definitiva: nosotros necesitamos de Libertad, pero una libertad formada según nuestras necesidades espirituales más profundas, según los requisitos más estrictos y más humanos de la carne. La edad moderna ha expirado. La estereotipada de los gestos, de las acciones, de las mentiras de Europa ha cerrado el ciclo del asco. Ha llegado el turno a los mongoles de acampar en nuestros lares»²⁰⁴ Este manifiesto fue firmado en los años veinte por los surrealistas Louis Aragón, Antonin Artaud, André Bretón, Paul Eluard, Max Ernst, Raymond Queneau, Harry Lefebvre, Georges Polotzer y otros.

En el «manifiesto surrealista» de 1924, André Bretón (nacido en 1896) exhorta a salir a la calle y matar a tiros al transeúnte más elegante, es decir, a la «acción gratuita». Los terroristas a lo Henry no habían actuado de otra manera.

El anarquismo estético se aproxima en ocasiones al fascismo. En más de una ocasión se transformó en éste, tal como mostraron las vicisitudes de grupos de vanguardia italianos. El mismo Mussolini es un ejemplo de cómo un antiguo socialista y simpatizante anarquista, puede transformarse radicalmente en un dictador. No en vano se remitía a Georges Sorel (1847-1922) cuyas ambivalentes teorías²⁰⁵ eran reclamadas en igual medida por anarquistas y fascistas. Ambas tendencias políticas coinciden en la exigencia de una acción independizada. Sorel había esbozado una «una técnica de golpe de Estado» y sus teorías constituyeron la base ideológica del radicalismo derechista de la *Action Française*.

²⁰³ Jean Paulhan, *Les Fleurs de Tarbes*, París. 1941.

²⁰⁴ Louis Aragón-André Bretón, *La Révolution d'abord et toujours* (Manifeste surréaliste), París, 1925.

²⁰⁵ Georges Sorel, *Réflexions sur la violence*, París, 1907 ; *Les illusions du progrès*, París, 1908 ; *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, 1919

Philippe, hijo de León Daudet, el fundador de la *Action Française*, se unió de nuevo a los anarquistas. A los quince años se presentó en la redacción del *Libertaire* y quiso ponerse a su disposición para alguna «acción propagandística». Al parecer un librero del Boulevard Beaumarchais conocido como delator le proporcionó una navaja, y media hora más tarde apareció el muchacho muerto en un taxi. Nunca se ha declarado totalmente lo que sucedió en realidad.

CAPÍTULO XIV

DE VIENA A CHICAGO

En Alemania y en la Austria alemana los movimientos anarquistas aparecieron en una fecha relativamente tardía, el libro de Max Stirner no ejerció gran influencia. A finales de los años setenta del siglo pasado se hizo notar la presencia de una corriente libertaria-socialrevolucionaria en el seno de la socialdemócrata alemana. Uno de sus iniciadores relativamente más afortunados era el antiguo encuadernador Johann Most (1846-1906). A él se referían probablemente las observaciones que hacía Engels a Marx en una carta del 24 de mayo de 1875:

«Esa caterva de agitadores a sueldo, de pseudos-intelectuales, es un pesado lastre para nuestro partido en Alemania. Si esto sigue así pronto serán los lassalleanos las mentes más clarividentes porque serán los que menos estupideces cometan».²⁰⁶ En la tendencia anarquista, había grupos y sectas en constante fluctuación, los cuales en la mayoría de las ocasiones se hacían la guerra unos a otros y prácticamente nunca concluían coaliciones supra-regionales. Estos grupos editaban un montón desconcertante de revistas y panfletos, de corta vida y con frecuentes cambios de nombre y de redacción. Solamente llegó a cumplir los veinticinco años una de estas publicaciones: Freiheit (libertad), fundada en 1878 por Most en la emigración.

Johann Most había nacido el 5 de febrero de 1846 en Augsburg, de una manera «detestable», según él mismo solía decir, pues sus padres -un escribano y una institutriz- no contrajeron matrimonio hasta dos años más tarde. En sus memorias describe la educación a base de castigos a que estuvo sometido en la escuela, en abierta contradicción con la atmósfera de la casa paterna, por lo menos hasta la muerte de su madre. Odiaba especialmente a uno de los maestros.

«Detrás de su sillón se exhibía toda una colección de instrumentos de castigo: varas, cañas, látigos, cuerdas de violín trenzadas, etc. Cuando decidía llevar a cabo alguna ejecución pasaba siempre un rato delante de su caja de torturas, pensando cuál podía ser el castigo más efectivo para el pecador en cuestión».²⁰⁷

En todo caso este pedagogo consiguió inculcar en su alumno la rebeldía tan duraderamente que Most pudo decir posteriormente: «Se parecía al revolucionario que, según palabras de Danton, en lugar de corazón tenía una campana de rebato».²⁰⁸

²⁰⁶ Friedrich Engels, *Briefwechsel zwischen Friedrich Engels und Karl Marx*.

²⁰⁷ Johann Most, *Memoiren-Erlebtes, Erforschtes und Redahctes* [Memorias, Experiencias, investigaciones y proyectos], Nueva York, 1903

²⁰⁸ R. Rocker, *Johann Most, Das Leben eines Rebellen* [J. Most, la vida de un rebelde], Berlín, 1924.

Después de que su madre hubiera muerto de cólera en 1856, la segunda mujer del escribano completó el endurecimiento del muchacho cumpliendo a la perfección el papel de cruel madrastra.

«De esta manera mis primeros años de juventud fueron profundamente amargos. Y, puesto que yo había gozado de tan poco afecto, se desarrolló en mi corazón un odio indomable en aquel entonces contra esa mujer déspota de mi casa. Y este predominio del desarrollo sentimental negativo parece haber sido tan fuerte ya entonces, que siguió siendo decisivo para toda mi vida posteriormente, pues siempre que aparecía ante mí tiranos privados o públicos, me veía obligado a odiarlos con toda mi alma».²⁰⁹

Al muchacho le sobrevino además otra desgracia de importantes consecuencias en su vida posterior. En 1859 una operación le quitó una parte del lado izquierdo de la mandíbula inferior que había sido afectada por la caries, con el resultado de que el rostro del paciente quedó bastante desfigurado. Most tuvo que soportar por esta cuestión muchas humillaciones a pesar de que más tarde tratara de esconder aquella fea cicatriz bajo la barba. En sus sueños de aprendiz en el taller de un encuadernador abundaron, como era normal, las vejaciones y en cierta ocasión supo por primera vez qué era un arresto policial por haber faltado a la obligatoria clase de «catecismo». Su horrible cicatriz imposibilitó la realización de su sueño, llegar a ser actor. De esta manera actuó y agitó durante toda su vida lleno de entusiasmo militante en las tribunas de las reuniones del partido.

Una vez terminado su aprendizaje conoció como artesano ambulante Alemania, Suiza, Italia septentrional, Austria y Hungría. La deformación de su rostro era a menudo un obstáculo para encontrar trabajo.

«Cada vez que tenía una experiencia de este tipo me invadía una cólera sin límites. Entre otras cosas pensaba en el suicidio; a menudo sentía el normal odio a la humanidad, pero finalmente me resignaba siempre a afirmarme como vagabundo. Es muy probable que así hubiera seguido para siempre de no haber sido arrastrado oportunamente al torbellino del movimiento obrero».²¹⁰

En 1867 entró en contacto en Locle, localidad del Jura suizo -núcleo del socialismo libertario-, con grupos e ideas socialistas.

«Tuve finalmente ante los ojos un objetivo para mi vida que rebasaba la simple lucha por la existencia y la satisfacción de las necesidades individuales momentáneas (...) La causa de la humanidad pasaba a ser mi causa».²¹¹

Leía mucho, sobre todo los escritos de Lassalle. Su agitación cosechaba ya los primeros éxitos: el número de asistentes a las reuniones se multiplicó por cuatro. Después apareció en Zurich: «un hombre joven, tímido, delgado, sin barba, con un rostro torcido».²¹² Su agitación le constó en Viena un proceso por alta traición, ya que había organizado una marcha de protesta para apoyar la exigencia de libertad de reunión. Durante la prisión preventiva consiguió editar clandestinamente para lectura de los restantes reclusos un panfleto cifrado que llevaba por título *Nussknacker* (Cascanueces). Los cinco años de prisión fueron reducidos ya en 1871 por una amnistía. Sin embargo, fue expulsado de Austria.

²⁰⁹ Most, Loc. cit.

²¹⁰ Loc. cit

²¹¹ Loc. cit

²¹² H. Greulich en *Zürcher Volksrecht* (julio de 1900), citado según Rocker, Loc. cit.

Visitó en Leipzig a Wilhelm Liebknecht, cofundador del partido socialdemócrata alemán, pero éste lo despachó con bastante frialdad, según palabras del propio Most. Por contrario, informó más tarde que Bebel lo había reducido muy cordialmente. Most se hizo cargo de la redacción de la *Chemnitzer Freien Presse* (Prensa Libre de Chemnitz). Esta actividad periodística le puso 43 citaciones y un total de diez meses de prisión, entre otras cosas por ofensa al Emperador. En 1874 fue elegido diputado para el parlamento federal (Reichstag) por los trabajadores de Chemnitz, pero muy pronto se caracterizó como antiparlamentario. Su matrimonio con una joven trabajadora fue poco afortunado, ya que su febril actividad política apenas le dejaba tiempo para la vida privada. La pareja se separó en 1880. Durante una estancia de 26 meses en la prisión de Plötzensee aquel autodidacta escribió el libro *Die Sozialen Bewegungen im alten Rom und der Zäsarismus* (Los movimientos sociales en la Roma antigua y el cesarismo). Después de salir de prisión aceptó la redacción de la *Berliner Freie Presse* (Prensa Libre Berlinese), que muy pronto pasó a ser bajo su dirección el periódico socialista más difundido en la Alemania de Entonces, pasando su tirada de 2.000 a 15.000 ejemplares.

En Berlín estuvo sometido a la influencia del filósofo ciego Eugen Dühring (1833-1921), a quien el gobierno prusiano había retirado, en 1877, la *venia docendi* en la Universidad, el mismo año en que Marx y Engels editaban su *anti-Dühring*. Dühring representaba una doctrina «socialitaria ácrata» y atacaba el socialismo de Estado, adoptando al mismo tiempo una posición crítica con respecto al anarquismo:

«Por lo que se refiere al supuesto ideal de la ANARQUÍA de ausencia de dominación, la simple protesta contra la absoluta eternización de la relación del señor y el siervo no sería censurable en sí. Pero, por el contrario, hay que pensar que un autodomínio de la sociedad sólo es posible en la medida en que cada uno haya aprendido previamente a contenerse y dominarse uno mismo».²¹³ Sin embargo, persistía en su concepción antiautoritaria:

«Hay que mencionar además que todo lo auténticamente socialitario es ácrata; pues se basa en primer lugar en la protesta contra una opresión injusta. No reconoce ninguna autoridad de las masas, ningún derecho a las mayorías como tales».²¹⁴ Dühring debió inclinarse también a favor de Bakunin, quien en su opinión «tenía razón a favor de Bakunin, quien en su opinión, y en cualquier caso era más honrado en sus ideas y en su carácter que Marx».²¹⁵

Johann Most intervino a favor del filósofo «ácrata», quien posteriormente demolería su propia doctrina. Most se quejó en una carta dirigida a Engels del tono grosero e insultante de la polémica y abogaba con respecto a Dühring por una actitud objetiva y acorde con los principios de la tolerancia universal. Esta posición le acarreó naturalmente la enemistad de Marx, para quien -debido en última instancia a ciertas insuficiencias teóricas- había sido siempre persona no grata:

«Los mismo trabajadores, si al igual que el señor Most y consortes abandonan el trabajo y se hacen literatos profesionales, siempre perjudican “a nivel teórico” y están dispuestos a unirse a ideólogos de la clase supuestamente “ilustrada”».²¹⁶

En la primavera de 1878 se produjeron los dos atentados contra el emperador alemán. El 11 de mayo, Max Hödel disparó contra él tres tiros en la avenida Unter den Linden sin conseguir alcanzarlo. Hödel tenía veintiún años y había frecuentado círculos socialistas y anarquistas sin afiliarse a ninguno de ellos, pues sentía más inclinaciones hacia la ideología socialcristiana

²¹³ Eugen Dühring, *Kritische Geschichte der Nationalökonomie und des Sozialismus* [Historia crítica de la economía política y del socialismo], Berlín, 1879.

²¹⁴ Eugen Dühring, *Cursus der National-und Sozialökonomie*, Berlín, 1892.

²¹⁵ Según Nettelau, *Loc. cit.*, en la biografía de Dühring de E. Döll, 1893

²¹⁶ Carta de Marx a Sorge del 19 de octubre de 1877.

Stöcker. Bismarck solicitó inmediatamente del parlamento leyes de excepción contra los socialdemócratas, las cuales fueron, sin embargo, rechazadas por 243 votos contra 60.

El 2 de junio, del doctor Karl Bobiling disparó contra el Kaiser con una casa de escopeta desde una ventana de la misma avenida. Guillermo I resultó herido de gravedad. Cuando entraron en la habitación del terrorista, éste se defendió en un principio con un revólver y luego se disparó una bala en la cabeza. Los motivos de su acción nunca han sido aclarados. Procedía de una familia fiel a la realeza, no pertenecía ningún partido político y en las reuniones políticas se había declarado a menudo contrario a las aspiraciones socialistas. Murió tres meses más tarde como consecuencia de su herida, sin que la policía hubiera conseguido esclarecer aquel turbio asunto. Probablemente fue incapaz hasta su muerte de hacer declaración alguna. Sin embargo, el 2 de junio por la tarde se inició una campaña de mentiras. La agencia de noticias Wolf difundió un despacho en el que atribuía a Nobiling tendencias socialdemócratas. La campaña difamatoria desarrollada a continuación creó una atmósfera en la que abundaron las falsas denuncias. Los ánimos cambiaron en el parlamento: el 21 de octubre, tras nuevas elecciones, el Reichstag aprobó la ley «contra las actividades perniciosas para el Estado de la socialdemocracia».

Most estaba otra vez en prisión desde marzo. Cuando fue puesto en libertad a mediados de diciembre se encontró con una Alemania en la que todo lo socialista había desaparecido de la superficie. Antiguos camaradas de Hamburgo y Berlín, completamente intimidados ahora, no quisieron saber nada de él. Le aconsejaron que emigrara sin pérdida de tiempo.

De esta forma abandonó para siempre Alemania a fines de 1878 y marchó a Londres, asilo para emigrantes de todas las tendencias políticas. Apenas había llegado cuando tomó la decisión de fundar un diario. El 26 de diciembre de 1878, a las diez de la noche, «nos hallábamos en una taberna (...) unas veinte personas. Puesto que cada uno sabía que yo carecía completamente de medios y que sería difícil hallar dinero en círculos amigos (...) puesto que, por tanto, ninguno tenía motivo alguno para pensar en ilusiones, todos se sentían inclinados en consecuencia a interpretar el asunto como un mal chiste. Para mí, sin embargo, era algo completamente serio y con la rudeza propia de un viejo bávaro les hice ver claramente que en aquellas cosas no andaba con bromas (...) Tomé el sombrero en la mano según las maneras más puras de un artesano, pronuncié un discurso enervante durante cinco minutos, di la vuelta a mi alrededor y “mendigué” el dinero para el primer número, diez libras esterlinas que afluyeron puntualmente».²¹⁷

La publicación tenía que ser introducida en Alemania, encubriéndola con títulos diferentes, como «Lehmann», «Bismarck» o «???». La dirección del partido en el interior de Alemania se apartó a causa de la tendencia radical de las publicaciones de Most. Esta tendencia se hizo, no obstante, cada vez más radical bajo la influencia del bakuninista Víctor Dave, de forma que pronto se produjo la ruptura definitiva de Most con la dirección socialdemócrata y su expulsión del partido en 1880.

El propio Most escribió más tarde acerca de esta época: «Ahora me iba convirtiendo cada vez más en anarquista. El impulso inmediato en este sentido me lo dio August Reinsdorf, a quien durante mi viaje Suiza (...) había conocido más de cerca y con el que establecí en lo sucesivo una correspondencia regular. (...) Por lo que respecta al Estado, yo creía que no era conveniente apoyar este concepto, pero tampoco era mucho mejor lo que tenía en mientes para sustituirlo, a saber, una federación de comunas que debía representar la “sociedad libre”. Un anarquista comunista (...) lo llegué a ser tan sólo más tarde, concretamente gracias a los escritos propagandísticos de Kropotkin al respecto».²¹⁸

²¹⁷ «Zur Geschichte der Freiheit» [Acerca de la historia de Freiheit] en *Die Freiheit*, año 1896.

²¹⁸ Most. Loc. cit.

August Reinsdorf (1849-1885), antiguo tipógrafo de Pegau, Leipzig, se hizo famoso pocos años después, antes de morir en el patíbulo.

Los artículos de *Freiheit* incitaban a acciones extremas y tuvieron un éxito no deseado: provocaron el primer proceso por alta traición bajo las leyes antisocialistas. Fue un proceso contra anarquistas de Francfort y de Darmstadt, que, incitados por el periódico, habían empezado a planear asesinatos y cayeron en la trampa de un provocador, al sastre Horsch, contratado por el consejero de la policía de Francfort, Rumpf.

Most fue condenado por la justicia inglesa a 16 meses de prisión por haber ensalzado en el número de *Freiheit* del 9 de marzo de 1881 el atentado que costó la vida al zar Alejandro II de Rusia. Así pues no pudo asistir al congreso anarquista celebrado en aquel mismo año en Londres y en el cual se adoptó la famosa resolución en la que se exhortaba al ilegalismo. Sin embargo, esta resolución coincidía enteramente en su propia posición. Gracias a su fanatismo y a su fuerza de voluntad consiguió procurarse, a pesar de su rígido aislamiento, material de escritura y sacar de la prisión artículos para *Freiheit*:

«Cada semana se daba a los presos hojitas de papel para ciertos usos domésticos (...). En los breves paseos en el patio de la prisión logró cambiar a los demás presos estas hojas a cambio de pan. La tinta se la procuraba él mismo mezclado de cal, que se les daba cada semana para limpiar la vajilla de hojalata, con el flojo avenate y produciendo de esta manera una especie de tinta que podía ser aplicada al papel perfectamente. Le servía de pluma un clavo que había envuelto en un hilo para que de esta manera se agarrara mejor la “tinta”. Solamente podía escribir de 5 a 8 de la tarde, después de que la guardia de noche hubiera entrado de servicio. Puesto que los guardias andaban por los pasillos con zapatos de fieltro y en cada momento podían mirar al interior de las celdas a través del llamado “judas”, Most únicamente podía ejercer su actividad literaria tendiéndose sobre el vientre en el suelo junto a la puerta».²¹⁹

Durante su estancia en Prisión, *Freiheit* fue editado por el holsteiniano John Neve, que vivía en Londres como carpintero y que más tarde fue detenido cuando quería entrar clandestinamente en Alemania. Término su vida en prisión. A propósito de su detención, se suscitaron sospechas recíprocas entre grupos londinenses a la par que surgió una enemistad que duraría toda la vida entre Most y el anarquista austriaco Josef Peukert (1855-1910), quien durante cierto tiempo había editado en Viena la revista *Zukunft* (futuro).

La redacción de *Freiheit* fue trasladada provisionalmente a Schaffausen. Allí Schröder-Brennwald, agente de la policía prusiana, consiguió mezclarse, bien encubierto, entre los editores. No fue descubierto hasta 1888. Actuaba como gerente el oficial zapatero Hermann Stellmacher, que muy pronto debería proporcionar material para una historia criminal a causa de un asunto espantoso.

Cuando fue puesto en libertad en octubre de 1882, Most se embarcó a Liverpool en el *Wisconsin* con rumbo a Nueva York. Una vez en América emprendió inmediatamente un viaje de agitación por los Estados de la Unión. Sin embargo, su influencia en los Estados Unidos quedó limitada siempre en lo esencial a los emigrantes alemanes, de los cuales un número de siete u ocho mil se afiliaron a los distintos grupos anarquistas.

La lucha obrera había adoptado en Norteamérica formas especialmente brutales. Los inmigrantes formaban una masa desasistida, frecuentemente analfabeta, que se dejaba utilizar. Así por ejemplo, no había ninguna ley que protegiera a los mineros, cuya jornada de trabajo llegaba a durar hasta catorce horas y vivían en poblados de la sociedad minera cuyo estado de habitabilidad era indecible.

²¹⁹ Rocker, Loc. cit.

En los Scranton Anthracite Mining Districts de Pennsylvania, donde la mitad de los mineros eran inmigrantes irlandeses, se habían formado ya en la década de los sesenta una sociedad secreta llamada Molly Maguires. Entre 1865 y 1875 llevaron a cabo numerosas acciones violentas, mediante las cuales querían conseguir una mejora en aquella condición de vida y de trabajo verdaderamente inhumanas. La vía legal parecía impracticable, pues la policía rural y la justicia eran controladas y manipuladas totalmente por los propietarios de las minas. De esta manera Molly Maguires intentó intimidar mediante atentados y tener bajo amenaza constante a los policías y a la dirección de los pozos. El punto álgido en la actividad de esta sociedad secreta fue la gran huelga que organizó en 1875. Sin embargo la sociedad fue finalmente desarticulada y paralizada por los servicios policíacos de un hombre llamado MacParlan, que trabajaba para los señores de la industria a sueldo de la tristemente famosa agencia de detectives Pinkerton. Esta agencia alquilaba además «esquiroles» organizados. Hacía propaganda de sus servicios con la siguiente circular.

«La patrulla de seguridad Pinkerton está unida a la agencia nacional de detectives (...) Sociedades o empresarios particulares que deseen averiguar el pensamiento de sus trabajadores, caso de que éstos manifiesten la intención de ir a huelga o pertenezcan a asociaciones secretas del tipo de los *Knights of labor* (caballeros del trabajo), les podemos enviar en cualquier momento un detective adecuado que se mezcle entre los trabajadores y sondee su ánimo. Si se recurre a tiempo a estos medios y se elimina a los cabecillas, ocurre a menudo que con ello se evitan males peores. -W. A. Pinkerton, R. A. Pinkerton, Nueva York y Chicago».

Después del traslado de Most a Nueva York, *Freiheit* fue editada bajo la égida de su amigo Justus Schwab. Según Max Nettlau «Most asumió además la muy difícil (...) tarea de organizar desde América acciones terroristas en Alemania, para lo cual tuvo que reunir muy discretamente dinero necesario y entregarlo a individuos que se declararan dispuestos a actuar o incluso a intermediarios».²²⁰

A comienzos de los años ochenta en Alemania y Austria se produjeron «acciones terroristas» de este tipo en varias ocasiones. Es difícil de determinar hasta qué punto era Most el promotor. En 1882 dos partidarios de la tendencia más radical -Josef Ángel y Franz Pflieger- llevaron a cabo un ataque a mano armada en Viena contra el fabricante de zapatos Merstallinger, a quien adormecieron con cloroformo. Sin embargo, solamente encontraron en su casa algunos cientos de coronas, por lo cual no pudieron realizar sus planes de financiar una imprenta clandestina. Fueron detenidos y condenados cada uno a doce años de prisión. El 22 de octubre de 1883 fue asesinado y robado en Estrasburgo el farmacéutico Lienhard; aquella misma noche cuatro desconocidos hirieron de muerte a un soldado de la guardia. Un mes después, el 23 de noviembre, se producía en Stuttgart el robo y el asesinato del banquero Heilbronner. A las seis de la tarde entraron en su establecimiento bancario tres hombres que abatieron a él y aun cliente que se hallaba allí casualmente y huyeron después con una suma considerable.

Al día siguiente en vagón de primera clase del tren que se dirigía a Basilea fue detenido un sospechoso identificado como el esloveno Michael Kumics, miembro de los grupos anarquistas suizos. Kumics terminó por reconocer su participación en los crímenes de Estrasburgo y Stuttgart. Sostenía que el botín estaba destinado a la promoción del «movimiento socialista». Most, desde Nueva York, atribuyó la acción al anarquismo, llegando incluso a recomendar en su diario: «¡Adelante siempre con la misma pasión puesta en el caso Heilbronner!»

El 15 de septiembre de 1883 fue asesinado en Viena el inspector de la policía Hlubeck cuando regresaba a casa, de una reunión anarquista que se le había encargada vigilar. Uno de los aradores, sobre quien recayeron ciertas sospechas, fue condenado a doce años de prisión. Sin

²²⁰ Nettlau, Loc. cit.

embargo, la matanza más brutal tuvo lugar el 10 de enero de 1884 en Viena. De 5 a 6 de la tarde -ya ardían las lámparas de gas- dos hombres penetraron en la tienda del cambista Heinrich Eisert, situada en el centro de la ciudad. Y lo mataron con un hacha. Sólo entonces observaron que la tienda estaba separada de la vivienda únicamente por una hoja de cristal. Los dos hijos de Eisert -de 9 y 11 años de edad- y su institutriz que eran testigos del asesinato, fueron golpeados también por los asesinos. Los dos muchachos murieron, pero la vieja señorita pudo recuperarse de sus graves heridas en la cabeza y compareció en el proceso como testigo principal. La policía todavía no sospechaba que hubiera una conexión con los crímenes de Estrasburgo y Stuttgart.

Catorce días más tarde, el 25 de enero, en un arrabal de Viena fue asesinado el policía Blöck, cuando se dirigía a su trabajo el 7 a 8 de la mañana. En esta ocasión los testigos del asesinato emprendieron la persecución del pistolero y pudieron capturarlo. Era Hermann Stellmacher que había sido gerente de *Freiheit* durante el período de Schaffhausen, anarquista y admirador de Nechaiev. Reservado, duro, terco, violento, la gente que lo conocía lo llamaba altruista. Todavía más contradictorio parece haber sido el carácter de su cómplice, Antón Kammerer, con cuya colaboración, según quedó demostrado, cometido los robos con homicidio de Estrasburgo, Stuttgart y Viena. Kammerer era encuadernador, como Most, y fue caracterizado como «extremadamente solícito» pero «a pesar de su ternura era un terrorista nato» de indomable fanatismo.²²¹ Tras la ejecución de ambos, Johann Most hizo pegar carteles por Nueva York «en memoria del valiente, sacrificado y fiel camarada Hermman Stellmacher» y organizó ceremonias fúnebres en las que compareció como orador.²²²

Durante un cierto tiempo el movimiento anarquista en Austria quedó sofocado, debido a la dura actuación de las autoridades, que impusieron a los anarquistas un elevado número de duras penas de prisión. Por el contrario, según Rocker, debían funcionar entonces en Alemania organizaciones anarquistas clandestinas en unas quince ciudades. El plan más espectacular de «acción directa», aunque fracasara en última instancia, era la llamada conspiración de Niederwald. Su iniciador era August Reinsdorf, el amigo de Most.

En la bendición del monumento de Niederwald, en Assmannshausen, se hallaban presentes el emperador, Bismarck, todos los príncipes de los Estados Federales y el cuerpo de generales «en resplandeciente guardia». Reinsdorf se había procurado dinamita y planeaba un atentado de grandes dimensiones. Sin embargo, poco antes del día de la inauguración, el 28 de septiembre de 1883, se cayó produciéndose una herida que lo retuvo en cama. Llamó del hospital al guarnicionero Rupsch y al tipógrafo Kuchler, comunicándoles el plan para que lo realizaran en lugar suyo. Rupsch y Kuchler llegaron a Assmannshausen el 26 de septiembre. Al día siguiente dejaron la dinamita en una tubería del drenaje cerca del monumento y colocaron la mecha. Sin embargo llovió durante la noche anterior al 28 de septiembre, por lo cual la mecha estaba inutilizada por la humedad cuando llegó el momento de encenderla en medio de la fiesta y el discurso. Ninguno de los asistentes sospechaba el grave peligro a que había estado expuesta aquella ceremonia tan rica en frases retumbantes. Los terroristas hicieron explotar la dinamita al día siguiente junto al salón de fiestas de Rudesheim, pero sólo originaron pequeños daños materiales.

El 21 de octubre, Reinsdorf estaba ya curado. Se trasladó a Francfort del Main, donde el día 23 se producía una explosión en la jefatura central de policía. Entre las personas detenidas acto seguido se encontraban Rupsch y Kuchler. Ambos se vanagloriaron en prisión de su fallido atentado de Niederwald, siendo delatados enseguida por un agente de la policía. El proceso de alta traición se celebró en el tribunal imperial de Leipzig en diciembre de 1884. Reinsdorf,

²²¹ Nettlau. Loc. cit.

²²² *Die Freiheit*, año de 1896.

Küchler y Rupsch fueron condenados a muerte, pero a este último le fue conmutada la condena por cadena perpetua en razón de su corta edad.

Al igual que había hecho otros muchos terroristas anarquistas en sus procesos, también Reinsdorf expuso se «credo» ante el tribunal:

«Entiendo por ANARQUÍA una sociedad en la que todo hombre de inteligencia normal tenga la posibilidad de alcanzar el más alto grado. Para llegar a este estado social es necesario: 1. Liberar al hombre de la carga excesiva de trabajo. 2. Eliminar del mundo la necesidad, el dolor y la miseria. 3. Liberar al hombre de toda coacción. 4. Eliminar del mundo todas las estupideces y toda superstición (...) Pero para alcanzar esto es necesario abolir totalmente la producción privada. En su lugar ha de ser instaurada una producción anarquista, es decir, se ha de organizar el trabajo en beneficio de la totalidad. Se ha de efectuar esta organización desde abajo, es decir, los trabajadores han de organizarse en comunidades sindicales (...) Todas estas cosas comunidades sindicales de los trabajadores se federan después entre sí en provincias, regiones; luego por todo el país e incluso más allá, esto es una federación internacional de trabajadores sin ningún tipo de organización central (...)».

Después polemizaba contra la socialdemocracia a la que acusaba de limitarse «a la lucha con la paleta electoral». Finalmente hablaba de los atentados:

«Se dice que es una acción horrible hacer saltar a un príncipe por los aires. ¿No es mucho más horrible que se sacrifiquen miles de personas por un príncipe? (...) Si somos nosotros los que hacemos estos atentados nos preguntamos qué clase de provecho extraemos de ellos: la propaganda de la acción. Quién muera en ellos es cosa secundaria. Se trata exclusivamente de una manifestación (...) Para mí era igual que el afectada fuera un príncipe, un rey, un emperador o un general o un caballo o un coche (...) Si tuviera diez cabezas más las ofrendaría gustoso al patíbulo por la misma causa».²²³

La indagación contra los «conspiradores de Niederwald» había sido dirigida por el consejero de la policía de Francfort, Rumpf. El 13 de enero, tres semanas antes de la ejecución de Reinsdorf y Küchler, fue acuchillado ante la puerta de su casa de Francfort. Como presunto autor fue detenido el joven zapatero de veintitrés años Julios Lieske, que poco antes había regresado de Suiza, Lieske fue condenado a muerte y ejecutado en base a una prueba indiciaria «débil» en opinión de Rocker.

Johann Most desde Nueva York seguía aprobando entusiasmado las diferentes acciones sangrientas de los anarquistas: «En cada criminal veo realmente un anarquista “salvaje”, me sea simpático o no en lo demás; pues un hombre de esa clase es simplemente un producto de la época, aunque actúe por cuenta y en provecho propios».²²⁴

Most publicó toda una serie de escritos propagandísticos, entre los que podemos mencionar «Die Gottespest» (La peste divina), «Die Eigentumsbestie» (La bestia de la propiedad), «Die Freie Gasellschaft» (La sociedad libre), «Die Hölle von Blackwell Island» (El infierno de la isla de Blackwell), donde describe sus experiencia en la prisión norteamericana. En 1887 apareció «An das Proletariat; An-und Ansichten eines entlassenen Sträflings» (Al proletariado: opiniones e intenciones de un antiguo presidiario). Su prosa incisiva y firme prefería la expresión forzada y los juegos de palabras. En su «Revolutionären Kriegswissenschaft» (ciencia revolucionaria de la guerra) proporciona un «manual para la elaboración y el uso de bombas, así como para la técnica del robo y del incendio en pro de la buena causa, y sobre algunos aspectos de la

²²³ Rocker, Loc. cit

²²⁴ *Die Freiheit*, año 1884.

toxicología». ²²⁵ En su ingenua irresponsabilidad era el típico «activista de escritorio». Al mismo tiempo hizo pinitos como lírico, fundamentalmente con poemas políticos.

Las disputas londinenses se extendieron pronto a América. La discordia se agudizó cuando Peukert fundó en Londres la publicación llamada *Rebell* (Rebelde), entrando así en competencia con *Freiheit*.

Most estuvo además en aguda oposición con Benjamín R. Tucker, el anarquista individualista norteamericano que vivía en Boston. Tucker era partidario de la libre competencia hasta sus consecuencias extremas y combatía con energía el marxismo, en el que veía un sistema de esclavitud. Marx tenía partidarios en los Estados Unidos, sobre todo entre los emigrantes alemanes. Muchos de ellos descubrieron el anarquismo, debido en última instancia al influjo de Most. Tucker consideraba que el anarquismo y el comunismo eran inconciliables, pero rechazaba sobre todo decididamente la «la propaganda por la acción». Su revista *Liberty*, que se publicó hasta el año 1907, contó con la colaboración ocasional de G. B. Shaw y era admirada por Walt Whitman. El propio Tucker se llamaba así mismo *scientific Anarchist*.

Uno de los núcleos de la lucha obrera en Norteamérica era Chicago, donde la policía se comportaba con especial dureza en los enfrentamientos con las organizaciones obreras. El anarquismo tenía además en esta ciudad su grupo más fuerte, constituido por unos 3.000 miembros que en su mayoría era inmigrantes alemanes y checos. El contingente americano, en cambio, contaba solamente con unos 100 miembros, si bien tenía un orador sugestivo en la figura de Albert Parsons. La atmósfera estaba siempre cargada de violencia por ambas partes.

En octubre de 1884 los sindicatos habían decidido introducir prácticamente desde el primero de mayo de 1886 la jornada de ocho horas. Most y los anarquistas se habían opuesto en principio a esta decisión; en lugar de ella hubieran visto con más agrado que se armara el pueblo. Most defendía la tesis de unas guerrillas regulares. En su folleto «La sociedad libre» escribió:

«Esta vez la lucha auténtica sólo constará de acciones aisladas, pues ésta es la única táctica inabordable por el moderno arte de la guerra». ²²⁶

Sin embargo, tuvo que someterse por razones tácticas a la opinión general, ya que sobre todo los *Knights of labor* -asociación a la que en principio sólo estaban admitidos los sastres, pero que desde hacia algunos años había abierto sus puertas a otros trabajadores- desarrollaron una actividad de propaganda contra la jornada de catorce y dieciséis horas. Para Most, por el contrario, las reformas no tenían ningún interés ya que solamente predicaba la revolución total.

El 3 de mayo en la fábrica de segadoras Mc Cormick Harvester se produjo un enfrentamiento entre huelguistas y los policías privados de Pinkerton, a consecuencia del cual murieron varios obreros. Al día siguiente en la Haymarket Square se celebró una reunión pacífica de protesta. La reunión iba precisamente a disolverse porque empezaba a llover cuando de repente hizo su aparición en la plaza una tropa de policías de unos 200 hombres que empezó a atacar. Inesperadamente alguien arrojó desde una bocacalle una bomba contra las filas de la policía, siete policías y un número por lo menos tres veces mayor de manifestantes. El número exacto de víctimas nunca ha sido publicado.

A consecuencia de esto dio comienzo una redada de anarquistas. Ocho de ellos, entre los que se encontraban Parsons, editor de *Alarm*, y Spies, editor de la *Arbeiter Zeitung* (diario obrero), fueron llevado ante un tribunal acusados de asesinato. En el proceso de cincuenta días de duración no se pudo probar a ninguno de ellos que hubiera tenido algo que ver con el que arrojó

²²⁵ Georges Woodcock, *Anarchism*, Loc. cit.

²²⁶ Citado según Nettlau, *anarchisten und Sozialrevolutionäre*.

la bomba. Sin embargo, se mostró que los acusados podían ser inculcados por incitar a la violencia. Spies, por ejemplo, había llamado «a las armas» en una «circular de venganza» del día 3 de mayo. Siete acusados fueron condenados a muerte, de los cuales fueron ejecutados cuatro: Spies, Parsons, Georg Ángel y Adolph Fischer. El movimiento obrero los ha contado siempre entre sus mártires.

Tras los sucesos de Chicago, el anarquismo de todo tipo quedó desacreditado para mucho tiempo ante la opinión pública americana. Hubo, sin embargo, personas que fueron ganadas para sus ideas revolucionarias debido precisamente a la tragedia de Chicago, por ejemplo Voltairine de Cleyre y Emma Goldman, dos de sus militantes femeninas.

Most fue condenado a prisión una vez más, tras un trámite de tres años, por un ardiente discurso que había pronunciado. Éste fue el noveno año que pasaba entre las rejas. Su intento de conseguir la ciudadanía norteamericana lógicamente tuvo que fracasar también. Pero cuando el 23 de julio de 1892 el anarquista ruso de veintidós años Alexander Berkman intentó matar en Pittsburg al director de la fábrica de una empresa de Carnegie and Co., porque de nuevo se había producido conflictos entre los trabajadores y esquirols organizados, Most rechazó por primera vez en su revista *Freiheit* la acción terrorista. Su actitud estaba motivada posiblemente por el hecho de que los trabajadores de la empresa se habían colocado decididamente en contra de los anarquistas. Most reconoció ahora que había atribuido una importancia desmesurada a la propaganda por la acción. De todos modos, Berkman era discípulo suyo y por mediación suya había conocido a Emma Goldman. Most se enemistó, sin embargo, con ambos cuando en cierta ocasión asistieron a una reunión en la que hablaba Peukert a quien él detestaba; pues las disputas, las riñas de camarillas y las querellas teorizantes no cesaron ni siquiera en América. La consecuencia fue que el anarquismo en la década de los noventa perdió gran parte de sus adeptos incluso en su reducto más seguro, entre los inmigrantes alemanes.

Por los demás, *Freiheit* conservó aquellos tonos en los que se incitaba a la violencia: el 6 de septiembre de 1901 apareció un artículo -esta vez no era de Most- titulado «Asesinato por asesinato». Casualmente aquel mismo día el inmigrante polaco León Czolgosz asesinaba en Buffalo a McKinley, presidente de los Estados Unidos. *Freiheit* se editaba desde hacía poco en aquella ciudad y Most tuvo que pasar su décimo año en prisión. El autor del atentado se ufano ante el tribunal de ser anarquista, pero al parecer no había pertenecido a ningún grupo auténticamente anarquista, aunque sí había asistido a una reunión en la que Emma Goldman había pronunciado uno de sus enervantes discursos. Al igual que Vaillant era un soñador y un solitario peligroso.

Su acción tuvo como consecuencia que los Estados Unidos pusieran fin a la consagrada tradición de conceder asilo político a los perseguidos independientemente de su credo y de sus ideas. A partir de entonces una ley prohibió la entrada a los anarquistas.

Johann Most murió el 17 de marzo de 1906 en Cincinnati, en casa de unos amigos, en el curso de un viaje de agitación por la unión. Una erisipela facial fue la causa de su muerte. Sabía desde hacía tiempo que luchaba en una posición ya perdida. Poco después de su muerte dejó de aparecer también *Freiheit*. Desde 1906, en cambio, Emma Goldman comenzó a editar la revista *Mother Earth*.

«Con su elocuencia llena de sentimiento, su enorme coraje y su generosa defensa de causas incluso impopulares, Emma Goldman forma parte realmente de un marco más amplio que el anarquismo, pues representa -aunque rusa de nacimiento- en el sentido más amplio de la palabra las mejores tradiciones del radicalismo americano». Así opinaba Georges Woodcock de esta apasionada militante. Tuvo que cumplir, entre otras cosas, una larga condena por su defensa del control de natalidad.

A pesar de la dura legislación y de la represión del sindicato IWW (Industrial Workers of World), en el que era fuerte el influjo anarquista, durante la primera guerra mundial continuaron vegetando algunos pequeños grupos. En la década de los veinte la opinión pública mundial se vio atraída una vez más por la suerte de dos anarquistas italoamericanos: el 15 de abril de 1920 fueron asesinados el cajero y un vigilante de una fábrica de calzado sita cerca de Boston cunado trasportaban la suma de dinero correspondiente a la nómina del mes. Los dos asesinos huyeron con 15.000 dólares en un coche en que se hallaban otros tres hombres. Testigos presenciales afirmaron que se trataba de italianos. Las huellas de un coche de alquiler, al que la policía puso en relación con el crimen, condujo hasta Nicolás Sacco y Bartolomeo Vanzetti, quienes fueron detenidos acto seguido. El miedo a ser expulsados les hizo a ambos enredarse en contradicciones, pero en su proceso no se pudo probar que hubiera estado en posesión de dinero robado. Llegaron incluso a probar su coartada, mientras algunos testigos afirmaban haberlos visto en el lugar de los hechos. En julio de 1921 fueron condenados a muerte. Celestino Madeiros, condenado a muerte por otro asesinato, reconoció algún tiempo después haber participado en el asalto, eximiendo con ello completamente a Sacco y Vanzetti que se hallaban esperando la ejecución. Sin embargo, el juez Thayer rechazó la revisión del proceso. El 22 de agosto de 1927 los dos italianos fueron ejecutados en la silla eléctrica, 6 años después del veredicto. Investigaciones más recientes²²⁷ parecen haber demostrado que Sacco posiblemente estuviera en relación indirecta con el asalto y que el dinero tenía que servir para financiar objetivos anarquistas. Pero Vanzetti era totalmente inocente con una probabilidad rayana en la certeza. En ambos fue suficiente su adhesión abierta al anarquismo para entregarlos al verdugo. Al igual que ocurrió con la ejecución de Ferrer Guardia, se produjeron protestas en todo el mundo, pero completamente infructuosas.

Después del congreso de Erfurt de la socialdemocracia alemana (1891), se escindieron algunos «Independientes» que muy pronto se llamaron anarquistas. Uno de los dirigentes era Gustav Landauer (1870-1919), que editaba en Berlín la revista *Der Sozialist* (El socialista). Posteriormente propugnó la resistencia pasiva en lugar de la violencia, aproximándose así a las concepciones de Tolstoi. Gustav Landauer era un hombre de «corazón puro» como ningún otro anarquista.

«También es un dogma de los anarquistas el decir: todos los días mueren a causa de nuestra criminal situación tantos y tantos trabajadores, tantos y tanto soldados, tantos y tanto tuberculosos. ¿Qué significa este griterío? McKinley ya no cuenta como uno de ellos. -¡Con permiso! La muerte de Mckinley me ha impresionado más, mucho más, que la de un albañil que se hubiera caído de una obra como consecuencia de un andamio mal construido. (...) Si un hombre rodeado del brillo del poder supremo, y de una conciencia recta, es asesinado por un congénere a quien tiende la mano, (...) entonces hay aquí una auténtica tragedia que glorifica a este hombre, que quizá a sido tan sólo una mente mediocre y un hombre poco noble. Pero además añadido gustosamente que también el autor del atentado se halla más cerca de mi corazón que ese pobre desgraciado que había construido mal el andamio. Eso de terminar la vida de esa manera quiere decir algo (...) Éste es el terror básico de los anarquista revolucionarios (...) creer que el ideal de la ausencia de violencia puede ser alcanzado por la vía de la violencia (...).»²²⁸

Landauer se autocalifica como anarco-socialista. Tras el hundimiento de la Alemania Imperial fue arrastrado por la corriente revolucionaria. En 1907 había escrito ya en *Revolution*, su obra fundamental:

²²⁷ Francis Russel, *Tragedy at Detham*, Nueva York, 1962.. citado según Joll, Loc. cit

²²⁸ Gustad Landauer, «Anarchisticsche Gedanken ubre Anarchismus» [Pensamientos anarquistas sobre el anarquismo, 1901]

«La que le revolución traer a los hombres es el espíritu de la alegría, un pasado apretado que se escapa y espumea, algo que en si mismo y en el mundo exterior crea ordenadamente un orden y endereza todas las cosas; algo que está por encima de los partidismos (...) Sobre todo es esencial el hecho de que los hombres se sientan libres de su soledad, que vivían su solidaridad, que sientan justamente que forman parte de la masa».²²⁹

Landauer consideraba que el sistema de consejos era la mejor solución política. Por eso, después del asesinato de Kurt Eisner, participó en la República de los consejos de Munich. Lo mismo hicieron los poetas Ernst Toller y Erich Mühsam, quien se declaró además anarquista en sus manifiestos y escritos políticos.

Tras la entrada de las tropas «blancas», Gustav Landauer fue pisoteado hasta morir por aquella soldadesca con botas de clavos. El oficial que mandaba el comando y ordenó el asesinato se llamaba Von Gagern. ¡Jamás fue llevado ante un tribunal! Erich Mühsam murió en 1934 a manos de SA.

En Berlín, durante los meses de la revolución en 1918 y 1919, los grupos anarquistas no desempeñaron ningún papel esencial. Franz Jung, que estuvo vinculado a ellos durante un cierto tiempo, informó al respecto que el partido comunista había impedido toda posible influencia:

«En los distritos del partido había por doquier emisarios de Moscú cuya misión consistía en observar los procesos de escisión, las desviaciones de las directrices tácticas constantemente modificadas y dictadas por Moscú. (...) Manipulaban con una habilidad magistral como amenaza persuasora la intriga calumniosa que había utilizado Carlos Marx contra Bakunin y Proudhon, alumnos aventajados en el arte de desacreditar personas».²³⁰

CAPÍTULO XV

HERMANOS ENEMIGOS

«En abril de 1917 me encontré con Trotsky en Nueva York, en una imprenta que trabajaba fundamentalmente para diferentes órganos rusos de la izquierda (...) Naturalmente hablamos de la revolución. Los dos nos disponíamos a abandonar en breve América para encaminarnos “allá”. En un momento dado le dije: “Tomando todo en consideración: estoy completamente seguro de que vosotros, los marxistas de izquierda, acapararán todo el poder en Rusia (...) Y entonces, ¡ay de nosotros los anarquistas! (...) Tan pronto como se haya afirmado su hegemonía comenzarán a perseguirnos y finalmente nos cazarán como perdices”. –“¡No, qué va, camarada!”, respondió Trotsky. “Ustedes sois unos soñadores tercos e incorregibles. ¿Qué nos separa realmente en el momento actual? Una pequeña cuestión de método completamente secundaria. Ustedes son revolucionarios igual que nosotros; nosotros somos en definitiva anarquistas igual que ustedes. Sólo que ustedes quieren instaurar ANARQUÍA inmediata, sin preparación ni transición, mientras nosotros los marxistas creemos que es imposible saltar de un plumazo al reino libertario. (...) En el fondo estamos muy cerca unos de otros; somos compañeros de armas. (...) Y aunque no coincidiéramos exagerar realmente al pensar que

²²⁹ Landauer, «Die Revolution» en la serie *Die Gesellschaft* [La sociedad]. Leipzig, 1907.

²³⁰ Franz Jung, *Der Weg nach unten* [El camino hacia abajo], Neuwied, 1961.

nosotros los socialistas emplearíamos la violencia brutal contra los anarquistas. (...) No, ¿Cómo puedes pensar ni siquiera por un momento tamaña estupidez?» Informa de esta conversación el historiador anarquista de la revolución rusa Volin, llamado realmente Vsevolod Mijailovich Eichenbaum (1882-1945), en su libro *La Révolution inconnue* [La revolución desconocida].²³¹

Al igual que volin muchos fueron los anarquistas rusos que al estallar la revolución, regresaron a la patria desde el extranjero. El primero de ellos fue Kropotkin, que regresó ya enfermo a Rusia en marzo de 1917. Cuando los bolcheviques de octubre no se amilanó a la hora de hacer a Lenin serios reproches con ocasión del fusilamiento de rehenes.

«No puedo creer que nadie de los que le rodean no le haya dicho que tales decisiones recuerdan los oscuros tiempos de la edad media y de las cruzadas. Vladir Ilich, sus acciones son completamente indignas de las ideas que dice profesar. (...) ¿Qué, futuro tiene el comunismo si uno de sus combatientes más importantes pisotea de esta manera todo sentimiento honesto?»²³² Sin embargo, exhortó a la solidaridad incondicional de los trabajadores de todo el mundo con la revolución de octubre y a la lucha contra la intervención y el bloqueo. De todos modos renunció, no de plena voluntad, a su intento de actuar políticamente en Rusia. En 1919 escribió a George Brandes lo siguiente:

«Quién le entregue esta carta le informara también de la vida aislada que llevamos en nuestra pequeña ciudad provinciana. (...) El último invierno que pasamos en Moscú, trabajé con un grupo de colaboradores en la elaboración de los elementos de una república federativa. Pero el grupo tuvo que dispersarse y yo he reanudado el trabajo sobre la ética que había comenzado en Inglaterra hace 15 años».²³³

Cuando a comienzos de 1921 enfermó de gravedad, Lenin envió desde Moscú los mejores médicos a Dimitrov, localidad a la que Kropotkin se había retirado por prescripción de la Cheka y en la que juntamente con la princesa había podido aliviar las dificultades alimenticias suyas y de algunos amigos durante los años de escasez gracias al cultivo de verduras. El juicio de Kropotkin sobre los bolcheviques era firme: «Ellos han mostrado cómo no se debe hacer la revolución».²³⁴

Kropotkin murió el 8 de febrero de 1921 de una pulmonía. La mayoría de los anarquistas se hallaban desde hacía tiempo en las prisiones de la Cheka. Algunos de ellos fueron puestos en libertad por un día para que pudieran asistir al entierro. Aaron Baron habló al pie de su tumba y «elevo protestas inflexibles contra el nuevo despotismo, contra las ejecuciones en las cárceles, el descrédito del socialismo, la violencia de un gobierno que pisotea la revolución».²³⁵ Aaron Baron y su mujer Fania fueron fusilados poco después, y en opinión de Víctor Serge se trató de «una sucia historia de provocación provinciana».²³⁶

El primer golpe contra los anarquistas tuvo lugar la noche del 11 al 12 de abril de 1918 en Moscú y en otras ciudades. Habían solicitado en vano de la Cheka que no se fusilara a los hombres detenidos sin armas. A comienzos de la revolución el influjo de los anarquistas sobre las masas era muy débil, pero se había extendido con mucha rapidez, de forma que a comienzos de 1919 los bolcheviques estaban ya preocupados seriamente por aquella «competencia». Los diarios *La voz del trabajo* de Petrogrado y sobre todo la ANARQUÍA moscovita alcanzaron al parecer en ocasiones un influjo análogo al *Pravda* de Lenin. Había las

²³¹ Volin, *La Révolution Inconnue*, París, 1947.

²³² Citado según Joll, Loc. cit.

²³³ Volin, Loc. cit.

²³⁴ Loc. cit.

²³⁵ Víctor Serge, *Beruf: Revolutionär* [Oficio: revolucionario], Francfort, 19687.

²³⁶ Víctor Serge, *N'an I de la Révolution russe*, París, 1971

Guardias Negras y había clubs anarquistas. Ciertamente se hallaban, como era normal en ellos, escindidos entre sí: los anarcosindicalistas propagaban la tesis de la absorción por los sindicatos, lo que obligó a los bolcheviques a paralizar las fábricas allí donde aquellos lo habían conseguido; los anarco-comunistas aspiraban según la doctrina de Kropotkin a una federación de comunidades agrícolas y comunas estatales libres, pues «mientras un país es gobernado por la dictadura de un partido los consejos obreros y campesinos pierden todo su significado».²³⁷ Finalmente los anarquistas individualistas desconfiaban de toda clase de federación.

Dzerjinski, jefe de la Cheka, abogaba activamente en el seno del Comité Central por la liquidación de los grupos anarquistas a pesar de que, dentro de todo el antagonismo verbal, eran unos compañeros de armas leales.

«Los bolcheviques (...) no querían escuchar a los anarquistas, y todavía menos permitirles exponer su tesis ante las masas. Al creerse en posesión de una verdad absoluta, indudable, “científica” y al sostener que debían imponerla y asentarla incondicionalmente, combatieron y eliminaron violentamente el movimiento libertario tan pronto como éste comenzó a interesar a las masas: el procedimiento usual de todos los dominadores, explotadores e inquisidores».²³⁸

En enero de 1918, en el tercer congreso de los Soviets, Lenin se hubiera congratulado de que «las ideas anarquistas adquirieran perfiles vivos»,²³⁹ pero tres meses más tarde declaró que «la realización de la dictadura del proletariado exigía el nombramiento de algunas personas que recibirían los poderes ilimitados de un dictador». Exigía además la «absoluta subordinación de las masas a la voluntad unitaria de los dirigentes del proceso de trabajo».²⁴⁰

En la liquidación de los clubs moscovitas participaron 5.000 hombres del ejército rojo; según André Salmon se llegó a emplear la artillería. Volin, que había sido elegido después de la revolución de octubre como editor del diario *Golos Truda* (La voz del trabajo), huyó tras la supresión de la prensa libre al cuartel central del jefe de los guerrilleros ucranianos, el anarquista Néstor Makhno (1889-1935).

Al sur de Rusia el desarrollo había sido distinto. Aquí se había formado un movimiento anarquista desacostumbradamente vivo y vigoroso, con comunas libres que no actuaban como las comunistas, constituidas por el Estado «para familiarizar al pueblo con el trabajo»,²⁴¹ sino que vivían según el principio de que «la ley y el orden han de ser sostenidos por la fuerza viva de las comunidades rurales y no han de ser cedidos a policías expertos».²⁴²

La paz de Brest-Litovsk significó para Ucrania la ocupación por tropas alemanas y austriacas. Makhno consiguió levantar un ejército de guerrilleros contra los invasores, así como contra los nacionalistas azul-amarillos que con ellos colaboraban y contra los «blancos», esto es, contra los contrarrevolucionarios zaristas.

Makhno era un joven campesino de una aldea situada en el distrito de Alexandrovsk y había trabajado en una fundación. A los 19 años había sido condenado a muerte por el asesinato de un policía, siéndole conmutada la pena por la de prisión. Después de ocho años de prisión fue puesto en libertad en 1917 por la revolución. Durante estos ocho años se había familiarizado

²³⁷ Kropotkin, citado según Volin, Loc. cit.

²³⁸ Volin, Loc. cit.

²³⁹ Barrué, Loc. cit.

²⁴⁰ Lenin, *Die nächsten Aufgaben der Sowjetmacht* [Las tareas inmediatas del poder soviético] en *Werkw* [Obras] [obras], vol. 27, Berlín, 1972.

²⁴¹ P. Archinof, *L'Histoire du mouvement makhnoviste*, París, 1972.

²⁴² Archinof, Loc. cit.

con las ideas anarquistas a través de otro preso, Peter Archinof, su futuro biógrafo. De hecho fue uno de los pocos que pudieron transformarse en realidad, por lo menos temporalmente.

«En una alejada región, separada del resto del mundo por la guerra, con una ordenación económica por lo demás primitiva, pudo funcionar ya a satisfacción de los campesinos un sistema de producción y de comercio anarquista», opina James Joll.

«Al mismo tiempo, Makhno se adhirió a la idea de que, aun conservando en sus manos el mando militar, decidió transferir la autoridad suprema al congreso conjunto de obreros, campesinos e insurrectos».²⁴³

Era sombrero el genio estratégico de aquel emprendedor hombre de 29 años, idealista y carente de formación. Las armas para sus grupos tenía que arrebatarlas al enemigo. Era muy popular entre la población, como asegura Volin, a pesar de las crueldades de sus bandas y de la propaganda injuriosa del partido comunista. Bajo sus banderas negras llegaron a luchar en ocasiones más de 15.000 hombres, según otras fuentes incluso 50.000.

Makhno confió el sector cultural de su movimiento a Volin y Aaron Baron los cuales editaron también el diario *Nabat* (Toque a rebato). El nombre del periódico fue tomado de una confederación que había conseguido realizar la síntesis de las diferentes corrientes anarquistas.

Volin juzgó el carácter del dirigente partisano de la siguiente manera: «Bajo el influjo del alcohol, Makhno llegaba a ser irresponsable de sus acciones y perdía el control de sí mismo. Entonces se entregaba a sus manías personales, impuestas a menudo con brutalidad. Ésta eliminó repentinamente su conciencia de los deberes revolucionarios. Apareció entonces lo arbitrario, las acciones absurdas, las poses dictatoriales de un caudillo guerrero, que sorprendentemente eliminaron la calma, la reflexión, la clarividencia, la dignidad personal, el dominio de sí, el respeto al prójimo y a la causa, casualidades que habrían debido abandonar jamás a un hombre como Makhno».²⁴⁴

Sus éxitos militares fueron indiscutibles. En parte descansaban en una táctica extraordinariamente móvil. Su infantería recorría a menudo diariamente hasta 100 kilómetros con ayuda de unos carros campesinos ligeros, elásticos. Durante un tiempo, Lenin pareció dispuesto a colaborar con Makhno y a «permitir a los anarquistas experimentar su teoría en Ucrania».²⁴⁵ Trotsky concluyó un acuerdo con ellos por encargo suyo, en el cual se autorizaba el congreso anarquista de Charcov. Los comunistas dejaron de atenerse al acuerdo después de la victoria sobre el ejército contrarrevolucionario del general Denikin, victoria conseguida únicamente por el estratega campesino y sus guerrilleros. Volin, que había preparado el congreso de Charcov, y otros colaboradores fueron detenidos. Pero cuando en octubre de 1920 se produjo una nueva alianza entre los negros y los rojos contra el general Wrangel, se le puso de nuevo en libertad garantizándole la amnistía y la legalización del movimiento anarquista. Sin embargo las acciones de guerra se les negó suministros de armas y apoyo militar. No obstante, parece que la aportación del «ejército campesino revolucionario» de Makhno a la victoria sobre la ofensiva «blanca» fue considerable; pero después de la victoria, el ejército rojo atacó de nuevo a sus compañeros de armas, acusándoles además de las usuales calumnias de traición. Los oficiales del ejército de Makhno fueron invitados a Crimea a una conferencia militar. Allí fueron detenidos inmediatamente y fusilados sin proceso. La lucha contra las tropas del dirigente guerrillero duró nueve meses más. El propio Makhno se defendió en Gulilla-Polie, su lugar natal, hasta agosto de 1921.

²⁴³ Joll, Loc. cit.

²⁴⁴ Volin, Loc. cit.

²⁴⁵ Stuart Christie-Albert Meltzer, *The Floodgates of anarchy*, Londres, 1970

Finalmente consiguió huir a Rumania, desde donde marchó a París. En la capital francesa vivió como obrero de una fábrica y murió en un arrabal de la ciudad en el año de 1935. En su «royaume sur rous» había practicado la «guerra popular» mucho antes que los chinos, los cubanos y el vietcong.

Volin y otros anarquistas cercanos a Makhno fueron trasladados a Moscú, a la prisión de Butirky.

«Como se me consideraba un partidario especialmente relevante, las autoridades informaron a Trotsky de mi detención por medio de un telegrama especial, a fin de solicitar sus instrucciones con respecto a mi persona. La respuesta, asimismo telegráfica, fue rápida, lacónica y clara: “fusilar inmediatamente. -Trotsky”. No fui fusilado debido tan sólo a la coincidencia completamente casual de algunos sucesos especialmente felices». ²⁴⁶ Se celebraba precisamente en Moscú un «congreso de la internacional sindical roja» que abogó por la liberación de presos anarquistas. Pero solamente fueron puestos en libertad diez de los detenidos, entre ellos Volin, los cuales fueron expulsados de Rusia. Volin Marchó también a Francia, donde editó el semanario *Terre libre* y escribió la historia libertaria ya mencionada *La Révolution inconnue*. Murió de tuberculosis en París en septiembre de 1945.

La población rusa esperaba un suavizamiento después de que el partido comunista tuviera firmemente asido el poder en todas partes y el peligro de la contrarrevolución hubiera sido eliminado. Pero las estrictas medidas impuestas por la guerra siguieron en vigor e incluso fueron acentuadas. Un ejemplo de ello eran las obligaciones a cumplir en el puesto de trabajo. «Cada vez se extendía más el convencimiento de que al partido comunista le interesaba más conservar el poder político en las manos que salvar las conquistas de la revolución». ²⁴⁷ En colerizó los ánimos sobre el favoritismo hacia los miembros del partido, evidenciando en lotes especiales de alimentos y calzado, cuando la población tenía que contentarse con raciones de hambre y una vestimenta insuficiente.

En febrero de 1921, en algunas fábricas de Petrogrado estalló una huelga que tenía como objetivo conseguir la mejora prometida desde hacía tiempo en las raciones de comestibles y un reporte del calzado disponible. El soviet de Petrogrado se negó a negociar con los huelguistas antes de que volvieran al trabajo. El 24 de febrero los cadetes de la Academia militar comunista fueron encargados de disolver las asambleas obreras. Las fábricas Trubochni cerraron las puertas, lo cual significaba para los afectados la completa pérdida de la ración de alimentos. En Petrogrado fue decretada «una ley marcial extraordinaria» y se concentró el ejército.

Los marineros de Cronstadt, inquietados por los rumores, enviaron una delegación a Petrogrado para hacerse una idea de la situación. A su regreso las tripulaciones de los acorazados «Petropavlovsk» y «Sebastopol» adoptaron una resolución en la que entre otras cosas se exigían elecciones nuevas y libres de los soviets de Cronstadt y Petrogrado, «ya que los soviets actuales no expresan la voluntad de los obreros y campesinos». Exigían «libertad de expresión y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y para los socialistas de izquierda» y además «raciones de alimentos iguales para todos los trabajadores, excepto para aquellos que ejercen una actividad peligrosa para la salud; eliminación de los comandos de inspección comunistas en las fábricas, donde son los propios obreros los que en caso necesario han de elegir los órganos de inspección». ²⁴⁸ En una asamblea masiva celebrada el 1 de marzo en la Plaza Jakorni de Cronstadt, 16.000 marineros, soldados y obreros de los astilleros aprobaron unánimemente esta resolución. Tan sólo hubo dos votos en contra: el de Kalinin,

²⁴⁶ Volin, Loc. cit.

²⁴⁷ A. Berلمان, *Der Ausstand von Kronstadt* [el levantamiento de Cronstadt], Berlín, 1922. Citado en A. v. Borries-Ingeborg Brandies, *Anarchismus, Theorie-Kritik-Utopie*, Francfort, 1970

²⁴⁸ André Nataf, *La Révolution anarchiste*, París, 1968.

presidente nominal de la Unión Soviética que se hallaba presente en calidad de huésped, y el de Kusmin, comisario político de la flota del mar Báltico. Kalinin pudo regresar sin ningún impedimento a Petrogrado.

El 2 de marzo en el edificio que había albergado la Escuela de Ingenieros de Cronstadt, tuvo lugar una asamblea de delegados en la que Kusmin y algunos comunistas hicieron amenazas. Kusmin dijo: «Si quieren guerra la tendrán. Los comunistas no soltaremos de la mano las riendas del poder y lucharemos hasta el final».²⁴⁹ Cuando se supo que había dado ya orden secreta de retirar de Cronstadt todos los alimentos y vaciar los depósitos de armas, fue detenido con otros comunistas. Los comunistas, sin embargo, pudieron pedir la palabra sin impedimento alguno. Los delegados de las tripulaciones, de las unidades de la flota, de las oficinas estatales, de los astilleros, de las fábricas y de los sindicatos obreros deliberaron acerca de la cuestión de las nuevas elecciones de los Soviets. «Puesto que la situación objetiva se ha modificado, el soviét ha de ser renovado». Se constituyó inmediatamente un comité revolucionario provisional cuando se extendió la noticia de que los comunistas preparaban un ataque armado. El comité tenía quince miembros, todos ellos obreros y marineros, excepto un empleado.

Aquel mismo día una orden firmada por Lenin y Trotsky calificaba la oposición de motín con la imputación usual de «infiltración zarista» y «contrarrevolucionario dirigida contra la república proletaria». La sesión del soviét de Petrogrado se realizó entre las bayonetas de los cadetes comunistas (Kursanty). Zinoviev, comisario del partido de Petrogrado, recibió de Moscú plenos poderes dictatoriales y detuvo como rehenes a todos los parientes de los marineros de Cronstadt que vivían en la zona dominada por él. La situación se encrespo.

El periódico de Cronstadt *Izvestia* informaba de los objetivos de los insurgentes. En el número correspondiente al 8 de marzo de 1921 se decía:

«La clase obrera había esperado de la revolución de octubre su liberación, pero dicha revolución condujo a una esclavitud todavía mayor (...). El poder del Estado policiaco zarista ha caído en las manos de usurpadores, en las manos de los comunistas, quienes en lugar de dar al pueblo la libertad lo dejan aterrorizar por la Cheka, cuyo terror sobrepasa incluso al Estado policiaco zarista (...). Aquí en Cronstadt se ha colocado la primera piedra de la tercera revolución, la cual romperá las últimas cadenas de los trabajadores y abrirá un nuevo y amplio camino para la liberación de las fuerzas creadoras en el sentido del socialismo. El primer paso ha sido dado sin hacer un solo disparo, sin derramar una gota de sangre. Las clases trabajadoras no exigen sangre; sólo la derramarán en defensa de su vida».²⁵⁰

Las baterías comunistas habían abierto ya fuego el 7 de marzo por la tarde. Por la noche, tropas selectas intentaron tomar por asalto la fortaleza de Cronstadt. El ataque por la helada bahía, acompañado de una terrible tormenta de nieve, fracasó sangrientamente. La fuerza de los sitiados estaba constituida por unos 14.000 hombres, de los que 10.000 eran marineros. Pero el gobierno central pidió enviar constantemente nuevas tropas, a las que se había hecho saber que en Cronstadt se había hecho fuerte un general zarista. Los asaltos se sucedían noche tras noche, muriendo muchos de los atacantes en la helada superficie de la bahía de Cronstadt. Sin embargo, en la mañana del 17 de marzo habían caído ya algunos fuertes y los bolcheviques entraron en Cronstadt por la puerta de Petrogrado. Los marineros y soldados de la ciudad prosiguieron su lucha desesperada contra un enemigo aplastante superior hasta bien entrada la noche. Las tropas del gobierno dieron rienda suelta a su cólera contra hombres, mujeres y niños a pesar de que el estallido de la rebelión no se había hecho daño a ningún comunista. Dibenko, el comisario recién nombrado, obtuvo poderes ilimitados «para limpiar

²⁴⁹ A. Berkman, *Der Aufstand von kronstadt*, citado según Borries-Brandies, Loc. cit.

²⁵⁰ Citado según Nafat, Loc. cit.

Cronstadt de rebeldes». Durante semanas enteras parte de las medidas de represalia fueron fusilamientos nocturnos masivos a cargo de la Cheka.

«El 18 de marzo, a la misma hora en que el gobierno bolchevique y el partido comunista conmemoraban públicamente la Comuna de París de 1871, ahogada por Thiers y Galliffet en la sangre de los trabajadores franceses, celebraban al mismo tiempo su victoria sobre Cronstadt».²⁵¹

El levantamiento de los marinos de Cronstadt presentaba, al igual que la Comuna parisiense, no pocos rasgos «libertarios». La espontaneidad con que había surgido correspondía también a la teoría anarquista del comienzo de una revolución social. Su final fue también el final de las corrientes socialistas libertarias en Rusia. Alexander Berkman escribió en su diario las siguientes frases: «El terror y el despotismo han ahogado lo que nació en octubre. Las consignas de la revolución han sido traicionadas, sus ideales ahogados en la sangre del pueblo».²⁵² Berkman y su compañera, Emma Goldman abandonaron Rusia. Él murió quince años más tarde en Suiza, Emma Goldman tomó parte activa en la guerra civil española, en la que -según el ejemplo previo de la revolución rusa- se repitió la suerte de los anarquistas, pero esta vez con la apostilla de «vencidos dos veces».

CAPÍTULO XVI

TERROR Y SINDICATOS

España proporcionó a las ideas anarquistas un suelo especialmente favorable en más de un sentido; aquí adquirieron una importancia política como en ningún otro país. Las tensiones sociales, sobre todo en el sur, entre un proletariado rural inconcebiblemente pobre y los propietarios latifundistas inmensamente ricos, que a menudo dejaban sin cultivar grandes extensiones de sus propiedades, hicieron de Andalucía un foco de crisis en el que se produjeron a lo largo de todo el siglo XIX continuas revueltas rurales reprimidas con terror por la autoridad. El pueblo de la península ibérica, al igual que el italiano, veía en el Estado, representado por la policía y las autoridades locales, el enemigo. A esto se unían las aspiraciones autonomistas de algunas regiones, sobre todo de Cataluña, en las que una larga tradición las hacía accesibles a las ideas federalistas (burgués), Pi y Margall, había traducido al español a Proudhon, y a Ramón de la Sagra editaba ya en 1845 el primer periódico anarquista, *El porvenir*, que muy pronto fue prohibido.

Sin embargo, el auténtico movimiento anarquista comenzó en España durante la revolución de septiembre de 1868, a consecuencia de la cual fue depuesta Isabel II. Bakunin envió inmediatamente a un discípulo, el ingeniero Giuseppe Fanelli (1827-1877), con la tarea de buscar prosélitos para la Internacional. Fanelli se hallaba en noviembre en Madrid y en enero de 1869 en Barcelona, consiguiendo ganar algunos militantes obreros a pesar de no dominar el español. El tipógrafo Anselmo Lorenzo nos dice: «Hablaban en francés e italiano, pero podíamos comprender su expresiva mímica y seguir su discurso»²⁵³. Lorenzo debía colaborar más tarde en la creación de *la Revista Blanca*, el órgano teórico del anarquismo español. Fanelli celebra

²⁵¹ A. Berkman, citado según Borries-Brandies, Loc. cit.

²⁵² Según Joll, Loc. cit.

²⁵³ Según Woodcock, Loc. cit.

sus reuniones en Barcelona con poco más de unas veinte personas en el estudio del pintor José Luís Pellicer. El sobrino de éste, Farga Pellicer, lo puso en contacto con el *Centro Federal de las Sociedades Obreras de Barcelona*, una especie de unión informal de los sindicatos locales. En los primeros meses de 1870 se fundó la *Alianza de la Democracia Social* como sección de la Internacional. Tres años después de Alianza contaba ya contaba con 50.000 miembros, la mitad de ellos trabajadores agrícolas del sur de España, y albergaba en su seno siguiendo el ejemplo bakuniniano la liga secreta de *Los Cien Hermanos Internacionales*.

La escisión de la Internacional y la disputa entre Marx y Bakunin repercutieron en España cuando llegó Paul Lafargue a Madrid después de haber participado en la Comuna de París. Éste, estudiante de medicina y yerno de Marx, se enfrentó, según Max Nettlau, con «una mezcla de odio, manía persecutoria y cólera impotente (...) a la tendencia libertaria de la Internacional».²⁵⁴ Al revés que Fanelli, hablaba correctamente español, pues había nacido en Cuba. Tras su exclusión de la asociación regional, ya que el influjo de Bakunin estaba firmemente enraizado, fundó en Madrid junto con el impresor Pablo Iglesias una sección marxista de la Internacional reconocida por el comité londinense. Su importancia en un principio fue mínima, ya que la esfera de influencia de la Alianza Bakuniniana sobrepasaba «completamente a todo el resto de la Internacional, porque en ella se efectuaba toda la vida sindical».²⁵⁵

Cuando en enero de 1872 fue prohibida pasó a la ilegalidad. Lorenzo llevaba a cabo su tarea de agitación entre los obreros agrícolas de Andalucía. Los anarquistas apenas colaboraron en la lucha de los federalistas bajo la dirección de Pi y Margall durante la Primera República pues rechazaban expresamente la participación política. Por el contrario, una huelga general en pro de la jornada de ocho horas desembocó en 1873 en la ciudad de Alcoy (Alicante) en un levantamiento anarquista. La policía había abierto fuego contra una manifestación de obreros y acto seguido el anarquista Albarracín condujo a la multitud al asalto del ayuntamiento. La lucha duró dos días, al cabo de los cuales los insurrectos eran dueños de la ciudad. Las fábricas fueron incendiadas y las cabezas de los vencidos fueron paseadas, como en la Revolución francesa, por las calles triunfalmente en grandes estacas. Aunque la represión que siguió al levantamiento fue terrible, éste siguió vivo durante mucho tiempo entre los anarquistas españoles como un «mito heroico».

A la corta vida de la Primera República española siguieron en 1874 una dictadura militar, el regreso de los Borbones y siete años de reacción. El fallido atentado del tonelero Juan Oliva Moncasi, contra Alfonso XII en 1878 trajo consigo una nueva ola de detenciones que encontró respuestas en el incendio de muchas menciones señoriales. A pesar de la rígida prohibición, el anarquismo había seguido siendo un movimiento de masas, por lo menos en el campo, cuya fe en la revolución alcanzaba casi un carácter de redención religiosa. La población rural, que se reunía por la noche en graneros y cuevas, mostraba muy acentuado ese rasgo ascético característico de ciertos anarquistas. Un programa de 1880 impreso clandestinamente formula los objetivos: destrucción de la unidad nacional, eliminación del Estado y de la Iglesia, abolición de la propiedad privada de la tierra, comunas libres independientes, incautación del suelo y de los medios de producción por las comunas, las cuales los ceden a las distintas «colectividades», y «derechos sociales sólo para las personas productivas».²⁵⁶

Cuando en 1881 llegó al poder el gobierno liberal de Sagasta las organizaciones reapareciendo casi intactas y pronto alcanzaron la antigua situación de 50.000 miembros. En la década de los ochenta se produjeron en Andalucía revueltas campesinas de gran violencia. El estímulo venía dado por una organización secreta radicada dentro de la autorizada Federación de los

²⁵⁴ Nettlau, *Anarchisten und Sozialrevolutionäre*

²⁵⁵ Nettlau, Loc. cit.

²⁵⁶ Según Woodcock, Loc. cit.

Trabajadores de la Región Española, que en parte desaprobaba las acciones violentas. El teórico utópico de aquellos años era José Llunas Pujals que propagaba la transformación de la sociedad en grandes federaciones de productores libres, si bien no podía prever el momento de esta transformación y la posibilidad de efectuarla.

Los disidentes más radicales defensores de la tesis del «ilegalismo agrario» constituyeron en un congreso secreto celebrado en Sevilla en 1883 el temido grupo de *Los Desheredados*, compuesto por trabajadores de los viñedos de Jerez. Este grupo declaró: «La burguesía está al margen del derecho internacional». Sin embargo, la *Comisión federal* afirmó en contra suya: «En el seno de la Federación de los trabajadores de España no hay sitio ni están presentes ladrones, confiscadores y asesinos».²⁵⁷

Las amenazas de los *Desheredados* y también algunas acciones violentas dieron ocasión a la *Guardia Civil* -tropa policíaca formada en 1844 para reprimir el bandolerismo, pero especializada desde hacia tiempo en la caza de anarquistas- de poner en escena al misterioso asunto de *La Mano Negra*. Un mesonero, sospechoso de ser un delator, fue asesinado en su bodega de las cercanías de Jerez. El comisario encargado de la investigación afirmó que el autor, un campesino del lugar, era miembro de una organización secreta ampliamente ramificada y conocida con el nombre de *La Mano Negra*, la cual se proponía asesinar a todos los terratenientes. Todos los anarquistas fueron detenidos y se intentó obtener confesiones y nombres por medio de torturas. Finalmente tuvieron que poner en libertad a cientos por inocencia manifiesta, pero un centenar fue llevado ante un tribunal. Catorce de ellos fueron condenados a muerte, de los cuales siete fueron ejecutados públicamente en una plaza de Jerez por el procedimiento del garrote vil.

«Nunca se ha probado convincentemente la verdad sobre el asunto de *La Mano Negra*, pero la mayoría de los investigadores imparciales que se han dedicado al caso han dudado de la existencia de una organización ampliamente difundida. Es probable que en la comarca de Jerez hubiera algunos grupos terroristas de menos importancia (...) y que algunos de los *Desheredados* estuvieran en contacto con ellos, pero sólo fueron probados tres asesinatos -a confidentes de la policía- y parece improbable que todos los ejecutados o condenados a prisión hayan estado implicados en estos crímenes».²⁵⁸

Hasta 1880 dominaba en España la teoría anarco-colectivista (el productor recibe todo el producto de su trabajo). Sin embargo, a partir de esa fecha, comienza a penetrar la teoría anarco-comunista (la propiedad común pasará a ser administrada por las asociaciones obreras y el producto será distribuido entre sus miembros según sus necesidades).

En la década de los noventa se extendió por España «la propaganda por la acción». En este país, los actos de terror habían seguido siendo un componente constante de la lucha social desde los días de la guerrilla antinapoleónica. En 1892 cuatro mil campesinos marcharon a Jerez con guadañas, asesinaron algunos terratenientes y ocuparon la ciudad hasta que fue enviada contra ellos la caballería. La «acción» había sido urdida con gran probabilidad por un agente provocador. Ésta era la opinión de Fermín Salvochea, andaluz rico e ilustrado que vivía estudiando en Inglaterra y vivía en pobreza voluntaria en Cádiz, donde editaba la revista *El Socialismo*. Se hablaba de él como de «un Cristo de Andalucía superpuesto al de la leyenda (...) Su doctrina rezaba: si Cristo, en lugar de enseñar a renunciar a la felicidad en esta vida, hubiera exhortado a los pobres y desheredados a rebelarse contra sus opresores y explotadores, ya no habría hoy sobre la tierra ni mecería ni injusticia».²⁵⁹

²⁵⁷ «Gran manifiesto de marzo de 1883», según Nettlau, loc. cit.

²⁵⁸ Woodcock, Loc. cit.

²⁵⁹ Dr. Vallina en *Inquietudes*, 11-II1944, citado según Agustín Souchy, *Anarcho-Syndicalisten über Bürgerkrieg und Revolution*.

La acción de Jerez sirvió al ministerio público de motivo para prohibir en Andalucía los sindicatos de obreros agrícolas. Cuatro implicados fueron condenados y ejecutados, centenares de personas condenadas y ejecutadas, centenares de personas condenadas a prisión, algunas de ellas a pesar de haber probado sus coartadas. El propio Salvochea, que durante los sucesos se encontraba cumpliendo condena de prisión, fue castigado con diecisiete años de cárcel por instigador. Salvochea cumplió diez de los diecisiete años de condena, a pesar de que en el extranjero se alzaron numerosas voces de protesta, sobre todo por parte de Clémenceau, por el carácter abiertamente provocador de todo el asunto.

Aquel mismo año el joven anarquista Pallás arrojó una bomba contra el general Martínez Campos para vengar la muerte de los cuatro ejecutados. El atentado resultó fallido, lo cual no obstó para condenar a muerte y ejecutar al autor.

Se fundó una nueva fuerza de policía, la Brigada Social, especialmente dirigida contra los anarquistas. Uno de sus efectos fue aumentar todavía más el terror, sobre todo en Barcelona. En 1896 fue arrojada una bomba desde una claraboya contra la procesión del corpus, pero curiosamente no iba dirigida contra los dignatarios civiles y religiosos que encabezaban la procesión, sino contra el grueso de la gente pobre que formaba el cortejo. Esto hizo pensar una provocación planeada por la policía, tanto más que el autor no fue detenido ni identificado nunca. Sin embargo, la policía encontró el pretexto para proceder a la detención de todos los miembros conocidos de la oposición al régimen y a la iglesia, independientemente de su orientación política. A pesar de las renovadas protestas internacionales, fueron condenados a muerte y ejecutados cuatro personas a las que no se pudo probar implicación alguna en el atentado. Algunos de los absueltos, anarquistas, republicanos, socialistas, librepensadores y separatistas, fueron deportados por el gobierno Cánovas a las colonias penitenciarias de África. El tipógrafo italiano Michele Angiolillo, que había tenido conocimiento en Londres de las torturas de la policía barcelonesa, se encaminó a continuación hacia España. En el balneario pirenaico de Santa Águeda mató al reaccionario presidente del gobierno Cánovas del Castillo. Antes de que el verdugo le diera muerte en el garrote, Angiolillo gritó desde el patíbulo de 24 peldaños que rebasaba los muros del penal la consigna «Germinal». Las ideas románticamente «caballerescas» de los anarquistas españoles se reflejan en el terrorista que asesinó en Barcelona al comandante de la Guardia Civil. Hizo el primer disparo al aire para advertir al oficial y a su acompañante. Después del intento de asesinato de Alfonso XII, durante la visita oficial que éste efectuó a París en 1905 fue detenido por la policía de París, entre otras personas, Carlo Malato, conocido teórico del anarquismo. Se sospechaba que había sido él quien había arrojado la bomba, pero se había declarado recientemente enemigo de la «propaganda por la acción». El atentado, obra de in desconocido, causó tan sólo algunos desperfectos en un coche acorazado.

El proletariado español obtuvo, sin duda alguna, más provecho del desarrollo del anarcosindicalismo, que tenía el papel dirigente en el movimiento sindical español, que de todos estos efectos terroristas más o menos espectaculares. El anarcosindicalismo español se orientó según el modelo de la C. G. T. francesa (Confédération Générale du Travail), experimentado un crecimiento considerable a comienzos de siglo. La huelga general en Barcelona de 1902 fracasó porque los fondos de resistencia eran demasiado reducidos, pero encontró eco en las comarcas agrícolas de los alrededores de Sevilla y Cádiz, donde se exigió el reparto de los latifundios. En 1907 los distintos sindicatos libertarios de Cataluña se unieron en la federación sindicalista *Solidaridad Obrera*.

La monarquía española se hallaba empeñada desde hacía años en una sangrienta y amarga guerra colonial contra las cábilas del Rif. Para suplir las fuertes pérdidas humanas, pero también para tener controlados en la inquieta Cataluña a los agitadores potenciales de entre la juventud, los reservistas catalanes recibieron en julio de 1909 la orden de incorporación a las filas. La consecuencia fue que todas las organizaciones obreras llamaron a la huelga general.

La huelga general trajo consigo un levantamiento que desembocó en la llamada *Semana Trágica*: durante cinco días, Barcelona fue escenario de violentas batallas callejeras. Entre los trabajadores hubo doscientos muertos. Participaron en la lucha los radicales republicanos catalanes, cuya organización juvenil se llamaba «Los jóvenes bárbaros». Como era normal en España en toda sublevación, también en esta ocasión ardieron iglesias y conventos, y como siempre la revuelta terminó en detenciones masivas de implicados y no implicados, con torturas en la prisión de Montjuich y con ejecuciones sumarias.

Entre los fusilados el 13 de octubre de 1909 estaba Francisco Ferrer y Guardia (1859-1909). Ferrer era un librepensador procedente de una familia campesina celosamente católica. En su juventud se había convertido ya en un anticlerical decidido. Como revisor de ferrocarril había ayudado a fugitivos políticos a pasar la frontera francesa. Él mismo tuvo que huir a París, donde regenteó un restaurante y sirvió finalmente de secretario a un político español emigrado, Ruiz Zorrilla. Sin embargo, pronto comenzó a reunir alumnos en torno suyo con los que pudo experimentar nuevos métodos pedagógicos. Ferrer tenía sus propias ideas acerca de la educación y la escuela, basadas en el más estricto racionalismo. Provenía la coeducación de niños y niñas, enseñanza gratuita para necesitados y se dirigía sobre todo contra el influjo universal de la iglesia católica en el sistema escolar español.

«Quisiera funda una escuela de la emancipación que desterrara de las mentes todo lo que separa a los hombres: los falsos conceptos de la propiedad, de la nacionalidad y de la familia. Así quiero alcanzar yo la libertad y el bien que todos desean y nadie realiza completamente».²⁶⁰ Ferrer rechazaba el apelativo de revolucionario, pues prefería llamarse un «Révolté». A su regreso a España en 1901, se unió a Anselmo Lorenzo sin adoptar por ello incondicionalmente las ideas anarquistas. Al heredar una suma considerable de dinero pudo inaugurar su *Escuela Moderna* en Barcelona, lo cual constituyó un escándalo para el clero. El obispo de Barcelona advirtió a sus feligreses que era mejor enviar a sus hijos a un burdel que a la Escuela de Ferrer. El hecho de que éste estuviera divorciado, abandonara a una compañera de la que tenía un hijo y viviera con una joven anarquista que enseñaba en su escuela, se convirtió el escándalo en algo todavía mayor. El 31 de mayo de 1906, Mateo Morral, bibliotecario de escuela de Ferrer arrojó una bomba contra la pareja real. La policía detuvo a Ferrer, que no tenía ninguna vinculación con el suceso ya que condenaba por principio los actos terroristas. La escuela fue cerrada.

Ferrer pasó una temporada en prisión hasta que fue absuelto por falta de pruebas marchando después al extranjero. Finalmente regresó a Barcelona para continuar dirigiendo su editorial, que pensada en un principio como complemento de su escuela tenía ahora el apoyo de los sindicatos. Durante la *Semana Trágica* (a la que Lorenzo describió como «una semana de embriaguez, de furia, de cólera sagrada justificada por siglos de miseria, opresión y sufrimiento»),²⁶¹ Ferrer no estuvo en Barcelona, sino en su casa de campo en que vivía en Montgat, el Mas Germinal. Regresó después para hacerse una idea de lo sucedido. Su condena a muerte y su ejecución fueron sin duda alguna un simple acto de venganza del partido clerical que despertó en toda Europa una indignación general. En Madrid se produjo la caída del gobierno conservador, James Joll opina lo siguiente:

«La suerte de Ferrer es idéntica a la de muchos anarquistas pacíficos que debido a sus convicciones fueron identificablemente con acciones que desaprobaron».²⁶²

Después de las incontroladas revueltas del pueblo de Barcelona y de la cruel represión de 1909, la lucha de clases pareció querer encarrilarse por vías más tranquilas. En 1910 se celebró

²⁶⁰ Según Joll, Loc. cit.

²⁶¹ Según, Nettlau, Loc. cit.

²⁶² Según Joll, Loc. cit.

en Sevilla un congreso de todos los sindicatos españoles del que sólo estuvieron ausentes los grupos de orientación marxista, que muy pronto se unieron por otra parte en la Unión General del Trabajo (U. G. T.). El congreso acordó la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), alianza del proletariado industrial, sobre todo de las ciudades catalanas, con los obreros agrícolas de las provincias del sur que constituían un proletariado verdaderamente subalimentando. El congreso declaró:

«Los trabajadores no pueden sentirse libres mientras no se hayan liberado de los liberadores y de los dirigentes, cuya meta consiste en organizar después de la aniquilación del viejo régimen una nueva sociedad en la que ellos serán los privilegiados».²⁶³

Huelgas y levantamientos rurales llevaron en 1912 a la prohibición de la CNT por el gobierno Canalejas. De nuevo salió un anarquista en venganza: Canalejas fue asesinado en una librería madrileña por una tal Pardiñas que luego se suicidó.

Después de la primera guerra mundial, la tercera internacional (comunista) trató de establecer contacto con la CNT autorizada de nuevo en 1919. Sin embargo los españoles en el congreso de Zaragoza de 1922 decidieron abandonar la Internacional Sindical Roja, cuando uno de los dirigentes sindicales españoles, ángel Pestaña, informó en calidad de testigo presencial de la brutal liquidación de los anarquistas en la Rusia Soviética. Pestaña afirmó que la internacional sindical roja no era otra cosa que una prolongación del partido comunista ruso, el cual había concluido «que todo aquel que no tiene un pensamiento comunista, según sus recetas, no tiene derecho a pensar».²⁶⁴ La CNT acordó ingresar en una agrupación de organizaciones anarcosindicalistas recientemente fundada en Berlín, La Asociación Internacional de Trabajadores, en la que junto a la poderosa central española sólo estaban representados grupos débiles de otros países.

En España se producía simultáneamente la fundación del Partido Comunista de España por dos jóvenes entusiasmados por Rusia que habían abandonado la CNT Uno de ellos, Maurin, juró ya entonces: «La definitiva eliminación del anarquismo en un país cuyo movimiento obrero lleva consigo medio siglo de propaganda anarquista, es sin duda una tarea difícil pero la llevaremos acabo».²⁶⁵ Para efectuar esa «difícil tarea» eran necesarios los supuestos de la guerra civil española.

Los años de la dictadura de Primo de Rivera vieron la aparición de los llamados sindicatos «amarillos», los sindicatos libres, y la contratación de pistoleros por la patronal, los cuales cobraban por el asesinato de los dirigentes obreros. También la parte contraria comenzó a hacer uso de nuevo la violencia. Precisamente en Barcelona no faltaban los elementos que sabían sacar provecho de las tensiones. Es asimismo indudable que «la tendencia de los anarquistas a ensalzar a los criminales como rebeldes contra una sociedad autoritaria (...) era responsable en gran parte de la brutalidad que caracterizaba a la lucha obrera en Barcelona».²⁶⁶ Sin embargo, la policía y las autoridades no se quedaban atrás en lo referente a la brutalidad. En aquel tiempo fue utilizada por primera vez la cínica coartada de «murió cuando intentaba huir», es decir, la llamada «ley fugas». La situación se encrespo todavía más cuando fue nombrado gobernador civil de Barcelona el general Martínez Anido, conocido por el sobrenombre de «el perro sanguinario» y posteriormente ministro de gobernación de Franco. Cada semana se producía en las calles de Barcelona un promedio de quince asesinatos políticos, de los que la mitad eran efectuados por «fuerzas auxiliares» de la policía. El propio Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», fue asesinado y Ángel Pestaña, herido de gravedad. Ambos

²⁶³ Según Saouchy, Loc. cit.

²⁶⁴ Loc. cit.

²⁶⁵ Según D. Guérin, *Ni Dieu ni Maître*, vol. IV.

²⁶⁶ Woodcock, Loc. cit.

pertenecían al ala moderada y estaban dispuestos a compromisos con los patronos. Entre los anarquistas más radicales estaban Buenaventura Durruti (1896-1936), que posteriormente se haría famoso en la guerra civil española, y su amigo Francisco Ascaso. Durruti, antiguo obrero ferrocarrilero, había emprendido ya un atentado fallido contra Alfonso XIII en París. Seguía sin ningún tipo de inhibiciones los principios del ilegalismo, y asesino al arzobispo de Zaragoza, conocido instigador.

Los anarquistas intentaron impedir la dictadura de Primo de Rivera mediante la huelga general, pero ésta fracasó al negar su apoyo de U. G. T. Su dirigente máximo, Largo Caballero, entró además como ministro en el gabinete general, quien trataba de impulsar la tendencia socialista como contrapeso del anarquismo. Los anarquistas pasaron a la clandestinidad; pero en un congreso secreto celebrado en Valencia en julio de 1927 unos extremistas se unieron creando la Federación Anarquista Ibérica que se proponía como objetivo la preparación de la revolución y quería combatir las tendencias reformistas presentes en el seno de la por aquel entonces también clandestina C. N. T. La F. A. I. consiguió ocupar pronto posiciones dirigentes en el movimiento sindical. Cuando la CNT fue autorizada de nuevo «se hizo realidad, por primera vez quizá en la historia del anarquismo, el plan de Bakunin de una élite secreta de activistas leales que controlara una organización pública de masas, constituida por obreros convencidos tan sólo parcialmente».²⁶⁷

En el momento de la caída de la monarquía, la tendencia socialista se hallaba desacreditada por su pacto con el dictador. La nueva república tenía que superar la difícil fase de la crisis económica, pero entretanto no consiguió dar una solución a la cuestión social. La FAI siguió en posición de lucha. La lentitud con que se llevaba a cabo la reforma agraria ocasionó nuevos levantamientos campesinos. Las iglesias y los conventos de nuevo como respuesta a un manifiesto, interpretado como provocador, del arzobispo de Toledo y Primado de la iglesia de España. La actitud reaccionaria del manifiesto hizo que amplias capas vieran en el catolicismo un enemigo. En Sevilla la colaboración de la CNT permitió frustrar un golpe de Estado del general Sanjurjo. A comienzos de 1933 se produjeron desórdenes anarquistas en Barcelona y en el Sur promovidos por la FAI. Durruti, Ascaso y otros 120 dirigentes fueron deportados sin juicio previo a las colonias penitenciarias de África.

Los sentimientos antirrepublicanos existentes entre los campesinos y obreros suscitaron los sucesos de Casas Viejas, pequeña localidad cercana a Jerez. Las tierras de alrededor cultivadas por los habitantes de la aldea pertenecían al latifundista español más rico, el duque de Medinaceli. La pobreza de los obreros agrícolas seguía siendo inconcebiblemente grandes ya que la república no les había proporcionado ningún alivio.

«Seisdedos era el nombre de un campesino de setenta años. Era partidario desde hacía años del anarquismo, una doctrina que constituía para él un nuevo mensaje sagrado, como el Evangelio para los primeros cristianos. Había fundado hacía tiempo un centro local (sindicato) de la CNT en su aldea de Casas Viejas (...) En su opinión había llegado ya el día de revolución social. El 9 de enero de 1933 marchó con sus hijos y nueras, así como con algunos camaradas, hasta la casa cuartel de la Guardia Civil. Los campesinos estaban armados con algunas escopetas de caza y declararon que ahora había llegado la revolución social (...), que el tiempo de la esclavitud y de la explotación había pasado. Exhortaron a la Guardia Civil a hermanarse con ellos (...) La Guardia Civil no mostró comprensión alguna hacia los deseos de los obreros agrícolas. (...) Rechazaron a los trabajadores y los amenazaron con fusilamientos. Los obreros se retiraron a sus viviendas. Poco después llegaron refuerzos de la Guardia Civil. Las tropas llegaron hasta las casas de los obreros agrícolas, los rodearon y las incendiaron. Veinticinco

²⁶⁷ Loc. cit.

casas fueron destruidas, treinta trabajadores murieron abrasados en el interior de sus casas. El septuagenario Seisdedos encontró la muerte en las llamas con sus hijos y nietos».²⁶⁸

En contraste con el implacable proceder de las fuerzas republicanas contra los intentos de levantamiento de los explotados campesinos se hallaba la blandura con que se procedió contra los oficiales golpistas vencidos de Sevilla. El general Sanjurjo fue amnistiado enseguida y pudo preparar al otro lado de la frontera el golpe contra la República con mayores garantías.

La CNT, haciendo uso de su tradicional posición antiparlamentaria, exhorto a la abstención en las elecciones de 1933 con la consiguiente victoria de los partidos de derecha. Estos partidos se hallaban dirigidos por los adeptos clerical-fascistas de Gil Robles. Las nuevas cortes rechazaron un gran número de leyes de reforma social del anterior parlamento y anularon los tímidos intentos de reforma agraria. Como era de esperar se produjeron levantamientos. En Zaragoza se levantaron barricadas, en varias ciudades de Aragón y regiones limítrofes se ocuparon los cuarteles, se desarmó a la policía y se declararon las fábricas propiedad colectiva. Souchy escribe al respecto:

«Los dirigentes de este movimiento no estaban totalmente seguros del éxito de su intento. Contaban con la posibilidad de la derrota. Fundamentalmente aspiraban a reunir mediante una serie de intentos sucesivos las experiencias necesarias para obtener la victoria mediante un golpe grandes y definitivo».²⁶⁹

La derrota no se hizo esperar. A los cuatro días estaba ya sellada. La «experiencia» de los dirigentes costó la vida a 677 anarquistas; 87 fueron heridos de gravedad y 6.000 detenidos. Amplitud todavía mayor alcanzó el levantamiento asturiano en el curso del cual se produjo una fraternización de anarcosindicalistas y socialistas expresada en la *Unión de Hermanos Proletarios* (UHP). Mandaba las tropas que aplastaron la rebelión un general hasta entonces desconocido llamado Francisco Franco, el cual hizo intervenir por primera vez la legión extranjera en suelo español. Por parte de los trabajadores hubo 3.000 muertos, 7.000 heridos y decenas de millares fueron enviados a las prisiones y campos de concentración. La legión y las tropas árabes dieron ya entonces pruebas fehacientes de las crueldades que más tarde serían características de su comportamiento durante la Guerra Civil. Sin duda alguna hubo también crímenes por parte de los sublevados, crímenes que fueron utilizados, violentamente exagerados, por el partido clerical.

A pesar de ello, las nuevas elecciones de febrero de 1936, celebradas dentro de un perfecto orden, trajeron consigo la clara victoria de las fuerzas de izquierda coaligadas en un Frente Popular. La victoria embriagó a las masas: los presos políticos fueron liberados por la fuerza, los jornaleros ocuparon las posesiones latifundistas, los aldeanos desposeyeron a las autoridades locales y fundaron «comunidades».

Sin embargo, solamente el golpe de Estado de los generales -Franco era al comienzo tan sólo uno de ellos- creó la «situación revolucionaria» esperada durante tanto tiempo por los anarquistas.

²⁶⁸ Souchy, Loc. cit.

²⁶⁹ Loc. cit.

CAPÍTULO XVII

¡A LAS BARRICADAS!*

La rebelión de los generales fue sofocada en casi todas partes. En todas las grandes ciudades - Madrid, Barcelona y Valencia- el pueblo pasó al contraataque. En el curso de una semana había vencido en casi toda España. En Barcelona los obreros anarquistas eran ya dueños de la ciudad el 20 de julio de 1936 después de sangrientos combates. En aquella ola de pasiones políticas se produjeron incendios y fusilamientos, en los que descollaron los grupos juveniles, debido en parte a una fanática «virtud revolucionaria» que los llevaba a ejecutar a conocidas proxenetas o incluso desgraciadas prostitutas. El elemento puritano ha jugado siempre un papel en muchos revolucionarios españoles,

Entre los dirigentes de la FAI se contaban Durruti, que por aquel entonces había cumplido ya los cuarenta años, y el extraordinario organizador José García Oliver, formado en la clandestinidad de los años veinte. Como ministro de justicia del gobierno central republicano logró imponer posteriormente la ley que devolvía el derecho de ciudadanía a los descendientes de los judíos expulsados de España en el siglo XV.

Cuando los anarquistas se hicieron dueños del poder en Cataluña se decidieron por la «colaboración y la democracia: renunciaron al totalitarismo revolucionario que hubiera decapitado la revolución a favor de la dictadura de los sindicatos y de los anarquistas».²⁷⁰ Sin embargo, comenzó espontáneamente una revolución social.

«las empresas fueron colectivizadas. Los empresarios reconocieron la nueva organización fueron admitidos como miembros del personal con igualdad de derechos. Fueron colocados en un puesto acorde con sus capacidades. En más de una ocasión conservaron la dirección de la empresa. La iniciativa suplía en un principio la falta de experiencia. Al poco tiempo el sistema económico capitalista se había transformado en una economía colectivista (...) En contraposición al concepto de Marx y Engels, según la cual la “expropiación de los expropiados” era cosa del estado proletario, los sindicalistas españoles renunciaron a la conquista del Estado. Según ellos la socialización debía comenzar en las fábricas, en los campos y en las empresas. (...) la revolución no debía fortalecer al Estado, sino debilitarlo de tal manera que estuviera incapacitado para impedir la socialización. La victoria sobre los fascistas había proporcionado este presupuesto. El ejército estaba vencido, la policía neutralizada y ambos sustituidos por patrulla obreras de control. La creación de milicias antifascistas había proporcionado a los trabajadores un poder propio armado para la defensa de la revolución. (...) La colectivización de las empresas fue el primer paso hacia la socialización de la economía. El segundo paso consistió en la colaboración económica de todas las empresas pertenecientes a un sindicato industrial. Los sindicatos se transformaron en cuarteles industriales socializados. (...) Los obreros agrícolas españoles estaban... organizados en sindicatos. Estos sindicatos se transformaron después del 19 de julio en comunidades de producción y distribución. Los terratenientes que estaban de parte de Franco (...) fueron expropiados. Los pequeños campesinos estaban en la mayoría de los casos de parte de la republica. Se incorporaban (...) voluntariamente a los sindicatos y en la mayoría de los casos también a las recién fundadas colectividades. No se ejerció ningún tipo de presión para que entraran en las colectividades. (...) El sistema de salario fue abolido. En su lugar apareció un nuevo sistema: la distribución del producto del trabajo

* En español en el original

²⁷⁰ Joll, Loc. cit.

común. (...) Los visitantes extranjeros han admirado siempre, que la incautación de las empresas pudiera llevarse a cabo casi sin perturbaciones».²⁷¹

El hecho de que la historia de la guerra civil española fuera escrita casi únicamente por autores fascistas o comunistas, determinó -como señala Souchy- que permaneciera bastante desconocido que el modelo económico utópico de los teóricos anarquistas había sido hecho realidad durante un tiempo en otoño de 1936 en amplios territorios de Cataluña y Aragón, que funcionaba a pesar de las duras condiciones impuestas por la guerra. Souchy (nacido en 1892), anarquista alemán procedente de Alta Silesia, es sin duda subjetivo en la medida en que -llegado casualmente a Barcelona en el verano de 1936 para organizar la «Olimpiada del Trabajo» y sorprendido allí por la guerra civil- tenía estrechísimas relaciones con los dirigentes anarquistas catalanes.

El apoyo alemán e italiano hizo que la guerra se prolongara, con lo que el experimento anarquista empezó a sufrir perturbaciones. Las condiciones bélicas forzaron también a los anarquistas a negar sus propios principios participando primero en septiembre de 1936 en el gobierno catalán y luego en diciembre de mismo año en el gobierno central de Largo Caballero. En el invierno se produjeron ya las primeras tensiones con los comunistas, cuyo influjo crecía día en día a pesar de que contaban con un apoyo escaso entre el pueblo español. Pero como Rusia era el único país que suministraba armas a la causa republicana y el partido comunista tenía vinculaciones con Moscú, los comunistas aprovecharon su influencia para dejar atrás todo movimiento competidor. A finales de marzo ambas partes, comunistas y anarquistas, comenzaron hacer uso de acciones violentas con las consiguientes «liquidaciones» y asesinatos por ambos bandos. A partir de ese momento los suministros de armas se realizaron casi de modo exclusivo a las unidades comunistas subordinando las necesidades estratégicas a los intereses de partido. En cierta ocasión el Partido comunista se apoderó de tanques procedentes de las fábricas de Barcelona valiéndose de papeles falsos.

El enfrentamiento directo se produjo en mayo de 1937 en Barcelona, donde los anarquistas controlaban todos los medios de transporte, las agencias de noticias y casi todas las fábricas. Había quedado también en su poder la Telefónica, situada en la Plaza Cataluña, importante desde el punto de vista estratégico. Presionado por los comunistas el consejero de gobernación catalán, Ayguadé, declaró que de repente que la autoridad del Estado no podía seguir tolerando por más tiempo la colectivización de la empresa de teléfonos y que esta debía pasar bajo control estatal. Una fuerza de ataque comunista intentó penetrar en el edificio, pero sólo llegó hasta el primer piso.

«La noticia de este atropello se extendió como un reguero de pólvora. Era una nueva provocación comunista que causó gran enojo entre los trabajadores. La nueva burocracia de estado intentaba expropiar al colectivo obrero a favor del Estado. (...) pocas horas después del atropello los trabajadores anarcosindicalistas de Barcelona estaban en pie de guerra».²⁷²

Barcelona se transformó en un escenario bélico. Según J. Joll hay una serie de indicios de que agentes de Franco se habían esforzado por incitar entre sí a las organizaciones obreras rivales. García Oliver y Federica Montseny, dos de los cuatro miembros anarquistas del gobierno central, se apresuraron a marchar a Barcelona e intentaron alcanzar un alto el fuego ante las barricadas, con grave riesgo de su vida. El 5 de mayo se consiguió un cese a las hostilidades, pero de corta duración. El desgarramiento interno se reanudó enseguida. Los comunistas fusilaron al parecer durante el alto el fuego al profesor Berneri, un anarquista y antifascista italiano, porque había escrito en la revista que editaba que la dictadura comunista era tan

²⁷¹ Souchy, Loc. cit.

²⁷² Loc. cit.

enemiga de la libertad como la fascista. Berneri había profetizado: «Hoy luchamos contra Burgos, pero mañana deberemos luchar contra Moscú».²⁷³

Una de las consecuencias de aquella guerra fratricida fue la dimisión del gobierno de Largo Caballero y la formación del gabinete de Negrín, sin participación anarquista y con un influjo mayor de los comunistas. Los gobiernos consejistas de algunas regiones como Aragón fueron sustituidos por gobernadores generales. «Las circunstancias morales y materiales de la guerra exigen inexcusablemente una concentración del poder del Estado», decreto el poder central. Los anarquistas tuvieron que claudicar si querían continuar la guerra contra el enemigo común. El nuevo gobierno estaba también en contra de las colectividades. Las colectividades obreras fueron disueltas sobre todo en el campo, o bien puestas bajo dirección comunista.

«Las medidas dictatoriales impuestas por Negrín en favor de los comunistas minaron la moral de lucha de la población antifascista», confirmó Augustín Souchy.²⁷⁴

«Las fuerzas confederales», como se denominaban a sí mismos los anarcosindicalistas, desempeñaron un destacado papel en la defensa de Madrid. El 7 de noviembre de 1936 los trabajadores organizados en los sindicatos anarquistas rechazaron, bajo la dirección de Eduardo Val, en una serie de terribles combates nocturnos, a las tropas de Franco, después de que éstas hubieran conseguido penetrar ya en los suburbios de Madrid. Sólo al día siguiente se formó al mando del general Miaja la Junta de Defensa de todas las tropas republicanas. Buenaventura Durruti llegó a Madrid con sus tropas del frente de Zaragoza. El antiguo terrorista había publicado el siguiente llamamiento:

«No nos asustan las ruinas. La tierra será nuestra herencia. De esto no cabe duda. La burguesía puede destruir su propio mundo antes de retirarse del escenario de la historia. Llevamos un nuevo mundo en nuestros corazones. El mundo crece a cada minuto».²⁷⁵

Pero en Madrid le alcanzo una bala procedente según los rumores de sus propias filas. Un testigo presencial informa que «El disparo mortal fue efectuado desde una ventana situada a unos 2.000 pies de distancia por un carabnero de la Guardia Civil (en Madrid se luchaba en el bando republicano). La bala le entró por el corazón y no hirió a ninguno de los que le rodeaba».²⁷⁶ Recientemente ha cobrado auge la versión de que la muerte fue causada por un arma defectuosa que se le disparó.

El 17 de diciembre de 1936 el diario *Pravda* de Moscú escribía ya que en España se necesitaba únicamente una «limpieza de trotskistas y anarquistas con las misma energía que en la URSS».²⁷⁷ La CNT tenía dos millones de afiliados y la FAI vio aumentar el número de sus miembros de 30.000 a 150.000 en 1938; sin embargo, el control de la guerra pasó a los comisarios comunistas y a los expertos militares rusos.

Cuando Cataluña ya se había perdido y Madrid se hallaba cercada, fuerza anarquistas intentaron constituir en la ciudad sitiada como último esfuerzo una nueva junta de defensa bajo la presidencia del general Segismundo Casado. Colaboraron en este intento todos los demás grupos y partidos de la República con excepción de los comunistas. Sin embargo, comenzó de nuevo «una guerra civil dentro de la guerra civil» entre los adeptos de la nueva Junta de Defensa y los seguidores del partido comunista. Milicias confederadas ocuparon todos los

²⁷³ Citado según Nataf, Loc. cit.

²⁷⁴ Souchy, Loc. cit.

²⁷⁵ Citado según Joll, Loc. cit.

²⁷⁶ Citado según H.-Ch. Kirsch, *Der spanische Bürgerkrieg in Augenzeugenberichten* [La Guerra civil según testigos presenciales], Düsseldorf, 1967.

²⁷⁷ Según Nataf, Loc. cit.

edificios públicos la noche del 5 al 6 de marzo de 1939. Se leyó una proclama por la radio en la que entre otras cosas se decía:

«Como revolucionarios, proletarios, antifascistas y españoles no podemos tolerar por más tiempo ni la falta de previsión ni la irresponsabilidad del gobierno (...). El comité se esforzará por evitar un desastre y está dispuesto a recorrer con todos los españoles un camino común. (...) el comité se ha planteado la tarea de continuar la resistencia. (...) Para efectuar esta tarea necesitamos la colaboración de todos los españoles. Que cada uno permanezca en su puesto. Nosotros convertimos en realidad la consigna del Doctor Negrín: “O se salvan todos o perecen todos”».²⁷⁸

Negrín abandonó España aquella misma noche en un avión; el general Miaja tomó el mando de la Junta de Defensa. Los comunistas levantaron barricadas en el centro de la ciudad. «Surgía así una asombrosa situación. Mientras las tropas fascistas se enfrentaban al Madrid republicano a medio kilómetro de la ciudad (...), se desarrollaba en el interior de la misma una sangrienta lucha fratricida (...). Los comunistas se rebelaron contra la Junta de Defensa. Los anarquistas se enfrentaron a los comunistas porque ya no toleraban la dictadura de los adeptos de Moscú. Las confederaciones sindicalistas y los grupos anarquistas organizaron fuerzas de choque contra las barricadas comunistas. Fue asaltado un baluarte comunista tras otro. Los confederados (...) cayeron en el asalto ante las balas de aquellos adeptos de Stalin fanatizados por el Kremlin. La lucha en las barricadas duró desde el 6 hasta el 13 de marzo. Terminó con la derrota total de los comunistas».²⁷⁹

Pero estas batallas callejeras habían roto como era de esperar la última voluntad de resistencia. La población esperaba la iniciación de los trámites de rendición por parte del Comité de Defensa Nacional.

«Los confederados se mostraron nobles con respecto a los comunistas derrotados. Pusieron a su disposición algunos de los pocos camiones que quedaban a fin de que se trasladaran a la costa para abandonar el país por barco».²⁸⁰ Entretanto el frente se disolvió. La guerra contra Franco estaba definitivamente perdida. El vencedor hizo su entrada triunfal en Madrid el 30 de marzo.

CAPÍTULO XVIII

LA SED DE JUSTICIA

Es evidente que una guerra total como la guerra civil española no puede ser dirigida según los principios básicos del anarquismo. Pero la guerra falseó también el experimento económico anarquista y precipitó su final, pues hasta la aparición de la amenaza directa de las circunstancias bélicas dicho experimento pareció desarrollarse con éxito total. Woodcock ve en los logros económicos de los anarcosindicalistas españoles, sobre todo en Cataluña, una prueba de la posibilidad práctica del comunismo libertario, aunque concede que el terreno sociológico y psicológico era especialmente favorable en España al respecto. Un obstáculo

²⁷⁸ Según Souchy, Loc. cit.

²⁷⁹ Loc. cit.

²⁸⁰ Souchy, Loc. cit.

grave fue la rivalidad con los estalinistas promoscovitas. El propio Stalin había hecho ya en su artículo de 1906 *anarquismo o socialismo* las siguientes manifestaciones:

«Nosotros creemos que los anarquistas son auténticos enemigos del marxismo. Reconocemos además que contra enemigos auténticos se ha de llevar a cabo una lucha auténtica».²⁸¹

Stalin rechazaba indignado en este artículo precisamente aquellas críticas que más tarde quedarían terriblemente confirmadas por su despotismo personal. Ens. Polémica se apoyaba fundamentalmente en citas de los escritos tempranos de Marx y Engels en los cuales se afirmaba totalmente la tesis de la extinción del Estado. Los teóricos anarquistas advirtieron que el desarrollo iba a ser muy distinto.

Mientras el comunismo autoritario pudo desarrollarse muy bien se impidió a los anarquistas realizar sus concepciones utópicas. Los intentos y esbozos tanto en España como en Ucrania hubieron de interrumpirse prematuramente a causa de las luchas y de los desordenes. De esta manera la sombra trágica del eterno fracaso se proyecta sobre sus acciones y sus personajes.

Pero frente a la escolástica del marxismo el socialismo libertario representa algo semejante a la protesta de un Maquiavelo contra el edificio doctrinal del medioevo: el *factum* es más importante para él que las motivaciones teórica. Sin embargo, no se debería identificar el anarquismo con el acto de violencia por más que la palabra mágica haya convertido constantemente a estudiantes y jóvenes obreros e terroristas y se hayan adornado con ella asesinos y ladrones. Lenin ha llamado al anarquismo, polémicamente «un producto de la desesperación», y sin duda alguna no han sido pocos los que, excitados por el fanatismo y por las ideas, han buscado bajo la bandera negra alivio a neurosis desesperadas.

Sus orígenes, no obstante, como los de todo el movimiento obrero, se hallan en la «gran cólera» originada por la explotación del hombre por el hombre, si bien refleja también, acentuados o suavemente desfigurados, muchos de los rasgos del liberalismo del siglo XIX. También el es un producto de las revoluciones burguesas y tiene, como éstas, sus raíces en la filosofía del siglo XVIII. Desde que quedó refutada la sanción celestial de la moral los filósofos de la Ilustración -sobre todo Juan-Jacobo Rousseau- han vinculado la trascendencia con la sociedad. ¿Cómo se justifica ahora si el individuo opina que el estado actual de la sociedad es injusto o incluso irremisiblemente enfermo? Karl Follen había enseñado ya a comienzos del siglo XIX a sus «radicales» la osada frase de que «para el justo ninguna ley es válida; la realización de la razón es una necesidad ética que justifica todo».²⁸² El nihilismo burgués, tal como se expresa en la filosofía de Nietzsche, pero también en el odio de Flaubert al «*juste milieu*», es un fenómeno paralelo, sólo que el anarquismo adopta frecuentemente un tinte semireligioso, incluso quialístico. En opinión de Benedetto Croce «La religión de la libertad» era la fuerza impulsora fundamental del desarrollo en el siglo pasado. En el anarquismo confluyen el impulso fundamental de libertad con la sed de justicia. Pero según la fe fanática de los anarquistas la justicia sólo podía ser implantada la revolución total de lo existente. De ahí la mitificación de la revolución; ella, santa, debe crear aquí y ahora la inefable armonía final.

Si se lanza una mirada desapasionada alrededor, se ve que el progreso social en las naciones industriales que cuentan con un proletariado organizado se ha obtenido mediante el tan vilipendiado revisionismo, mucho más que mediante atentados y las revoluciones. Seguramente es válido lo que ha dicho Jean Elleinstein:

²⁸¹ Saiin, «¿Anarquismo o socialismo?», citado en *Kursbuch*, 19/1969, «Kritik des Anarchismus» [Crítica del anarquismo] edición española de Editorial grijalbo, México, D. F., 1972

²⁸² Citado en Pregizer.

«Podemos democratizar las funciones económicas, sociales y culturales del Estado tal como hoy existe, pero sería absurdo querer destruir lo que representa un elemento imprescindible de la vida social de nuestro tiempo».²⁸³

El presente está impregnado de elementos anarquistas de todas las tendencias en una medida mucho mayor que cualquiera época anterior. Es sabido que algunos jóvenes han intentado aplicar en la República Federal Alemana, por tanto en unas circunstancias profundamente diferentes, el *Manual del Guerrillero Urbano* que dejó al morir el anarquista Carlos Marinuela, hijo de un emigrante italiano y de una negra brasileña asesinado en Sao Paulo por policías brasileños en noviembre de 1969. Herbert Marcuse, heraldo de un nuevo movimiento juvenil, exhorta a los «marginados» a saltar el Stablishment, compartiendo la tesis de Bakunin de que no se puede hablar como hace Marx de un «proletariado harapiento», ya que es en él y no en los estratos aburguesados del proletariado donde vive el espíritu y la fuerza de la futura revolución social. Era también un movimiento anarquista el mayo francés de 1968. Cohn-Bendit formuló de nuevo la tesis de Bakunin de que «todo movimiento revolucionario debe partir del simple hecho de que toda forma de organización (...) está en contradicción con el objetivo revolucionario».²⁸⁴ Tienen también rasgos anarquistas el fenómeno de los hippies y la extensión de su estilo de vida, su manifiesta repugnancia hacia las normas imperantes, y todo el movimiento antiautoritario; muestran algunos paralelismos con las manifestaciones de la corriente «nihilista» que se apoderó de la juventud rusa hace exactamente cien años. Por su parte la huida de la civilización y la provocación de una «cultura de desperdicios» recuerdan el esfuerzo por una «vida sencilla» de algunos heraldos del Evangelio anarquista.

Es cierto que muchos sueños utópicos y una criminalidad impaciente se apoderaron siempre del pensamiento libertario; que algunas teorías político-económicas del anarquismo apenas son practicables en la sociedad industrial, que la revolución radical que los anarquistas anhelan y anhelan con ardorosa terquedad supondría un cataclismo cuyas consecuencias, sin embargo, serían dudosas en lo referente a una mayor justicia y felicidad. No obstante, no se puede negar que el ideal del socialismo libertario, con su sed de justicia, su sentido de la libertad personal, su anhelo de solidaridad, constituyen un símbolo orientador y rectificador en esta época de creciente tendencia a una desvalorización de la personalidad, de auge del poder estatal, de explotación por fuerzas cada vez más anónimas. Cuando llegue la reestructuración de la sociedad -las señales se encuentran ya en el cielo- ¡ojala se mezcle victoriosamente en el juego el pensamiento libertario!

EPÍLOGO

El subtítulo *Hechos y figuras* muestra ya que el autor pretendía dibujar la vida, trágica en la mayoría de los casos, de los socialistas libertarios. Su objetivo era menos escribir una historia del anarquismo partiendo de las teorías político-económicas, las cuales han encontrado ya una exposición detallada en otros autores siendo aquí tan sólo esbozadas cuando era necesario para la comprensión de profundos antagonismos. Se ha renunciado también a describir las numerosas controversias entre las diferentes tendencias anarquistas. El lector puede consultarlas en la meticulosa obra del cronista alemán Max Nettlau.

²⁸³ Elleinstein, Loc. cit.

²⁸⁴ Cohn-Bendit, *Pluralistischer Aufstand* [Levantamiento pluralista], reproducido en Rammstedt, Loc. cit.

Nuestra bibliografía contiene tan sólo una parte de la publicada en los cien años sobre el anarquismo y los anarquistas. Hemos recogido sobre todo los libros sobre los que se ha basado nuestra exposición y aquellas otras obras a las que hemos hecho referencia. Como el autor ha utilizado preferentemente materiales de su biblioteca particular se ha visto obligado frecuentemente a traducir *ad hoc* de fuentes francesas, de las que muy bien puede haber versiones alemanas y traducciones anteriores. Siempre que el autor ha tenido noticia de la existencia de ediciones alemanas lo ha señalado en la bibliografía. Quien quiera ocuparse con más extensión de la materia y no pueda enfrascarse en el estudio de las ediciones originales -a menudo muy difíciles de alcanzar-, puede dirigirse al volumen editado por A. V. Borries y T. Brandies o a los textos fundamentales recopilados por O. Rammstedt, así como en las ediciones de bolsillo de textos clásicos. Son recomendables los cuatro volúmenes de D. Guérin *Ni Dieu ni Maître*, que contienen una rica selección de extractos poco conocidos. De Daniel Guérin existe asimismo una precisa exposición de la teoría en su libro *L'Anarchisme*.

El material fotográfico de nuestro libro procede en su mayor parte de los archivos y de la sección iconográfica del *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis* (Instituto Internacional de Historia Social) de Ámsterdam, a cuya dirección quedan profundamente agradecidos tanto el autor como la editorial del presente libro.